

AMÉRICA

REVISTA DEL GRUPO AMÉRICA

NÚMERO 122

Segunda época

Quito-Ecuador

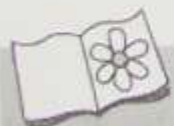
2006

AMÉRICA

REVISTA DEL GRUPO AMÉRICA

NÚMERO 123

Segunda época



Este libro se
escribió para ti
protégelo de
la fotocopia

AEDRA

AMÉRICA

REVISTA DEL GRUPO AMÉRICA

AMÉRICA-ECUADOR
Revista del Grupo América
Número 122
Segunda época

1ra. edición: 2006
Ediciones Abya-Yala
Av. 12 de Octubre 14-30 y Wilson
Casilla 17-12-719
Telf. 2 506-251 / 2 506-247
TeleFax: 2 506-267 / 2 506-255
e-mail: editorial@abyayala.org
diagramacion@abyayala.org
www.abayayala.org
Quito-Ecuador

Diagramación: Editorial Abya-Yala
Quito-Ecuador

ISSN: 13902938

Portada: *Diógenes el cínico*; óleo de Víctor Mideros.
Museo Jacinto Jijón y Caamaño. PUCE.

Ilustraciones: Carlos Rodríguez

Impresión: Producciones digitales Abya-Yala
Quito-Ecuador

Impreso en Quito-Ecuador, junio 2006

Grupo América: Ulpiano Páez 229
Teléfono: 2 543 043
E-mail: albamora@interactive.net.ec

MIEMBROS DEL DIRECTORIO DEL GRUPO AMÉRICA

PRESIDENTA:	<i>Licenciada Alba Luz Mora Anda</i>
VICEPRESIDENTE:	<i>Doctor Claudio Mena Villamar</i>
SECRETARIO GENERAL:	<i>Doctor Gustavo Pérez Ramírez</i>
TESORERO:	<i>Doctor Carlos de la Torre Flor</i>
DIRECTORA DE LA REVISTA:	<i>Señora Fabiola Solís de King</i>
CONSEJO EDITORIAL:	<i>Doctor Julio Pazos Barrera</i>
	<i>Doctor Gustavo Pérez Ramírez</i>
	<i>Licenciada Alba Luz Mora Anda</i>

LISTA DE MIEMBROS ACTIVOS

- | | |
|--------------------------------------|--|
| <i>Alba Luz Mora Anda</i> | <i>Luis Aguilar Monsalve</i> |
| <i>Claudio Mena Villamar</i> | <i>Antonio Sacoto</i> |
| <i>Manuel Federico Ponce</i> | <i>Teresa León de Noboa</i> |
| <i>Argentina Chiriboga</i> | <i>Alfonso Barrera Valverde</i> |
| <i>Fabiola Solís de King</i> | <i>Eduardo Mora Anda</i> |
| <i>Julio Pazos Barrera</i> | <i>Miguel Albornoz</i> |
| <i>Renán Flores Jaramillo</i> | <i>Mario Cobo Barona</i> |
| <i>Plutarco Naranjo Vargas</i> | <i>Luis Miguel Campos</i> |
| <i>Gladys Jaramillo de Luzuriaga</i> | <i>Ramiro Silva del Pozo</i> |
| <i>Susana Cordero de Espinosa</i> | <i>Filoteo Samaniego</i> |
| <i>Alicia Yáñez Cossío</i> | <i>Ximena Montalvo</i> |
| <i>Gustavo Alfredo Jácome</i> | <i>Jaime Montesinos Fernández de Córdova</i> |
| <i>Galo René Pérez</i> | <i>Violeta Luna</i> |
| <i>Laura Arcos Terán</i> | <i>Gustavo Pérez Ramírez</i> |
| <i>Carlos de la Torre Flor</i> | <i>Fina Guerrero de Pérez</i> |
| <i>Rodrigo Fierro Benítez</i> | <i>Modesto Ponce Maldonado</i> |
| <i>Fernando Jurado Noboa</i> | <i>Francesca Piana</i> |
| <i>Gonzalo Abad Grijalva</i> | <i>Rocío Durán Barba</i> |
| <i>Manuel Corrales Pascual</i> | <i>Michael Handelsman</i> |
| <i>Laura Hidalgo Alzamora</i> | |



Actual Directorio del Grupo América



Socias del Grupo América

ÍNDICE

Miembros del directorio del Grupo América.....	5
Lista de miembros activos	6
Presentación de este número.....	13

Primera parte Homenaje a Don Quijote

Cervantes, sabio del siglo XX	
<i>Gustavo Alfredo Jácome</i>	17
Los evangelios de Don Quijote	
<i>José Alfredo Llerena</i>	41
A Don Quijote	
<i>Eduardo Mora Anda</i>	51
Don Quijote de la Mancha	
<i>Luz Argentina Chiriboga</i>	53

Segunda parte Relato

El beso que estremeció al miedo	
<i>Luis Aguilar</i>	57
Reincidencias	
<i>Jorge Dávila Vásquez</i>	61
La condecoración	
<i>Fabiola Solís de King</i>	65

Tercera parte Poemas

Manuel Federico Ponce.....	73
Eduardo Mora Anda	75
Violeta Luna	79
Rocío Durán Barba	81

Cuarta parte
Aniversario de la Revista

Visión de conjunto de la Revista América	89
<i>Alba Luz Mora</i>	89
El Grupo América	
<i>Ximena Montalvo</i>	99

Quinta parte
Semblanzas

Emilio Uzcátegui, uno de los inolvidables presidentes del Grupo América	
<i>Teresa León de Noboa</i>	107
Gonzalo Escudero en su obra y en su tiempo	
<i>Filoteo Samaniego</i>	113
Óscar Efrén Reyes	
<i>Martha Reyes de González</i>	129
Nelson Estupiñán Bass: un escritor para todos los tiempos	
<i>Carlos Calderón</i>	135
Francisco Terán, el hombre y el científico	
<i>Alba Luz Mora</i>	143
Breve reflexión biográfica a propósito de José María Velasco Ibarra	
<i>Sofía Luzuriaga</i>	151
Humberto Vacas Gómez	
<i>Fray Agustín Moreno, OFM</i>	157
Augusto Arias, el escritor	
<i>Renán Flores Jaramillo</i>	161
Darío Guevara y su idea de nación	
<i>Julio Pazos Barrera</i>	177
Cuaderno de divulgación científica	
<i>Renán Flores Jaramillo</i>	187
Estela Parral	
<i>Corina Terán</i>	197
Benjamín Carrión	
<i>Edmundo Ribadeneira</i>	207
Interpretación filosófica del mural <i>Historia de la humanidad</i>	
<i>Germán Rodríguez Flor</i>	213
José Alfredo Llerena	
<i>Rosa Llerena</i>	225

Sexta parte
Documentos

Primicias de Pablo Palacio	
<i>Alba Luz Mora</i>	231
Estatutos del Grupo	299

Séptima parte
Plástica

¿Qué es ahora el arte?	
<i>Claudio Mena Villamar</i>	319

Octava parte
Notas

Los mudos y ridículos	
<i>Plutarco Naranjo</i>	337
¿Estadistas o santos?	
<i>Carlos de la Torre Flor</i>	343
Borges y yo	
<i>Francesca Piana</i>	347
<i>La cocina del Ecuador</i> , de Julio Pazos	
<i>Simón Espinosa Cordero</i>	357
<i>El Retrato de Cecilia Gallerani</i> , de Ximena Montalvo	
<i>Susana Cordero de Espinoza</i>	367

Novena parte
Reseñas

<i>Alborada bolivariana</i> , de Gustavo Pérez-Ramírez	
<i>Juan Paz y Miño Cepeda</i>	377
Alfonso Barrera Valverde: Patria y palabra	
<i>Marco Antonio Rodríguez</i>	381
Fina Guerrero Cassola en la galería Kingman	
<i>Jaime Celi</i>	389
Fina Guerrero en Ambato	
<i>Mario Cobo Barona</i>	391
Lista de miembros fallecidos	393

PRESENTACIÓN

Nunca antes una publicación ha sido el origen de toda una organización, que nació estimulada por el eco que tuvo la revista *América* en el ámbito intelectual del Ecuador. Este hecho, cuyos protagonistas e iniciadores fueron los ambateños Antonio Montalvo y Alfredo Martínez, tendría en la vida cultural nacional hondas repercusiones.

Como lo dice con pleno conocimiento del tema Ximena Montalvo, hija del fundador, el carácter un tanto oficialista que tomó la publicación por ser financiada por el Estado, llevó a sus creadores a independizarla y a organizar un núcleo de escritores que sustentaran la continuidad de sus apariciones. Así nació el Grupo América, que ha pervivido setenta y seis años y que sigue tan vigoroso y lleno de iniciativas como al comienzo.

En diciembre del 2005 la revista *América* cumplió ochenta años de existencia y tan significativa perduración a través del tiempo ha motivado esta edición especial de aniversario, donde se recoge una visión retrospectiva de su vida, las semblanzas de los hombres de ciencia e intelectuales notables que la enriquecieron con sus aportes, y tres secciones más dedicadas a los cuatro lustros de la aparición del *Quijote* de Miguel de Cervantes, las colaboraciones de los miembros activos de la entidad y notas y reseñas de contenidos varios de tipo literario.

El número 122 pasa a formar parte de esa colección que jamás dejó de aparecer anualmente y trajo innovaciones, novedades del campo intelectual, testimonios de las nuevas corrientes literarias y eventos de relevancia nacional e internacional. Ponemos en las manos de los lectores esta edición, que a no dudarlo tendrá significativas repercusiones.

Escritura de Miguel de Cervantes

CERVANTES, SAHÚ DE LOS ROSALES

Primera parte
Homenaje a Don Quijote



Escritura de Miguel de Cervantes

Escritura de Miguel de Cervantes

Escritura de Miguel de Cervantes

Escritura de Miguel de Cervantes

Escritura de Miguel de Cervantes

Gustavo Alfredo Jácome

CERVANTES, SABIO DEL SIGLO XX

Miguel de Cervantes Saavedra es uno de los seis genios de la literatura universal por ser el autor de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*¹.

Una de las excelencias de la reconocida genialidad es la intuición cervantina de la congruencia existente entre el soma y la psique, sobre cuya base creó a los dos protagonistas, complementarios, de su obra inmortal: Don Quijote y Sancho Panza.

La crítica se ha reducido a identificarlos, en forma unívoca, como dos arquetipos antitéticos: Don Quijote, idealista; Sancho Panza, materialista.

Lo que los exegetas no han advertido es que Miguel de Cervantes Saavedra, con la creación de sus dos creaturas perfectamente delineadas en sus respectivos perfiles psicosomáticos, se adelantó trescientos y más años al científico alemán Ernst Kretschmer, profesor en la Universidad de Marburgo, quien, sobre la base de la intuición cervantina sistematizó la clasificación tiposomática de su nombre².

¿Cuál es la precursora intuición de Cervantes?

Leemos en la primera página de su obra la encarnación de su creatura, Don Quijote, el idealista:

"Frisaba la edad de nuestro hidalgo en los cincuenta años, era de complexión recia, seco de carnes y enjuto de rostro".

La descripción somática continúa a lo largo de la obra:

"Don Quijote es un hombre **alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo curva, de bigotes grandes, negros y caídos**".

II, Cap. XIV

"Así es la verdad -dijo Dorotea-, **Dijo más: que había de ser alto de cuerpo, seco de rostro...**".

I, Cap. XXX

"Le había hallado desnudo en camisa, **flaco, amarillo...**".

I, Cap. XXIX

"Admiróle la **grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro...**".

II, Cap. XVI

Autorretrato:

"Ni la **amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza, os podrá admirar de aquí adelante...**".

II, Cap. XVI

"Quedó Don Quijote, después de desarmado... **seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaban la una con la otra**".

II, Cap. XXXI

"Así como le vio, **tan alto y tan amarillo, con la colcha y con las vendas que lo desfiguraban, dio una gran voz...**".

II, Cap. XLVIII

"Era cosa de ver la figura de Don Quijote, **largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desarirado...**".

II, Cap. LxII

Hasta aquí, Cervantes.

Leamos lo que Ernt Krestchmer escribe en su obra antes indicada:

"Leptosomático. En este, cuyo caso extremo es el Asténico, predomina el hábito longitudinal. Da la impresión de un hombre alto y flaco que revela mayor estatura de la que en realidad tiene; la piel es apergaminada y pálida; los hombros estrechos, musculatura delgada, manos huesudas, tórax alargado, plano y estrecho; costillas visibles, vientre ligeramente cubierto de grasa, brazos enjutos. Más largo que pesado, contorno torácico mayor que el pelviano...".

La descripción krestchmeriana corresponde, exactamente, al leptosomático asténico Don Quijote de la Mancha.

Sancho Panza, pícnico

Con la misma sabia intuición con que creó a Don Quijote, Cervantes crea al segundo protagonista de su obra. Lo denomina con nombre y apellido premeditadamente descriptivos: Sancho Panza. Añade, a lo largo de la obra, varios disparos fotográficos. Los pobladores de la isla Barataria, lo curiosearon así:

"El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenía admirada a toda la gente...".

II, Cap. XLV

"Sancho Panza es aqueste en cuerpo chico...".

I versos prologales.

"Junto a él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro a su asno, a los pies del cual estaba otro rótulo que decía: Sancho Zancas, y debió de ser que tenía lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto, las zancas largas y por esto se le debió de poner nombre de Panza y Zancas, que con estos dos sobrenombres le llaman algunas veces la historia".

I, Cap. IX

"*Toda esa gordura y esa personilla no es otra cosa que un costal de refraes y de malicias*".

II, Cap. XLIII

"*Ni Sancho llevaba otro cuidado sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habían quedado; y que iba tras su amo... sacando de un costal y embaulando en su panza...*".

Estos los rasgos fisonómicos sanchopancescos con que Cervantes describe al escudero de Don Quijote. Coinciden, también exactamente, con uno de los tipos krestmerianos:

"*El pánico se caracteriza por el desarrollo de los diámetros transversales. La grasa tiende a acumularse en la pelvis. La cara es ancha, mucho hundida entre los hombros y sobre un cuello macizo, el vientre abombado, grasoso y sobresaliente. Los miembros son blandos, redondeados, sin relieve muscular ni óseo. Gran acumulo de grasa en el tronco. La talla pequeña. Cráneo redondo, la grasa forma papada bajo la barbilla. La impresión estética es simpática, agradable*".

Sin duda alguna, Krestchmer retrata a Sancho Panza.

Los temperamentos

Krestchmer define así el temperamento:

"*Es la actitud afectiva del individuo definida por dos factores esenciales: la sensibilidad y el impulso*".

Clasificación de los temperamentos

Transcribimos lo relativo a los dos arquetipos cervantinos:

"*Esquizotímicos hiperestésicos: Irritables, idealistas, vida intelectual delicada y exclusiva.*

"*Ciclotímicos sintónicos: realistas, prácticos, humoristas sin malicia*".

La transcripción que acabamos de leer nos induce a concluir que Ernt Krestchmer no hizo sino ubicar a Don Quijote entre los **esquizotímicos hiperestésicos**: irritables, idealistas, y a Sancho Panza entre los **ciclotímicos sintónicos**: realistas, prácticos, humoristas sin malicia, trescientos y más años después de la genial creación de los dos arquetipos cervantinos.

Don Quijote: esquizotímico hiperstésico irritable

He aquí las pruebas:

"... aunque su retrato (el de Dulcinea) nos muestre que es tuerta de un ojo y que del otro le mana bermellón y piedra azufre, con todo eso, por complacer a vuestra merced, diremos en su favor todo lo que quisiere.

-No le mana, canalla infame- respondió Don Quijote encendido en cólera-, no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones..."

I, Cap. IV

"...y porque castigo su descuido, o bellaquería, dice que los hago de miserable, por no pagarle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente.

-¿Miente delante de mi, ruin villano?- dijo Don Quijote- ¡Por el sol que nos alumbra que estoy por pasaros de parte a parte con mi lanza!"

I, Cap. IV

"...pero pensar que hemos de volver a las ollas de Egipto, a tomar nuestra cadena, y a ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aún no son las diez del día, y es pedir a nosotros eso como pedir peras al olmo.

-Pues voto a tal- dijo Don Quijote, ya puesto en cólera-, don hijo de la puta, don Ginesillo de Peropillo, o como os llamáis, que habéis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena a cuestras".

I, Cap. XXI

“...Pero al cabo de un buen espacio, Cardenio levantó la cabeza y dijo:

-No se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé a entender otra cosa, y sería un majadero el que lo contrario entendiese o creyere, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba amancebado con la reina Madásima.

-Eso no, ¡voto a tal!- respondió con mucha cólera Don Quijote, y arrojóle, como tenía de costumbre-, y esa es una muy gran malicia o bellaquería por mejor decir; la reina Madásima fue muy principal señora y no se ha de amancebar con un sacapotras; y quien lo contrario entendiere, miente como un gran bellaco...”.

I, Cap. XXIV

“Los primeros que se detuvieron fueron los que la imagen llevaban; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las letanías, viendo la extraña catadura de Don Quijote, la flaqueza de Rocinante y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en Don Quijote, le respondió diciendo:

Señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes y no podemos ni es razón que nos detengamos a oír cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga.

-En una lo diré- replicó Don Quijote-, y es esta: que luego al punto dejéis libre a esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la lleváis contra su voluntad y que algún notorio desaguizado le habedes fecho, y yo, que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase sin darle la deseada libertad que merece.

En estas razones, cayeron todos lo que las oyeron que Don Quijote debía de ser algún hombre loco, y tomáronse a reír muy de gana; cuya risa fue poner pólvora a la cólera de Don Quijote, porque, sin decir más palabra, sacando la espada arremetió a las andas”.

I, Cap. LII

"El eclesiástico, que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta que aquel debía de ser Don Quijote de la Mancha, cuya historia leía el duque de ordinario, y él se lo había reprehendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates; y enterándose ser verdad de lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el duque, le dijo:

-Vuestra excelencia, señor mío, tiene que dar cuenta a nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este Don Quijote o don Tonto, ó como se llama, imagino yo que no debe ser tan mentecato como vuestra excelencia quiere que sea, dándole ocasiones a la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades.

Y volviendo la plática a Don Quijote, le dijo:

-Y a vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante y que vencéis gigantes y prendéis malandrines? Andad en hora buena, y en tal se os diga: volveos a nuestra casa, y criad vuestros hijos, si los tenéis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo, papando viento y dando que reír a cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde, nora tal habéis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, o malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la catterva de las simplicidades que de vos se cuentan?

Atento estuvo Don Quijote a las razones de aquel venerable varón, y viendo que ya callaba, sin guardar respeto a los duques, con semblante airado y alborado rostro, se puso en pie, y dijo...

Levantado, pues, en pie Don Quijote, temblando de los pies a la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua, dijo:

-El lugar en donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa; tienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuesa merced, de quien se debía esperar antes buenos consejos que infames vituperios. Las reprehensiones santas y bien intencio-

nadas otras circunstancias requieren y otros puntos piden a lo menos, el haberme reprehendido en público y tan ásperamente ha pasado todos los límites de la buena reprehensión, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza, y no es bien sin tener conocimiento del pecado que se reprehende llamar al pecador, sin más ni más, mentecato y tonto. Si no, dígame vuesa merced: ¿por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera y me manda que me vaya a mi casa a tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo o no los tengo?”

II, Cap. XXXII

¿Don Quijote es un idealista?

El segundo rasgo temperamental que Ernt Krestchmer atribuye al esquizotímico hiperestésico es el de ser “idealista”.

¿Es, en verdad, Don Quijote un idealista? La opinión de todos los tiempos, en actitud unívoca, ha eternizado a nuestro hidalgo como el integérrimo idealista a través de todos los episodios de la novela cervantina. Se entiende, sin referencia filosófica alguna.

Evoquemos a nuestro idealista en su actitud de platónico enamorado. Estos los antecedentes:

“Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso... se daba a leer libros de caballería... se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio, y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio... En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama...”.

“Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse, porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma. Decíase él a sí:

Si yo, por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante... y le derribo de un encuentro, o le parto por la mitad del cuerpo, o, finalmente, le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: “Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Marindrania, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante”? ¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero... y más cuando halló a quien dar nombre a su dama. Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dio cata de ello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos, y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarle *Dulcinea del Toboso*”.

I, Cap. 1

Capítulos adelante, en el XXV, Don Quijote, en platónica referencia a su *Dulcinea*, le cuenta a Sancho:

“... no la he visto cuatro veces, y aún podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba; tal es el recato y encerramiento con que su padre, Lorenzo Corchuelo, y su madre, Aldonza Nogales, la han criado.

-¡Ta, ta!- dijo Sancho-. Que la hija de Lorenzo Corchuelo ¿es la señora *Dulcinea del Toboso*, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?

-Esa es- dijo Don Quijote-, y es la que merece ser señora de todo el universo”.

Entonces Sancho, que la conocía porque la había mirado “con los ojos de la carne”³, comenzó a describirla:

“-Bien la conozco –dijo Sancho-, y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzudo de todo el pueblo. ¡Vive el Dador⁴, que es moza de chapa,⁵ hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante, o por andar, que la tuviese por señora! ¡Oh hideputa, qué rejo que tiene, y qué voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario de la aldea a llamar a unos zagales suyos... y aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre...”.

I, Cap. XXV

Los improprios sanchopancescos prosiguen en retahíla.

Y pasamos a otros datos acerca de Aldonza Lorenzo, olfateados cuando Sancho retornó de cumplir la entrega de la carta que se iniciaba: “Soberana y alta señora:”, y terminaba: “Tuyo hasta la muerte. El Caballero de la Triste Figura”.

Don Quijote, en su anhelo de escuchar de la boca de Sancho algún detalle de la persona de su dulce Dulcinea, le insinúa:

“Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto a ella, ¿no sentiste un olor sabeo⁶, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno, que yo no acierto a darte nombre?...”

-Lo que sé decir –dijo Sancho-, es que sentí un olorcillo algo hombruno; y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa.

-No sería eso, respondió Don Quijote-, si no que tú debías de estar romadizado, o te debiste de oler a ti mismo; porque yo sé bien a lo que huele aquella rosa entre espumas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído.

-Todo puede ser –respondió Sancho-, que muchas veces sale de mí aquel olor que entonces me pareció que salía de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse, que un diablo parece a otro.”.

I, Cap. XXXI

Hasta aquí, Aldonza Lorenzo vista con “los ojos de la carne” de Sancho Panza...

Leamos una de las tantas descripciones de la misma Aldonza Lorenzo, pero a través de los ojos alucinados de Don Quijote:

“Su nombre es Dulcinea; su patria, el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad, por lo menos, ha de ser de princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de bellezas que los poetas dan a sus damas: que sus cabellos son oro, su frente elíseos, su cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que solo la discreta consideración puede encarecerlas, y no compararlas”.

I, Cap. XIII

Esto es el quijotismo, escuela filosófica eternizada por “el jamás como se debe alabado Don Quijote de la Mancha”. Y esta una de sus entelequias: la transverberación de la terrena realidad de Aldonza Lorenzo en una quimérica mujer. Y, luego, enamorarse de su propia criatura, quijotesicamente.

Un nuevo capítulo del quijotismo como filosofía

En el capítulo XI de la primera parte, Cervantes narra “De lo que le sucedió a Don Quijote con unos cabreros”, quienes convidaron a él y a Sancho a la cena de esa noche.

“Después que Don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano y, mirándolas atentamente, soltó la voz a semejantes razones:

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el aro, que en esta muestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella sana edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y arrancarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto.

... Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forzada, ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían”.

Cuando el hombre se volvió sedentario, comenzó el apoderamiento de la tierra y se inauguró “lo tuyo y lo mío”.

Don Quijote prosigue:

“... La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había asentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar, ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad, andaban por dondequiera, sola y señora... Y agora, en nuestros detestables siglos, no está segura ninguna... Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia...”.

Hasta aquí el lúcido Don Quijote. Prosigue el alucinado:

“...y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y soco-

rrer a los huérfanos y a los menesterosos. De esta orden soy yo, hermanos cabreros...".

I, Cap. XI

He aquí a un Don Quijote lúcido alucinado. En cuanto lúcido, ha evocado, exaltándola, la "dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados,... porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío".

Verdaderamente, a quien le dolía la injusta vigencia de tuyo y mío era al pobrete recaudador de alcabalas; al dos veces excomulgado por los eclesiásticos tocados por el comisariete en lo más caro⁷ y profano reino terrenal; al deudor cuatro veces encarcelado. Precisamente, en la cárcel de Sevilla, "engendró" su obra inmortal:

"Y así, ¿qué podrá engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos vanos y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo ruido hace su habitación?⁸".

Prólogo a la primera parte

La pobreza de Don Quijote es la transferida pobreza de Cervantes. Cuando escribe sobre la escena en la casa de los duques y describe que se le soltaron "hasta dos docenas de puntos de una media" de Don Quijote, pone en boca del moro Cide Hamite Benengeli esta conmovida exclamación: "¡Oh, pobreza, pobreza!...¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos más que con la otra gente?⁹".

Cervantes se conduele de su propia pobreza.

Discurso tan alto como enjundioso, el dirigido a los cabreros mientras se hartaban de sus intonsas bellotas, es un acto noble y generoso que define el quijotismo como filosofía.

Otro argumento de quijotismos como filosofía

El título del capítulo XXII de la primera parte es un claro anuncio de la heroica actitud del caballero andante: "De la libertad que dio Don Quijote a muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir."

Sancho Panza, con sus ojos que miraban siempre la realidad, advirtió: "Esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va a las galenas."

La reacción de Don Quijote fue inmediata, con un interrogatorio inquisitivo: "¿Cómo gente forzada? ¿Es posible que el rey haga fuerza a ninguna gente?"

La forma interrogativa de su inmediata reacción es un indignado rechazo de caballero andante. Equivale a: ¡Cómo puede haber gente forzada! ¡Es imposible, aunque sea el mismísimo rey, que haga fuerza a ninguna gente!

Sancho Panza, por segunda vez, rectifica y conduce a Don Quijote hacia la realidad: "No digo eso –respondió Sancho-, sino que es gente que por sus delitos va condenada a servir al rey en las galeras, de por fuerza.

-En resolución- replicó Don Quijote-, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, y no de su voluntad.

-Así es- dijo Sancho.

Pues de esa manera –dijo su amo-, aquí encaja la ejecución de mi oficio: desfacer fuerzas y socorrer y acudir a los miserables".

Y el de por vida realista, Sancho Panza, advierte a su amo:

"Advierta vuestra merced –dijo Sancho-, en que la justicia, que es el mismo rey, no hace fuerza ni agravio a semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos".

Cervantes continúa su relato: "...Llegó, en esto, la cadena de los galeotes, y Don Quijote, con muy corteses razones, pidió a los que iban en su guarda fueron servidos de informalle y decirle la causa o causas porque llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de a caballo respondió que eran galeotos, gente de Su Majestad, que iba a galeras, y que no había más que decir, ni él tenía más que saber.

Con todo esto –replicó Don Quijote–, querría saber de cada uno, ellos en particular la causa de su desgracia”.

El Caballero de la Triste Figura interrogó a los galeotes y escuchó de ellos sus alegatos, cada uno en su jerga. Cervantes continúa:

“De todo cuanto me habéis dicho, hermanos cristianos, he sacado en limpio que, aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais a padecer no os dan mucho gusto, y que vais a ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad... Todo lo cual me representa a mí en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aún forzando que muestre con vosotros el afecto para que el Cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la orden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer a los menesterosos y oprimidos de los mayores... quiero rogar a estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz... porque me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres... Y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres...

–¡Donosa majadería!– respondió el comisario–,... y no ande buscando tres pies al gato.

–¡Vos sois el gato, y el rato (ratón) y el bellaco!– respondió Don Quijote.

Y, diciendo y haciendo, acometió con él tan presto que, sin que tuviere lugar de ponerse en defensa, dio con él en el suelo, maltrecho de una lanzada...”.

Fue el comienzo de la liberación de los galeotes. Leamos a Cervantes:

"Ayudó Sancho" –quijotizado, añadimos nosotros-, por su parte, a la soltura de Ginés de Pasamonte, que fue el primero que salió en la campaña libre y desembarazado, y, arremetiendo al comisario caído, le quitó la espada y la escopeta... Entristecióse Sancho deste suceso... (Sancho retornó a ser Sancho, comentamos), porque se le representó que los que iban huyendo habían de dar noticia del caso a la Santa Hermandad, la cual, a campana herida saldría a buscar los delincuentes."

Cumplida la hazaña Don Quijote invocó ante sus liberados uno de los preceptos de la andante caballería:

"...Ya habéis visto, señores, con manifiesta experiencia, el que de mí habéis recibido; en pago del cual querría, y es mi voluntad, que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongáis en camino y vais a la ciudad del Toboso y le digáis que su caballero de la Triste Figura se le envía a encomendar, y le contéis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta ponerlos en la deseada libertad, y hecho esto, os podréis ir donde quisiéredes, a la buena aventura.

Respondió por todos Ginés de Pasamontes, y dijo: Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo porque... pensar que hemos de volver... a tomar nuestra cadena, y a ponernos en camino del Toboso, es pensar que ahora es de noche, que aún no son las diez del día, y es pedir a nosotros eso como pedir peras al olmo.

-Pues- ¡Voto a tal!- dijo Don Quijote, ya puesto en cólera-, don hijo de la puta, don Ginesilio de Piropillo o como os llamáis, que habéis de ir vas solo, rabo entre piernas, con toda la cadena a cuestras".

Prosigue Cervantes:

"Pasamontes, que no era nada bien sufrido, estando ya enterado que Don Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate había cometido como el de querer darles libertad, viéndose tratar de aquella manera, hizo del ojo a los compañeros, y apartándose aparte, comenzaron a llover tantas piedras sobre Don Quijote que no se daba manos a cubrirse con la rodela..."

A continuación, Cervantes utiliza, precursoramente, un recurso que la actual estilística denomina **desplazamiento de sujeto** que, en este caso, consiste en poner en cabeza del **jumento** lo que pensaba y hacía Don Quijote, y así, escribe:

“Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y Don Quijote; el **jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aún no había cesado la borrasca de las piedras que le perseguían los oídos**; Rocinante tendido junto a su amo, que tendido vino al suelo de otra pedrada; Sancho en pelota, y temeroso de la Santa Hermandad; **Don Quijote, mohinísimo de verse tan mal parado por los mismo a quien tanto bien había hecho**”.

“El invencible caballero de los vencimientos” prosiguió adelante quijotesca, deshaciendo entuertos y socorriendo a los menesterosos. Esta singularidad es una de las configuraciones del quijotismo como filosofía.

El Libertador Simón Bolívar, Sol en ocaso en la quinta San Pedro Alejandrino, en referencia a los galeotes de todos los tiempos, sentenció, lapidariamente: “En el mundo, tres hemos sido los grandes majaderos: Jesucristo, Don Quijote y yo”.

Sancho Panza: su perfil temperamental

Cervantes confirma su sabia intuición: la congruencia entre el soma y la psique al encasillar al pícnico Sancho Panza dentro de su correspondiente perfil temperamental. Lo hace mediante tres epítetos descriptivos con que Sancho Panza se identifica al responder a un requerimiento de su amo:

“Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado...”.

I, Cap. XXV

Cervantes ratifica su científica intuición en uno de los iniciales capítulos de la primera parte:

"... el ventero, que por ser un hombre muy gordo, era pacífico...".

Krestchmer, al atribuir las características temperamentales al por él denominado *ciclotímico*, no hace otra cosa que describir al bueno de Sancho Panza: "Realista, tranquilo, humorista sin malicia".

Sancho Panza, ¿"humorista sin malicia"? Según Freud, en su obra *El chiste y su relación con lo inconsciente*, el escudero no sería ni un "cómico" ni un "humorista".

Cervantes, el creador de los dos arquetipos, responde a nuestra pregunta. Lo hace a través de la duquesa y el duque. Primero Don Quijote:

"Vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero más hablador ni más gracioso del que yo tengo: y él me sacará verdadero, si algunos días quisiere vuestra gran celsitud servirse de mí.

A lo que respondió la duquesa:

-De que Sancho, el bueno sea gracioso lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto; que las gracias y los donaires, señor Don Quijote, como vuesa merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes; y pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto.

-Y hablador-, añadió Don Quijote.

-Tanto que mejor- dijo el duque; porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras".

II, Cap. XXX

Don Quijote interrumpe a los duques para motejar a Sancho: "Y hablador". La insistencia de Don Quijote, insistencia es de Cervantes. De este modo, Sancho Panza sería el *hablador* en el Quijote, lo que el *charlatán* Polonio, en Hamlet.

Cervantes, por su cuenta reivindica también a Sancho Panza, al describirse este por dentro, en diálogo con la duquesa.

"... si yo fuera discreto, días ha que había de haber dejado a mi amo. Pero ésta fue mi suerte y ésta mi malandanza; no puedo más; seguirle tengo: somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, díome sus pollinos y, sobre todo, yo soy fiel; y así, es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y el azadón...".

II, Cap. XXXIII

"...y, sobre todo, yo soy fiel...".

Fidelidad que origen tiene en la nobleza de espíritu y en la autenticidad del hombre del pueblo, del que habla con la sabiduría del pueblo sintetizada en los refranes, en los decires de arcaica cepa popular.

Insistimos en la pregunta: Sancho, ¿humorista?

Según Freud, en su obra antes citada, las "gracias y donaires" de Sancho serían **chistes de la palabra**¹⁰, no de gestos y ademanes cómicos. Esta, "la palabra", desencadena la risa, aparece para el lector inesperadamente, de súbito, que es la técnica premeditada. Transcribimos, tomados al acaso, dos ejemplos:

"Sucedio, pues, que a Rocinante le vino un deseo de refocilarse con las señoras facas, y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia a su dueño, **tomó un trocico algo picadillo** y se fue a comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que, a lo que pareció, debían de tener más gana de pacer que de él, recibieronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera que a poco espacio se les rompieron las cinchas, y quedó sin silla, **en pelota**. Pero lo que él debió más de sentir fue que, viendo los arrieros la fuerza que a sus yeguas se les hacía, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron malparado en el suelo...".

Comenta Sancho: "Jamás tal creí de Rocinante; que le tenía por **persona casta y tan pacífica como yo**".

I, Cap. XV

Nuevamente, Sancho, a la duquesa:

"...y si vuestra altanería no quisiere que se dé el prometido gobierno, de menos me hizo Dios...".

II, Cap. XXXIII

Mas, luego del acertado reconocimiento de la gracia y el donaire en Sancho, el duque y la duquesa –al fin tan solamente eran ejemplares de una nobleza de papel-, convirtieron a sus huéspedes –“el huésped es sagrado”-, en hazmerreír con la grosera aventura del caballo Clavileño.

El humorista

Según la clasificación freudiana, en la obra *El chiste y su relación con lo inconsciente*, Cervantes sería un humorista, en el Quijote. Y este fue su propósito consciente. Nos lo revela en el Prólogo correspondiente a la primera parte. Según Cervantes, un amigo novelesco le aconseja:

“Procurad también que leyendo vuestra historia el melancólico se muera de risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie ni el prudente deje de alabarla”.

Y añade, casi al final del Prólogo:

“...quiero que me agradezcas –le dice al lector-, el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, a mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles...”.

¿Cuál la psicogénesis del “humor” en Cervantes? Retornamos a Freud y su citada obra, *El chiste y su relación con lo inconsciente*. Leemos en la página 203:

“...Actúa como el más enérgico estímulo para la elaboración del chiste la existencia de diversas tendencias que se extiendan hasta lo inconsciente y representa una especial aptitud para la producción chistosa, constituyendo al mismo tiempo una explicación de que las condiciones subjetivas del chiste aparezcan ampliadas con tan gran frecuen-

cia en personas neuróticas. Bajo la influencia de enérgicas tendencias, puede convertirse en chistoso el sujeto antes inepto para el chiste”.

¿Fue Cervantes uno de estos “neuróticos”? De ser así, ¿cuál es el origen de su neurosis?

Revisemos, a grandes rasgos, la biografía del gran escritor desde su nacimiento, 1547, hasta casi sesentón, 1605, año de la aparición de la primera parte de *El ingenioso hidalgo*: nació en un hogar pobre: su padre, Rodrigo de Cervantes, ejercía de cirujano; su madre, Leonor de Cortinas, trabajaba a fin de ayudar el presupuesto familiar: siete hijos, Miguel fue el cuarto hijo.

La pobreza de su familia le impidió tener acceso a estudios universitarios. Pero fue asiduo lector, “aunque sea de los papeles rotos de las calles”, según sus propias palabras. Fue “nuestro caro y amado discípulo”, se enorgulleció Juan López de Hoyos, maestro de gramática, en Madrid.

En 1569, viaja a Italia integrando el séquito del futuro Cardenal Acquaviva, de quien fue su criado. Años después, Cervantes se alista como soldado en la flota cristiana al mando de don Juan de Austria.

El 7 de octubre de 1571, a pesar de estar enfermo febril, toma parte en la batalla de Lepanto contra el Turco, “la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros”, se jacta el ‘Manco de Lepanto’.

El 26 de septiembre de 1575, la galera en la que regresaba a España es apresada por corsarios turcos, y Cervantes, su hermano Rodrigo y otros son llevados prisioneros a Argel. El cautiverio es así descrito por el mismo Cervantes:

“Y aunque el hambre y desnudez pudieran fatigarnos a veces... ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y ver a cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada día ahorcaba el suyo, empalaba a éste, desorejaba aquel...”.

Cuatro intentos de fuga preparados por Cervantes fueron frustrados por traidores. Tras cinco años de este cruel cautiverio, y cuando

Cervantes, ya encadenado, era llevado a una Constantinopla sin retorno, fue rescatado por unos padres trinitarios.

Ya en Madrid, le fue negado un anhelado cargo en las Américas.

Entonces inicia su proyectado oficio de escritor. Escribió la *Galatea* y, febrilmente, unas veinte comedias. Mas, fue eclipsado por el "monstruo de la naturaleza", Lope de Vega.

Comienza, ya cuarentón, a desfilar por empleos miseros y vergonzantes de los que salía a la cárcel, por deudas —cuatro veces—, o era víctima de dos excomuniones por cobrar impuestos a comunidades de cristeros terrenales.

En una de esas cárceles —la de Sevilla—, concibió el Quijote. La cárcel es así descrita por otro encarcelado, Mateo Alemán:¹¹

"Ella es paradero de necios, escarmiento forzoso, arrepentimiento tardo, prueba de amigos, venganza de enemigos...infierno breve, muerte larga, puesto de suspiros, valle de lágrimas, casa de locos...".

La pobreza de todos los días, de todos los años, sempiterna, debió lacerar el alma de Cervantes hasta la angustia. Y esta, la angustia, es una de las neurosis, según Freud.

Alfredo Adler, tras señalar los "errores" freudianos, escribe en su obra *El sentido de la vida*: "Nuestra Psicología del Individuo se coloca decididamente en el terreno de la evolución y a la luz de la misma, considera todo anhelo humano, como una tendencia hacia la perfección".

Esta "tendencia hacia la perfección" es también denominada por Adler "protesta varonil", con la que el "menorválido" se compensa de su complejo.

Cervantes, acomplejado por el torcedor de su pobreza, ¿trató, consciente o inconscientemente, de compensarse mediante su preconcebido humorismo en el Quijote? Sería la explicación adleriana.

En esta apretadísima referencia a las psicologías profundas, citamos también a Otto Ruhle y su obra *El alma del niño proletario*. Este, el

niño proletario, ocuparía, primeramente por proletario, y también por niño, la última posición en un mundo estratificado en clases sociales cerradas inamovibles. (Dante Alighieri trasladó la inmovilidad de las clases sociales de la Edad Media a los círculos infernales de su *Divina Comedia*).

Cervantes, proletario siglos antes de Marx y Engels, denunció que el pobre era ya en su tiempo un “menorválido” social:

“En ese tiempo solicitó Don Quijote a un labrador suyo, hombre de bien, si es que este título se puede dar al que es pobre...”.

I, Cap. VI

La decisión de escribir, en la cárcel, el *Quijote*, fue una decisión desesperada. Y una de las aventuras quijotescas, la más aventurada: Cervantes, como escritor, era, en ese momento, un desconocido y, además, frisaba casi los sesenta años: para la época, un anciano.

¿Cuánto tiempo demoró en escribir la primera parte? Lo cierto es que en el año 1605, de acuerdo con lo que acostumbraban los escritores de entonces, buscó el padrinazgo de un noble. Dio con uno: Marqués de Gibraleón, Conde de Benalcázar y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcocer, Señor de las Villas de Capilla, Curiel y Burguillos.

Este noble, que a fuerza de títulos se iba quedando sin nombre, se llamaba Duque de Béjar, quien vejó al autor de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* porque el autor era pobre. Se negó a acoger la humilde solicitud de protección para su obra.

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha tuvo inusitada acogida. Seis ediciones en el primer año. Miguel de Cervantes Saavedra había entrado en la gloria.

Advino, luego, lo del falso *Quijote* de Avellaneda. Diez años tardó la aparición de la segunda parte. Cervantes, desposado por siempre con la pobreza, recae en el pedido de protección para la segunda parte del *Quijote*. Esta vez fue al conde de Lemos. He aquí la patética epístola fechada en Madrid, el 19 de abril de 1616:

"Aquellas coplas antiguas, que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan: 'Puesto ya el pie en el estribo', quisiera yo que vinieran tan a pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran Señor, ésta te escribo.

Ayer me dieron la extremaunción, y hoy escribo ésta; el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera ponerle coto hasta besar los pies a vuestra excelencia; que podría ser fuese tanto el contento de ver a vuestra excelencia bueno en España, que me volviese a dar la vida. Pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y, por lo menos, sepa vuestra excelencia este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle...".

"¡Oh pobreza, pobreza!... ¿Por qué te estrellas contra los hidalgos" y bien dotados y los precipitas a la abyección?

Cuatro días después de enviada la epístola, el 23 de abril de 1616, murió en Madrid Miguel de Cervantes Saavedra.

Con su muerte se inició su inmortalidad.

Notas

- 1 Los otros son Homero, Virgilio, Dante Alighieri, Shakespeare, Goethe.
- 2 Sus obras: *Constitución y carácter*, 1921; *Genio y figura*, Revista de Occidente, Madrid, 1923; *Körperbau und Charakter*, J. Springer, Berlín, 1923; *Manual Technique et pratique de Psychologie Medicate*, Payot, París, 1927.
- 3 Don Miguel de Unamuno, *La Vida de Don Quijote y Sancho*.
- 4 Dios.
- 5 Robusta y esforzada.
- 6 Natural de Saba.
- 7 De alto precio y de amar.
- 8 Prólogo a *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.
- 9 II, cap. 44.
- 10 Obra citada, pág. 143.
- 11 Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*.

José Alfredo Llerena

LOS EVANGELIOS DE DON QUIJOTE

Publicaciones del Grupo América

Don Quijote y Sancho, los principales protagonistas de la obra de Cervantes, han sido estudiados desde todos los aspectos. Es posible que ya nada nuevo se pueda enunciar acerca de ellos. Deberíamos, sin embargo, acentuar que *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* es un libro identificado con la sustancia misma, con la sangre de la cultura occidental. Como el *Ramayana* es un libro propio de la cultura de Oriente y *Las Mil y Una Noches* lo es del pueblo árabe, de la misma manera las aventuras de Don Quijote son una obra propia de los pueblos occidentales. Sus raíces van hacia nuestra cultura más hondo que la *Divina Comedia*. En *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* hay más claridad y espontaneidad de pensamiento que en el *Fausto* de Goethe, siendo como éste una suma de sabiduría universal. Muchos de los asuntos teológicos de la *Divina Comedia* son ya hojas muertas. En cambio, lo que en *El Quijote* se trata como doctrina, como filosofía, es actual, eterno.

Esta obra de Cervantes es un código de moral, un tratado de estética, un crisol de filosofía. Pero, ante todo, es el más completo y el último de los libros de asuntos caballerescos. Un código, también, que contiene todo lo que la caballería fue y significó para el mundo. Si hubiese sido escrito un siglo antes, Don Quijote habría sido un caballero sin aspecto ridículo alguno. Pero, al tiempo en que vivió Cervantes, ya

la caballería andante había perdido su cuerpo material y dejado al mundo solamente la herencia de su espíritu.

La técnica de *El Quijote* es de tal naturaleza que al protagonista, al ingenioso Hidalgo, se le hace pasar y vivir por todos los momentos de la caballería. De suerte que esta circunstancia permite al autor tratar, a través de la viveza del relato, de todos los aspectos que se refieren a la orden caballeresca.

La caballería andante, hemos de reconocerlo, es algo de lo que más define y caracteriza a nuestra cultura de Occidente. Ella es, a la vez, el punto más emotivo y vital de la religión cristiana.

Después de la caída del Imperio Romano y cuando oleadas de invasores se extendieron por toda Europa, fueron borradas las nacionalidades. Las monarquías se derrumbaron y sólo quedaron pequeños principados. Soldados errantes quedaron por los campos de Europa, con la nostalgia de una autoridad, con el deseo de servir a alguien. Y naturalmente, se hicieron hombres fuertes y sin ley, asaltantes de caminos, y en general, aventureros. Les nació la profesión de la aventura. Pero, entonces, es preciso considerar un acontecimiento paralelo y de trascendental importancia espiritual. El Imperio Romano había caído no sólo por las invasiones, por la desorganización, por el lujo y el vicio, sino por la fuerza revolucionaria del cristianismo. Fuerza espiritual que se había refugiado bajo la tierra, en el fondo de las catacumbas; que había escapado a las persecuciones de los emperadores y que se había extendido por todas las colonias del Imperio Romano. En ella encontraron los caballeros armados un refugio. Por fin asomaba algo que les apartase del camino de fechorías al que se habían dedicado por no haber tenido en que emplear sus energías, por no haber fronteras, por estar el mundo libre, como recién formándose. El caballero se bautizó. Y desde entonces fue el agente más activo y más noble que ha tenido la religión de Cristo. El caballero organizó la más grande aventura de jinetes de la Europa, que fue la de la Gran Cruzada. Y como al tiempo en que el cristianismo se extendía doctrinaria y sentimentalmente, surgió también la religión mahometana y la cultura de los árabes y cuando estos dos factores quisieron abarcar hasta Europa, ya estuvieron los caballeros cristianos perfectamente hechos, en materia y espíritu, y ellos de-

tuvieron a los islámicos. Fue una lucha de casi mil años. De no haber sido por la caballería cristiana, los mahometanos habrían ahogado en sangre la Europa y habrían borrado quizás definitivamente la religión de Cristo. A los caballeros se debe la supervivencia de esta religión tan creadora que ha poblado de los más espléndidos templos los Continentes, que ha difundido una moral noble, que ha creado varias literaturas y que ha sido una de las fecundas semillas en las artes plásticas. Es decir, la cultura nuestra es cristiana y quien la ha defendido con su sangre, a través de una edad histórica, ha sido el caballero. Los muros de los templos están hechos con los huesos de los héroes cristianos. *El Quijote* está compuesto como para demostrar que el contenido de esta cultura cristiana en toda su nobleza, no se ha aplicado todavía totalmente en el mundo. El caballero cristiano toma por su cuenta la aplicación de la justicia y en vez de tener leyes escritas por las cuales guiarse, prefirió que los principios de la orden de caballería penetrasen en su sangre. Estaban, pues, unidos, en el caballero el principio doctrinario de la justicia y la fuerza que hace cumplir. Pero, al tiempo en que *El Quijote* fue escrito, ya en plena conformación del Renacimiento, estos dos elementos volvieron a desunirse. Nuevamente se crearon grandes países y se constituyeron monarquías y el individuo, aún cuando humanista, razonador, analítico a la manera de los griegos, estaba en calidad de un mínimo sumando en la nueva organización colectivista del mundo. La monarquía supone colectivismo fuerte; cada cual se esfuerza, por sí o de mal grado, pero para servir a un todo. Este respaldo moral que tan firmemente se sentía en España llevó a esta nación a conquistar el mundo en tal manera que el sol no se ponía en los dominios de Carlos V. La caballería andante había quedado sólo como tesis, como herencia del espíritu, pero como realidad material ya era nada. Don Quijote quiere revivirla, cree que la revive, se imagina que triunfa, que se impone; pero el mundo ha cambiado. Han triunfado en verdad las cobardes y viles criaturas, la baja canalla, la gente soez. Pero esta no aceptación de los principios caballerescos que chocan con la realidad de la vida, con la ignorancia de las gentes, que son un veneno de hilaridad, sirve para que aquellos resalten más. Don Quijote, heredero directo del alma de Amadís de Gaula, observa todos los principios de la orden universal a la que pertenece protege a los humildes, como en el caso del criadito a quien su patrón fustiga amarrándolo a un árbol, en vez de

pagarle los salarios que ha reclamado; no conoce el miedo y es capaz de hacer frente a un ejército de gigantes, aún cuando se halle encantado en forma de una serie de molinos de viento; pone en libertad a los cautivos, aún cuando éstos que han sido unos facinerosos, estropeen a su libertador; es severo en sus costumbres, pues casi nunca se ocupa de tomar alimento, del mismo modo que los caballeros que pasaban hambres, haciendo penitencia en las florestas, alimentados únicamente con el recuerdo de sus ausentes amadas; castiga al cuerpo en beneficio del alma, exactamente como los ejemplares caballeros cuyas vidas sabe de memoria, como el famoso Beltenebros. Es cortés con las damas, y en efecto, tiene un galante y florido lenguaje. Y sobre todo, observa aquel principio que aún ahora se exige, invocando al caballero, aquel principio de la palabra prometida que ha de cumplirse. A toda costa, dejando de lado toda tentación, Don Quijote quiere hacer justicia a la princesa Micomicona, pero desde luego no quiere aceptar ni la posibilidad de que ella llegue a ser su esposa. Eso habría significado una mancha en la fidelidad que guarda para su Dulcinea del Toboso.

Pero, al mismo tiempo que Cervantes hace una exposición viviente de los principios de la caballería, por medio de las actuaciones de su Don Quijote y de su escudero, Sancho Panza, logra envolver a sus protagonistas en el ambiente de encanto y misterio del medioevo, otra de las características que no faltan en los libros de caballería. Castillos, princesas encantadas, gigantes y enanos, la transformación de los seres en otros por efecto de sortilegios. Es decir, ofrece en su inmortal obra todo lo inexplicable y providencial de la Edad Media. El misterio que parecía vivir en los castillos, a la manera de su natural atmósfera. Don Quijote, como modelo de caballero exalta el amor idealizado. Defiende eso que antes se llamaba amor eterno, platónico, en cualquiera de las historias sentimentales que están incrustadas en *El Quijote*, como el caso de la pastora Marcela; en el de Zoraida, quien llega a renegar de la religión de su raza, a abandonar a su padre y a los hombres de su mismo pueblo, por el cristianismo y por el amor. Por ese amor que tenía, en su concepción, el requisito indispensable, el supuesto de la indestructibilidad. Don Quijote representa la teoría de que es más bella la mujer distante. Más amada. Así es Dulcinea. Y cuando Sancho le dice que Dulcinea no es sino una labradora, cuando le objetan que es tosca y campesina, Don Quijote contesta que para los demás será lo que

quiera, que lo que hace para él es la criatura más hermosa del mundo, criatura de la cual es él un eterno cautivo y por la que hace penitencia, imitando a Belzebub.

Hemos dicho que *El Quijote* es un libro propio de nuestra cultura, de la occidental, porque además es un tratado de política. De la buena política. De la que consideramos recta, no maquiavélica; de aquella en que el gobernante no necesita participar de las cualidades del león y de la zorra, como aconsejó Maquiavelo. En los consejos que Don Quijote ofrece a Sancho no se admite la posibilidad de un arte hipócrita para gobernar. Don Quijote proporciona a Sancho una noble ciencia política para que dirija los destinos de la insula Barataria. Y le dice que ha de ser indispensable que se conozca a sí mismo, siendo esto lo más difícil que pueda imaginarse, pero de lo cual depende que no se hinche como la rana que quiso igualarse con el buey. Le indica que ha de hacer gala de la humildad de su linaje y que la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale. ¿No es verdad que estos consejos pueden ser dados hoy mismo a todos los que manejan alguna insula? ¿No es verdad que hay tal limpieza de conceptos en esta manera de pensar que a la memoria vienen las ideas socráticas, las típicas ideas occidentales sobre la conducta del hombre culto e inteligente frente a la conducta del ignorante? Si la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale, no es verdad que esto entraña la tesis de que la virtud, el bien, se aprenden, se ganan con el cultivo de la inteligencia; esto es precisamente lo que Sócrates había predicado. La ignorancia es el mal. Y el bien puede alcanzarse por la vía del conocimiento.

¿Por qué los pensamientos que Don Quijote emite sobre la justicia y la política son tan actuales? Será porque tienen esa misma eternidad de los Evangelios. Son claros por sí mismos, no requieren de demostración. Véase este consejo: "Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia". ¿Puede predicarse con más pureza la honradez? Es la dádiva la que siempre inclina la vara de la justicia. El juez que obra con misericordia asoma muy rara ocasión, en los siglos: asomó allá, en el siglo primero de la cristiana edad, cuando Jesús, defendiendo a la adúltera, preguntó quién tiraría la primera piedra; cuando pidió que dejaran que los niños fuesen a él. Ese Misericordioso no aparece sino raramente, en los desolados ca-

minos del dolor humano: cuando el caballero armado de espada y lanza se propone defender a los pobres; cuando San Julián se halla junto a los leprosos, cuando Don Quijote defiende al pequeño Andrés que está recibiendo azotes, en vez del salario que le debe ser pagado.

Don Quijote enseña a Sancho la recta política: la conducta del alma y hasta la conducta del vivir cotidiano. "Come poco y cena muy poco -le dice- que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago". Le enseña cómo ha de ir en el caballo; pues "que el andar en el caballo a unos hace caballeros; a otros caballerizos".

Asuntos hay tratados en este libro de Miguel de Cervantes que hoy suscitan grandes cantidades de libros, que se los aborda en todos los tonos. Que la inteligencia los presenta en varias formas. Que la razón se esfuerza por sembrarlos en el corazón mismo de la sociedad. Nos referimos, por ejemplo, a la necesidad de la paz. En el discurso sobre las armas y las letras, en donde se discute cual padece más: si el soldado que arriesga su vida o el letrado que pasa penurias; en donde se discute cuál es menos premiado: si el soldado que muere para que sean premiados los vivos o el letrado que de todas maneras siempre tiene en que entretenerse. Y termina demostrando como las armas y las letras no se oponen sino que se complementan en la vida de la sociedad; pues, las leyes son necesarias, pero con las armas se sustentan las leyes y se defienden las repúblicas y los reinos y de este modo se establece la paz que es a lo único que debe tender el hombre. ¿No es esto lo que dicen los más grandes pensadores, luego de que se hallan absortos ante las ruinas del mundo, ante los daños que han sido causados por las guerras cada vez más universales? ¿No es este pensamiento de Cervantes algo que pertenece a nuestros días? ¿No hay aquí, en ellos, un soplo de eternidad, es decir, un soplo de Evangelio?

Hemos dicho que *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* es un libro que refleja lo que los hombres de Occidente queremos ser, porque aparte de los aspectos que hemos tocado, es un libro de arte, de belleza en sí. De una belleza que reside en el milagro de un idioma tan estupendamente manejado, capaz de constituir por sí mismo un estilo, un arquetipo clásico. Es un libro de belleza en sí porque los pensamientos vienen en alas de las imágenes, porque su verdad no es dicha direc-

tamente, sino que se deja para que en secreto el pensamiento la tome, tras un misterioso recorrido. En algunos capítulos hay tan límpida belleza que es preciso leerlos muchas veces para alcanzar varios sentidos, varios significados que habían estado escondidos. Qué descripción tan magistral, por ejemplo, aquella del capítulo en que Don Quijote cree que los rebaños ovejunos son los ejércitos del soberbio Alifanfarón y del valiente Pentapolín del Arremangado Brazo. Tema es éste que escoge el autor para tejer una fantasía sobre la caballería de Europa, para hacer una descripción de cómo brillan en el campo los hombres armados. Allí trae a la presencia del lector al caballero de las tres Arabias, al que lleva en su escudo una puerta que se dice fue del templo desplomado por Sansón.

Es *El Quijote* otra Biblia, una Biblia de la Edad Moderna. Es el libro de la Europa Occidental y por ende, de la civilización de Occidente; de la civilización que se estructura con el pensamiento y las formas de vida de Grecia y Roma y que se complementa con el cristianismo medieval aguerrido y con la religión cristiana de todas las posteriores épocas. Es un libro en que se han compilado los evangelios de nuestra época.

Es *El Quijote* un libro que se puede leer por cualquier capítulo: por el principio o por el fin; en cualquier circunstancia de la vida. Es un libro hecho con la sustancia de la verdad y una vez leído nos sigue como la sombra al cuerpo. Un libro para llevarlo escondido, en nuestra intimidad a donde quiera que vayamos, a cuyas páginas podemos acudir para espantar a los enemigos, para ahuyentar a aquellos monstruos del dolor moral que dan dentelladas en cualquier momento sobre nuestro indefenso corazón.

No fue *El Quijote* un libro totalmente incomprendido por su época. No se captó todo el significado que había en esta fuente de experiencias del mundo y de la vida, pero llegó a interesar al público grande, de manera que el mismo Cervantes vio varias traducciones y ediciones de su inmortal obra. La época estaba preparada para medir la desproporción que había entre los ideales caballerescos, por todos reconocidos y por todos propugnados y la realidad. Un poco más de medio siglo antes de que se plasmara *El Quijote*, los españoles habían rea-

lizado las grandes hazañas de conquistar y colonizar América; en un esfuerzo pocas veces visto en la historia del mundo, el imperio español, a base de audacias fabulosas de sus capitanes y soldados, se había impuesto como el más poderoso de los países. Los ejércitos hispanos habían alcanzado victorias en todas partes. Como consecuencia de las conquistas, vino la recolección del oro para las armas del rey de España. Los barcos que partían de las colonias llevaban oro, atravesando todos los mares, para la Metrópoli y provocaron un recrudecimiento de la piratería, la que se convertía en lucrativa industria. El exceso de oro provocaba una velocidad de la demanda en España y en Europa. La demanda era superior a la oferta y no sólo daba lugar, por tanto, a un constante aumento de los precios, sino que permitía la germinación de los especuladores. Negociantes inescrupulosos amasaban fortunas de la noche a la mañana. Todo eso significaba un mayor distanciamiento de las clases sociales extremas. Surgían los grandes ricos, los potentados. Y al mismo tiempo, se encarnizaba en el pueblo la miseria. Ese era un clima para la corrupción, para el bandidaje, para la lucha sorda, o sea para la destrucción de los principios morales. Los ideales eran objeto de mofa. Y quizá a eso se deba el que la compilación de los principios doctrinarios de la caballería andante que hay en las páginas de *El Quijote*, esté mojada en un humor de comedia, de hilaridad.

Además el Estado construía obras gigantescas que no eran reproductivas. Faltaban fuentes de trabajo ya que la industria de la aventura en América había empezado a llegar a sus límites. Lo desconocido se tragaba a los héroes. Y los países europeos e Inglaterra habían formado una especie de pacto contra España. Era la natural unificación de los pequeños contra el grande. En ese clima fueron escritas las novelas de Cervantes y *El Quijote*. Por otra parte, el escritor, el héroe de Lepanto experimentó la más grande de las decepciones, de las desesperanzas, al haber pasado un lustro en presidio de los moros, tiempo en el cual las glorias de la batalla contra el Gran Turco se habían apagado. Inclusive el famoso capitán que salvó al cristianismo del último de sus mortales peligros, don Juan de Austria, había muerto. Los ideales, los sueños, se hicieron pedazos en el alma doliente de Cervantes. Y, así mismo, una putrefacción aumentaba en el seno de España. El Quijote tal vez sea el espejo de toda esta caída.

Acaso sea también la más grande y planificada acusación a su tiempo. Pues, es preciso tener en cuenta que Cervantes pone cierta crueldad en demostrar la pobreza, la falta de sentido económico y práctico de sus dos personajes. El mismo Sancho resulta un ingenuo, cándido, convertido en escudero. Y luego, la circunstancia de que Don Quijote acepte ser "El Caballero de la Triste Figura", un caballero que lleve adentro al peregrino. Y las escenas de la venta, cuando Don Quijote proclama que a los caballeros no se les cobra, cuestión perfectamente extraña y absurda para los patrones de la casa.

Es una fuente de sabiduría filosófica este famoso libro. Veamos, como hace la diferencia entre lo histórico y lo poético, a través del pensamiento de Sansón Carrasco: "El poeta puede contar o cantar las cosas no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir no como debían ser, sino como fueron". ¿Para qué tratar de explicar esta fórmula evidente?

Parece que Cervantes hubiera querido quintaesenciar lo masculino. Y para tal objeto, ¿qué mejor materia que caballería! El bachiller Sansón Carrasco informa a Don Quijote que los que han ponderado sus hazañas, hacen resaltar su "ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades y el sufrimiento así en las desgracias como en las heridas". Éstas son las virtudes fundamentales del caballero y el caballero es el prototipo de lo masculino, el arquetipo del hombre. ¿De dónde vendrá esto de que el hombre deba resistir el dolor sin queja alguna y ponerse cara a cara al peligro? ¿Por qué estos atributos son considerados y sentidos como propios de lo masculino? Seguramente aquí nos hallamos ante un designio de la naturaleza, ante una de las leyes del mundo.

En ninguna otra edad, fuera del Medioevo, se llega a separar y diferenciar tanto las cualidades del hombre de las de la mujer. ¿Qué circunstancia o razón histórica ha situado en la Edad Medieval este máximo de diferenciación? Quizá una operación de reacción verificada por la naturaleza misma, frente al desenfreno de los últimos siglos de la Edad Antigua. Pues, la literatura y la historia abundan en documentos sobre las corrupciones de la Roma de los Césares y en general de los pueblos civilizados de aquella época. Los vicios de esos tiempos llega-

ron aún a amortiguar las naturales diferencias entre lo masculino y lo femenino: Y en la Edad Media adviene lo contrario: una soberbia reacción.

Don Quijote es el último de los grandes paladines. Un desplazamiento de la Edad Media hacia la posteridad por el genio de Miguel de Cervantes.

Eduardo Mora-Anda

A DON QUIJOTE

Noble señor del ideal errante,
en vano fatigar quieres tu brazo
contra descomunal y vil canalla.
Librar quieres del mundo al oprimido
y socorrer al pobre y a las damas,
pero el vulgar, el zafio y el mezquino
truecan tus frescos bosques en saharas
y tus sacros castillos en engaños.
Tu estirpe, sin embargo, ha dado el libro,
los cantos, los inventos y las artes.
El vino y la amistad nos dan los sanchos.
La luz y el alto amor, los don quijotes.

Luz Argentina Chiriboga

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

De este singular Cervantes
se sabe que fue el mejor,
le dio al Quijote esplendor
y lo llenó de diamantes.

I

Les voy a manifestar
Cervantes es de prestigio,
no tuvo nunca litigio
fue ciudadano ejemplar.
Es necesario explicar,
no era señor arrogante,
escribía incesante,
contaba bellas historias
de donde nacen las glorias
de este singular Cervantes.

II

El le dio elocuencia
y lo hizo inmortal
con humor excepcional,
inmensa inteligencia
y gran benevolencia.

yo admiro al escritor
por su cultura y valor
que con sátira y belleza
critica a la nobleza,
se sabe que fue el mejor.

III

Yo pongo mi entendimiento
en todos esos refranes
muy sabios y muy bacanes
que tienen gran pensamiento.
Con este buen sentimiento,
Cervantes, el defensor,
sueña curar el dolor
de toda la humanidad
y por aquella hermandad
dio al Quijote esplendor.

IV

Te propongo ahora mismo
sin tardanza lo leas
y conozcas las peleas
de Sancho, materialismo,
y Don Quijote, idealismo,
que montado en Rocinante
devino juez ambulante.
Le dio mucha hidalguía,
profunda sabiduría
y lo llenó de diamantes.

Los Aguiar

EL MUNDO QUE ESTREMOS

Segunda parte Relato



Luis Aguilar

EL BESO QUE ESTREMECIÓ AL MIEDO

La noche ha caído de pronto y las alturas gimen de susto. Las nubes en un cielo gris se agitan sacudidas por una tempestad de viento. El frío devora los oteros y columpios imaginarios se zarandean hacia una distancia que oscila entre la ventisca de suposiciones y quebrantos de urdir una intriga, una intriga que tendrá que cumplirse. No habrá tregua ni lamentos tardíos válidos, tampoco remordimientos que podrían pasar en nubarrones de culpa y decaer en opacidades de pavor y caricias agotadas de mórbidas disyuntivas.

Abajo, un hombre camina pisando una tierra rojiza y baldía, arrastra sus pies que se extravían en remolinos de inquietudes y tormentos. Del cinto se balancea un pequeño fardel pringoso que se mueve inquieto con cada zarandeo de agobio y, ¡cuánto pesa! La mano derecha quebrada por el pecado y la osadía remueve de su faz el sudor frío, el polvo inclemente y la basura hirsuta que se le pega injuriantemente. La vista borrosa por cataratas escondidas y cubierta de falsedad, refleja su flaqueza, su pequeñez y su espanto. Sus ojos están cegados por un delito que ha de transformarlos en cenizas. El espacio en el cual camina es como un desdoro lanzado al azar en el que hasta la brisa quiere imitar al silencio porque está en expectativa. Los relojes de arena se han acallado temerosos del porvenir en pugna. "Con todo esto, el dejar de vivir no deberá ser muy distinto", pensarán los perversos. Aun los vestigios de su voz le llegan ácidos y purulentos, inducen al mundo a un

flash back efímero saturado de una cerrazón perenne. Los cuantos de luz se mueven titilantes en un firmamento gélido y con una luna herida, "¿por qué laceran a mi luna?", bajan luego en sinuosidades y se adhieren a sus bucles sin cuidado, a sus labios secos y desesperados como belfos en acecho del agua que escasea en el desierto y la sed que tortura taladra inmisericorde al pobre ente que se deshace en su miseria. Su hálito brota fruncido de un adentro negro y, como telarañas ciclópicas teje suspiros de duda en una biósfera que se esfuma. Se cae en ese suelo yermo y las rodillas besan la herrumbre caótica existente. Los puños marcan una huella desesperada en las aristas de la tierra y su frente transpirante se golpea con las manos encogidas y aún cerradas, mientras el viento enrolla aquella figura de hombre desesperado para desartarlo con violencia y obligarlo a rasgarse las vestiduras en un gesto bíblico y de profecía; respira, respira con una calma efímera. El hombre no puede más callar la fuerza de su crimen. Víctima de su codicia, de su ambición y de su celosía oculta es el autor del linchamiento de su amigo inocente. Entre sombras divisa los follajes cubiertos de tempestad de arenisca, cuyas brozas son arrastradas por temblores telúricos, cielos desgarrados y jinetes fantasmales a tropel en corceles halados. Su color cenizo se desborda intrépido en la atmósfera negra azulina que cae en huracanes de expiación... *el beso, el beso, el maldito beso...*

En la otra orla del tiempo una mujer humilde da a luz. De los cielos de su alma, trompetas retumban de alegría al ver nacer a su primogénito y ángeles imaginarios la colocan guirnaldas de viento y pétalos de rosa mustios en un moisés de pajas tristes. ¡Cuán cerca y distante estará la pena cuando caiga la corona y martillee sus sienas por una vida de sacrificio, obligación y de redención incomprensida! La madre sabía que la vida de su hijo iba a ser de martirio, de incomprensión, pero no de fracaso. Sabía de traiciones, de engaños, de promesas falsas y de conveniencias mezquinas. ¡Dios mío, qué fatuo es el hombre!

Aquella cena de la cual salía el desesperado, estaba cobijada por mil alegrías, una prevaricación y un suspenso de vaticinio, a la vez que se reanudaba el sentido último de una futura infamia. Parecía que el fin se acolitaba en los barruntos de un galimatías. Los mares y los ríos retumbaban llevándose hojarasca malignas y memorias pretéritas interrumpidas. El fin estaba cerca... *miedo, miedo, miedo...*

-Ve y hazlo pronto.

Las bombas las metralhas los ácidos los tanques cielos y suelos sangrantes milicias desalmadas en timones de poder y abuso el tiempo paralizado en su cronología cuerpos extingues en uniformes diversos jóvenes niños mujeres religiosos todos muertos en una campaña deforme... *el beso, el beso, el beso del miedo...*

-Allí está. ¡Aprehéndanlo!, -dice con rabia oculta y en voz de susurro, al mismo tiempo que su índice encorvado lo apunta con nerviosismo en medio de las tinieblas que lo acusan por su acto ímprobo.

-No. Acércate. Tómallo. ¡Ahora! -responde una voz viril.

-No quiero que me vea, es mi amigo -masculla subiendo y bajando la mirada.

-¡Maldito!

El jefe de la pequeña soldadesca lo maltrata, lo abofetea. El gorriño con las manos empuñadas y apretándose el vientre inmundo, solloza. Luego, recobra una calma artificiosa y se apropinca con un cartapacio negro como excusa. Simula abrirlo y finge que va a entregarle las contribuciones. Paso a paso se lo avecina como una daga recóndita. Lo mira a los ojos. Siente arrepentimiento, pero es tarde. Quiere retroceder, no puede. Acaricia el fardelejo que está al lado derecho de su cintura con sus dedos regordetes como uvas, recobra fuerzas al tocarlo y le da un beso que estremece al miedo. Un somorgujo invisible ha dejado escuchar su canto funesto en la negrura de la noche.

-Judas, ¿con un beso entregas a tu Maestro? -dice el Señor, resignado, mientras observa la silueta del ahorcado y escucha el sonido de las treinta monedas malditas.

Jorge Dávila Vázquez

REINCIDENCIAS

El cuento no escrito

Siempre te está dando vueltas en la cabeza la historia de ese muchacho un poco triste que un día encuentra la palabra y se enamora de ella, que empieza a vivir para su culto, sus búsquedas expresivas, sus sentidos, pero que se va alejando de la realidad, poco a poco; de los seres humanos, del contacto con los demás, incluso de aquellos que, en medio de su joven melancolía, amaba.

Siempre te está dando vueltas la vía crucis de ese escritor que trata de arrancarse de sus textos y volver al mundo real, al entorno, a lo cotidiano. No sabes cómo va a terminar, no intuyes si logrará conciliar el mundo de la palabra con la realidad y todas sus limitaciones. No imaginas todo lo que puede ocurrir en esa lucha. Y sin embargo, el melancólico enamorado de la palabra, que no logra plasmar por escrito, es, pese a su juventud, ya un viejo compañero de viaje.

Retrato de mujer con perro

¿Quién habrá sido? Nadie la recuerda. Incluso los ancianos de la familia, que cada vez son menos, parecen haberla olvidado. Sin embargo, estuvo en la sala de la abuela Carlota por muchos años, desde que algunos tenemos memoria, presidiendo uno de sus ambientes, con su rostro perruno, sus ropas elegantes, sus joyas y su curiosa mascota.

Mi padre decía que quizá fuese Floria, una lejana parienta, famosa por su fealdad, su riqueza y sus extravagancias, como traer a la mesa a sus perros y señalarles un sitio, en el que había un plato de porcelana, y obligar a las sirvientas a que los trataran de usted.

¡Y que perro tan feo el del retrato! Sentado en esa oscura falda de raso bordado y encajes, parece sentirse el motivo central del cuadro, mira con una especie de desdén al fotógrafo y a los que lo contemplan, como si estuviera acostumbrado a despreciar a los seres humanos, sintiéndose su igual. Sus fríos ojillos, brillantes, han sobrevivido a los años y al olvido, relampaguean entre las lanas de su cara diminuta, y parece que en cualquier momento emitirá un ladrido inverosímil, incluso ahora que la nueva dueña de la casa, la sala y todas las cosas, ha tomado el retrato y lo ha refundido en un cajón que se perderá en la buhardilla.

La colección

Hay un búho y dos gaviotas de marfil, una rana de jade, tacitas, cucharas, jarras y una azucarera, mínimas, de cobre; un piano de cola, un lavabo y varias piezas de vajilla de porcelana, un rosario de nácar y un candelabro de plata que parecen de uno de los enanos de Blanca Nieves. Hay dos retratos de abuelos, pintados al temple, con polvo de lapislázuli y oro, que no superan el óvalo de un huevo de pájaro; hay una mecedora y tres sillas de alambre dorado, un globo terráqueo de turquesa, tres caballitos, un elefante y seis dromedarios de piedras semipreciosas, cargados de cofres tallados en semillas, todos los cuales no tienen más altura que una uña.

Hay un pequeño mundo, que se distribuye en repisas de vidrio y espejo por toda la casa, un universo de cajitas de música, figurillas de loza, mármol, ónix, coral, resinas, maderas, escamas, filigranas, carey; bolas de cristal de Venecia que encierran peces o vistas de San Marcos; paisajes de corcho, torres de alabastro, aves de cera, plumas y seda, y en el centro de todo, en un diminuto vaso de oro, tu corazón, reducido como una tzanza, tu corazón que ya no puede amar nada de lo que esté en el horrible mundo real, del que tú has huido, refugiándote en la mentira de las miniaturas; nada de lo que esté más allá de tus tesoros

ínfimos, sea hombre, animal o cosa, porque lo has puesto completo en aquello para lo que vives, tu colección.

Libros raros

-“Hay uno completamente en blanco, que solo pueden leerlo los verdaderos iniciados. Hasta hoy, únicamente ha sido conocido de modo fragmentario por un hombre que andaba por el mundo como un fantasma, y que luego de fracasar en su lectura no volvió a ser visto por nadie. Hay otro que habla de animales que nunca hemos conocido, pero que existieron en otro tiempo, y que, a veces, en ciertas noches especiales, llegan a los sueños de la gente más sensible o de los poetas. Algunos textos, escritos en lenguas bastante difíciles de descifrar, tratan sobre hierbas que tienen raros poderes o efectos: quitar el sueño o darlo eternamente, abrir el corazón o cerrarlo de manera definitiva, dulcificar la voz y transformarla en canto o enronquecerla hasta convertirla en trueno, conferir a las manos el poder de sanar o el de enfermar, de poner color en la naturaleza o quitarlo; dar a quien los lee la capacidad de comprender los sueños y descifrar los signos del cosmos, o privarlos hasta del entendimiento. Hay en fin, cierto código que contiene una fórmula para volverse invisible...”. Dices con un tono misterioso, extraño, con una voz que suena como si no fuese la tuya, mientras cierras con múltiples llaves y candados las puertas de roble de la biblioteca, y antes que hayamos podido preguntarte algo, te marchas, canturreando con una voz que tan pronto es de pájaro como de cañón, y a la vuelta de unos segundos ya no queda rastro de ti, pero en el jardín hay rosas y rosales grises, casi negros, y una lluvia de pequeñas flores multicolores sobre la hierba.

Lo malo es que desde esa noche solo pensamos en esos libros que guarda la biblioteca inaccesible, no logramos conciliar el sueño, y cuando lo hacemos, enormes bestias con rostros humanos, mezclas de hombres y de aves inverosímiles, cubiertas de conchas, plumas y escamas, atraviesan nuestros sueños, al fondo de los cuales vemos una figura muy semejante a la tuya, Bibliotecario Máximo.

Músico

A veces, en la noche, se oye el dulce sonido de una flauta.

¿Será un pastor que toca, en tanto su rebaño duerme entre las ruinas?

¿O será un ángel disfrazado de zagal, que entona una melodía un poco triste mientras apacienta estrellas, cual si fueran ovejas?

*¿Por qué *Reincidencias*? Simplemente, porque un día, hace tres años, me propuse dejar el cuento brevísimo para siempre, luego de una práctica de más de una década, y una nutrida producción, que parecía haber encontrado en *Arte de la brevedad* su mejor expresión. Me dije: escribiré cien historias cortas y con ellas habré puesto punto final a esta clase de narraciones en mi obra. En efecto, un año después, y luego de ciertos avatares mecánicos, como la pérdida definitiva de quince de esas piezas, tenía ya lista la colección *Minimalia*, que apenas ahora ha aparecido bajo el sello de El Conejo. Si el lector es curioso, podrá constatar que el libro contiene no solo cien historias de pequeña extensión, sino algo más.

Cerrado ese capítulo, sin embargo, he aquí que sucumbo a la tentación de producir otros mini relatos, que los entrego a la paciencia de los lectores, como de costumbre, "cum temore et tremore".

El autor

Fabiola Solís de King

LA CONDECORACIÓN

"Constituye para mí un inmerecido honor el dirigirme a tan selecta concurrencia con el objeto de exaltar los méritos de quien..."

Eliana se sentía ligera, parecía que un poder mágico, desconocido le había liberado de la tiranía de la fuerza, de la gravedad. Era una sensación casi voluptuosa y le agradaba. Estaba dispuesta a encontrar todo agradable aquella noche en particular. Era como si dentro de ella hubiera empezado la existencia de otra persona, con ciertas capacidades que ella no tenía o que había perdido en el camino. Una persona con una gran disposición para encontrar la parte buena de lo superficial, de lo cotidiano, de lo "así es como lo es"... y también, por obra y gracia de esta su otra personalidad naciente, estaba dispuesta por lo menos a tolerar la falsedad, la hipocresía, este fingimiento de cualidades y sentimientos que constituía como una naturaleza, como un sello indeleble en la existencia de quienes la rodeaban.

"... por mil títulos se ha hecho acreedor al reconocimiento de la ciudadanía. Su hombra de bien, la trayectoria límpida de su vida dedicada al bien común, al servicio a los demás..."

Fingió atender, después de todo se sentía generosa, magnánima con los demás, porqué no consigo misma? Fijó su mirada en ese rostro estereotipado como una reproducción al infinito de una litografía hecha al apuro por un dibujante sin iniciativa, pero que, en cierta manera, hacía juego con la cursilería rimbombante de sus palabras. Decidió

usar un poco la magia en la que se sentía inmersa, volvió sus ojos hacia dentro y se miró a sí misma.

"...a la desinteresada entrega de toda su inagotable capacidad, de su enorme entusiasmo, de su sorprendente iniciativa en fin, de su gran corazón abierto a todo lo noble, hacen de nuestro homenajeadó uno de los hombres más conspicuos..."

Pensó por un momento que podía ver el interior de su organismo y se estremeció con una curiosidad mezclada con cierto masoquismo. Debió, en primer lugar, acostumbrarse a la oscuridad. Nunca se había imaginado lo oscuro que puede ser el interior del cuerpo humano. A medida que una especie de neblina se disipaba, empezó a distinguir masas redondeadas, vericuetos indescritibles, superficies de topografía complicada y todo ese maremagno visceral estremecido por un movimiento ondulante, sibilino, misterioso. Le pareció una aventura excitante el iniciar un recorrido prolijo por ese mundo suyo percibido intuitivamente pero desconocido.

"... de nuestra querida Patria que ha tenido la suerte de contarle entre sus hijos más preclaros..."

Aquel órgano hueco tenebroso como una caverna marina, había sido el albergue temporal de cada uno de sus cuatro hijos. Ahora tenía la apariencia ridícula de un globo desinflado. El laboratorio donde se realizaba el gran encuentro se había quedado sin materia prima. ¿Qué estarían haciendo sus hijos? Tenía que admitirlo, sabía de ellos muy poco. Conocía de sus actividades, de sus logros y fracasos. Había sido testigo de sus grandes mutaciones, pero un testigo impersonal, casi impávido ante lo definitivo. Así había eludido el compromiso maternal de apropiarse de los crecimientos externos e internos de los hijos, para con esa apropiación ir llenando el miedo de las madrugadas de insomnio y el estancamiento de las horas diurnas. La maternidad no dio a su vida ni la grandeza ni la complacencia que, según la costumbre y la publicidad, debía proporcionarle a raudales. Cuando miró a su primer hijo desde su cuerpo adolorido y fatigado, fingió, descaradamente, una felicidad inexistente. Fue el comienzo de una gran mentira.

"...quién de nosotros puede atreverse a dudar un solo instante de la enorme valía de nuestro homenajead, quién de nosotros puede negar la existencia de sus grandes cualidades, de su talento de visionario. Sólo las mentes rastreras desde su bajeza pueden ignorar o negar lo noble, lo magnánimo de esa alma..."

Recordó sus ajeteos diarios, sus encarnizadas luchas contra el polvo y la mugre, pañales sucios, biberones por llenar, noches largas y torturantes como caminatas emprendidas con zapatos de estreno. Disfrutaba del papel doméstico pues, por acción y efecto de la supervivencia, sus aspiraciones no traspasaban los límites, de los pisos relucientes, las superficies pulidas, los objetos ordenados, como un batallón al mando de un sargento maniaco. Sin que ella se diera cuenta, las vocecillas estridentes de sus hijos se hicieron graves y Eliana se encontró sola frente a sus cacerolas.

"... predestinada a formar parte de la élite de los escogidos, de aquellos por cuyas acciones la humanidad progresa..."

Siguió el trayecto interno y penetró en el gran músculo: toda su persona se acomodó a su cadencia vital. Se sintió como un enorme corazón debilitado. ¿Qué palabra podría describir el sentimiento que la unía a su marido? Más bien dicho, en qué se había trocado aquel vivo y apasionado afecto del comienzo. ¿Costumbre? ¿Inercia? ¿Tedio? ¿Claudicación? Cada palabra y el conjunto. Todo amalgamado con su incapacidad y su cobardía para afrontar lo incierto de las situaciones nuevas. De algo estaba segura: el amor y el respeto se habían empequeñecido, víctimas de un proceso irreversible, hasta su desaparición. De esos despojos se formó, como valiéndose de una nueva fórmula de enlace genético, el desprecio que hoy golpeaba en sus sienes, mudo, sin palabras, pasivo, casi indolente lo cual lo hacía soportable. Su afectividad se había sometido por economía, intuitivamente, como una criatura hibernante, a un letargo salvador. Desde el principio, como un contrato tácito, se habían establecido dos mundos distintos y de diferente importancia: el mundo interno, el de lo repetitivo, de lo ritualista y arcaico, el mundo de lo cuasi inmutable y cuasi biológico, el mundo suyo. El otro, el mundo externo, el de los retos, los cambios y el peligro, el de lo imprevisto y de lo nuevo: el mundo de su marido. Estos

dos mundos, al principio complementarios se fueron transformando en antagónicos, rivales irreconciliables como enemigos.

"... nuestro homenajeado es el ejemplo viviente de lo que puede el tesón, la voluntad, el inagotable deseo de ser mejor, de llegar a la meta propuesta sin olvidar, en su empeño, a sus semejantes..."

Pero ese mundo suyo comenzó a sufrir sacudidas, casas cada vez más grandes que limpiar, muebles cada vez más ostentosos, cada vez más objetos que alinear y cada vez más espacio para albergar la enorme soledad que había empezado a acompañarla. El mundo de su marido se tornó siniestro, lleno de movimientos secretos, oscuros, de voces altisonantes y falsas, de manos codiciosas y venales, de rostros crapulosos y malvados. El dinero fluía como una corriente de agua turbia, desbordada, impetuosa, que inundaba todo: corazones, cerebros, voluntades, juicios, conciencias y al mundo de Eliana lo llenaba de temor y de frío. La bonanza que así irrumpió en el mundo de su marido, venida de una oscura región desconocida había sido la herramienta, el bisturí que abrió el canal como una herida sangrante, que le dio la medida de su enorme soledad.

"... la comunidad llena de gratitud y consciente de su deuda para con uno de sus más generosos y desinteresados bienhechores desea, y mi modesta persona en su nombre..."

Avanzó su exploración y se perdió momentáneamente en el intrincado trazado de sus circunvoluciones cerebrales. Estaba en el centro mismo de la sabiduría. ¿Qué es lo que pensaba Eliana de sí misma? O mejor, ¿qué opinión tenía de sí misma? Le parecía que nunca había tenido tiempo de enfrentarse con su conciencia y escudriñarla. Es decir, "la falta de tiempo" había sido un escudo para esconder su cobardía, su indecisión y la pereza de su capacidad reflexiva. En su juventud había tenido una enorme certeza de su valía y de sus capacidades. Había sido ambiciosa en un sentido más bien metafísico y tenía la seguridad de que ella había de ser el sujeto, la hacedora de las circunstancias. Pero poco a poco se vio atrapada en la rutina, en el letargo de lo que se repite día a día, en la acumulación de rituales caseros, en la aceptación pasiva de lo establecido, en el rumiar cansino de sus tareas domésticas y todo formando una telaraña sutil alrededor de su mente y su volun-

tad. Lo peor de su situación y lo verdaderamente peligroso fue que se encontró cómoda y satisfecha como una hembra que ha cumplido con su tarea impuesta por la fuerza del instinto. Ignoró sus capacidades, o más bien las dejó atrofiarse como un miembro anquilosado y no supo ni quiso saber más de todos aquellos elementos de su personalidad que le hubieran permitido afrontar y manejar otras posibilidades.

"... exteriorizar su reconocimiento mediante la imposición de esta medalla..."

Tenía que admitirlo, el excelente juicio que tuvo de sí misma no resistía ahora el menor análisis. En este período de decadencia que tuvo sus inicios casi en su misma juventud se vio, quizá por la primera vez, con toda claridad desde su interior oscuro, con una claridad cruel, despiadada, que no le permitía ningún escondite, ni el más ligero intento de fuga. Se sintió indefensa, derrotada y hasta vulgar.

"... como una perenne muestra de su gran obra en bien de la Patria..."

Su frustración se le hizo pesada y la sintió enraizada en sus entrañas como un árbol milenario.

"... y quien mejor que su esposa, la fiel compañera de sus desvelos, la dulce inspiradora de su triunfo..."

... llenó su organismo, se difundió rápidamente como los microorganismos de una enfermedad fatal.

"... pues, como todos sabemos, detrás de todo gran hombre hay una gran mujer..."

En su interior empezó a percibir un ruido sordo como el presagio de un final ineludible...

"... quien mejor que ella, repito, para que coloque en el pecho de su amante esposo, como un testimonio de su amor y devoción..."

... que se acercaba minuto a minuto. Era como una gran conmoción que sacudía a toda la cosmogonía orgánica que había explorado...

"... la Condecoración al Mérito..."

... Sintió un estremecimiento, algo como un movimiento telúrico cuya finalidad era la transformación absoluta de sí misma. Se dio cuenta que su introspección había sido la clave para que se desatara toda la avalancha contenida y al avanzar hacia el hombre a cuyo lado había envejecido, tuvo la inseguridad inmaterial de que esta vez no sería derrotada. Todo ese resentimiento sordo, esa frustración callada, esa impotencia acumulada formaron un torrente que al salir cubrió enteramente el rostro de su marido.

Después del gran trastorno, Eliana sintió que había experimentado el cataclismo de un nuevo nacimiento, seguido de la somnolencia y el cansancio del recién nacido.

Miraba tranquila aquel rostro estupefacto cubierto de vómito como si fuera un estigma.

Manuel Valera Sáenz

Tercera parte
Poemas



VERSOS DIVERSOS

Alfonsina
Alfonsina y el mar
Alfonsina y el viento
Alfonsina y el sol
Alfonsina y la luna
Alfonsina y las estrellas
Alfonsina y los ríos
Alfonsina y los montes
Alfonsina y los campos
Alfonsina y los bosques
Alfonsina y los cielos
Alfonsina y la tierra
Alfonsina y el mundo
Alfonsina y la vida
Alfonsina y la muerte

Manuel Federico Ponce

HIJA

Hija
llevas ojos de tenue capulí
que te ves
al reflejo de tus manos en flor.

Y junto a ti
el ramaje en insomnio descorre su fruto
que dulce pendula
en aroma de cierzo y luz.

VERSOS DIVERSOS

El hijo
luchando con el sueño
remira su mansa almohada
y aprende de la vida cierta
desde la quimera permanente de su diaria
ensoñación.

Y ella ha dado su caído diente blanco
para soñar conmigo en un ladroncito gris
que recoja la ofrenda, roedor nocturno
y nos dé sabiamente en la alborada de tu boca niña
un nuevo diente blanco para el tiempo nuevo.

Eduardo Mora Anda

POEMA DE LAS ANSIAS

Alma, el día está lloviendo.
La soledad cae en casa...
Dónde, dónde está la puerta,
el puerto, el mar, cielo abierto...
En la anchura del paisaje
va mi ser completo y canta...
Quiero ser luz,
hoy. Mañana.
Toda la luz,
la ventana.
Toda la anchura. Lo inmenso.
Tarde de luz. Hoy temprano
me marcharé hacia otro verso...
Yo tengo hambre de cosas eternas.

PEQUEÑA GLOSA EN RECORDACIÓN DE FRAY LUIS DE LEÓN Y SAN JUAN DE LA CRUZ

Es la mañana fértil. En secreto
salgo por el sendero de los fresnos.
Ríe el sol matutino en los oteros,
sobre los claros sauces y un hornero
canta sus alegrías a lo lejos...
Libre de otros afanes y discreto
paso de lo imperfecto a lo perfecto...
No quiero las contiendas, los enredos
de las mezquinas mentes y la plebe,
sino como las aguas transparentes
yo fluiré cantando en oraciones
entre los verdes prados y las flores...

KARMA

La trama es implacable:
un efecto- una causa.
No hay salida, la cárcel
es metálica, exacta.
No hay lugar a escapes,
a perdón u olvido.
Es inútil borrarse
o huir o ir al campo.
La guadaña nos sigue

como sombra y testigo.
Jesús vino a librarnos
de este mundo de hierro
y murió en sufrimientos
indecibles. Llovía,
Era ignoto el testigo
y la lluvia era fría.
Se cumplía la ley
y faltaba la brisa
amorosa, arbitraria
del amor que abre puertas...
Oh Señor, ¿tú hiciste
la pistola del karma
o todo es sólo bruma,
flor casual, simple "Maya"?
Rápida va la pluma.
Sólo la fe es la respuesta.

Violeta Luna

DUENDE LIBRE

Sin ser Caperucita
ni el lobo de mentira
que acaba con el sueño de los niños,
sin ser Ali Baba
ni Blanca Nieves,
la piel del corazón
es solo un duende bueno
que canta con la luna de febrero
y baila con la lluvia.
La piel del corazón es frágil,
se endulza con tan poco,
se quema con la luz de una mirada,
se crispa con la duda,
solloza con el néctar de la música
y se ríe bajo el viento.
La piel del corazón no piensa,
por eso es duende libre
que pasa conjugando
tan solo el verbo amar en cada tiempo.
Es loco y tonto duende
que suele desafiar los vendavales,
la necia eternidad
y hasta el vacío.
La piel del corazón
se rompe de obstinada y ardorosa,

se gasta en reencuentros
y en lánguidas historias.
Por esta loca piel
a veces nos volvemos tan minúsculos,
y siempre, siempre,
por este corazón
perdemos la cabeza.

Rocío Durán-Barba

LO SAGRADO

Hoy
A esta hora
en este lugar
escuché una inquietud a la distancia:
¿qué es lo sagrado?

I

Lo evoqué

Llegó
ataviado de siglos
y de Historia
señoreando
valores
principios
y coronas

Lo presentí
hecho-deshecho
airoso-opaco
Lo descubrí desorientado
sujeto al hierro a veces
al engaño
Manipulado
También lo vi decapitado

II

¿Qué es lo sagrado?
le pregunté al día

Me respondió:
luz y tinieblas
presencia-ausencia
ideal al horizonte

Se preguntó el viento:
¿Tempestad?
¿Tradición ya devastada?
¿Fénix?

III

Le pregunté al alma

Se removió lívidamente:
lo sagrado es la vida
con sus logros-fracasos
sus jardines-desiertos
Con sus cumbres y abismos

Me respondió el cuerpo:
lo sagrado es el alma
con sus líneas y curvas
Es el amor
en su pureza
 desnudado

IV

¿Lo sagrado?
insistí ante la noche

Cambió de oscuridad:
es el dolor
cuando es pócima maga
 aunque amarga

cuando es reencuentro
regeneración
renacimiento

La tierra se adelantó desde el silencio:
lo sagrado es el grano
cuando es alimento cotidiano
Es la semilla temblorosa
que se asperja
en el terreno de la única promesa:
lo sagrado del hombre y la existencia

V

Enseguida urgí frente al mañana

Declaró con acento consecuente:
lo sagrado es el tiempo que poseemos
No aquel que se añora inútilmente
o se escapa en pedazos taladrados

Es el tiempo en la copa de los bosques
en el paso del guía
en la mano del labrador
en la esperanza

El ayer se desplazó hasta mi ventana:
es la fuente
de donde emana toda la vida
es el forjado camino
en el que se aleja

VI

¿Lo sagrado?
me pregunté al final

Se acercó súbitamente mi fantasma
rompiendo el disfraz
del cotidiano

Tropecé
con la imagen de los credos:
Dios
El bien y el mal
La vida al otro lado de la orilla

¿Qué es?
le pregunté el vacío
Perdió la palabra
 confundido

VII

Cae la azul neblina de los Andes
Vuelven sus fríos velos
 su misterio
Lo sagrado de lo eterno cobra eco
Busca oídos
 cuerpos
 esperanzas
Mira sus habitantes bajo ponchos
 Sus labradores
 Sus tejedores
 Sus hieleros

VIII

Amaneció despacio
El sol se alzaba tímido-agotado
Era un día reseco
fin de otoño
Las hojas caían-recaían
El viento las agitaba
Las llevaba

El panorama hablaba del nuevo hombre:
hombre modernidad "otro sagrado"
Una torre de objetos:
el vacío

Una vida de prisa:
la dureza
El remolino-dinero:
la tristeza

IX

¿Qué es lo sagrado?, me preguntas
Lo he buscado
y a veces presentido
Ha pasado aquí
cerca-distante
Lo he rozado allá
frente a los Andes

Es la vida
El alma
El amor

También el tiempo

Es el mundo
El otro
La familia

Es la fe
La esperanza
El valor imperecedero
Un ideal
Un sueño
Una batalla
Tal vez un pensamiento

¿Qué es?, repites

Es la tierra
Nuestra tierra
Sus caminos
Sus montes
Ríos
Valles

Sus selvas
Pedregales
El mar amplio

¿Me miras?
¿Acaso no comprendes?
¡Si acaso pudiera enumerarlo!

X

Esta madrugada golpeó
y pasó la puerta
Se acercó lentamente
y se posó junto a mí
Tenía ojos claros:
lo Sagrado

"Bienvenido", le dije
Me miró
y su lance era tristeza

"Me persiguen", me dijo
"Me condenan
disfrazan
encadenan

Me han quitado la faz
Me han arrancado el aura
Me han plastificado
lacerado
balanceado

Me han lanzado puñales
Me acosan
me vejan
me entorpecen

Ya no sé si existo
Acaso sucumbí
y estoy errando muerto"

VISION DE CONJUNTO
DE LA
Cuarta parte
Aniversario de la Revista



Alba Luz Mora

VISIÓN DE CONJUNTO DE LA REVISTA AMÉRICA

El 13 de abril del año 2005 se cumplió el octogésimo aniversario de la aparición de la revista *América* fundada por dos intelectuales ambatoños: Alfredo Martínez y Antonio Montalvo, poetas de trayectoria dinámica y respetable que junto con Nicolás Rubio Vásquez habían mantenido el periódico *El Cosmopolita* y la revista *Centauro* y publicado el libro *Alba de Ensueño* en 1922.

Entonces el Ecuador no contaba con una publicación de relieve, pues la revista *Caricatura*, tan prestigiada, vivía una etapa de serios problemas económicos. Por ello la actividad cultural encontró en *América* un órgano de expresión oportuno para las inquietudes literarias. "Esta revista marcará una época en la literatura ecuatoriana" dice Augusto Arias, y por espacio de veinte años estará bajo la dirección de Antonio Montalvo, quien en los veinte primeros números de la revista jamás dejó de insertar sus notas críticas para casi todos los libros ecuatorianos que aparecieron en esa etapa. Los cinco primeros números fueron fruto del esfuerzo de sus iniciadores, el aporte de Los Talleres de la Imprenta Nacional y las contribuciones amigas que financiaron las ediciones.

Pero lo notable de *América* es que ha sobrevivido a todos los avatares de la vida ecuatoriana, periodos de inestabilidad política, crisis económicas, dificultades con las editoriales, recursos menguados, no

supusieron que decaiga el entusiasmo de sus patrocinadores. Se congregaron en torno a ella las más importantes figuras de la cultura y el pensamiento nacional, con su pluralidad y universalidad, abordando los temas de ciencia, literatura, arte, historia. Allí encontramos la colaboración asidua de Oscar Efrén Reyes historiador e investigador infatigable; Hugo Moncayo, autor de prosa selecta; y Juan Pablo Muñoz Sanz, también ensayista y divulgador de temas americanistas.

La sociedad amigos de Montalvo

Tal antecedente animó a los fundadores de *América* a conformar una entidad que la patrocine y prestigie. Así nació la Sociedad de Amigos de Montalvo, integrada por personalidades como el doctor Julio Endara, los hermanos César y Jorge Carrera Andrade, Humberto Fierro, Gonzalo Escudero, Juan Pablo Muñoz Sanz, Gonzalo Pozo, Hugo Alemán, Hernán Pallares Zaldumbide, Jorge Ruiz, Francisco Álvarez, Miguel Ángel Zambrano, Julio Álvarez, Pablo Palacio, Hugo Moncayo, Augusto Arias, Olmedo del Pozo. Entre las iniciativas significativas de esta agrupación fue la propuesta por don Gonzalo Zaldumbide, Embajador del Ecuador en Francia, para colocar una placa en el número 26 de la calle Cardinet de París donde vivió y murió el gran Juan Montalvo, patrono de la entidad, acto divulgado en Abril de 1926 en un volumen bellamente impreso. En este período la revista *América* pasó de la publicación seis a la número diez, se consiguieron nuevas fuentes de financiamiento y tuvo la aceptación de los intelectuales nacionales y extranjeros.

Al llegar a su décimo quinto aniversario, en 1927, el grupo quiso destacar tan importante conmemoración con la convocatoria a un Concurso Literario en todos los géneros que concitó el interés general. El escritor imbabureño Fernando Chávez fue el triunfador con la novela indigenista *Plata y Bronce*; Hugo Moncayo con el poema de su creación *San Francisco de Quito* y Augusto Arias con el poemario *El Corazón de Eva*. Los galardones correspondientes les fueron entregados una velada memorable realizada en el Teatro Nacional Sucre.

La revista siguió su ruta y por los años de 1928 y 1929 registra las muertes de dos valores de nuestra cultura: el poeta de la llamada *Gene-*

ración Decapitada, Ernesto Noboa y Caamaño, y el escritor Humberto Fierro. La publicación había llegado al número 42. En 1930 decidieron transformar su formato al tamaño de treinta y dos centímetros, emanciparla del tutelaje oficial y lograr que prosigan sus ediciones.

Nace el Grupo América

Al llegar el centenario del nacimiento de Juan Montalvo, el 13 de abril de 1931, el grupo organizó un gran homenaje en casa de una de las mujeres notables del grupo, doña Hipatia Cárdenas de Bustamante y acordaron constituir una nueva organización: el Grupo América, integrado por su Tesorera Hipatia Cárdenas de Bustamante, Secretario General Hugo Moncayo, Bibliotecario Alfredo Martínez y Directores de la Revista César Arroyo, Augusto Arias y Alfredo Martínez. Socios activos: Antonio Montalvo, Miguel Ángel Albornoz, Luis Bossano, Isaac Barrera, Gonzalo Escudero, Oscar Efrén Reyes, Manuel María Sánchez, José María Velasco Ibarra, Víctor mideros y Gonzalo Zaldumbide. Colaboradores en Guayaquil señoritas Adelaida Velasco Galdós y María de la Torre. En Buenos Aires Guillermo Bustamante. En Caracas Victor Hugo Escala y en Roma Hernán Pallares Zaldumbide. La sede funcionó en una de las dependencias altas del Teatro Nacional Sucre, donada por el Ministerio de Educación gracias al influjo y entusiasmo de sus patrocinadores.

Para entonces, el Quito de esa época era todavía una ciudad pequeña, cuya masa poblacional mayoritaria se concentraba en el casco colonial, por ello la creación del Grupo América y la instalación de su sede como la tarea de difusión de la revista tuvo acogida singular. Sus salones se convirtieron en el centro de las reuniones cordiales, cenáculo de escritores y amigos y lugar de visitas importantes. Son muy recordadas las visitas que hicieron figuras de la intelectualidad americana como la escritora Rosa Arciniega en 1935 y la educadora chilena Amanda Labarca en 1937; La revista pasó a editarse en los talleres del Ministerio de Educación y contó con una asignación del mismo Ministerio.

En esta segunda etapa ingresaron personalidades como Julio Moreno Espinosa, José Rafael Bustamante, José Alfredo Llerena, Antonio Santiana, José y Alfonso Rumazo González, Julio Endara, César y Jorge

Carrera Andrade, Humberto Salvador, Benjamín Carrión, Luis León, Pío Jaramillo Alvarado, José Alfredo Llerena, Jorge Icaza, José de la Cuadra, Joaquín Gallegos Lara, José Gabriel Navarro, Piedad Larrea Borja, Carlos Rodríguez. Mas tarde Ángel F. Rojas, Eduardo Salazar Gómez, Francisco Terán, Raúl López, Paúl Engel, Kurt Muller, Ricardo Descalzi, Edmundo Ribadeneira, Estela Parral de Terán, Laura Arcos Terán. En una tercera etapa, Alejandro Carrión, Filoteo Samaniego, Alba Luz Mora, Fabiola Solís de King, Susana Cordero de Espinosa, Alicia Yáñez Cossío, Argentina Chiriboga, Violeta Luna, Luis Miguel Campos, Luis Aguilar Monsalve, Jaime Montesinos Fernández de Córdova, Luis Miguel Campos, Manuel Federico Ponce, Carlos de la Torre Flor, Gladys Jaramillo de Luzuriaga, Julio Pazos Barrera, Gustavo Pérez Ramírez, Fina Guerrero de Pérez, Eduardo Mora Anda, Laura Hidalgo Alzamora, Isabel de Vacas Gómez, Renán Flores Jaramillo, Ramiro Silva del Pozo.

Los fines del Grupo América y su revista están especificados en su Estatuto original que dice: "Es un organismo de cultura nacional e internacional con las siguientes finalidades: a) fomentar la solidaridad y las relaciones de los pueblos de América; b) establecer intercambio intelectual con cada una de las naciones americanas, con los centros culturales del mundo; c) provocar la organización de grupos similares en los demás países del continente; d) laborar por la desaparición de las diferencias o motivaciones de carácter internacional que mantienen o pudieran mantener desunidos a algunos países de América; e) excitar la conciencia de los pueblos de América para la defensa, afianzamiento y evolución de la libertad y la democracia". Estatutos que interpretaron la doctrina bolivariana y que tendieron a la integración regional, hoy tan en boga.

La entidad llenó un gran vacío institucional en el campo cultural, dinamizó ese aspecto que tenía tantos seguidores y propendió al acercamiento y entendimiento continental. En sus filas fueron recibidos como Miembros Correspondientes diplomáticos de distintas naciones, hombres de ciencia y cultura y personalidades americanas que de diferente manera cumplieron un rol destacado en nuestro país y aportaron al enriquecimiento de los contenidos de la Revista *América*.

La biblioteca de autores americanos

La instalación de la Biblioteca de autores americanos fue otro paso importante dado en 1935 con el concurso de la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano efectuada en Quito. En la inauguración estuvo el Presidente de la República, don Carlos Julio Arosemena Tola. Vino después en 1940 La Primera Exposición del libro Venezolano en 1940; la Exposición del Libro Argentino, en cuya inauguración disertó el escritor Gonzalo Zaldumbide sobre el tema "Larreta y la Pampa". La Exposición del Libro Cervantino, al cumplirse el Cuarto Centenario del nacimiento de don Miguel de Unamuno y oportunidad en que la Embajada de España hizo una donación de libros lujosamente editados. Así, la actividad bibliográfica y de canje fue notable y múltiples iniciativas más de carácter nacional y regional. La Biblioteca funcionó en una de las dependencias bajas del teatro nacional Sucre y llegó a reunir 700 volúmenes.

Las filiales del Grupo América y la editorial

Otro paso importante fue la formación de filiales en varias ciudades de América, centros de cultura que propugnaban idénticos principios y realizaban obra semejante, en Cuba, México Chile, Uruguay, Bolivia, Colombia, El Salvador, Guatemala, Venezuela, Nicaragua. Con la ayuda del Ministerio de Educación se facilitaron los intercambios y canjes bibliográficos y se participaron de diversas actividades. El hilo conductor de su actividad era la Revista *América*.

Otro paso fue la fundación de la Editorial con ayuda del Ministerio de Educación, que llegó a editar libros significativos, como la Biografía de Monseñor González Suárez, escrita por Nicolás Jiménez; las producciones de los miembros Fernando Chávez, Augusto Arias, Antonio Montalvo, José de la Cuadra, César Arroyo, Juan Pablo Muñoz Sanz, Jorge Icaza, Gonzalo Escudero, Jorge Carrera Andrade, Óscar Efrén Reyes, José Alfredo Llerena, Gerardo Chiriboga, Gustavo Otero, Jaime Barrera. El autor más proficuo fue Augusto Arias. Otra aspiración que no llegó a cumplirse y que buscaba gran proyección era estatuir la Casa de las Américas, que no llegó a hacerse realidad y sin em-

bargo tuvo su concreción de algo parecido en la Casa de las Américas de Cuba.

Las normas de ingreso al Grupo América fueron severas. Se requería el aporte de un libro de calidad y el prestigio bien ganado en el ambiente cultural. La admisión respetó siempre las tendencias políticas de los miembros y la obra constructiva fue siempre el nexo común entre sus integrantes. Después de la Academia de la Lengua fundada en 1875, el Grupo América es la segunda institución cultural de mayor antigüedad en el país. Las obras escritas por sus integrantes pasan del millar y en ellas están representados todos los aspectos de la cultura ecuatoriana.

Singularidad de la Revista *América*

Cabe destacar como particularidades de la revista *América* el haber engendrado, madurado y dado inicio al indigenismo, cuando a través de las páginas de los números editados el 17 y 18 de marzo y abril de 1927, se convocó al concurso literario que premió la primera novela de esta corriente, *Plata y Bronce* de Fernando Chávez. Años más tarde, en un nuevo certamen para el género novelístico, promovido también a través de *América*, triunfó la obra de Jorge Icaza, *En las calles* sobre otras valiosas, como *Trabajadores* de Humberto Salvador y *El cojo Navarrete* de Enrique Terán; hito que marcó la fama de Icaza, pues casi había monopolizado el indigenismo literario con *Bronce de la Sierra* y, sobre todo, con *Huaspungo*, que lo universalizó. Y en 1979 prosiguió la corriente indigenista, reforzada y ennoblecida por Gustavo Alfredo Jácome con su obra premiada por el I. Municipio de Quito: *Por qué se fueron las garzas*. Los tres escritores distinguidos miembros del grupo que marcaron tres hitos de la novelística indígena: nacimiento, desarrollo y culminación, hechos que se produjeron íntegramente en el regazo de la Revista *América*.

La revista tuvo números monográficos de diferente temática, como la dedicada a la ciudad de Quito en el Cuarto Centenario de su fundación, el 6 de diciembre de 1934, a personalidades de la Historia, a países americanos y eminentes escritores. En sus talleres se editó la primera *Antología de la Poesía Ecuatoriana*, Quito, Ecuador, 1944, escrita

por Augusto Arias, y otro volumen que compila las ponencias de los nuevos valores que ingresaron a la institución. Es admirable que en nuestro medio la publicación haya podido mantener su cohesión por casi una centuria. Ciertamente muchos de los valores que colaboraron en ella nos han sido arrebatados con el paso del tiempo, pero el espíritu de supervivencia ha sustituido su presencia con otros, igualmente significativos, que la han vitalizado. De sus primeras etapas quedan todavía representativas figuras como la del poeta y novelista Gustavo Alfredo Jácome, el científico y médico Plutarco Naranjo Vargas, el educador y ex ministro de Educación Gonzalo Abad Grijalva, quienes prosiguen sus actividades literarias y científicas

De los actuales miembros muchos integran otras instituciones, como las Academias de la Lengua y de la Historia; la Academia de Medicina, la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Otros son profesores, decanos, diplomáticos, funcionarios de alto nivel. La producción bibliográfica de quienes colaboran con la revista pasa de tres millares, cifra que se sustenta en la prolífica creación de sus socios, muchos de los cuales han pasado de los 15, 20 y hasta 30 títulos, en ciencia, literatura, historia, filosofía, artes.

De la iniciativa de algunos miembros del Grupo América nacieron otras entidades como la Casa de la Cultura Ecuatoriana, fundada por José María Velasco Ibarra y Benjamín Carrión Mora en 1947. El Instituto Sanmartiniano, cuyo fundador y Presidente distinguido fuera el licenciado Humberto Vacas Gómez. La Sociedad Bolivariana del Ecuador, organizada por Antonio Montalvo y Alfredo Martínez, entre otras.

En este número 122, que evoca el octogésimo aniversario de la aparición de la revista, debemos rendir homenaje de admiración a los socios que han mantenido la vitalidad institucional y nos han hecho partícipes de su prestigio y sus triunfos. Han sido distinguidos con el "Premio Espejo" del Gobierno Nacional Benjamín Carrión, Alfredo Pareja Diezcanseco, Demetrio Aguilera Malta, Jorge Carrera Andrade, Ángel E. Rojas, Alfonso Rumazo González, Nelson Estupiñán Bass, Plutarco Naranjo, Rodrigo Fierro Benítez, Galo René Pérez, Filoteo Samaniego Salazar. Muchos galardones de diversa nominación han recibido

sus miembros por su trayectoria distinguida, como Plutarco Naranjo, Galo René Pérez, Alicia Yáñez Cossío, Antonio Sacoto Salamea, Modesto Ponce Maldonado, Rodrigo Fierro Benítez, Mario Cobo Barona, Alba Luz Mora.

Presidentes del Grupo América

Antonio Montalvo
Alfredo Martínez
Hugo Moncayo
Augusto Arias
Gonzalo Escudero
Isaac J. Barrera
Gustavo Vásconez Hurtado
Pío Jaramillo Alvarado
Gonzalo Zaldumbide
Oscar Efrén Reyes
Carlos Manuel Larrea
Humberto Vacas Gómez
Eduardo Salazar Gómez
Antonio Santiana
Emilio Uzcátegui
Gustavo Alfredo Jácome
Plutarco Naranjo
Alba Luz Mora

Secretarios generales

Hugo Moncayo
Augusto Arias
Oscar Efrén Reyes
Gonzalo Escudero
Isaac J. Barrera
Juan Pablo Muñoz Sanz
Gustavo Vásconez Hurtado
Gonzalo Zamdumbide
Estela Parral de Terán
Claudio Mena Villamar

Manuel Federico Ponce Cevallos
Gustavo Pérez Ramírez

La historia del Grupo América y su revista es parte de la Historia Nacional gracias al relevante accionar de sus componentes. El mayor colaborador de la revista se ha considerado a Augusto Arias. Los presidentes que más han durado en sus períodos Antonio Montalvo, Emilio Uzcátegui, Alba Luz Mora.



Grupo América en pleno

Ximena Montalvo

EL GRUPO AMÉRICA

Con el fin de continuar su publicación, independizar a la revista del tutelaje oficial, sujeto a los vaivenes de la política, decidieron reunir un grupo de intelectuales como apoyo para su edición. Así, y con ocasión de celebrar el homenaje que el mundo hispano ofrecía a Juan Montalvo en el centenario de su nacimiento, y en la casa de Hipatia Cárdenas de Bustamante, se sientan las bases para la creación del Grupo América, fundado en abril de 1931.

El programa cultural del Grupo, estipulado en sus estatutos, ha alcanzado más de lo que proponía, como organismo representativo de la cultura nacional, con la publicación de la Revista *América*, que hoy cumple 80 años de existencia, habiendo recogido en sus páginas la expresión de todos los movimientos literarios desde 1925, y propiciado los lazos de unión con los centros culturales del exterior.

Por iniciativa, prestigio y perseverante esfuerzo del Grupo, se celebró en Quito la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano, (agosto, 1935) precursora de todas las Exposiciones y Ferias del Libro que ahora se celebran en el mundo de las letras, y a la que concurrieron España, las 21 naciones de habla hispana y Brasil, en este caso sí apoyada con sus medios por el Gobierno, Municipios, universidades e instituciones culturales de todo el país.

También por su iniciativa, se creó el Premio Nacional de Literatura, que tantos nombres ilustres ha dado a las letras hispanas, y pre-

miando, como miembros del jurado, a aquellos escritores desde sus primeras publicaciones. Por ejemplo, Jorge Icaza obtiene el premio de 1935 por su novela *En las calles*. Un año antes, el Grupo América había apoyado la primera edición de *Huasiungo*.

La Biblioteca de Autores Americanos América

Cuando en 1931 la revista pasó al Grupo América tenía ya un apreciable acervo bibliográfico, producto del canje y envíos de instituciones y autores del continente y de España y fue la base de la futura biblioteca. Con la Exposición del Libro Hispanoamericano, un verdadero tesoro bibliográfico incrementó ésta, que algo más tarde (1942) se amplió con la Sección Norteamericana, aportada por la Embajada de Estados Unidos, biblioteca que constituyó uno de los más importantes triunfos culturales. Contaba además con una enorme selección de las más valiosas revistas de todo el continente, conservando así, para escritores, hombres de ciencia y artistas, una vasta producción literaria, que abarca todas las ramas del saber humano y del pensamiento contemporáneo.

En agosto de 1925 aparece en Quito el primer número de la revista *América*, fundada con sus propios recursos por dos jóvenes escritores ambateños, Antonio Montalvo y Alfredo Martínez, que cuatro años antes ya habían creado en Ambato una revista literaria *Centauros* y publicado juntos un libro de poemas *Alba de Ensueño*. Tiene, pues, América una trayectoria de 80 años, una larga, sacrificada, entusiasta y firme contribución a crear y difundir la literatura ecuatoriana y a conocer la obra y pensamiento intelectuales dentro y fuera del mundo de habla hispánica y cuyos avatares, en los diez primeros años de existencia, cuando la revista llega al número 60 en 1935, lo explica mejor Antonio Montalvo.

Dice él que cuando con Alfredo Martínez tuvieron la idea de fundar una revista literaria, prestigiosos miembros de la intelectualidad nacional consultados la recibieron unos con "cierta velada ironía", otros con un fallo francamente condenatorio, y con razón, por la falta de una base económica y de experiencia para tan quijotesca empresa. El ambiente cultural era deplorable. Lo poco que las editores cultas o aficiona-

das leían, era literatura española o francesa, despreciando la nacional. Al fin otro ambateño, el escritor Miguel Angel Albornoz, encontró realizable el proyecto, garantizando con su aval bancario un préstamo de 200 sucres sobre los inseguros sueldos de burócratas de los futuros directores, para sostener la vida de la revista por unos seis meses. No nació en un ambiente ni cultural ni económicamente favorable para su desarrollo. Además, el país acababa de pasar por una trascendental transformación política, la revolución del 9 de julio de 1925. La revista, si bien acogida con entusiasmo por una reducida minoría intelectual y por la prensa capitalina, fue en lo financiero un fracaso absoluto. e vendieron unos pocos ejemplares, otros se dedicaron al canje nacional y el resto fue enviado al exterior, conquistando, eso sí, la amistad de intelectuales y entidades extranjeras, que más tarde sería el motivo y estímulo para perseverar en su publicación, que terminó con el número 4 al agotarse las posibilidades económicas de sus fundadores, que intentaron allegar fondos entre amigos escritores y poetas, pero nadie quiso aventurar sus pocos dineros en una empresa irretribuible. Buscando la ayuda oficial, y después de recibir decepcionantes negativas, se publicó al fin el No. 5.

La Sociedad Amigos de Montalvo

Los fundadores de América, crecidos en el culto a Montalvo, y deseando dar a su obra el valor y la difusión que merecía, tuvieron la iniciativa, secundada por escritores y científicos, de fundar la sociedad de este nombre y poner la vida de la revista bajo la advocación del Maestro. Ocupando cargos en la directiva de la Sociedad y en la dirección de la revista, y como socios, están algunos de los nombres más importantes de la literatura ecuatoriana: Julio Endara, Jorge Carrera Andrade, Humberto Fierro, Gonzalo Escudero, Hugo Alemán, Pablo Palacio, Hugo Moncayo, Augusto Arias, Humberto Salvador.

Los promisoros y fructíferos primeros tiempos de actividad de la Sociedad —se había editado el No. 6-7 de *América*— fueron decayendo al ponerse a prueba los ánimos de trabajo y sacrificio y la falta de unión y perseverancia necesarios para cualquier empresa. Después de la publicación del No. 10 (mayo, 1926) se extinguió la Sociedad Amigos de Montalvo.

La revista, sin embargo, con interrupciones por causas económicas, siempre pero alentada con el apoyo (moral) de escritores y entidades de fuera del país, llega al No. 40 y cesa su publicación por más de un año, habiendo ganado, en su cinco de existencia, un lugar destacado en la intelectualidad ecuatoriana e internacional, creando fuertes lazos de relaciones culturales con Hispanoamérica.



Alfredo Martínez



Antonio Montalvo

1874

Quinta parte
Semblanzas



Teresa León de Noboa

EMILIO UZCÁTEGUI, UNO DE LOS INOLVIDABLES PRESIDENTES DEL GRUPO AMÉRICA

Al conmemorar los ochenta años de la aparición de la revista *América*, que responde con su nombre al prestigio del Grupo que es una de las instituciones culturales más antiguas del país, hago mías las palabras de Eduardo Mora Anda, cuando, en su valioso artículo sobre el papel del intelectual en nuestro tiempo, señala con tanta convicción que “vivimos tiempos extraños y desconcertantes. Hemos perdido la ilusión de las utopías”, dice, y, luego, saca la más objetiva conclusión: “El escritor tiene que luchar para que la expresión mediática esté al servicio del enaltecimiento del ser humano...”.

Así pues, cualquier medio de expresión ha de estar encaminado a este propósito, “a descubrir lo trascendental en lo cotidiano”.

Quizá por ello reencuentro la ocasión, varias veces postergada por las urgencias de nuestro estilo de vida, de retomar la ruta de un gran hombre, por la magia de un pequeño libro. En los anaqueles de mi estudio, que bien podría llamarse biblioteca en la grande y silenciosa casa provinciana, ocupa lugar preferente un pequeño libro empastado en percalina roja, con grandes letras negras que resaltan su título, *Historia del Ecuador*, y en letra menuda, *Texto para la enseñanza de la historia patria*, con el nombre de su autor, Emilio Uzcátegui, en un extre-



Emilio Uzcátegui

mo. Lo tomo en mis manos, y ya antes de abrirlo me ilumina con la magia del recuerdo.

Por el túnel del tiempo, una niña de cuarto grado de primaria entra en las páginas apasionantes de esta historia, como Alicia en el país de las Maravillas.

Comienza el viaje maravilloso por los orígenes del nombre del país por donde pasa la línea imaginaria que divide al mundo en dos mitades, descrito como el territorio de uno de los pequeños países de la América Meridional, con 700 000 kilómetros cuadrados, en cuya mayor anchura, de norte a sur, mide 800 kilómetros, en tanto que su mayor longitud, de oriente a occidente, es de 1 000 kilómetros.

Este era nuestro añorado abanico en el mapa imborrable del orgullo patrio. La niña del altiplano andino recorre con su índice, precursor de algún futuro viaje por la Ruta del Sol, las líneas sinuosas de la Costa, el Golfo de Guayaquil, hasta quedar anonadada ante el sublime espectáculo del mar, bajo ese nombre sugerente de océano Pacífico, como lo sueña, según un cuadro pintado en la casa de los abuelos. Atraviesa la cordillera de los Andes en sus ramales paralelos, y luego, desde las cumbres cordilleranas, desciende por los riachuelos hacia los ríos navegables, hasta el legendario Amazonas "que es río quiteño", según lo dice el poeta, hasta llegar por el Atlántico a España, en esa aventura de nuestras raíces arcanas que hilvana el pensamiento en un nuevo término: Españamérica.

¿Quién lleva de la mano a la niña soñadora en el viaje del reencontro? El taumaturgo maestro-autor del libro mágico y de tantos otros libros-ruta; sin duda, uno de los grandes educadores de esta patria nuestra.

Allá van por el Tahuantinsuyo, cabalgando sobre el perfil de la palabra convertida en leyenda, en mito, en imposibles viajes por ignotos mares, hasta descender en la otra dimensión de las veleras naves, y tomar posesión de la tierra virgen, para fundar la raza nueva.

Sirena y Centauro, *ñusta* y chasqui, Dulcinea y Quijote; nostalgia de los abuelos que fundieron en uno solo los colores de sus lejanos sue-

ños... En la nota bibliográfica de mi pequeño libro de tan gran señor puede leerse: Emilio Uzcátegui. Primera Parte. 2da. edición corregida, Quito-Ecuador. Editorial Gutenberg, 1932. Cuando la niña pasó a ser la adolescente en la odisea de su viaje a la capital, viajera en permanente aventura de itinerario interior, encuentra por fin al admirado educador, y, enriquecida con la nueva experiencia de la iluminada palabra directa de este personaje multifacético que trasciende en magnitud de obra y merecimiento más allá de las fronteras patrias, la flamante maestra torna a la tierra de sus mayores con su vocación madura en el ejemplo y el ideal encendido por el visionario Alfaro, que trazó las amplias avenidas para la educación de la mujer ecuatoriana.

Al correr los años, y por gentil intermedio de una dama exquisita, de refinada cultura, miembro del Grupo América, doña Estela Parral de Terán, en esa grata coincidencia de una admiración compartida, vuelvo a encontrar en mi ruta a ese valor indiscutido del intelecto, que hace honor a la galería de conspicuos presidentes de esta meritisima institución, a quien rindo mi cumplido homenaje.

Con otro libro de Emilio Uzcátegui, *Medio Siglo a través de mis gafas*, ingreso con mayor solvencia en los insospechados caminos de la historia de la educación; aunque su autor manifiesta que no es "en rigor ni historia, ni crónica, ni autobiografía, si bien de cada una tenga algo".

Más de cincuenta años de historia, no la historia de un hombre, sino a través de un hombre, o, mejor aún, la historia circular en torno a las vivencias de un hombre superior, "la cosa juzgada" a través de una mirada excepcionalmente profunda, detrás de esas gafas que justifican el título de su libro y nos permiten sobreentender una sutil intención: "Todo depende del cristal con que se mira", que equivale "al filtro de la verdad", y, por supuesto, a que "las cosas no son como las vemos, sino como las recordamos".

Y aquí tengo de nuevo al gran señor, al maestro, de cuya mano entré con el asombro de mi infancia en el que fue nuestro país "arcádico", en donde se decía que "casi corrían arroyos de leche y miel"; "cuando un sucre era un capital".

El mismo que en la década de los años 80 me conduce, bajo su égida, al insospechado honor de formar parte del Grupo América. Cabe recuperar su discurso de aquella ocasión memorable, 5 de diciembre de 1984, cuando recalca los justificativos del ingreso y expresa:

"Hallamos propicio el acto para que nuestra institución reciba en su seno a dos valores de la cultura ecuatoriana, la poetisa Teresa León de Noboa y el pintor José Enrique Guerrero". Luego, su disquisición sobre la presencia de doña Hipatia Cárdenas en el Grupo constituye un hito de valoración equitativa y real del género femenino en las sociedades doctas; inicial de un feminismo de buena ley, que, según lo subraya, enriqueció al selecto Grupo, con el ingreso de Piedad Larrea Borja, Violeta Coppo, Estela Parral, Fabiola Solís, Alicia Yáñez, Alba Luz Mora, Martha Lizarzaburu, Laura Arcos, según la intención de su discurso; en tanto, se han incrementado tantos otros nombres de caballeros y mujeres ilustres que van conformando las nuevas capas generacionales.

Termino al señalar que fue esa la aguda percepción de Emilio Uzcátegui. Su palabra y su acción van "más allá del *mezzo* del camino de la *vita*, verdadera integración de generaciones".

Filoteo Samaniego

GONZALO ESCUDERO EN SU OBRA Y EN SU TIEMPO

Para los albores de nuestro siglo, en el Ecuador y con fuerza determinante, se leen los libros de simbolistas y parnasianos. Sin embargo, para Guillermo de Torre, en América Hispana no gusta la denominación de simbolistas, por lo que nuestros poetas prefieren llamarse modernistas.

El siglo XX se inaugura, con voluntad transformadora en todos los campos de la vida. Escudero nace en 1903 y un año antes o después llegan, le anteceden o siguen, Augusto Arias, Jorge Carrera Andrade, Alfredo Gangotena, Hugo Mayo, Miguel Ángel León, Abel Romeo Castillo, Eduardo Samaniego, César Andrade y Cordero. Como acertadamente cita Benjamín Carrión, "todos esos escritores eran los anunciantes de una nueva sensibilidad", que tenía que ser, por contagio, por ambiente, radicalmente opuesta a cualquier forma que recordase el pasado.

Escudero nació de familia liberal. Su padre fue militante activo de este partido, y además ateo y radical. Manuel Eduardo Escudero y toda su familia se identificaron, por tradición, con el lado anticlerical, y la influencia de la madre cristiana no cambió nada: las ideas y la formación de este núcleo familiar se fortalecieron y completaron con otros auténticos y probados liberales, amigos y miembros de la familia.

Gonzalo Escudero cursó sus primeros años en un establecimiento cuyo director, el sacerdote Pedro Pablo Borja, fraile notable por su inteligencia, autoridad y dureza disciplinaria, enseñó sus primeras letras a muchos de los que serían después conocidos personajes en la vida del país. En sus métodos de educación se incluían azotainas, palmetas y canceles, como formas normales de castigo.

Había que preguntarse por qué el padre liberal puso a su hijo en manos del riguroso clérigo y la respuesta sería la de la cercanía de la casa familiar y de la escuela, apenas a unos 200 metros de distancia. Situada en una de las más tradicionales calles de Quito antiguo, de aquellas que trepan por la "Cuesta del Suspiro" hacia la Loma de San Juan, la vieja casona de familia incluía patio amplio, gradas de piedra, desniveles propios de la accidentada topografía quiteña, corredores asoleados, ventanas panorámicas sobre la totalidad del Quito Colonial, árboles de magnolias, macetas de geranios y techos de teja rojiza: "El patio de tu casa / piedra y candela blanca / sol inquilino y árbol" (G. Escudero, *Carta a mi padre muerto*, en *Altanoche*).

Para la secundaria, Escudero ingresará al Colegio Nacional Mejía, brillante institución en la que actuaban, como profesores, los más importantes librepensadores de la época. Además, ese plantel era como el frente de choque, opuesto a la educación, igualmente de alta calidad, del colegio de los jesuitas.

En 1920, Escudero pasa, una vez graduado de bachiller, a la Universidad Central; ingresa a la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales y allí se gradúa como doctor en Jurisprudencia, abogado y licenciado en Ciencias Sociales. Ya para entonces, cumplida su preparación, Escudero inicia una carrera brillante: subsecretario de Gobierno; secretario de la Cámara del Senado; profesor de Lógica y Teoría del Conocimiento en la Facultad de Pedagogía y Letras; de Filosofía e Historia del Derecho, y de Derecho Internacional Público.

Desde 1931 comienza su carrera diplomática y actúa como Primer Secretario y Encargado de Negocios en Francia, Estados Unidos, Panamá y Argentina. Ascende a Ministro, con misiones en México y Uruguay, y en 1945 es nombrado embajador extraordinario y plenipo-

tenciario en Perú, por dos ocasiones, y luego en Francia, la Organización de los Estados Americanos, Argentina, Colombia, Brasil, y Bélgica. También actúa como representante permanente ante la Unesco. A esta actividad se suma la concurrencia a más de veinte conferencias internacionales y a innumerables misiones y comisiones especiales, hasta cuando, en 1964, es nombrado ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador.

También figura en la vida interna del país y es diputado en la Asamblea Constitucional de 1928 y primer senador suplente, en 1930. Miembro de la Asamblea Ecuatoriana de Derecho Internacional, de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, de la Sociedad Jurídico-Literaria; fundador de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y del grupo América y, en fin, miembro de Número de la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

Muchos se preguntarán: ¿en qué momento Escudero pudo haber entrado en los caminos de la poesía? Desde su primera juventud el sentimiento poético le fue congénito, arraigado. El propio poeta dice:

“Cuando he escrito poesía –y aquello me aconteció desde mi remota infancia– con frecuencia olvidé, sin saberlo, a la razón lógica en el desván de las cosas inútiles y me entregué al estremecido oleaje de la palabra, tan sólo seducido por la sorpresa del hallazgo o deslumbrado por el destello de la invención.

Mas nunca pude saber, a pesar de la lupa de aumento con que miraba y examinaba el poema acabado, qué brújula infatigable me había conducido en esta pequeña grande odisea”.

Sus amigos se sintieron asimismo atraídos y embelesados por la poesía y toda esa generación espléndida de intelectuales ecuatorianos, matemáticos, agricultores o simples burócratas, dedicó lo mejor de su vida a la creación estética.

Y he de añadir que el poeta, los poetas en el Ecuador, no han terminado todavía la búsqueda de un nuevo lenguaje. Los tres exponentes fundamentales de la generación de comienzos de siglo intentan una poesía entusiasmada por la transformación formal, por el lenguaje mu-

sical, por la profundidad filosófica. En la nueva línea están: la exaltación verbal del verso de Escudero; el preciosismo lírico, repleto de juegos metafóricos, de Jorge Carrera Andrade y el pensamiento hondo, cartesiano y deslumbrante de Alfredo Gangotena.

Escudero tratará de hacer del idioma, y más exactamente, de la palabra, el gran material de su poesía. Confiesa que nació poeta y que desde sus mocedades, 11 a 12 años, ya estaban presentes en él Fray Luis, Góngora, Valery y Mallarmé, como sus metas ideales. Esta pasión formal no le aleja del juego filosófico y de temas concretos y obsesivos como la mujer, Dios, la muerte, el poder telúrico.

Hubo, sobre todo, en Escudero y Carrera Andrade, cierta voluntad de penetrar en el ambiente americano y las circunstancias político sociales que los rodeaban. Además, obligados viajeros, ambos, por su oficio diplomático, trataron de contagiarse con el mundo, aunque aquello fuese de forma pasajera, esporádica, y se concentrase en su país y su continente; en Escudero, fundamentalmente, en dos de sus libros: *Hélices de huracán y de sol* y *Altanoche*, lo que no significa una tendencia permanente sino un compromiso ocasional. En el primero de los libros mencionados el poeta busca una definición plástica de la geografía americana: es franca y poderosa la expresión, a la vez que altisonante y desatada, la de su poema *Hombre de América*, y acaso le cabe, a éste, el título del libro total. Es poema de creación, de violencia natural y bastan unas pocas expresiones para decirnos lo que quiso el poeta.

¡Hombre de América!
Hombre torrente y cataclismo,
con una mordedura de llamas en el pecho.
¡Naciste de una piedra que rodaba al abismo
y eres un ventisquero con dos garras de helecho!

En la misma línea están sus poemas *Pleamar de piedra* y *Los huracanes*.

Tierra mía, eres lo que yo soy,
agua, metal y flama.
Lo que yo soy...
El seísmo,
carrusel de la muerte concéntrica.

En cambio, en *Altanoche*, ya ve el drama de la Conquista y del mestizaje y mira al indio, dueño auténtico de los páramos y de las tierras frías, acosado por las presiones sociales del proceso colonial y de la todavía actual tristeza del habitante autóctono:

¡América, tierra negra con alas!

...

Naufragio de los bosques pretéritos
que oyeron el primer arcabuzazo
de los hombres blancos.

Altanoche, su libro de 1947, es casi una crónica vital. El viaje se vuelve motivo de poemas alusivos, de impresiones resumidas en metáforas. Escudero, que mantiene la intención puramente formal, escoge, esta vez, temas de viaje, realidades concretas, expresiones de rebeldía política, aproximaciones a la poesía urbana, presencia de personajes universales, elementos de la vida actual, sitios geográficos, para llegar, en fin, al poema coloquial y doméstico, en *Carta a mi padre muerto* y *Romance del hijo*. Emplea aparentemente el romance, pero ensaya, asimismo, el verso libre. Escribe este espléndido poemario en París, Nueva York, Quito, Buenos Aires y Montevideo y se ve claramente que esta obra es la de su visión de los caminos del mundo.

¿Quién dijo que en Nueva York hay estrellas?

Ésta es mi cordillera.
Riscos de rascacielos.

...

Mannhatan hembra
entre los brazos líquidos
de dos ríos grumetes
y el ombligo púrpura de Broadway.

...

Dientes exploradores en el Congo de sus cabellos

...

Catarata del Niágara de su grito en el Viento.

(de *Cuaderno de Nueva York en llamas*)

¿En cuántas Groenlandias
se congelaron nuestros deseos?
Hay tantos golfos en las mozas.

Por otro lado se aproxima a las sorpresas de la técnica contemporánea y habla de trimotores, autogiros, grúas, bicicletas, sismógrafos, fonógrafos, fútbol y *limusinas*. *Altanoche* es simultánea con el desarrollo de la Segunda Guerra y su inaudito proceso destructor.

Retrato del poeta y su poesía

América entera acelera sus procesos de transformación social, vive agitada por una permanente inestabilidad interna, extienden su sombra dictaduras y gobiernos militares, crecen las angustias sociales, las urgencias y las frustraciones internas. El Ecuador, asimismo, está alterado por la plena actividad de las nuevas ideas. Casi todos los escritores están comprometidos en la lucha y muchos de ellos sufren prisiones y persecuciones; afectan al país la inestabilidad de la vida política, la invasión del Perú y el ominoso Tratado de Río de Janeiro, firmado en 1941, por el que América entera consagra el despojo territorial ecuatoriano, imponiéndonos una solución de fuerza para eliminar cualquier conflicto que alterara la unidad panamericana en los momentos en que los Estados Unidos de América se habían comprometido en la lucha contra el Eje nazi-fascista.

Le cupo entonces a Escudero una actuación valiente no solamente en la Conferencia de Río de Janeiro sino, posteriormente, en la publicación de su obra *Justicia para el Ecuador*, enérgica y dolorosa defensa de los intereses territoriales ecuatorianos,

Quiero intentar, ahora, mi propio retrato del poeta, sin eludir ninguno de sus aspectos físicos y morales, más bien tratando de poner al hombre junto a la obra, como lo he hecho al localizarlo en espacio, tiempo y circunstancias.

Estuve bajo sus órdenes cuando, terminados mis estudios en París, entré a trabajar en la Embajada y el Consulado, a pedido personal de Escudero, entonces embajador extraordinario y plenipotenciario ante el Gobierno de Francia y representante permanente del Ecuador

ante la Unesco. Posteriormente, mantuve cordial amistad con él en la Embajada en París, en donde actué como secretario del Consulado.

En esos tiempos, muchos personajes de nuestra literatura pasaron por París, estableciendo una comunicación constante con la representación diplomática ecuatoriana. Entre ellos, Gonzalo Zaldumbide, Jorge Carrera Andrade, Fernando Chávez, Raúl Andrade, Gustavo Alfredo Jácome, Hugo Moncayo, y otros que escapan a mi memoria.

Por aquello de que no hay peor enemigo que el de su oficio, no siempre las relaciones y reuniones entre ellos eran gratas y cada cual, a su manera, daba a comprender los reparos y críticas que merecía la obra del otro. Escudero lo hacía, a menudo, y generalmente con ironía y sarcasmo.

Escudero tenía estatura corriente, silueta más bien delgada, andar rápido y nervioso. Su cabeza ostentaba una antigua calvicie que, con el tiempo, desocupó de cabellos su cráneo, lo que nunca trató de disimular; más bien atribuía a su condición de calvo características de hombría e inteligencia. Además, conocido era su hábito de pasarse la mano por la cabeza pelada como para sostener el peso de sus ideas. El rostro, de nariz perfilada y labios finos, se encendía a través de unos ojos incisivos que ayudaban, igualmente, a las expresiones de humor como a las de cólera. Cada sorpresa, o cada contrariedad, salían, sin disimulo, por la alterada expresión de sus ojos vivisimos. Vestía impecablemente, tradicionalmente. Fumaba como una chimenea y siempre, ayudado por la boquilla de plata, que sostenía con todos los dedos y no, como suele hacerse, colocando el pitillo entre el índice y el dedo del corazón, siempre con la mano fumadora en alto, como para hacer durar más tiempo el efecto de cada cigarrillo.

Llegaba puntualmente a la oficina, a la hora de reglamento y angustiado, por uno u otro contratiempo, iba directamente y a pasos rápidos hacia su gabinete, situado en el fondo de la Cancillería. Esos encierros iniciales no duraban largo tiempo. Necesitaba charlar con el personal, contar sus visitas a la ciudad, referirse a las ediciones sorprendentemente elegantes que, cada día, aparecían en Francia, reconciliarse, en fin, con sus propios disgustos antes de entrar nuevamente al tra-

bajo cotidiano. Frente a la máquina de escribir, y apenas usando dos o cuatro dedos, tenía rapidez de ametralladora y dotado, como estaba, de un riguroso orden mental, escribía largos informes y notas en un tiempo corto. No necesitaba de proyectos ni de borradores sino que su redacción fue siempre última.

Tenía sus gustos y sus disgustos: poco bebía, mas le encantaban los *dry-martini*. Desde niño adoró postres y dulces, sobre todo si estaban cargados de cremas, chocolates y mermeladas.

Tímido, aparentemente, no dejaba de hablar, con encanto, de una mujer hermosa, y fue la suya, Gladis, tema permanente de casi toda su inspiración.

Y lo fue la mujer, en general, "capitana de la brisa", a la que amaba, furtiva e intelectualmente, sin profundizar en aventuras comprometedoras o permanentes: "Amé más el deseo de su logro anhelado", confiesa en su poema *Amor (Autorretrato)* y añade: "amándolas supe desamarlas bien luego"; es decir amor pasatiempo, distracción, "juego liviano de platicar con hombres y reír con mujeres" (*Fuga, en Autorretrato*), intrascendencia del quehacer amoroso que eleva "estatuas en pedestales de brisa" y las deshace en sueños y vigilias. Vio en la mujer un ideal plástico, "una estatua de aire", una

"magnolia de los mármoles helados"; y en toda la poesía posterior a *Altanoche* hizo de ella, de la mujer amada, el tema obsesivo de sus incomparables octavas reales, de sus contrapuntos, de sus variaciones, que, en estrictas métricas y formas poéticas, serán patrón de una poesía purista, perfeccionista, acaso única en la actual literatura hispanoamericana.

No podía definir, sino exaltadamente, a sus amistades y enemistades. Iba, de golpe, del elogio a la diatriba y al menosprecio, y ello significaba, casi siempre, el nacimiento de resentimientos profundos y rencores definitivos. Escudero amaba o detestaba a las gentes y estas procedían de igual manera con él.

Es interesante recordar la acción física de escribir del poeta. Sus plumas fuentes tenían que ser de probada resistencia para soportar el

impulso de su mano sobre el papel. Terminada una obra, la sacaba a limpio sobre papeles finísimos, en los que transcribía las estrofas con perfecto alineamiento geométrico, como si, de esa manera, les diera carácter de texto definitivo. Esos originales nunca más serían cambiados. *Nocturno de Septiembre*, trabajado ya en momentos de dolorosa enfermedad, se esfuerza por mantener un estilo caligráfico, aunque ya sin poder ocultar la acción demoledora de la enfermedad, la debilidad y la convicción plena de la cercanía de la muerte. En este *Nocturno*, uno de los pocos en los que el poeta ensaya un verso libre, conmueve la diafanidad con que anticipa su término vital, hasta el extremo de rematar, cada estrofa, con esta impresionante expresión: "Mientras yo devoro a mi propia sombra".

En *Nueva edición de la eternidad*, toca su íntimo destino y lo sitúa en los ángulos convergentes del destino humano:

¡Ah, mi muerte
punta de lanza en el vientre oceánico!
Altura, desasimiento y muerte
en Dios que hace las algas y los pájaros.

Polos de angustia cuya presencia crece en intensidad en el poema mismo del *Altanoche*:

Y válgannos cuatro angustias
que en cuatro brisas nos llevan
al destiempo de la muerte
para el tiempo que nos queda.

Se trata, en efecto, de un largo "aprendizaje de la muerte", necesario para recorrer, sin prisa, el camino, valiéndose de sabias y profundas verdades como éstas, de su poema *Presagio*:

Envejecer es una costumbre de encontrarse
a solas y cerrar la puerta con sigilo,
una razón de olvido para mejor callarse...

Para Escudero, la muerte no es sino "un dulce contratiempo" al que se ha de ir por la altura de las mayores serenidades: "No he desesperado en la agoniosa espera / de esta noche sin tiempo", confiesa en su

admirable *Testamento*, en que nos deja sus "caudales de soledad secreta".

Estamos en el meollo íntimo de un filósofo y de un hombre que, tras las cascadas de armonía de la palabra, bajo las aguas calmas de un lenguaje sonoro, oculta honduras que pesan y obligan y conmueven, y sobre todo, que ha logrado saber morir, en cada día, cosa natural que pocos aprendemos. Su poema *Agonía* es grandioso de paz, sosiego espiritual y calma espera del final:

He pensado en la muerte como una ligera
mudanza, en la que habré de sosegarme tanto.
Ningún duelo de alondras enluta mi reposo
ni ensombrece el presagio de mi Dios, que yo espero.

(*Eternidad*, en *Autorretrato*)

Nada queda por decir de esta vinculación tan humana del poeta y de su vida-muerte, de esta vida-muerte acontecer, regla ineludible de la existencia, paso que le apresura sin regreso, "viaje al hontanar de la sombra" que desea realizar sin contratiempos:

La muerte, su muerte, cobra importancia patética en *Canto a mi padre muerto*, que constituye, con *Romance del hijo*, un desvío del poeta a la poesía coloquial y doméstica, en claras expresiones de ternura humana fijada y exaltada en la familia, sea en el recuerdo del padre muerto, o en la presencia alborozada del hijo:

Te buscaría en el azúcar
de los arbustos que dan frutas y pájaros
a las nubes y los muchachos.
Cómo tu ausencia es tan liviana en el aire
que ignorarte es saberte nacido
en los ojos, raíces acuáticas del cielo.
Pensarte es una pascua anohecida,
es una fábrica de niebla
con ángeles de olor y ruisenores.
Al menos la verdad de amarte es verdadera.

Y si así se expresa del padre difunto, ¡cuánto gozo, en cambio, por al advenimiento del hijo!:

Jinete de la Altanoche
en cabalgadura de ecos
bienvenido que viniera
vestido con piel de viento.
Mosto de mi raza añeja
en cal de cántaro tierno.
(*Romance del Hijo, en Altanoche*)

Paralelo de vida y obras

Los biógrafos y críticos de Escudero aportan algo más a los datos oficiales que trae la hoja de servicios, cuyo carácter referencial algo añade a los elementos de ubicación de Escudero y su poesía.

Es normal que se conozcan las múltiples actividades del escritor como las del diplomático, catedrático, estudioso internacionalista, que fue este ilustre poeta. Franklin y Leonardo Barriga, así como Hernán Rodríguez Castelo, completan estos detalles que no dejan de ser interesantes: señalan los Barriga la pertenencia de Escudero al Partido Socialista Ecuatoriano, su trabajo de periodista en *El Día y La Tierra*; Rodríguez Castelo va más allá y nos cuenta que escribió sus primeros poemas a los nueve años; que en 1916, realizó su primera aventura editorial, la revista *Crepúsculo*, en cooperación con Augusto Arias y Jorge Carrera Andrade; que luego, en el Instituto Nacional Mejía, participó en la publicación de otra revista, *La Idea*, entre 1917 y 1920; que sus *Poemas del Arte* ganaron, en 1918, un certamen intercolegial y que luego, las *Parábolas Olímpicas*, fueron premiadas en unos Juegos Florales Universitarios. Yo añadiré que colaboró, activamente, allá por 1921, en la revista *Vida Intelectual*, en la que intervinieron importantes escritores ecuatorianos. En esta revista se incluyen poemas menos conocidos como *Pentecostés*, *Claridad*, *Desnudez*, *Inmovilidad*, *El Éxodo*, y como presentación de los mismos el comentario que, sobre el joven ecuatoriano, expresa el mexicano Adriano Mendoza. Confiesa el crítico que encuentra "un colorido hipnótico de expresión"; que Escudero "rasga el velo de la mediocridad con su maravillosa fuerza lírica", y que hay, en "sus dieci-

siete primaveras, —estamos en 1921—, vibraciones de un horizonte complejo”.

Mendoza transcribe el examen que, sobre la personalidad del quiteño, hace J. J. Pino Ycaza, quien anticipa que “la figura diabólica de este altísimo poeta (...) cuyos fulgores medianos apaga una claridad difusa que viene de otros cielos y que trae en su seno empalidecida luz de múltiples estrellas que habrán de esmaltar su nuevo zodiaco en no muy lejano día que se anuncia”.

En fin, vale la pena mencionar lo que dice, de Escudero, Alejandro Carrión, en su presentación de *Poesía*, editada por la Casa de la Cultura Ecuatoriana: “... los que lo conocemos de toda la vida sabemos que él es principalmente un poeta, no nada menos que un poeta —que ya es tanto— sino por sobre todo, un poeta”. Valga la pena, en fin, citar la mínima biografía que logra realizar Carrión y que, sin entrar en el detalle de lo cotidiano, del acontecer histórico, o de la precisión cronológica, resume admirablemente la personalidad y la obra que estudia:

“... el Escudero cambiante, que va desde la violencia de las páginas de *Hélices de huracán y de sol* hasta las serenas y limpias, sabias y puras páginas de *Materia del Ángel y Autorretrato*, no es un Escudero nuevo a cada libro sino el mismo Escudero de siempre, detenido al borde de la eternidad, de pie en el umbral de la muerte, en contacto directo con las fuerzas profundas de la vida. Su periplo en la conquista total de la palabra no muda su esencia. Su viaje hacia la pureza, hacia la serenidad, desde la adolescencia huracanada, hasta esta madurez de mármol griego, dentro de cuya armonía de medidas inefables arde la llama de la pasión humana, ha sido cumplido mientras conquistaba y domaba la palabra, convirtiéndola de ama suya que era en la sierva que es hoy: pero su esencia, allá dentro, sigue siendo la misma”.

Importante y definitiva es, por supuesto, la correlación que el propio Escudero hace de su oficio, cuando en uno de sus ensayos, (*Ars poética*, en *Autoexégesis*), afirma que, “el poeta es el hombre hecho para la suprema peripecia, porque una sola e inmaterial herramienta es la palabra deshecha en su envoltura profana y liberada, por tanto, de los grilletes que le imponen sus habituales carceleros”. En el hombre, —añá-

de- "por axiomático designio, su caudal de expresión es a la vez su patrimonio confidencial con todo el laberinto de sus vivencias inextricables". Admite que, en el menester de la poesía, "hay cierto sabor de narcisismo" y hace esta confesión al revisar la propia obra. Comprueba, tras esta revisión: "Nunca pude saber, a pesar de la lupa de aumento con la que miraba y examinaba el poema acabado, qué brújula infalible me había conducido en esta pequeña grande odisea, ni por qué cedía el capricho de escoger esta ruta y no otra".

La escogió y creyó en la necesidad de encuadrarla dentro de líneas formales, de exaltación fundamental de la palabra; y hay que reconocer, alejándose, en la mayoría de los casos, de los problemas sociales y humanos de su tiempo, así como de cualquier intención racionalista: "Los franceses -dice-, dominados por una geométrica mente cartesiana, no son grandes poetas por el exceso de su razón, a diferencia de los ingleses, menos racionalistas... pero mejores poetas por obra de una superioridad emocional y afectiva". Y para situarse, sin lugar a dudas, en su ubicación, y luego de enaltecer, sin embargo, a "dos magnos poetas franceses, verdaderamente tales, como lo fueron Villón y Baudelaire, en toda su grandeza insular y solitaria", parte de una excepcional reafirmación de su "linaje poético", y dice que su poesía es consanguínea, como lo ha manifestado reiteradamente la crítica ajena, en ciertas fisonomías, con la de tres poetas a los que profesa

"una honda admiración: el libérrimo y grande Luis de Góngora y Argote que, desde el cielo bruñido por la luz meridiana del Siglo de Oro español, inventa fórmulas esotéricas de poesía pura que son válidas para todo tiempo y toda latitud geográfica; Stéphane Mallarmé, en cuya poesía de niebla se contiene la entraña cabalística del simbolismo, y del prometeico Paúl Valéry, que roba a los dioses la centella del firmamento en busca de lo inasible: el ideal apolíneo de una belleza a la par clásica por el equilibrio y la medida con que está forjada, y a la par insurgente, en cuanto se rebela contra su propia perfección, devorada por una fáustica sed de vencimiento y de perennidad".

Alto aprecio demuestra, en esta confesión, de su poesía y de sus fórmulas de expresión estética y no tiene reparo en confesar su vanidad aunque pida, por ello, comprensión a los demás: "Al insinuar este triple

parentesco reconocido por la opinión de los demás reclamo la indulgencia de quienes me leyeran en todo lo que ello podría parecer, sin serlo, un pecado real de inmodestia”.

El citado ensayo de autocrítica da a conocer, además, las recetas de una poesía deleitosa, hasta madurar una forma peculiar extraída de la gloriosa e inagotable cantera de la lengua castellana, exhumando en algunas ocasiones los vestigios sepultados de las voces arcaicas, o llegando al extremo febril del neologismo de propia factura, o agotando el inventario de los modelos métricos, que circularon como deslumbrantes monedas en la poesía del Siglo de Oro español.

Admirable recuento el que hace, luego, de su largo camino en el arte, tan largo casi como la vida el poeta, y en el que cree que “es fácil advertir que el último libro procede en derecha genealogía del primero, y aún más, se podría afirmar que el último no ha abolido esa como litúrgica pasión de la forma que se enseñorea en aquél”. Para terminar, luego de este estricto y hondo análisis, con el reconocimiento de que la poesía le ha sido base de “perpetuo desasosiego y angustia”, de inapetencias de desesperada voluntad de llegar a comprobar que queda todo por hacerse: “Contemplando mi obra desde mi actual perspectiva puedo afirmar con cierto escepticismo melancólico que toda poesía es un perpetuo recomienzo de algo que nunca está acabado ni saciado”.

Ha situado así la historia de una obra, la ha definido con mayor claridad, la ha encuadrado en el marco de una vida que se dedica totalmente al quehacer poético pero, haciendo de esa biografía noble el relato de una existencia total que se inicia en el génesis y el nacimiento, pasa por el amor y la exaltación y llega, en lento proceso de preparación, a la seguridad y fatalidad de la muerte.

Afirma Escudero que su poesía “es el presagio en la linde agónica que es mitad vida y mitad muerte”, y encuentra en alguno de sus poemas “un refugio de aguas agoreras”.

“La voz se ha adelgazado como el arpegio muriente de una melodía y todo mi arte poético se ha ensombrecido en la umbría de un lamento que es a la vez remembranza del deleite compungido”. *Introduc-*

ción a la muerte parece ser y "es, por antonomasia, suyo (mío) con todo el privilegio de su (mi) afección".

Numerosa y espléndida es la respuesta que la crítica dio a la obra de Escudero. Cada cual, por camino diferente, llegó a la esencia de la intención, a la exaltación de los prodigios verbales del artista y a un convencimiento general de que, difícilmente, en la lengua castellana, se había conseguido logros plásticos comparables a los del poeta ecuatoriano: Isaac Barrera, Galo René Pérez, Miguel Sánchez Astudillo, Hernán Rodríguez Castelo, Gustavo Alfredo Jácome, Francisco Granizo, ponderaron el "sibaritismo verbal", "la liturgia de una nirvana de belleza" (Sánchez Astudillo) hasta llegar a un solo y final resultado: "sonido; antes de palabra y de verbo, sonido ¡música! Música antes de la sílaba, música viniendo del sonido genético... música de la tierra, del todo, del uno" (Granizo). Unanimidad de juicios que sólo se comprende porque la obra no admite otra manera de verla y de oírla, como la vemos y oímos, en la primera lectura o en la última revisión de esos portentosos cincuenta años de poesía.

(Texto extraído del estudio *Gonzalo Escudero en su obra y en su tiempo*, de Filoteo Samaniego)

Marta Reyes de González

ÓSCAR EFRÉN REYES

El historiador, periodista y maestro, nació en Baños de Agua Santa, el 13 de junio de 1896 y murió en Quito el 1 de diciembre de 1966 a la edad de 60 años.

Quedó huérfano en su primera infancia al cuidado de su familia materna.

Se conoce, por documentos que constan en la biografía publicada por el Banco Central del Ecuador, que su abuelo, don Francisco Reyes Hidalgo, fue uno de los pioneros, junto con otros baneños en entrar a la región de Canelos con la Misión Dominicana. Uno de sus hijos: Pedro Efrén Reyes, fue un personaje que tuvo una influencia definitiva en la vida del historiador, pues de él, ya en su juventud, tomó el segundo nombre con el que se lo conoce y en algunas de sus obras relata la lucha de su tío por mantener los límites del País, mientras trabajaba en sus haciendas situadas ente el río Tigre y el Marañón y ejercía el cargo de teniente político de Pastaza.

Óscar Efrén Reyes tuvo como protector y educador al misionero dominicano belga, padre Reginaldo Van Shoote, quien puso los cimientos de los sólidos principios éticos y férrea formación de la voluntad de los que dio testimonio hasta los últimos días de su vida y que fue la base innegable de su autoformación.

Este mismo sacerdote, le nombró maestro de escuela, siendo apenas un preadolescente de doce años en vista de su excepcional grado de preparación y responsabilidad. Para ayudarlo en su propia manutención le pagó 10 sucres mensuales.

En una entrevista realizada por el periodista Hugo Muñoz García, cuando el historiador y maestro ejercía cargos importantes en el campo de la educación, reconoce que su preparación académica se inició mediante la lectura de obras clásicas, obtenidas de la biblioteca de su abuelo, quien, dice, era una persona muy culta.

Además, en *Los cuadernos de la infancia*, documentos inéditos en el archivo personal, anota los autores clásicos de su preferencia: franceses, españoles y ecuatorianos. Los autores franceses: Voltaire, Montesquieu, Balzac, Zola, Victor Hugo, Verlaine, y otros que tuvieron gran influencia en su pensamiento filosófico liberal que es la corriente predominante en las interpretaciones periodísticas e históricas de su juventud y madurez. Entre los clásicos de lengua española está, naturalmente, Cervantes y su paradigma personal: Juan Montalvo, de quien escribió la primera biografía muy celebrada por unos y controvertida por otros.

En los citados manuscritos de juventud, anota también sus propósitos de vida, basados en la práctica de valores llevados a extremos casi ascéticos. Veracidad, honestidad, tolerancia, disciplina en el estudio, en el trabajo y en sus necesidades vitales, propósitos que cumplió a rajatabla hasta el fin.

Terminada su educación primaria, obtuvo una beca del Estado para estudiar en el novísimo Instituto Normal Juan Montalvo que estaba bajo la influencia pedagógica de la Segunda Misión Alemana, traída por Eloy Alfaro para la capacitación y preparación de maestros. En este instituto se graduó en 1914 con los 'tres unos', que, dentro de la escala de calificaciones establecida en ese tiempo, significaban la excelencia mayor.

Antes y durante el período de sus estudios para maestro, escribió ensayos y poemas algunos de los cuales publicó en revistas y diarios de



Oscar Efrén Reyes

la época: *El Cóndor*, *La Prensa*, etc., y al término de su graduación, ya publicó sus dos primeros ensayos: *Capítulos Liminares y Caracteres*.

Terminados sus estudios, regresó a su provincia donde debía cumplir con su responsabilidad de prestar el servicio docente al que se comprometió con la beca recibida.

Se inició como maestro en la escuela de varones de Pelileo y a la vez que enseñaba, escribía ensayos que se publicaban en diversos diarios locales. En 1918 contrajo matrimonio con doña Clara Aurora Torres Vallejo.

En 1924 viaja solo a la Costa en busca de mejores horizontes para desarrollar su gran pasión de escritor y, casualmente, toma contacto con el director del diario *El Guante* de Guayaquil, señor Eleodoro Avilés Minuche, quien, conocedor de las opiniones vertidas en sus escritos, especialmente sobre el periodista cuencano Manuel J. Calle, le pide que colabore con él. En este diario se desempeña como periodista de opinión y jefe de redacción. Escribió numerosos artículos bajo los seudónimos de León Fort, Saint Cyr y Jessie. Simultáneamente, y para enviar el dinero necesario para mantener a su familia que había quedado en Pelileo, trabajó como lo que hoy se conoce como tutor, en el colegio Vicente Rocafuerte.

En esta época, le tocó ser testigo directo de la gran crisis bancaria y todas sus connotaciones económico-políticas que desembocaron en la Revolución Juliana. El diario, a pesar de su posición liberal y crítica, era financiado por Urbina Jado, razón por la cual fue clausurado. Su obra *Los Últimos Siete Años*, es el testimonio histórico de tales acontecimientos históricos.

Reyes, como todos los trabajadores de *El Guante*, quedó repentinamente en el desempleo. Afortunadamente, muchos de los intelectuales liberales de aquel tiempo, conocían y apreciaban sus escritos en los que se mostraba siempre batallador por la verdad y le ofrecieron su apoyo. Uno de ellos, rector del colegio Bolívar de Ambato le llama a ocupar la cátedra de literatura y la de bibliotecario. En este establecimiento halla la oportunidad de enseñar y dirigir una obra de mucho

valor histórico y geográfico: *La Provincia del Tungurahua en 1928*, dirige, además la revista *Cultura*.

Por un denuncia que él hiciera en el diario *El Herald* acerca de un crimen cometido en la hacienda de Leito, es perseguido y sale hacia Quito, ciudad donde se establecerá definitivamente; consolidará su profesión de historiador; continuará escribiendo opiniones para los diarios del país; trabajará incansablemente por mejorar la educación en los sucesivos cargos que desempeñó en el Ministerio del ramo; y educará a su familia bajo los parámetros de libertad y verdad en la que creyó y practicó toda su vida.

Sus obras publicadas, muchas de ellas, ya de archivo son: *Capítulos Liminares y Caracteres* (1916) *La Provincia del Tungurahua en 1928* (1928) *La Vida y la obra de Manuel J. Calle* (1930), *La Historia e la República* (1931) *Los últimos siete años* (1933), *Brevisima Historia General del Ecuador* (1934), *Vida de Juan Montalvo* (1935), *Breve Historia General del Ecuador* (1938), *Historia Animada del Ecuador* (1952), *Historia General de América* (1955), además de estudios cortos como *Los Incas Políticos* (1929), *Mayas e Incas*, *Historia y Geografía del Oriente Ecuatoriano*, en colaboración con el profesor Francisco Terán. Posteriormente a su muerte, la Casa de la Cultura de Tungurahua, publicó: *Baños, desde sus orígenes al Cabildo*, obra monográfica (2001).

Hay que anotar que el sistema de publicar sus obras, con frecuencia, estuvo precedido por publicaciones de estudios sucintos, publicados en diarios o en revistas, con la intención de exponerlos a la crítica intelectual de la época. Varios de esos estudios estuvieron previamente publicados en la Revista *América*, publicación del Grupo América, del cual fue su secretario general en 1952.

Además de pertenecer al Grupo América, fue miembro de la Academia Nacional de la Historia del Ecuador, de la de Chile, de la Argentina y del Instituto de estudios económicos y sociales de México; miembro consultor de la comisión de historia del Instituto Panamericano de la OEA, miembro correspondiente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y socio del Ateneo Ecuatoriano.

En el campo de la educación ejerció los cargos de director general de Educación, director de Educación Técnica, subsecretario de Educación. Fue rector fundador del colegio Juan Pío Montúfar, profesor de los colegios Normales, profesor y vicerrector del Colegio Nacional Mejía y finalmente rector del mismo. Fue profesor de la facultad de Pedagogía, Letras y Ciencias e la Educación de la Universidad Central durante más de treinta años donde ejerció las cátedras de Historia del Ecuador, de América y Periodismo.

Finalmente, recibió la condecoración Nacional al Mérito de Primera Clase, post mórtem, como reconocimiento a sus servicios a la educación y al invalorable aporte a la cultura nacional.

Carlos Calderón Chico

NELSON ESTUPIÑÁN BASS: UN ESCRITOR PARA TODOS LOS TIEMPOS

Noviembre de 1968. Lo recuerdo con claridad, había salido de la prisión siendo muy adolescente, donde pasé alrededor de diez días por "revoltoso" y "tirapiédras". Los golpes en la cabeza me obligaron a raparme y a no salir por un par de semanas a la calle. En este encierro involuntario en mi casa, alguien me hizo llegar la novela de Nelson Estupiñán Bass: *Cuando los guayacanes florecían*. La "devoré" en menos de una semana. Fue el primer libro orgánico que lei en mi vida. Mi segundo contacto con Nelson Estupiñán fue en 1975, el mes no lo recuerdo, en el Aula Magna de la Universidad Católica de Quito, donde él sustentaría una conferencia sobre literatura y política. Habíamos ido con el escritor Raúl Pérez Torres.

En esta novela resplandeciente, llena de fabulación sobre un gran personaje de nuestra historia, el coronel Carlos Concha, y un periodo convulso de nuestro "pretérito-presente", la década del 10 al 20, pude ir conociendo al escritor que se sumergía en la ficción para evocar con caracteres magistrales una turbulenta época que iniciaba la consolidación del poder plutocrático costeño y afirmaba la soberbia de dos personajes poderosos desde el asesinato de Alfaro y sus tenientes hasta la llegada de la "revolución" juliana de 1925. Me refiero a "Panchito" Urbina Jado y Leonidas Plaza Gutiérrez.

La vida y la obra de este fecundo escritor esmeraldeño está marcada por una vinculación, desde sus primeros años de vida, a la pobreza y a la marginalidad. Supo lo que era el desarraigo cuando tuvo que partir a Quito a estudiar para profesor normalista en un medio cultural y educativo marcadamente racista. A pesar de todo, Estupiñán pasó a convertirse en el joven "mimado" de algunos estudiantes y familias capitalinas, que lo buscaban por talentoso y para que ayudase a resolver los trabajos de sus compañeros y amigos.

La vida y obra de Nelson está marcada por la ética, la responsabilidad ante un mundo preñado de incertidumbre, y en la que él como hombre y escritor se propuso contribuir a su cambio. Toda su obra literaria, de poeta y narrador, periodista, maestro normalista, contador, siempre las abordó con integridad, grandeza y con un sentido del deber que hace que aquellos que lo conocimos no podamos olvidar la inmensa carga humanista que puso a todos los actos de su vida.

Fue parte de la generación del 30, porque se vinculó a ella con una obra que pretendía rescatar la identidad del pueblo afroecuatoriano. Todos sus libros responden a ese requerimiento. En Estupiñán Bass habrían de estar latente la figura de su padre, "personaje de leyenda y novela", en el decir de su propio hijo, y de su madre y maestra, que le abrió el camino del conocimiento. Estos dos seres nutrieron a Estupiñán desde su infancia y adolescencia con las ideas del cambio, y en la edad adulta estas habrían de transformarse a un cambio de ideas que fecundarían su vinculación al Partido Comunista.

Toda su juventud, aquella cercana a sus estudios secundarios, está marcada por las anécdotas que jalonaron su vida en aquellos tiempos turbulentos: "... Si no me gradúo, pierdo la casa de la garantía". ¿Qué revelaba este comentario?, las angustias del joven que tuvo que hacer sacrificios para graduarse.

La década del 30 al 40 fue dándole la visión y la agudeza para analizar la sociedad de entonces; iba viendo que su destino estaría marcado por la causa de la transformación social y que sólo se podía llegar a ella entregando su vida y acción cotidiana, y renunciando a toda expresión frívola del vivir.



Nelson Estupiñán Bass

Sus lecturas de la época fueron básicamente los escritores marxistas, los textos de Simón Bolívar, los realistas rusos y franceses, Mariátegui y Amauta, Aníbal Ponce y José Martí, es decir todos aquellos americanos que en su momento dieron lo mejor de su vida y libros para cambiar ese presente de ignominia. Estupiñán bebió de esas fuentes y no hubo agua que calmara su sed de cambio y de justicia. En ese mundo turbulento de los años 30 y 40, comenzó a escribir. Sus primeros poemas y relatos se involucraron con la piel y los sentimientos de su pueblo esmeraldeño, de su raza afroecuatoriana.

Lo popular, lo heroico, impregnaron su obra; el humanista latía en una visión del mundo donde siempre debían operar elementos de vanguardia para transformar la literatura, que era una forma de transformar el mundo, la vida, según Rimbaud.

El "estupiñanismo", término creado por uno de sus críticos, era una forma de involucrarse en una literatura renovadora, dinámica, de vanguardia. Estupiñán, para esa época, años 40 y 50, se había convertido en un profundo conocedor de esa literatura negrista que involucraba a Leopoldo Sedar Senghor, Aimé Césaire, Emilio Ballagas, Jacques Stephan Alexis, Nicolás Guillén, y que hablaba a las claras de un intelectual sumido en los problemas de su raza, que alguien llamaría como la "literatura de la negritud".

Nelson fue un lector atento de todo lo que salía de las principales editoriales de habla hispana. Las revistas literarias fueron también un referente para darle un norte y un sentido a su quehacer intelectual. Y todo aquello lo dotó de criticidad y lo convirtió en un atento observador de los problemas del mundo.

Estupiñán, Adalberto Ortiz y Antonio Preciado constituyen lo mejor de la literatura negrista ecuatoriana y latinoamericana. Esta trilogía intelectual hizo una literatura de fundación, porque dotó de sentido e historicidad al pueblo negro del Ecuador. Los afroecuatorianos recuperaron la voz en la literatura y también en la historia.

Estupiñán Bass siempre tuvo presente que la literatura debía tener un "mensaje revolucionario", ya que así "puede y debe amalgamar-

se con la estética, una con espíritu moralizante debe y puede consubstanciarse con la belleza" (*El Comercio*, Quito, febrero 14 de 1994).

Estupiñán tenía plena certeza de que la buena literatura debía estar acompañada de una acción ética por parte del escritor. Él entendió el mensaje del Che: "Lo que no es bueno en moral, no es bueno en política. Y la literatura es casi siempre un dardo político". El esmeraldeño fue un fiel cumplidor de esta sentencia. Y así lo ratificó en un escrito periodístico titulado *Moral y literatura*: "... estimo que en esta hora de descomposición social el pueblo está exigiendo a sus escritores, jóvenes y viejos, asumir una franca posición contra la inmoralidad, sin olvidar su compromiso con la estética (*El Comercio*, Quito, febrero 14 de 1994).

Nuestro escritor fue un hombre bueno y transparente. Como dijo Jorge Salvador Lara, prominente figura de la derecha ecuatoriana: "... en su mirada siempre clara veía hermanos en todos los hombres" (*El Comercio*, Quito, abril 8 del 2002).

Todas sus novelas, desde la clásica *Cuando los guayacanes florecían*, *Toque de queda*, *El último río* (todas ellas traducidas al inglés), *Senderos brillantes*, *El paraíso*, *Las puertas del verano*, *Bajo el cielo nublado*, *Al norte de Dios*, así como su poesía: *Canto negro*, *Por la luz: poemas para negros y blancos*, *Timaran y Cuabú: cuaderno de poesía para el pueblo*, *Las huellas digitales*, *El desempate*, *Viaje alrededor de la poesía negra*, *El póker de la patria*, *Esta goleta llamada poesía*, entre otros libros, expresarían una actitud simbólica de cambios, trasgresión, y con un lenguaje que por todos los medios buscaba introducirse en la piel de su pueblo. Nelson lo reiteraría a cada instante: "Mi pueblo, siempre mi pueblo".

Cuando aparece su emblemática novela en 1959, *Cuando los guayacanes florecían*, Estupiñán se involucra a través de la ficción en capítulos dolorosos de nuestro pasado. El escenario de esta historia literaria es la rebelión del coronel Carlos Concha, seguidor de Eloy Alfaro y uno de los últimos guerreros liberales que intentó vengar la atroz muerte del líder de los montoneros. La sensibilidad literaria de Estupiñán lo hace sumergirse en una realidad que tenía que ser develada fron-

talmente porque era la única forma de conocer la verdad de los acontecimientos que habían enervado la conciencia de los ecuatorianos.

Esta novela, clave de su mundo ficcional y que le habría de dar nombradía continental, es, junto a *Juyungo*, de Adalberto Ortiz, una de las dos cimas de la literatura negra de América. Alguna vez, leyendo textos sobre el coronel Carlos Concha, encontré este verso anónimo: "Carlos Concha e' mi papá / bajao del infinito / si Carlo Concha se muere / el negro queda solito". Esta novela de Estupiñán, por su largo aliento narrativo, era el mejor ejemplo de vinculación con lo popular.

Un detalle histórico y social que no puede soslayarse en su biografía es que, junto a su hermano mayor, César Nevil, fue un estudioso y publicó muchos textos sobre el héroe mayor de Esmeraldas, Luis Vargas Torres.

Estupiñán Bass alguna vez reflexionó sobre su credo novelístico. He aquí algunas citas: "Creo que la novela es un poema de largometraje que, al discurrir por entre los bastidores de la historia, se torna más historia que la historia misma. Creo que las novelas no hacen las revoluciones, pero pueden llegar a ser insumos para la fertilización de los espíritus. Creo que las novelas crecen a medida que crece el alma del autor. Creo que mejor crítico es el público, y que la valía de una novela se mide por el termómetro de sus circulación y su irrupción en otras lenguas". Ese mismo Estupiñán Bass es muy explícito cuando afirma que en sus 25 libros está su pensamiento político, económico y social: "Cuando escribo novelas, Dios va adelante, y a mis costados, sonrientes, van mis padres" (*El Universo*, Guayaquil, julio 27 de 1998).

Las citas de arriba nos muestran a un escritor que tenía los pies sobre la tierra, que estaba seguro que toda su obra, novelas, cuentos, crónicas y poesías, eran parte de un proyecto literario que sólo buscaba dotar de humanismo y rebeldía las luchas sociales de su pueblo.

Fueron los personajes de sus obras literarias los que le dieron inmortalidad.

Para comprender la trayectoria humana y literaria de nuestro escritor, siempre hay que pensar en otro poderoso referente, su amada es-

posa Luz Argentina Chiriboga, novelista, escritora, esposa, amiga, mujer de dones y de afectos, compañera inseparable en todas las aventuras del espíritu que Nelson emprendiera.

Si alguien quiere adentrarse en el mundo "estupiñanista", tiene que leer los estudios del crítico y profesor norteamericano Henry J. Richards, y tendrá una visión universal del pensamiento de este esmeraldense que fecundó la literatura con su grandeza humana y ética: *La jornada novelística de Nelson Estupiñán: búsqueda de la perfección* (Quito, El Conejo, 1989), y, del mismo autor, *El brillante camino de Nelson Estupiñán, 1912-2002* (Quito, octubre, 2002).

Por otra parte, su candidatura al Premio Nobel de Literatura, en 1998, era la mayor constatación de la importancia de su obra y de las consideraciones de las que gozaba en el mundo literario y académico internacional. Vale recalcar que en las universidades norteamericanas hay una multiplicidad de tesis doctorales sobre su narrativa y poesía, todo lo cual revela a un escritor siempre original y atento a los cambios que se operan en el mundo literario.

Cedamos la palabra a un contemporáneo de Estupiñán Bass, el novelista Ángel F. Rojas, también uno de los grandes de nuestra literatura: "Nelson, hombre de tierra caliente, se murió de frío en Pensilvania. Pero, como poeta y coreógrafo que fuera, predispuso el grandioso funeral que se le hiciera en su entrañable lugar nativo, en el cual sus atribulados contemporáneos esparcieron sus cenizas. Era justo ese homenaje. Esmeraldas estuvo siempre en su pensamiento y en su sentimiento. Fue su "pequeña patria portátil", como en frase lapidaria expresara el poeta Carlos Eduardo Jaramillo, dedicada a quienes viviendo lejos, seguimos amando nuestra querencia" (*El Comercio*, Quito, marzo 26, 2002).

La obra cimera de este escritor es parte de la literatura hispanoamericana y en nuestro Ecuador ocupa un lugar especial. Con Estupiñán Bass se revela un pedazo de historia del pueblo negro al que le dio voz y grandeza espiritual ¡A todo señor, todo honor!

Alba Luz Mora

FRANCISCO TERÁN, EL HOMBRE Y EL CIENTÍFICO

Evocación

Tenía la parquedad de quien mira la vida con serenidad y profundidad. La mirada del que se sumerge en las inquietudes y disquisiciones científicas. La actitud de vivir intensamente hacia dentro y con la transparencia de las almas rectas y justas. Le atrajo siempre el entorno físico que lo rodeaba, la bella y contrastante naturaleza ecuatoriana. Ese privilegio que posee nuestro país de gozar de todas las alturas, climas y productos posibles y de ofrecer en pocas horas la feraz naturaleza oriental, las cúspides blancas de sus nevados y la proximidad al mar, con toda la riqueza que guarda el trópico y la potencialidad marina.

Su vida fue una constante superación y el estudio e investigación constante centrados en nuestra geografía ecuatorial. El padre Agustín Moreno lo dice muy bien: "Muy desde su juventud, don Francisco Terán Nicolalde demostró especiales inclinaciones por el estudio y la serena reflexión, como nos aseguran quienes le conocieron en sus años de colegio. Ingresado, en efecto al Colegio Seminario de San Luis de Quito, que por la década del 10 al 20 era una de las instituciones pedagógicas más serias de la capital de la República y en el que se educaron hombres de la talla del doctor José María Velasco Ibarra, Francisco Terán tuvo la suerte de recibir una sólida formación humanística, anclada en los

clásicos griegos y latinos, que según el consejo de Horacio, no se le caían de la mano de día ni de noche, bajo la prudente guía de los profesores D'Argila y Van Bussel, que infundieron en el joven educando un amor por la investigación científica y un recto criterio”.

Biografía

Nació en Tabacundo, parroquia del cantón Pedro Moncayo de la provincia de Pichincha, en 1904. Siguió después los estudios secundarios en el colegio San Gabriel, de la orden jesuítica, luego ingresó al Instituto Normal Juan Montalvo y prosiguió su formación en la Facultad de Filosofía, Letras y Educación de la Universidad Central del Ecuador y la culminó con un Masterado en Ciencias de la Educación en la Universidad de Maryland, en Estados Unidos de Norteamérica. Sus títulos correspondieron a Normalista de Enseñanza de Nivel Medio especializado en dos áreas de su preferencia: Historia y Geografía. Ejerció también una acción eficaz en la administración educativa, como inspector del Instituto Normal Juan Montalvo, visitador escolar de Pichincha y director nacional de Educación. Fue contratado por la Unesco para laborar en Nicaragua, donde escribió con el doctor Jaime Incer un moderno texto de *Geografía de Nicaragua* editado en 1964 y 1969. Fue catedrático por más de 30 años y siempre sobre sus materias predilectas.

Como decía el escritor Alejandro Carrión en sus *Notas de Andar y Ver* del diario *El Comercio* de Quito del 12 de julio de 1985: “Fue cultivador de una disciplina muy abandonada, la Geografía, entendiéndola íntimamente ligada a la Historia, disciplina a la que dio obras de verdadera importancia; su servicio a la Patria lo hizo trabajando humilde y útilmente todos los días de su vida... La altura y dominio con que las cultivó es difícil de igualar. Don Francisco Terán unía al dominio de los campos geográficos e históricos y a la vieja práctica de la enseñanza, una calidad superior de ciudadano ejemplar”.

Membresías

Su valía intelectual, su sapiencia y profundos conocimientos le atrajeron el respeto y la admiración de la comunidad intelectual y con ellos muchas membresías. Fue miembro de Número de la Academia Na-



Francisco Terán

cional de Historia, a la que ingresó el 14 de diciembre de 1979 con una ponencia titulada *Presencia de Nicaragua en la Conquista de Quito y del Perú*. Parece que su estadía como funcionario de la Unesco en ese país fue la oportunidad maravillosa para indagar históricamente el importante tema, cuyo recipiendario fue el académico doctor Agustín Moreno Proaño, OFM. El contenido del trabajo de Terán hace hincapié en la significativa intervención de Nicaragua en la empresa temeraria de Francisco Pizarro para la conquista del imperio inca, del cual formaba parte el Reino de Quito. Pero, a su criterio, esta vinculación histórica con el Ecuador quedó interrumpida aunque se han dado algunos hechos esporádicos de hace algunas décadas que parecían reavivarla. Como durante la Revolución Liberal ecuatoriana de 1895, cuyo líder, el general Eloy Alfaro, pasó en la ciudad de León temporadas de exilio. En esa localidad todavía se conserva memoria de ellas. "Una lápida empotrada en su muro frontal señala la casa del amigo y correligionario que le ofreció albergue. El presidente José Santos Zelaya prestó auxilio decidido al Viejo Luchador aún desafiando al Congreso", dice Francisco Terán.

Perteneció al Instituto Panamericano de Historia y Geografía, IPHG, sede en México, que organizó en Quito el Centro Panamericano de Investigaciones Geográficas bajo la responsabilidad del profesor Terán. En enero de 1959 se efectuó su incorporación a esta entidad creada por la Organización de Estados Americanos, OEA, con sede en México. Francisco Terán desempeñó entre otras funciones la Presidencia de la Comisión de Geografía en 1970 y la Presidencia del Comité de Enseñanza y Textos de Geografía del indicado instituto hasta 1985. Fue también miembro de la Sección de Historia y Geografía de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, del Grupo América, de la Sociedad Geográfica del Austro, con sede en la ciudad de Cuenca. Miembro del Instituto Ecuatoriano de Cultura Hispánica, de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, sede en Posada, estado de Misiones, e integró el primer Consejo Nacional de Cultura, organizado en 1973 durante la Presidencia Nacional de la Casa de la Cultura ejercida por el lojano doctor Eduardo Mora Moreno.

Su incorporación a estas entidades se realizó en épocas en que los requisitos para formar parte de los círculos intelectuales y culturales eran realmente exigentes. El proceso de calificación para ser miembro

“académico” de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, por ejemplo, solo aceptaba a quienes “cuya obra de creación o investigación en el campo de las artes, las letras o la tecnología y ciencias constituya un aporte valioso a la cultura nacional”. Para entonces se hacía una solicitud escrita del candidato a ser presentado por uno o más miembros de cualquiera de las Secciones. Se acompañaba la hoja curricular, las realizaciones bibliográficas, todo sujeto a la aprobación del Consejo Ejecutivo. Según el doctor “Galó René Pérez, quien fue presidente del organismo, “el caso de Francisco Terán fue sui géneris. Ingresó con el total beneplácito personal de los miembros de la Sección de Historia y Geografía de la matriz, cuando era Director el doctor Emilio Uzcátegui; por lo que en el Archivo General no reposa ninguna solicitud ni documento de discurso de incorporación, dadas sus altas calidades y realizaciones”.

El periodista y el escritor

Su rol de periodista lo ejerció en el diario *El Comercio* de Quito con temas educacionales, históricos y de geografía que nutrieron los contenidos de la página Editorial de ese rotativo. Falleció el 11 de julio de 1985 por un problema de tipo cardíaco. Lo habíamos visitado pocos días antes, en nuestra calidad de presidenta del Grupo América, y allí nos dio el privilegio de recibir sus libros autografiados que conservamos como un tesoro.

Su producción bibliográfica es ingente y respetable. A raíz del problema limítrofe con el Perú, publicó *Esquema de geografía Física del Ecuador* y *La realidad histórica de Tumbes, Jaén y Mainas* en 1942. Siguió un libro del que es coautor con el historiador Óscar Efrén Reyes: *Historia y Geografía del Oriente Ecuatoriano*. Cuando se produjo la Segunda Guerra Mundial y la Unión Soviética se perfiló como una potencia significativa en el ambiente internacional, orientó con su libro *Esquema Geográfico de la URSS*, 1945. En 1961 trató el tema *África, Visión Panorámica de su Geografía Política*. En 1962 escribió el texto *Hidrografía y Orografía de Guayllabamba* y *Geografía de los Países del Pacto Andino*, obra no siempre bien entendida por los que fomentaron temas limítrofes controversiales. Como cultor correctísimo del idioma castellano escribió un libro de temática importante: *La Enseñanza del Idioma Nacional en la Educación Media*, 1956. Y le siguió otro dedicado a los estu-

diantes adolescentes: *Breve Visión Geográfica del Ecuador*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, colección de *Lecturas Populares* de esa institución.

Su texto clásico es *Geografía del Ecuador* que lleva ya 20 ediciones. Fue escrito para el Concurso promovido por el Ministerio de Educación para los textos de Geografía con ocasión del CDXXXIX aniversario de la fundación de la ciudad de Quito. Ganó el primer premio bajo el seudónimo de Teodoro Wolf que le mereció el galardón con el Premio Tobar de la I. Municipalidad capitalina. Está dedicado a los alumnos de los colegios secundarios del país y su primera edición data de 1964. A tan importante libro siguieron *Páginas de Historia y Geografía*, editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1973; *Estudios de Historia y Geografía*, biblioteca ecuatoriana Casa de la Cultura Ecuatoriana, volumen 46, septiembre de 1973; *Nuevas Páginas de Historia y Geografía*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1983; *Las Misiones Geodésicas Francesas en el Ecuador*, abril de 1984 (separata de la *Revista Geográfica del Instituto Geográfico Militar del Ecuador*, No. 19); y *La Línea Equinoccial y algunos Fenómenos Geográficos Conexos*, contenido en otra publicación similar.

Es autor además de varios folletos sobre geopolítica, materia que en las primeras décadas del siglo XIX era aún desconocida en nuestro medio, publicó infinidad de artículos publicados en revistas del exterior y del país. Además es coautor de varios volúmenes de diferentes editoriales internacionales, como el titulado *Maravilloso Ecuador*, editado en 1977. Colaboró con el texto *Ecuador Andean Mosaic*, publicado por Rolf Blomberg, en la ciudad de Estocolmo en 1952. Es autor del capítulo correspondiente al Ecuador de la gran Enciclopedia *Larousse*, de París, Francia. El capítulo "Asia, África y Oceanía" para la obra *Geografía Dinámica*, de la Editorial Kapeluz de Buenos Aires. El texto *Viajeros por América*, de la colección Geografía Visualizada, editada en Miami, USA. Además, *Monografía y Mapa de Nicaragua*, para el World Atlas of Agriculture del Centro de Geografía Agraria de la Universidad de Perona, Italia.

Reconocimientos

Levan su nombre numerosos centros de enseñanza nacionales, como el Colegio Mixto de la parroquia Vinces de la provincia de Los

Ríos, los establecimientos de la parroquia Urdaneta y del recinto Cañaro del cantón Saraguro, de la provincia de Loja; la escolita mixta del recinto Suipira de la parroquia Catacocha, cantón Paltas de la provincia de Loja; el colegio del recinto San Roque de la parroquia San Isidro del cantón Sucre de Manabí; la escuela mixta unidocente del recinto San Roque de la parroquia San Isidro del cantón Sucre; la escuela mixta unidocente de la parroquia Pacayacu del cantón Lago Agrio del Oriente ecuatoriano; y otra de la parroquia Atahualpa de la provincia de Pichincha. Curiosamente, su recuerdo está ligado a modestas escolitas rurales donde parece haber cobrado mayor dimensión su pormenorizado estudio de la Geografía ecuatoriana, lo que le otorga una consideración especial.

Como miembro del Grupo América fue siempre un colaborador y participante discreto. No gustó mucho de las reuniones y grandes celebraciones; permaneció a la sombra de la actividad institucional, aunque siempre generando contribuciones perdurables como son sus textos universalizados en el Ecuador y en el exterior. En el año 2004, al conmemorarse el Centenario de su nacimiento, la Sección de Historia y Geografía de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, sus amigos y colegas, sus familiares, representaciones de la ciudad de Tabacundo, le rindieron un significativo homenaje de recordación en el aula Benjamín Carrión, donde estuvimos presentes en nombre del Grupo América. Su vida, su ejemplo, su fructífera actividad intelectual y científica no podrán ser olvidados. Sobre todo como geógrafo, que supo seguir brillantemente los pasos de autores señeros como Teodoro Wolf, Villavicencio y Paz y Miño.

*Sofía Luzuriaga Jaramillo**

BREVE REFLEXIÓN BIOGRÁFICA A PROPÓSITO DE JOSÉ MARÍA VELASCO IBARRA

Ficha biográfica¹

Padre: Juan Alejandrino Velasco (23 de octubre de 1857, Río Verde, provincia de Esmeraldas; activo en la academia y debates públicos). Base católica, conservador. Madre: Delia Ibarra Soberón (emparentada con Diego Ibarra, edecán de Bolívar; se casa con Juan Alejandrino Velasco en 1880). Base católica, conservadora.

José María Velasco Ibarra (1893-1979) nace en Quito el 19 de marzo de 1893, en el barrio quiteño de San Roque. En 1905 entra al Seminario Menor de San Luis. De 1907 a 1908 estudia en el Colegio San Gabriel. Obtiene su bachillerato, obedeciendo al requisito oficial, en el Instituto Nacional Mejía.

En 1911, se matricula en la Facultad de Ciencias de la Universidad Central, pero luego opta por la carrera de Derecho. Desde 1913 asiste a las reuniones de la Asociación Católica de Jóvenes. Su recorrido universitario está marcado por distinciones en actividades universitarias, proyectos sociales y empresas culturales.

El 10 de febrero de 1922 es doctor en Jurisprudencia con su tesis "El sindicalismo", e inmediatamente es reclutado como profesor suplente en su departamento; en 1925 es nombrado profesor de Derecho

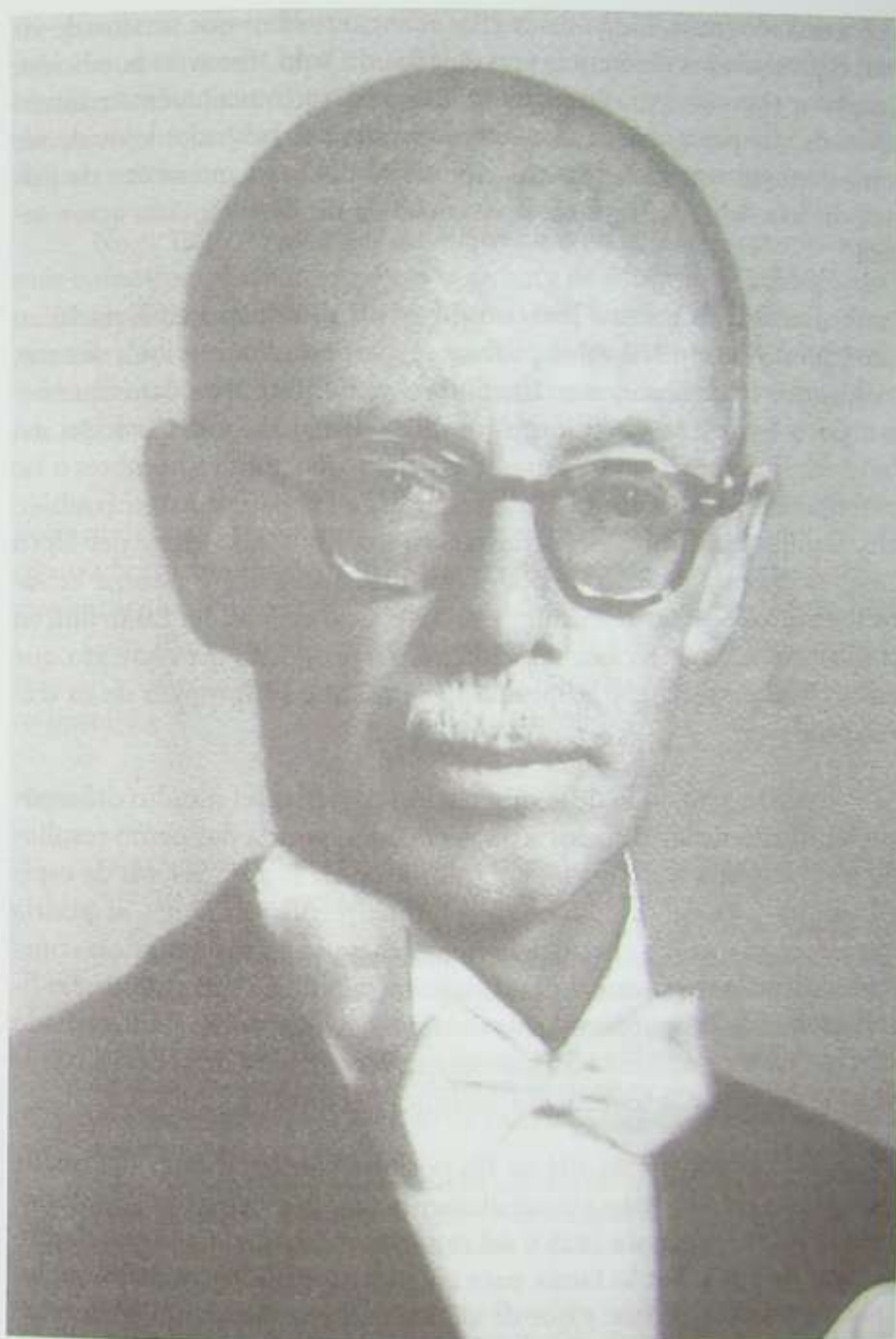
Romano. Dentro de los cargos públicos desempeñados están labores en el Ministerio de Educación; secretario del Consejo de Estado y secretario de la Junta de Beneficencia; en 1928 se le otorga el cargo de procurador síndico del Municipio de Quito, y miembro de la Junta Consultativa de Relaciones Exteriores, a la que renuncia el 24 de febrero de 1933 por su desacuerdo en el tratamiento del conflicto limítrofe del país con Colombia y Perú.

Desde 1922, interviene en los medios de comunicación —diario *El Día*, de filiación liberal, Quito; más tarde en *El Sol* y en *El Comercio*— con la publicación serial de su tesis sobre el sindicalismo. Utiliza el seudónimo de *Labriolle*. Más adelante, entre 1928 y 1931, escribe cinco libros: *Estudios Varios* (1928), *Democracia y Constitucionalismo* (1929), *Meditaciones* (1929), *Luchas* (1930), *Cuestiones Americanas* (1931).

En lo concerniente a su temprana participación militante en asuntos del país, se puede anotar su intervención en la Guerra de los Cuatro Días (1926), y en los debates y acciones para la libertad de sufragio. En 1932 es nombrado diputado por Pichincha. En 1933, en el contexto de su desacuerdo con las políticas gubernamentales, se plantea la creación de un nuevo partido político: Nueva Acción Republicana Ecuatoriana (NARE). El 22 de octubre circula en la ciudad de Quito una hoja volante intitulada *Llamamiento a la ciudadanía* para la formación de la Junta Nacional de Sufragio Libre (JNSL), en donde Velasco Ibarra obtiene el liderazgo y desde donde comienza su primera campaña presidencial.

¿Cuál puede ser el interés de una biografía?, ¿quién es candidato para ser biografiado? Todo individuo —de esta u otra especie— es posible sujeto de registro. La forma de registrar es lo que cambia; forma relacionada a una intencionalidad específica. Por ejemplo, ¿qué buscaba Elizabeth Burgos cuando, a partir del testimonio de Rigoberta Menchú, recreó una biografía?² Probablemente, narrar una trayectoria desde lo subalterno, recorrer la cosmovisión maya-quiché, evidenciar los conflictos y resistencias de los excluidos de la nación guatemalteca.

¿Cuál puede ser el interés de una biografía? Decir, registrar; oír, apropiarse. Por lo tanto, además de que cada individuo es candidato



José María Velasco Ibarra

para una biografía, cada una de ellas se constituye en una versión de vida: determinados elementos son dejados de lado -fuera de la edición, por citar un caso- para hacer factible una narración coherente e intencionada del personaje al que se hace 'andar': el biógrafo, lejos de ser omnipotente aun en la construcción de su discurso, interviene de forma directa sobre la trayectoria vivencial de un determinado actor social.

José María Velasco Ibarra, salvo error de registro civil, nació en 1893 y murió en 1979; tuvo padre y madre; estudió; escribió, se casó, viajó, gobernó al Ecuador en cinco ocasiones... Estos son datos que dejan poco lugar a la discusión o invalidez. Están ahí a disposición del biógrafo que comenzará a 'amasar' el relato, que pondrá nombres a las paternidades, a los colegios, a las esposas, a los países. Están también ahí, aunque más difusos y arbitrarios, los hitos históricos del lapso 1893-1979, los conflictos de poder que exiliaron o entronaron a Velasco Ibarra, los escritos relevantes en su ejercicio de letrado. Están ahí, en consecuencia, las elecciones del biógrafo a propósito del contexto que envuelve al personaje, y las puntas de lanza que se apropian de su trayectoria³.

Así, dependiendo de la orientación narrativa, el estudio del espacio familiar o de los colegios y universidades, podría dar como resultado una biografía centrada en la exploración de la adquisición de capital cultural⁴. O, del estudio de su columna regular en *El día*, se podría establecer un análisis crítico del discurso basado en sus temáticas constantes como la democracia y la dictadura, la política y el político, las limitaciones de los partidos y sus doctrinas...⁵. Es decir, el biografiado deviene un ser fragmentado, nuevamente construido de acuerdo con la versión de vida y la tendencia académica del investigador.

No obstante, más allá de las posibles construcciones del relato, José María Velasco Ibarra es un elemento angular en los años posteriores a la Junta Militar de 1925 y del contexto del llamado 'retorno democrático' de 1979. Por lo tanto, para entender los macrocontextos en los que el presidente actúa, y que de alguna manera, estructura -construcción disloca de la nación, integración al sistema/mundo, auge bananero, mitos del reformismo militar, la experiencia cubana, auge petrole-

ro- parecería inevitable entender su trayectoria. Entenderla lejos del bronce, cercana más bien a la idea de un referente necesario con 13 intermitentes años en el poder, con muchos más de militancia paralela, con puesto delantero o trasero en el vehículo del progreso... ¿Cuestión de perspectiva?

No se trata de plantear un relativismo en la interpretación: nada más cómodo o absolutorio. Pero sí se trata de subrayar la ambigüedad constituyente y resultante de las historias de vida de las 'fichas monumentales' en la construcción de la nación, de los testimonios de los modelos de los subalternos, de los 'estudios de caso' de los 'anónimos'. Decir, registrar; oír, apropiarse.

"Se ha insistido en que Velasco Ibarra cubrió 40 años de la vida política del país. Nada más falso; Velasco sólo gobernó 13 años en sus cinco administraciones (...). Más bien el 'placismo' es el hecho político que encarna un proyecto definido impuesto en el Ecuador desde 1948 (...). Galo Plaza ha sido quien ha conducido el carro del Estado ecuatoriano y Velasco el demagogo que saludaba a las masas desde el asiento posterior"⁶.

Notas

- * Licenciada en Ciencias Históricas (PUCE, sede Quito). Actualmente finaliza su Maestría en Estudios de la Cultura (UASB, sede Quito).
- 1 La selección de información presentada en la ficha biográfica se basa en una sección del estudio de Robert Norris, *El gran ausente. Biografía de Velasco Ibarra*, 2 tomos, Quito, Libri Mundi/Enrique Grosse-Luemern, 2004, capítulos 1, 2 y 3 del primer tomo. En esta publicación se encontrarán, entre otros aspectos, los periodos presidenciales de Velasco Ibarra y su estudio correspondiente.
 - 2 Elizabeth Burgos, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, México, Siglo XXI Editores, 1991, 6ª ed. Véase los criterios narrativos explicitados por la antropóloga.
 - 3 Para una profundización sobre ciertos aspectos del proceso de producción histórico-biográfico en la obra de Robert Norris, remitirse a 'El gran ausente', en la revista Letras del Ecuador N° 188, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana (sede Quito), julio 2005, pp. 41-48.
 - 4 Sobre este concepto, remitirse a Pierre Bourdieu, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto* [1988], Mª del Carmen Ruiz de Elvira, trad., Madrid, Taurus, 1991.

- 5 La tematización de sus escritos queda planteada por Robert Norris en los dos tomos de su biografía.
- 6 Para no caer en una descontextualización de la frase, remitirse al análisis de Alejandro Moreano, 'El sistema político en el Ecuador contemporáneo', en Enrique Ayala Mora, edit., *Nueva Historia del Ecuador*, vol. 11, Época republicana V, Quito, Corporación Editora Nacional/Grijalbo, 1991, p. 193.

Fray Agustín Moreno, OFM

HUMBERTO VACAS GÓMEZ

Si bien Vacas Gómez nació en Quito, sus antepasados eran representantes de ilustres prosapias imbabureñas. Sus padre, don Rafael Vacas Galindo, era hermano del padre dominico fray Enrique Vacas Galindo, sabio historiador que recogió en el Archivo de Indias de Sevilla 200 enormes tomos de documentos originales que algún día servirán para escribir la verdadera historia de la patria; e, igualmente, publicó tres gruesos volúmenes con documentos irrefutables sobre los derechos territoriales del Ecuador en la cuenca amazónica, razón por la cual el retrato al óleo de este insigne cotacacheño preside las sesiones de la Junta Consultiva del Ministerio de RREE. Patriota a carta cabal, la figura moral de fray Enrique Vacas Galindo fue la inspiradora de la fecunda vida de su sobrino Humberto. Por el lado materno, doña Esther Gómez de la Torre, ibarreña, descendía del edecán de Simón Bolívar, coronel don Teodoro Gómez de la Torre, prócer imbabureño de inigualables méritos.

A principios del siglo XX, los padres de Humberto se radicaron en Quito, ciudad, por entonces, de unos 45 000 habitantes. Un connotado pedagogo otavaleño, don Leopoldo N. Chávez, tenía una prestigiosa escuela primaria, anexa al Normal Juan Montalvo, donde impartían sus enseñanzas los miembros de una misión educativa alemana de enorme prestigio y traída al Ecuador por el ministro de Educación, don Luis A. Martínez, en la administración de Leonidas Plaza Gutiérrez. Allí estudió Humberto las primeras letras y se perfiló ya su futura personalidad de escritor y periodista. Los estudios secundarios los hizo en el

Colegio Nacional Mejía, que tenía su sede en el antiguo Beaterio, y que, por ese tiempo, estuvo regentado por notabilidades como Jaime Chávez Granja, Hugo Moncayo Veloz y Abelardo Flores, quienes inculcaron a Humberto un genuino amor a la literatura, a las ciencias y a la cultura.

Pasó luego a la Universidad Central del Ecuador a estudiar Jurisprudencia, donde tuvo a maestros como Julio Enrique Paredes, Alfredo Pérez Guerrero, Víctor Manuel Peñaherrera y Luis Felipe Borja Pérez (hijo). Allí Humberto Vacas Gómez obtuvo el título de licenciado en derecho.

El periodismo fue su vocación primordial. Incorporado a la plana mayor del diario *El Comercio* de Quito, fue escalando todos los puestos de responsabilidad. Escribía todos los días, y alternaba su vigorosa pluma con la de viejos maestros, como Isaac J. Barrera, Alejandro Andrade Coello, Augusto Arias, José María Velasco Ibarra y José Rafael Bustamante, quienes ilustraban a la Academia Ecuatoriana de la Lengua, correspondiente de la Real Española.

En este medio cultural fue ganando amigos y admiradores, y se convirtió en el eje de las tertulias literarias de la ciudad y en el animador de los mejores afanes de desarrollo cultural. Además de las cátedras que desempeñó con lucimiento en el colegio femenino Veinticuatro de Mayo y en la Universidad Central del Ecuador, colaboró, con sumo entusiasmo, en la fundación de la Escuela de Periodismo, que empezó a funcionar justo frente al edificio del diario *El Comercio*, y bajo la dirección de Atanasio Viteri. Hasta entonces, en Quito solamente existía el Círculo de la Prensa, donde se agrupaban los periodistas de todas las tendencias.

Humberto Vacas Gómez, ya como director de la Escuela de Periodismo, ya como presidente de la Unión Nacional de Periodistas, que fue su consecuencia, impulsó la campaña nacional de alfabetización para erradicar del país la lacra del analfabetismo, y que fue uno de los empeños mayores de su amigo y colega Gustavo Vallejo Larrea. En el Municipio de Quito, creó, durante la Alcaldía del doctor José Ricardo Chiriboga Villagómez, el Departamento de Cultura y Educación Popular, que ha ido desarrollando una intensa labor en los años posteriores.



Humberto Vacas

Por sus virtudes humanas, su gran capacidad de trabajo intelectual y social y por las amplias relaciones que adquirió en el mundo diplomático, fue llamado a desempeñar cargos sobresalientes por varios gobiernos nacionales; tal es la Subsecretaría y el Ministerio de Educación Pública, la Embajada del Ecuador ante el Gobierno argentino, la Presidencia del Instituto Sanmartiniano de Quito, la presidencia del Instituto Cultural Ecuatoriano Israelí, la presidencia de la delegación ecuatoriana al Primer Congreso Internacional de la Unesco, realizado en la Habana, Cuba, en 1950.

Viajó por muchos países, casi siempre invitado por sus propios gobiernos, y, de este modo, llegó a tener una cultura enciclopédica, de lo que es testimonio su rica biblioteca, donde abundan los elogiosos y merecidos conceptos sobre su personalidad en las dedicatorias que los autores de los libros le suscribían.

En el Grupo América se desempeñó a fondo en formar la Biblioteca Iberoamericana, donde se podía encontrara y leer la mejor y más reciente producción literaria de los países hermanos de habla española y portuguesa. Por el dominio de los temas que trataba, fue, por un buen tiempo, redactor de la revista América, vocero oficial de la OEA, en Washington DC.

Poeta de finos quilates, no publicó muchos de sus poemas. En los que dejó impresos, podemos admirara la fluidez de las ideas y de las metáforas, lo mismo que la musicalidad de los versos, que yo calificaría como hermanos de la lírica de Miguel Ángel Zambrano.

Escribió un hermoso prólogo para el libro *Caspicara*, de quien redacta estas líneas, y que contribuyó a que el mundo conociera los tesoros artísticos de Quito, y reconociera que con justicia fuera declarada la primera ciudad en el mundo con el enorgullecedor título de Patrimonio Cultural de la Humanidad. En los postreros años de su vida, Humberto Vacas Gómez tuvo un nobilísimo gesto para con la Academia Nacional de Historia, a la que entregó un rarísimo ejemplar del mapa del Ecuador elaborado por su tío Enrique Vacas Galindo hacia 1898, y que es una joya invaluable para la historia de los límites y los derechos del Ecuador.

Renán Flores Jaramillo

AUGUSTO ARIAS, EL ESCRITOR

"Imposible considerar al libro como viviente sin ese personaje, seguramente el primero, que llega a su esencia, que se anima en la fábula, que acuerda con su canto y penetra en el sentido de su parábola, que es el lector. Ácrata o conservador, directo o suspenso, confiado o receloso, es él quien determina, de verdad, la suerte del libro...".

Son palabras del escritor Augusto Arias, alguien que jamás pretendió ser original: dedicó toda una larga vida a la literatura, a su comprensión, a su trabajo y se le escamoteó a la brillantez efímera. Augusto Arias entregó a los libros todo su tiempo y todo su tesón.

Porque a veces la originalidad estriba precisamente en no ser original, sino en dedicarse enteramente, con firmeza, al trabajo elegido. Con talento, con fuerza y con decisión. Augusto Arias entregó su entera vida a los libros.

"La Puerta del Sol abriga aún el café de Levante, cuyos espejos opacos duplican el paisaje del auditorio que acude a las veladas que organiza Giménez Caballero sobre el tablado al que ascienden los hispanoamericanos para hablar de las gestas de Bolívar, de la vigencia de Darío, de las desazones iluminadas de Martí, de la melena de Gómez Carrillo o de los venablos castigos de Blanco Fombona".

Arias relató la vida y las costumbres de la época en breves y directos artículos periodísticos, llenos del ambiente y del olor del café de aquellos tiempos. Arias quedará en los anales de la literatura como un

periodista de otros tiempos. Gracias a él tendremos una visión exacta de esa especial lentitud con que las horas pasan cuando los hombres se reúnen y hablan de literatura, de arte.

Los primeros datos biográficos

Galo René Pérez —¿quién si no él?—, admirable escritor cuyo generoso trabajo consiste en dar a conocer las obras y la vida de otros escritores de las tierras iberoamericanas, proporcionó una breve pero clara biografía de Arias.

Augusto Arias nació en Quito, en el año 1903. Estudió en esta misma ciudad y muy tempranamente se hizo notorio en el "ejercicio de las letras", ejercicio que ya no abandonaría nunca.

"Tenía apenas diecisiete años de edad —relataba Galo René Pérez— cuando editó su primer volumen de versos, *Del sentir*. Ello demuestra que fue una de las figuras que más pronto han conquistado un prestigio intelectual en nuestro país. Además, difícil es encontrar, a través de su historia, un espíritu como el de Arias, exclusivamente dedicado a la vida de los libros, y por lo mismo absolutamente ajeno a toda actividad que no sea conexas. Escribió abundantemente. Profesó la cátedra del colegio y la universidad ininterrumpidamente, por decenios. Y, de un modo paralelo, el periodismo. Todos los otros campos le fueron extraños, por razones de vocación y de temperamento. Varios organismos de escritores le contaron entre sus miembros: la Casa de la Cultura Ecuatoriana, el Instituto Ecuatoriano de Cultura, la Academia de la Lengua, el Grupo América, la Sociedad Jurídica y Literaria, y otros".

Augusto Arias —junto a Jorge Carrera Andrade y a Gonzalo Escudero— fundó la Asociación de la Idea, que impulsó notablemente la literatura ecuatoriana, por cuanto hizo posible que muchos jóvenes, como ellos, dieran a conocer sus escritos y poemas. Por entonces, la poesía era la predilecta entre las artes de escribir.

De la producción lírica de Arias es necesario mencionar *El Corazón de Eva*, *Viaje*, *Canto a Beatriz* y *Paisajes*, obra que más adelante se-



Augusto Arias

ría recogida por él mismo en un volumen titulado *Poesía*, que dio a conocer en 1957.

“La atmósfera romántica, que no declinó del todo en los años del costoso esteticismo modernista —escribió Galo R. Pérez— consigue idealizar ante sus ojos las cosas del áspero y desdeñado mundo cotidiano. Ni para Arias ni para aquel grupo que en verdad le entendió hay paisajes sin lunas de enero sin tardes violetas, sin rosales que se mustian o florecen, sin bosques misteriosos ni vientos primaverales. La melancolía, ‘el sabor de las penas’, los ‘rubios abriles’, ‘la rueda -de los años se-seños’, el ‘corazón de tiernas flores sentimentales’, el recuerdo de la novia perdida que adquiere los perfiles de una ‘hermana buena’, son expresiones que denuncian a las claras aquella filiación sentimental y estética de Arias en la etapa de su juventud”.

Pero aquí es necesario matizar. Galo René Pérez habla de toda una generación de escritores, y Arias, con el tiempo, cada vez fue más riguroso consigo mismo. Abandonó incluso sus preferencias literarias para entrar de lleno en las corrientes que compartían tanto la tertulia como las idealizaciones literarias.

Estos escritores abandonaron primero las tardes violetas y los versos rimados; luego consiguieron expresarse con palabras justas, que daban a la poesía todo su esplendor, como en estos versos de Arias que recoge el mismo Galo René Pérez:

“... para el frío del páramo trae la veta de su grito y lo enlaza al final como a una res salvaje que lanza su cornada al infinito y soplan en la bocina su yaraví de viaje...”

Augusto Arias viajó a España y allí sumó a su cultura ecuatoriana todo lo conocido y todo lo que sintió. Pero ahora ya se trata de la prosa.

El cronista

Desde España, Arias se convirtió en un verdadero cronista de las costumbres literarias españolas. Los más importantes periódicos del Ecuador han publicado crónicas del viajero que llevaba hasta la tierra

natal sus impresiones sobre todos los escritores que habitaban España, desmenuzando la literatura de cada uno de ellos, para explicarla a su gente.

“Ese aire liviano de Madrid parece concordar con el clima espiritual de la ciudad a la que guardan puertas sin cerradura y por uno de cuyos costados circula el flaco Manzanares”. Pero “ese aire que no apaga un candil alcanza, en cambio, a desvanecer, como antídoto invisible, así las sombras del augurio como los rayos de la sorpresa”.

De esta manera explicaba Madrid, en su *España Eterna*, Augusto Arias. Y luego, como siempre, la vida cultural, los hombres que escriben, los cafés de las tertulias donde se pasan las tardes, con lentitud...

“Madrid ha sido siempre una ciudad de las letras. Como en todas las grandes capitales y más aún en esta villa de antiguos prestigios, los escritores y los poetas, procedentes de las provincias y los pueblos, llegaron un día para buscar el triunfo o el ambiente. El madrileñismo de Quevedo, en el Siglo de Oro, y más tarde el de Figaro, salen a la universidad que les aguarda por la importancia ecuménica de sus motivos; por la sonrisa de contar, a veces sarcástica en don Francisco, y por la fuerza de un desencanto mundonovista que es en Larra la marca de su carácter y de sus vuelos de crítica costumbrista y social”.

“Las palabras, como los ríos y los mares —escribió Carlos Sabat Ercasty, en la introducción a uno de los libros de Augusto Arias— crean su corriente, su profundidad y su oleaje. El espíritu sopla sobre ellas y crecen de golpe en vitalidad. Un lenguaje rico es como un mundo evolucionado y complejo. Será considerado nada más que como material expresivo, pero es el arquitecto quien levanta el edificio que sorprende y admira. De la piedra crece un Partenón o una catedral gótica. ¿Y qué es la piedra? El creador de prodigios es el artista, y tú conoces, amorosa y secretamente, la lengua de tu *España Eterna*. La has frecuentado en sus maestros y la has troquelado en tus virtudes humanas. Por eso tu viaje es un poema. Conviertes el signo común en sugestión personal. Aumentas el calado del verbo para que sea más. Tocas en lo vivencial con las palabras y troquelas antes de que se enfríe el metal de cada emoción”.

Así es. En la literatura de Arias hay sobre todo calor, interés, amor. Antes de escribir sobre España, la ha vivido, la ha conocido, se ha impregnado del color local y luego, sólo después de haberla hecho suya, ha escrito páginas llenas de emoción, de experiencias reales, de cosas verdaderas de las que él ha sido testigo y de las cuales puede hablar con conocimiento de causa.

"El Rastro —escribió Arias, refiriéndose al de Madrid— no es la 'resaca' de la ciudad. Parece más bien su curioso inventario, aun cuando sea parcial y en su vida promiscua se detengan, como en todo regazo de las actividades que han sido, la historia y la conseja".

Con estas palabras que aún hoy, después de tantos años, servirían para definir el Rastro madrileño, Arias demuestra haber paseado largamente por esas infinitas y pequeñas callejuelas donde los madrileños venden todo, compran todo. Pero no sólo sus pasos le indicaban el camino, sino su alma de viajero, que deseaba ardientemente aprehender los detalles y poder llevar el Rastro a sus páginas literarias.

"No son pocos los que han ido a buscar al Rastro la historia sentimental y pintoresca de Madrid, así como la de horas que se marcaron en próspero rumbo o brillante solemnidad, venidas a menos en fuerza de la mudanza de los tiempos o a impulsos de la gravitación universal, por la que así los seres, como las cosas, dejan su huella más o menos profunda o superficial, su señal o su rastro".

El viajero continúa su camino

Para hablar de la literatura de Arias hay que referirse a sus retratos paisajistas. El escritor anda por el mundo y luego, con exactitud y claridad, lo cuenta, lo relata. Viajero que no se cansaba de mirar el mundo, Arias recorrió España, y de cada sitio por donde pasó se llevó un recuerdo admirado, un recuerdo literario, sin duda.

"Cuando el Escorial nos mira con sus dos mil seiscientas ventanas, nuestro reconocimiento no puede desprenderse de alguna de las señales del asombro, por más que a través de las guías descriptivas o de las interpretaciones literarias nos hayamos prefigurado el edificio severo que se levanta contra los perfiles de Guadarrama".

¿Quiere el lector mejor definición de la primera visita al imponente Escorial? Arias ya lo escribió después de posar sus viajeros ojos sobre el viejo monasterio.

“Piedra, bronce, mármol, pórfido, jaspe, ébano, cedro, integran la dureza del Escorial. La masa perenne sin líneas agudas, la distribución de su pinacoteca, el tesoro de sus incunables, corresponden a la armonía exterior e interna en la que permanece”.

A *España Eterna* —(de donde extrajimos estas breves frases)— la definió Galo René Pérez como una obra de “remembranzas viajeras en que se alian magistralmente dones de observación, originalidades de sosegada reflexión e interpretaciones subjetivas de imponderable alcance lírico”.

“Vano sería el empeño de aludir aquí —sigue Galo René Pérez— a algunos de sus amplios trabajos de crítica”. Porque sobre todo Arias dio a conocer, con habilidad y talento, todo un mundo que para el Ecuador de aquella época era una gran novedad.

La visión de la literatura de Arias

Si bien la poesía de Augusto Arias modificó en mucho la manera de escribir de todo un grupo ecuatoriano de literatos o artistas y la narrativa descripción de sus viajes llenan el alma de quien no pudo viajar, hay sin duda otra faceta del escritor que es necesario destacar ampliamente.

Se trata del Augusto Arias periodista. El Augusto Arias que desde España, día a día, envió al Ecuador, a los mejores diarios de Quito, sus crónicas sobre los escritores españoles. Crónicas que sirvieron para que los jóvenes que se interesaban por las letras conocieran más fácilmente a Quevedo, pero también a Menéndez Pidal, al Camilo José Cela de entonces, con largas barbas y especial inteligencia.

Augusto Arias creó un verdadero lazo entre la literatura española y la literatura iberoamericana. Con sus crónicas culturales permitió que de un lado y del otro del océano Atlántico se conocieran y se leyeran trozos de poemas, de prosas, que él, con diáfana comprensión, ele-

gía y llevaba al Ecuador. Asimismo, consiguió establecer las diferencias y las concordancias que unen a esas dos tierras: España y Ecuador.

"Es cierto que los clásicos —escribió Arias en *El Comercio* de Quito, en 1968— llegan y se consagran por consenso de los entendidos, pero en primerísimo lugar por el voto de lectores y lectoras. Así es como pasa Lope de Vega vigoroso con sus humanidades y sus humanismos, rodeado de sus personajes que le siguen y le persiguen y no le dejan reposar ni en su biblioteca de los pergaminos ni en su jardín del pozo ciego".

Gómez de la Serna desde la mirada de Arias

En el año 1962, Arias escribió un corto artículo en *El Comercio* de Quito, "A más del medio siglo de su vida de escritor, Ramón Gómez de la Serna ordena prosas antiguas y recientes, de líneas autobiográficas gran parte, apéndices de su *Automoribundía* o nuevos ensayos en los que se perfeccionan su fe, a prueba de las mismas incertidumbres que la persiguen, y su esperanza, digna de llamarse madura por la poda de las ramas superficiales".

Justamente admiraba Arias en los demás lo que él mismo pretendía cuando, al reunir sus poemas más antiguos y los más nuevos, intentaba mostrarse objetivo con toda su poesía juvenil.

La muerte de Juan Ramón Jiménez

"Diríase que en los últimos días de Juan Ramón Jiménez apuntó como un ocaso radioso, y al término de su viaje físico al propio tiempo aislado y constelado, hecho de sus silencios y de su poesía elevada en la más esencial de las músicas, a la postre de su abatimiento final por la distancia de Zenobia, de su nerviosa misantropía y su voluntad que daba la impresión de desprenderse del mundo, el poeta volvía a los maternos regazos o ibase durmiendo en ellos, con alternativas angustias y compostura, como en retorno a su edad niña, para alcanzar la forma de la muerte y de la resurrección".

Son frases que indudablemente requirieron, antes de ser escritas, un conocimiento y una ternura por la poesía de Jiménez, por su propia vida.

Augusto Arias explica por dónde transcurría la poesía de Juan Ramón. "Quedaba algo de sí por todos los caminos de su poesía, seguramente de los más universales y celestes en veces, pero en el silencio del Jiménez yacente se aspiraba ya el inminente anuncio de su regreso. Revoloteaban en su torno los temas de Dios que está azul, de los jardines amarillos, de la herida de abril, de la tristeza dulce del campo, de la cruz de primavera, del humo del romero, del violín andaluz que suena por la viña, de las mariposas de luto...".

Desde el otro lado

En un artículo publicado hace ya varios años, Augusto Arias nos planteaba las cosas del otro lado. *Espanoles en Quito*, se titulaba el artículo, y así decía:

"El Ángel" de Quito, según la advertencia del Marqués de Lozoya, no vino con los frailes y soldados españoles. Aquí estuvo desde antiguo y cuando en esta ciudad surgían las iglesias al igual que en Santo Domingo, México, Puebla, Guatemala, Lima y Cuzco, aquel iba entre las nubes de la gracia y parecía redondear las colinas a las que treparía, más tarde, esa población de retablo que no pocos viajeros han celebrado".

Y siempre con la conquista y la cultura española vistas y tenidas cerca del corazón, Augusto Arias lleva y trae, trae y lleva, de España al Ecuador, del Ecuador a España, una misma cultura, unos idénticos valores estéticos y literarios. Es él quien reivindica para todos los escritores a Santa Teresa, como una santa tanto para los literatos ecuatorianos como lo fuera para los cultos escritores españoles.

"Ella que quiso la existencia tanto para la acción como para la contemplación, y que llevó siempre, como su mayor anhelo, el de conquistar las almas, como patrona de los escritores españoles, se presenta con el doble gusto de sus años primeros, el de las novelas de caballería

y las vidas de Santos, y mística y humana componen libros de pensamiento, de profundidad que parecen, sin embargo, levantados sobre livianos andamios y que debieron ser trazados —escribe Arias— sin fatiga, y es la que no se precia ni se menosprecia ni busca el ruido ni los aplausos y sí ama la "llaneza y la claridad por las que soy perdida" tales sus propias palabras, escribe su tan conocido 'vivo sin vivir en mí' o la estrofa fortificante para decir al amigo, al hermano, que nada le turbe ni le espante pues todo se pasa y 'Dios no se muda', que la paciencia alcanza todo y que 'Quien a Dios tiene/ nada le falta/ sólo Dios basta'.

Arias, que recorrió Ávila en busca de los orígenes de la santa, escribió asimismo: "En su temperamento, en sus palabras y en sus libros se imprimen rasgos de Ávila. Hay algo de lo que llamaríamos paisaje y arquitectura de la ciudad, de los cantos y de los santos en el cristalino palacio de Santa Teresa. Reflejos contados doblemente por aire y por resol, de una calle típica por la que transitaría que se llama de la muerte y la vida. Y también desánimos y desamparos, consuelos y carismas, como los que han encontrado sus biógrafos en la existencia de la que tuvo silencios y palabras, júbilos y pesares, lágrimas en cuyos iris clarea lucecilla inefable".

Arias, como puede verse en estas líneas, mantuvo siempre su primera elección: la de poeta. Y puede decirse incluso que llevó el romanticismo y las tardes violetas hasta la prosa periodística que nos legó, para siempre.

En Arias, la elección de los adjetivos es siempre poética pero también exacta, como si quisiera llevar al lector, siempre, por los caminos de esa belleza que él veía en cada cosa.

"En su escultura barroca aparece con las habituales prendas, velo blanco, hábito pardo, escapulario del Carmen y en la diestra la pluma de la doctora mística. Una saeta le da en el pecho. Santa Teresa cierra los ojos y abre los labios para expirar. Y vive porque no muere".

Para localizar toda la amplitud de la poesía de la Santa Teresa, Arias es indispensable, puesto que recorrió sus caminos, los de Ávila, y conoció su vocación. Y, como periodista que era, Arias investigó y proporcionó datos sorprendentes sobre la escritora,

“Los hermanos de Santa Teresa —escribe Arias en su *Doctora Santa Teresa*— que se llaman, a la usanza de la época con los apellidos paterno o materno, Cepeda o Ahumada, están todos por las tierras a las que los españoles llamaban de Indias, y asimismo sus perfiles espirituales y la historia de sus aventuras y desventuras se proyectan en letra de los cronistas y en libros y cartas de su hermana llamada a gloria cierta”.

Y nos cuenta la historia de los hermanos de la santa que por tierras americanas vivieron y se quedaron. Así, Arias acerca una vez más los dos continentes: Europa y América. “Pero es en San Francisco de Quito en donde establece casa, familia, hacienda, destino, permanencia, memoria. Forma caudal destinado a crecer a raíz de su encomienda de indios. Y aquí nacen sus hijos de su matrimonio formado con distinguida dama peruana...”.

La prosa de Augusto Arias fluye, rápida y cadenciosa, para hacernos conocer los misterios de la poesía de la Santa. Todo mezclado con habilidad para demostrarnos que Teresa de Ávila escribió para todos los que hablan el idioma español. Tanto si nacieron en España como si nacieron en tierras conquistadas por los españoles.

Gracias a Arias, de alguna manera, Santa Teresa de Jesús nos pertenece a todos.

Don Quijote de Quito

“Mucho se habló —escribe Arias en su libro *España en los Andes*— de los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, cuya lectura renovada cada primavera despierta una de las consagradas frases que parecen insustituibles, a menos que se afirme la vigencia actual y antigua de *España en los Andes*: Montalvo, el Cervantes de América.

Así es: Augusto Arias publicó en Quito, en 1948, un libro titulado *El Quijote de Montalvo*.

A pesar del amor hacia España, del enorme respeto que campea en todos los escritos de Arias sobre Miguel de Cervantes e incluso sobre el personaje mismo de Don Quijote, él hacía un estudioso ensayo

sobre la parte que le tocó a América, en la pluma de Montalvo, del famoso caballero andante.

“El tema de Don Quijote fue en Juan Montalvo un tema de casta —escribe Arias—. Y acaso puedan existir relaciones de sangre entre este castellano de América y D. García Ordóñez de Montalvo, el primero de los escritores de la raza que animó, para más dilatado viaje, a una vieja leyenda de caballerías recomponiendo libros antiguos y añadiendo otros de su ingenio o soplando sobre los personajes un hálito de vitalidad, en parecida creación a la del ilustre bachiller de *La celestina*”.

Arias reconstruyó la llegada a España, por segunda vez, del gran escritor Juan Montalvo; así, se convirtió en peregrino de aquella Mancha por donde anduvo el Quijote para compenetrarse de tanta literatura. “Tres siglos y medio pasaron sobre la Mancha después de las andanzas del hidalgo de Cervantes y aun cuando hubiesen desaparecido, objetivamente, los lugares y las señales de la ruta quijotesca, su presencia es de las más evidentes, en virtud de la realidad, vencedora del tiempo, que les ha conferido el libro interminable”.

Interminable, el libro no ha concluido con Cervantes, ni siquiera con Montalvo. Pues, como señala Arias al comentar la obra de Fernández Figueroa *Tres Ensayos Quijotescos*, “de libro humano se trata, de inmarchitable libro; de personajes sin muerte; de aventuras que siempre recomienzan al conjuro de cada nueva lectura; de Dulcinea ignota, que por esta misma condición será buscada sin tregua; de injusticias que no han logrado rectificarse en muchos siglos; de entuertos que permanecerán, así no fuese más que para el aprecio de las cualidades de la recitad”.

No importa actualmente que Cervantes haya matado al Quijote en su última parte. Todos —Arias lo reivindica— tenemos el derecho de continuar la historia, de servir a su personaje cuantas veces sea necesario para hacerlo nuestro nuevamente, frente al implacable paso del tiempo.

La pintura como otro arte

Son innumerables, sin duda, los artículos que a lo largo de su vida escribió Arias sobre todos los escritores y poetas de la lengua castellana: Unamuno, Gómez de la Serna, Baroja, Cervantes, Cela y tantos otros, de una y de otra parte de los mares.

Pero Arias también admiraba y amaba la pintura. Por eso son numerosos sus comentarios especializados. "La Maja de Goya está sola. Os mira, pero sin que le perturbe vuestra presencia. Descansa o vigila recostada sobre almohadas que pudieran retirarse o recomponerse. Sobraría cualquier paisaje de fondo. Rincón de alcoba que el pintor ha cerrado adrede en penumbra, para que se destaque la luz carnal de la maja tranquilamente desnuda. La maja que os mira desde una pared del Museo del Prado, es la misma que alguna vez habéis visto, naturalmente vestida, en una marcha sin prisa por la Gran Vía o la calle de Alcalá".

Es curioso cómo Arias alcanza a comprender España a través de la pintura y de los cuadros del Museo del Prado. Su admiración por las *Meninas* de Velázquez o el mudo entendimiento de los *Fusilamientos* de Goya.

"En los días de la Guerra Civil, los madrileños vieron reproducido el lienzo de los *Fusilamientos del 3 de mayo*, para cuya autenticidad, dentro de la mutación de las circunstancias, no faltaron ni los franceses, si bien en otra postura de sentimiento. Igual la trágica certidumbre de la descarga y los brazos abiertos hacia el cielo oscuro. Semejante el fraile que ayuda a 'mal morir' en aquel desesperado trance y la mujer que se cubrió la cara con las manos".

Recorrer las páginas de Arias es como recorrer la pintura, el propio Museo del Prado, sin necesidad de visitarlos físicamente. Porque Arias escribía y describía el Prado para sus amigos, para sus compatriotas que, quizá, no podían como él viajar y ver la pintura de tantos siglos de arte español.

"Querido amigo de ya tantos años —escribió Carlos Sabat—: he viajado contigo e hice de tu lectura una plástica. Te leía, y en silencio te hablaba, por presencia de recuerdos, para volver a leerte otra vez. Así,

como en compañía real, caminé contigo por la *España Eterna*. Contemplé con tus imágenes un país para mí solo imaginado, y tal vez como la Dulcinea cervantina, evadido para siempre ante mis ojos verdaderos”.

Eso es la prosa de Arias. Precisión, pero también transmisión de la más pura belleza, de los caminos, de los colores, de los vestidos, pero sobre todo del espíritu del tiempo en que se pintó este cuadro o se escribió aquel libro.

Por ejemplo, ahora tenemos a Augusto Arias, incansable caminante y viajero, por la calle de la Judería, en Toledo. Para comprender al Greco.

“Si Toledo está en el secreto del Greco, o este se incauta del de aquella, es ya de contarse o de sentirse como una ciudad de ilustres acatares y un pintor que se alargó sobre las perspectivas de la crítica, como los seres de sus propios cuadros, aparecen en una distancia que también es evidente presencia como unidad indivisible. Concluiremos más sencillamente —escribió Augusto Arias para *El Comercio*, de Quito— en la no recién descubierta afirmación de que el Greco comprendió a Toledo”.

Pero insiste, como siempre en toda su obra, en encontrar similitudes —aunque estas sean ya antiguas, aunque sean un hallazgo del periodista— entre las tierras españolas y las americanas.

“Por más que sea arriesgado el tema de las comparaciones se ha buscado alguna semejanza entre la ciudad de Quito y la imperial Toledo”, escribe en su *España Eterna*, que ya hemos mencionado. Evidentemente, las callejuelas finas y pequeñas, donde casi no caben los automóviles actuales, esas pequeñas callejuelas de adoquines, que suben y bajan, establecen una similitud entre las dos ciudades. Pero Arias pretende más aún: “Las torres de la Catedral estilizadas, elevados sus retablos que muestran el lienzo a la escultura de los santos magros; ascensional la imaginería de raro equilibrio de su transparente bajo cuyo crucero reposan las cenizas del cardenal Moreno, pariente de don Gabriel García, el presidente ecuatoriano”.

Toda su prosa es poesía. Sobre todo, cuando descubre sus propias sensaciones, su admiración ante la obra pictórica del Greco, tan mezclado con Toledo, y como pretende Arias, incluso con el Ecuador. "Pudiera decirse que los colores esenciales de su paleta, los negros y los blancos, el juego de los grises, el amarillo como de sol lavado de los cigarrales, fueran hallados o identificados por el Greco en el propio paisaje de Toledo. En los planos superpuestos de sus pinturas no es difícil señalar la imagen de la ciudad que nace desde el marco del Tajo y asciende en una geometría libre hasta recortarse en las conocidas nubes del Greco, su cúpula y su espacio, su astronomía y su metafísica".

"Y así, poco a poco, en su *España Eterna*, Arias nos ofrece la catedral de Burgos, el Rastro madrileño, la alegría ruidosa de Sevilla. De aquí saldrán los toreros de España arriesgados o finos, frente a las astas que apuntan el trapo sangriento, frente al toro que romperá en su marcha el torbellino de polvo, que soportará los agujijones de la banderilla; que bordará el suelo con su propia sangre crucificada bajo las patas que giran; que se doblará al fin, herido por la hoja flexible mientras por sus ojos que se enturbian, en una recapitulación desvaída, desfile del paisaje de las dehesas, o que verá, antes del sueño de la puntilla, la chaqueta desflecada y la frente fría y los labios morados del torero muerto por sus puñales sin conciencia del homicidio que apaga el pasodoble de los tendidos y atrás hacia el coso el grito de los aficionados que resonará después por los pasillos de la enfermería para fundirse en un lamento que se mezcla con aires de alcanfor y manchas lividas".

Extraña manera de ver la corrida de toros. Dramática y poética manera de verla, en la prosa de Augusto Arias.

Los Países Vascos, Unamuno o bien Gerardo Diego, y la música, todo lo incluye Arias en su viaje, su interminable y aventurero viaje, que todo lo ve, que de todo se percata. Incluso de lo más hondo, de lo más oculto de España. Y Arias, con talento, con su honesto y duro trabajo, también lleva al Ecuador en múltiples artículos.

España Eterna —escribió Francis de Miomandre— aporta un nuevo argumento a la tesis (muy defendida e indiscutiblemente destinada a un gran futuro) que tiende a devolver a América Latina de ha-

bla castellana una conciencia étnica común inspirada en el culto a una Madre Patria abandonada políticamente más no renegada moralmente. Siendo latinoamericano, Arias no puede ver las cosas como las vería otro extranjero francés, yankee, alemán, italiano. En realidad se halla como en su casa”.

Pero no siempre todos los escritores iberoamericanos se han sentido “en su casa” en España. Hay algo mágico que envuelve a Arias, que le permite pasar más allá de las primeras palabras, de las primeras líneas, de las primeras impresiones frente a un cuadro y comprender, ver y, después de ello, incluso dar testimonio de las segundas sensaciones.

Gregorio Marañón comentó que el libro poseía, sobre todo, una inmensa riqueza de lenguaje. Hay incluso más que eso. Hay comprensión de la historia que aúna a España con América.

Arias, ya lo hemos dicho, escribió ampliamente durante toda su vida. Entre sus obras se deben citar biografías tan importantes como la de la santa quiteña *Mariana de Jesús* y la del *Precursor Espejo*. Sus ensayos *Virgilio en Castellano* o la *Estética del Barroco* han ayudado a muchos de los escritores que vinieron después de él. Es inevitable mencionar su importante y completo *Panorama de la Literatura Ecuatoriana*, “en el que, en rápidos juicios —escribió su biógrafo Galo René Pérez— hace una estimación total de las letras de nuestro país”.

Toda una vida dedicada a la literatura, mensurable en palabras, alegremente fatigosa, que sólo se interrumpirá en 1974, con la muerte, esa metafísica palabra fin.

Julio Pazos Barrera

DARÍO GUEVARA Y SU IDEA DE NACIÓN

Resulta redundante mencionar las constantes económicas que fundamentan la denominada globalización, pero una de esas articulaciones es muy inquietante y es aquella que se refiere al comportamiento homogéneo de los habitantes del planeta con el fin de aumentar el consumo de productos. La igualdad pretendida plantea varias preguntas: ¿qué se entenderá por voluntad? ¿Se hablará de preferencia estética? ¿Podrá el individuo escoger su diversión? Las respuestas, en su estado de hipótesis, por el momento aparecen en estudios teóricos y en novelas de ciencia ficción.

En el tráfigo de la globalización no desaparecerán los pueblos –afirmación no muy segura–, pero sí se desvanecerán los perfiles nacionales y los llamados proyectos nacionales. No se trata, por ahora, de expresar una cierta nostalgia debida al debilitamiento de la cultura nacional; aunque y con solo admitir dos manifestaciones de la realidad ecuatoriana, se puede observar el proceso de debilitamiento. Una se relaciona con los medios de comunicación y toda la carga de novedades comerciales que transmiten para crear necesidades, estas, a su vez, vinculadas con el comercio internacional; y otra es la migración intercontinental, realidad que desarraiga y deja lugar a desconocidos comportamientos.

En el panorama de esta problemática se sitúan las opiniones vertidas sobre la realidad ecuatoriana. Todas confluyen en el análisis de la

cultura, es decir, en la producción simbólica del pueblo. Para algunos, por ejemplo Hernán Crespo Toral, la cultura de los actuales habitantes del Ecuador es milenaria. Para otros, es un fenómeno de formación tardía, cuando no niegan su existencia. La visión más restringida vincula cultura nacional con símbolos patrios. Parece ser que el problema radica en el desconocimiento de los contenidos culturales por parte de los líderes, quienes no consiguen que la mayoría de la comunidad reflexione sobre su propio modo de ser, asunto que redundaría en la falta de autoestima.

Dario Guevara Mayorga orientó su trabajo intelectual al conocimiento de la cultura nacional; los resultados de sus investigaciones serían el aporte a la sociedad, es decir, a la formación de quienes, desde sus diversas ubicaciones, podían orientarla y administrarla. Para desarrollar su pensamiento no desdeñó la crítica, pero prefirió la investigación iluminadora en el campo de la tradición cultural, en la historia y en la pedagogía. Los núcleos temáticos de sus obras son los componentes del ser nacional, descritos con la mayor objetividad posible. Sin embargo, dejó ver su actitud crítica a través de imprevistas inserciones irónicas y de censura a la prepotencia de personas e instituciones. Este aspecto de su personalidad y de su estilo aparece en notas introductorias y prólogos, pero nunca en el cuerpo mismo de la investigación.

Dario Guevara se trazó un plan de trabajo. Quizá lo concibió en sus años de formación y lo fue reforzando según creció su saber, de acuerdo con las experiencias de su vida y en consonancia con las transformaciones sociales que constató.

El plan contiene tres grandes apartados. El histórico, que progresó en dos vertientes: la biografía y la historia local. En la primera figuran las biografías de José Joaquín Olmedo, Juan Montalvo, Juan León Mera, Juan Benigno Vela y semblanzas de Juana Inés de la Cruz, Rodó, etc.

En la vertiente de historia local figuran la monografía del cantón Pelileo, intitulada *Puerta del Dorado*, y, compuesta en colaboración, una monografía del cantón Rumiñahui.

El segundo apartado contiene las investigaciones dedicadas a la cultura popular o folclor. Son de dos clases, las de literatura popular: *Presencia del Ecuador en sus cantares*, *Lenguaje vernáculo de la poesía popular ecuatoriana*, *Folklore del corro infantil ecuatoriano* y *La sabiduría de Sancho en la novela ecuatoriana*; las de patrimonio inmaterial: *Las mingas en el Ecuador*, *Expresión ritual de comidas y bebidas ecuatorianas*, *Comidas y bebidas ecuatorianas*, etc.

El tercer apartado corresponde a la educación. Hasta tres subdivisiones pueden apreciarse en este campo. En *Historia de la Educación* figura su libro *Rocafuerte y la educación pública en el Ecuador*, además de estudios de literatura infantil y juvenil que aparecen con estos títulos: *Psicopatología y psicopedagogía del cuento infantil*, y *Rubén Darío, su niño y los niños*. En la vertiente educativa se sitúa su producción artística. Toda ella se orienta al lector infantil. Basta con mencionar los títulos *Rayuela* (relatos escolares), *Sol de mi huerto* (poesía), *Un niño tras de su estrella* (relato), *Hijos de Prometeo* (teatro escolar), *Posada de Gorriones* (relato), etc.

Claramente se advierte que el plan contempló Historia, Cultura popular y Educación. Guevara fundamentó su idea de nación ecuatoriana en el examen de los ideales y acciones de personajes que él consideró más significativos. Recordarlos e impedir que sus acciones se olvidaran fueron los motivos que le indujeron a escribir sus biografías. En Olmedo encontró la exaltación de la libertad en la figura de Simón Bolívar. En Montalvo admiró la lucha contra el fanatismo y la prepotencia mediante el despliegue de la inteligencia y la valoración de la belleza. En Juan León Mera vislumbró el proyecto de nación que integraba la tradición y el paisaje. El pensamiento romántico de los biografiados funcionó como hito de la nación que Darío Guevara quiso reafirmar con sus investigaciones y ensayos.

El interés por la historia local puede entenderse como la necesidad de ubicarse y reconocer el entorno en el que nació, necesidad que más tarde se proyectó al conocimiento del territorio del país. A propósito de la monografía de Pelileo, Carlos Miranda anota que Guevara fue alumno del historiador Óscar Efrén Reyes. El historiador baneño escribió la *Historia general del Ecuador*, las biografías de Juan Montalvo y

Manuel J. Calle, y la monografía de Baños de Agua Santa. En el caso de los dos intelectuales, como se ve, el proceso es el mismo, los dos anhelan consolidar la idea de nación.

Una vez confrontado el pensamiento de los hombres emblemáticos de la cultura del país –hombres cuyos libros y acciones deberían intervenir en el proceso educativo de la escuela y el colegio– Guevara se entregó, de corazón, al conocimiento de la cultura popular. Mientras adquiría el dominio de las técnicas que exigía la investigación en este campo, Guevara debió pensar que la cultura del pueblo era el sustrato del pensamiento de los biografiados. Olmedo valoró al indio en su poema dedicado al Libertador y lo defendió en su discurso sobre la abolición de las mitas pronunciado en las Cortes de Cádiz. Montalvo quiso proyectar sus ideales a la colectividad, por ejemplo, en sus *Cartas al pueblo*, mensajes que insertó en *El Regenerador*. A su modo, Mera insistió en señalar que uno de los componentes de la cultura del Ecuador había que encontrarlos en la raíz india. Queshua y español se encuentran en su *Cantares del pueblo ecuatoriano*.

Este valioso libro contiene cuatro partes: a) lenguaje usual; b) dichos, refranes, sentencias y modismos populares; c) fitonimia vernácula; d) zoonimia vernácula. El glosario tiene 424 entradas organizadas según las normas de la lexicología y la lexicografía.

Guevara dice en la introducción:

El poeta popular expresa sus deseos o sus emociones, cuando quiere ya en castellano arcaico o en castellano híbrido con mezcla de quehua; ya dando rienda suelta a sus modismos y vulgarismos, y ya también en el puro castellano de sus mayores. (*Lenguaje...*:1968, 15)

Leamos un ejemplo con cada singularidad. Con lenguaje arcaico:

Al pobre naide le da,
Al pobre naide le empresta;
Si el pobre llega a tener,
Gotas de sangre le cuesta.

Con vulgarismos:

Mi mujer era adredista
Y en el río se cayó;
Afanado por sacarla,
Río arriba me fui yo.

Con quichuismos:

Atatay, mapa loquilla,
¿qué hombre honrado ha de quererte?,
pues te has hecho baratillo
y a cualquier perro te vendes.

Con hibridismos:

Esta es la mapa señora
La que se santificó;
Anoche durmió conmigo,
De mañana comulgó.

Con modismos:

Señora no me haga fieros
Con "me he de ir, te he de dejar";
Váyase nomás si quiere,
Pues yo no la he de rogar.

Con fitónimos nativos:

Ya salieron a bailar
El quantug con la violeta;
Ella parece una gloria
Y el parece una maleta.

Con zoónimos nativos:

Anoche pasé cantando:
"amor mío sal a verme",
y un cuscungo contestaba:
"no seas tonto: anda duerme"

Con onomásticos caseros:

De mañanita y de noche,
De noche y de mañanita,
Chepita yo no sé qué hace,
Yo no sé qué hace Chepita.

Con topónimos nativos:

En la ciudad de Riobamba
Se ha formado una laguna
Donde lloran las solteras
Sin esperanza ninguna.

Guevara no corrige ni suplanta los términos, como si lo hizo Mera; Guevara los registra y anota, casi siempre con evocaciones de prácticas populares. Los calificativos que utiliza, al contrario de los desdenosos de Mera, son amables y alusivos a la sabiduría popular.

Guevara admite que las cuartetos que circulan en el pueblo son similares a las que se dicen en España y en otros países latinoamericanos –razón que alude a su origen, el de la literatura oral que trajeron los soldados de la Conquista española–. Pero existe una serie, en palabras de Guevara, “de características esencialmente ecuatorianas por la presencia de nuestra historia y nuestra geografía, de nuestras tradiciones y nuestra dialectología, de nuestras peculiaridades físico-naturales y de nuestra idiosincrasia nacional”. Esta serie motivó la composición del libro titulado *Presencia del Ecuador en sus cantares*. Vale decir que el sujeto colectivo autor de esta serie adopta la actitud del coro trágico griego, puesto que censura o celebra las acciones de gobernantes y líderes. Guevara comentó extensamente las muestras que provienen de cada período de la vida del país.

Su libro se inicia con la cuarteta de la isla del Gallo, que dice:

Pues, señor gobernador,
Mírelo bien por entero
Que allá va el recogedor
Y aquí queda el carnicero.

Continúa con las pocas estrofas que corresponden al período hispánico. Prosigue con los *Recados del tiempo heroico*. Se dice que esta cuarteta la cantó Manuela Sáenz:

Viva nuestro pueblo,
Viva la Igualdad,
La ley, la Justicia
Y la Libertad...

De los años de la Gran Colombia, Guevara recogió estos pareados:

Mi general Bolívar tiene en la boca
Un clavel encarnado que me provoca.

Mi general Bolívar tiene un caballo
Que al entrar en pelea parece un rayo.

De los *Recados de la República* seleccionó dos estrofas, una de los conservadores:

Cuando yo me esté muriendo
Pondránme un Cristo en la mano:
Como no soy alfarista
Moriré como cristiano.

Y esta de los liberales:

Quisiera ver a Alfaro
Mandando en Guayaquil,
Y a todo fraile y monja
De estopa de fusil.

¿Cómo define Guevara al pueblo y su cultura? Étnica y culturalmente es un pueblo mestizo, afirmación que en estos días no entraña novedad; pero que si se retrocede algunas décadas se encontraría que la clase dominante no se consideraba mestiza y que los intelectuales, quienes ya habían admitido la realidad mestiza de la mayoría de la población del Ecuador, insistían en que el mestizaje portaba un signo contradictorio que causaba frustración y merma de autoestima. Estas ideas aparecen en *El chulla Romero y Flores*, novela que Jorge Icaza escribió en la década de 1950.

El mestizaje cultural en el pensamiento de Guevara no es causa de conflictos psicológicos, estéticos ni morales. Para él es variedad crea-

tiva y originalidad. La fuente de esta definición bien podría rastrearse en Vasconcelos. A partir de esta concepción sincrética, caprichosa y deslumbrante, Guevara alternó y empató los contenidos de sus estudios. En este sentido conviene mencionar las investigaciones dedicadas a las culturas madres: *Expresión ritual de comidas y bebidas ecuatorianas* y *La sabiduría de Sancho en la novela ecuatoriana*. En la primera explora los orígenes de la cocina popular del Ecuador, especialmente lo relacionado con la raíz andina. Este ensayo es pionero en la materia, desde luego, sin los melindres europeos de los que Montalvo hace gala en *Los banquetes de los filósofos*. En cambio, de la literatura española toma la novela de Cervantes, a la que ve como el hipotexto de *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, de Montalvo, *Don Balón de Baba*, de Alfredo Pareja Diezcanseco, y *Don Quijote en la gloria*, de Carlos Bolívar Sevilla. En este libro, además de examinar las vinculaciones de las novelas ecuatorianas con la de Cervantes, su interés se concentra en los refranes de Sancho. Hace una lista de los que constan en la novela clásica, enumera los que de esa lista usa el pueblo ecuatoriano y recoge los que ha inventado este pueblo. De igual modo procede con el corro infantil.

En síntesis el pensamiento de Darío Guevara conduce a pensar en la tentativa de procedencia liberal de proponer un concepto de nación ecuatoriana. El intento se diluyó porque no reflejaba la variedad cultural de la población. Se calificó con los términos de superstición y atraso a las culturas mestiza e india. El ideal de progreso indujo a la imitación de gustos y prácticas europeas y norteamericanas.

En el marco del conocimiento de las características culturales y de la visión del mundo de la colectividad, Guevara situó el proceso educativo. La prioridad era saber quiénes somos para saber qué amamos y de cuáles peligros defendernos.

El tiempo ha corrido y en el Ecuador de hoy se admite teórica y constitucionalmente la pluriculturalidad. Antropólogos e investigadores estudian las culturas indias y a la población afroecuatoriana. Cosa igual ocurre con la cultura del mestizaje. En este campo la obra de Guevara ocupa un puesto muy importante.

El trabajo intelectual de Guevara contribuye, en sentido amplio, a la reafirmación de la identidad. No se trata de fundamentalismos ni de fatuos orgullos, se trata de evitar que la globalización mal entendida y administrada atente contra la necesaria autoestima.

Renán Flores Jaramillo

CUADERNO DE DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

Pocos escritores han desnudado el alma de un país y han trazado un cuadro de su realidad social y psicológica, sus contradicciones y sus grandezas, como Jorge Icaza. Hay en él una rara fidelidad al tema de sus amores –el Ecuador–, a tal punto que son contadisimas las páginas que ha dedicado a alguna circunstancia exterior a su patria. Al mismo tiempo, pocos son los pensadores que han logrado extraer de la cotidianidad una carga tan grande de universalismo. Prueba de ello son las múltiples traducciones de sus obras a los principales idiomas del orbe.

Nacido el 10 de julio de 1906, en Quito, Icaza iniciará su carrera literaria en estrecho contacto con los integrantes de la generación del 30. Será con *Los que se van*, el libro que incluye cuentos de Demetrio Aguilera Malta, Enrique Gil Gilbert y Joaquín Gallegos Lara –y que aparece justamente en 1930–, cuando se inicie una revitalizadora etapa de la literatura ecuatoriana. Surgirán, además, Alfredo Pareja Diezcanseco, Ángel F. Rojas, Pablo Palacio, Adalberto Ortiz, Pedro Jorge Vera, José de la Cuadra, Gonzalo Escudero, Jorge Carrera Andrade.

La sombra del latifundio

Jorge pierde a su padre cuando tiene tres años. Sus experiencias infantiles más tempranas se entremezclan con los indios del latifundio familiar. Su madre se casa nuevamente en 1911 y él inicia, al año si-

guiente, sus estudios primarios en la escuela San Luis Gonzaga. En 1917 comienza el bachillerato en el Instituto Nacional Mejía. Ingresa a la Facultad de Medicina de la Universidad de Quito en 1924. Al año siguiente muere su padrastro y, en 1926, su madre. No siente ya las presiones familiares que le impulsaban a buscar una profesión liberal: abandona la Facultad y se inscribe en el Conservatorio Nacional. Le atraen los cursos de arte dramático. Al analizar su obra literaria, se verá en detalle su meteórica trayectoria como autor y actor. Se convierte en galán joven, con general apoyo de la crítica; el intenso contacto con las tablas lo mueve a estrenar sus primeras obras. En él, la experiencia literaria se confunde con los libretos teatrales. Muy pronto, cuando abandona los modelos europeos previsibles, adquiere vuelo propio y estilo seguro. No puede, mientras tanto, eludir las prosaicas necesidades cotidianas, y trabaja como Ayudante de Ventanilla en la Pagaduría Nacional.

Muchos de estos rasgos de sus primeros años se volcarán en su literatura. Su vida en el latifundio, por ejemplo, lo marcará a fuego: será siempre fiel a la promesa de dedicarse a paliar, de algún modo –aunque sea mediante la denuncia literaria–, la condición subhumana en que viven los indios, sus más tempranos amigos. Su propia condición racial contribuirá para que profundice admirablemente en el complejo mundo del mestizaje. No es casual, por otra parte, que uno de sus primeros cuentos sea *Cachorros*, que describe los problemas edípicos de un niño y las complejísimas ramificaciones de ese problema infantil: piénsese que su padre muere cuando él solo tiene tres años, y su madre contrae nuevo matrimonio dos años después. En su novela *Atrapados*, escrita en primera persona, con muchos componentes personales, aunque sin un preciso deslinde que permita determinar dónde termina la autobiografía y dónde comienza la literatura, plantea graves problemas del protagonista con su padrastro.

Barro de la Sierra

“Jorge Icaza es el primero entre los descubridores del hombre, del indio hispanoamericano, y como auténtico creador lo amasó en barro”.

Francisco Ferrándiz Alborz,



Jorge Icaza

El novelista hispanamericano Jorge Icaza

Se ha situado el aporte de la literatura icaciana en la línea de Alcides Arguedas (*Raza de Bronce*, 1919) y de Mariano Azuela (*Los de Abajo*, 1916). La obra inicial del Icaza indigenista, la que sirve de portada a su nueva y definitiva etapa, la que primero lo vincula con aquellos antecedentes de la literatura latinoamericana, es el volumen de cuentos *Barro de la Sierra*, publicado en 1936.

Cachorros es la magistral descripción de un resentimiento, el que despierta en el hijo mayor de la india Nati –engendrado luego de las relaciones que ésta ha mantenido con el propietario de la hacienda– su hermanito menor, hijo de indio. El drama encuentra su desenlace en el filicidio. Se describe magníficamente “la obsesión del niño que ve que se le retira, para alimento de su hermano menor, su “teta sucia, olor a tierra cocida”. Los elementos lluvia y tierra precipitan el desenlace –explica Ferrándiz Alborz–. La condición de barro del hombre indígena se sostiene en esta narración de Icaza, barro, de humanidad, cuerpo y alma de barro para mayor facilidad de explotación y también para la más alta exaltada tragedia negativa de reacciones brutales, y para mayor consolación de lágrimas en la madre de barro, fundida al dolor de barro del hijo que le queda”. Porque el niño mayor, encargado por su madre de cuidar al pequeño, permanece impertérrito cuando éste se acerca al abismo y desaparece.

Se plantea, en escorzo, el tema que se convertirá en leit motiv de la obra icaciana: el enfrentamiento fratricida entre indios y mestizos. Ese odio, como se ha visto, se explica por la crueldad recíproca entre los propios oprimidos, según la concepción de Fanón.

Entre las diversas interpretaciones que ha merecido la literatura icaciana, existe un estudio de Eva Giberti sobre el complejo de Edipo en la literatura que enfoca el cuento *Cachorros*, con la metodología psicoanalítica de Melanie Klein.

La importancia que la escuela kleiniana asigna a la relación infantil con el pecho materno, y las consecuencias que de esa relación se extraen, permite a la doctora Giberti acercarse a la situación edípica del

mayor de los niños de Nati. El indio José, "figura de agobiada cabeza, de anchas espaldas que se escurren por las cuatro esquinas del poncho, de piernas cortas, piernas cortas, prietas, mal abrigadas por un viejo calzón de liencillo", es el primer responsable del pecho perdido. El hijo reclama a la madre, y maldice al padre que la posee. Este, a su vez, duda de su condición de padre: "¿Por qué el guagua -si guagua- salió así?".

En ese clima de rencor crece el niño, hasta que nace su hermanito, éste sí hijo del taita José. A partir de ese momento, Eva Giberti aplica la metodología kleiniana para analizar cada uno de los símbolos del conflicto. Desde que mamá Nati lo llama para decirle: "Oguaguiticu. Vení nú más... Verás lu que tengo aquí. Aquicitu." Y el niño sólo ve un ser "viscoso y repugnante".

Sierra, Ciudad y Selva

"Icaza desarrolla la desventura del indio Quishpe en tres etapas: sierra, ciudad y selva. El indio transita por ella, sustancia de su tierra, pero ajeno a ella, porque, como si un mal hado gravitara sobre su alma, no tiene derecho a la posesión de su tierra".

Francisco Ferrándiz Alborz, op.cit.

Sed, el segundo cuento de *Barro de la Sierra*, es el drama de los campesinos sin agua a causa de la avaricia de la trilogía que maneja los hilos invisibles en Flagelo: "Zancudo patrón, grande su mercé, zancudo cura, zancudo teniente político". Se estructura en el relato la actuación de los cholos pobres, al servicio del dueño de la tierra contra los indios, para que éstos no destruyan el regadío o desvíen el agua. Los tres zancudos constituyen el estrato superior de la explotación. En *Huasipungo*, Icaza desarrollará in extenso esa temática.

El tercer cuento del volumen *Éxodo* plantea otro de los problemas esenciales de las comunidades campesinas ecuatorianas: el desplazamiento a que se ven obligadas por imperio de una estructura social injusta.

No hay en Icaza salidas, respuestas, soluciones. Su literatura, construida sobre la base de hondos conflictos, no procura caer en el doctrinarismo ni en la política. Con razón dice Antonio García en la obra ya citada: "El alzamiento, la protesta violenta, el éxodo, son las formas sociales que descompone el novelista, descubriendo su naturaleza dentro del marco de una sociedad tradicional sin alternativas de cambio. El alzamiento y el éxodo son una contrapartida de la inmersión y del arraigo dentro de la estructura latifundista, pero no vías de alteración de esa arcaica estructura".

"Ñucanchig huasipungo"

A los veintiocho años, Icaza publica su obra más famosa, *Huasipungo*, que obtendrá al año siguiente el Primer Premio de Novela Hispanoamericana de la Revista América, de Buenos Aires. El libro provoca en Quito una fogosa polémica, pues apunta directamente a la descripción de males que hasta entonces trataban de ocultarse, al menos en la gran literatura. Dice Ferrándiz Alborz que en esa obra hay "escarnio, sátira, sarcasmo, impropio, imprecación, maldición, blasfemia, palabras como dardos quemantes contra las mentiras de los hombres...".

Una épica de la humillación

"-Estos me van a matar... a matar... ¡Dios mío... Dios mío! ¿Por qué? Por querer civilizarlos...".

Jorge Icaza, *Huasipungo*

Lo descriptivo tiene particular importancia en la técnica literaria de Icaza. De algunos remansos estilísticos donde casi se fotografía en blanco y negro una realidad hosca, nacerán los conflictos. "Se acurrucan los guaguas a las puertas de las viviendas, a jugar con el barro o a mascar el calofrío del paludismo. Se acurrucan las mujeres junto al fogón, tarde y mañana, a preparar la mazamorra de masca o el locro de cuchipapa. Se acurrucan los hombres, de seis a seis, junto al trabajo de la chacra, de la montaña, del páramo, o se pierden por los caminos con sus muías llevando carga a los pueblos vecinos". Todo eso, junto a "la

callejuela tatuada por una acequia de agua turbia, donde abreva el ganado de los huasipungos, donde los cerdos hacen sus camas de lodo para revolcar ardores, donde los niños, poniéndose en cuatro, sacian la sed”.

El naturalismo, en sí no sensual, conducirá a la épica cuando esas pasiones dormidas se pongan en marcha. Y también están los recuerdos, esas memorias de salvajismo y de crímenes. El de don Víctor Lemus, por ejemplo, “el latifundista de las patillas de prócer, que desvió las aguas del pueblo para provecho de su hacienda, caminando por un sendero de cascajos con las manos y los pies despellejados hasta caer desmayado, hasta morir a palo y burlas”. O el de don Jorge Mendieta, “cocido vivo en una paila de miel hirviendo, sólo por incendiar las chozas y desflorar a las longas de seis a diez años”.

No se sabe a ciencia cierta hasta dónde el indio aguanta y en qué punto comienza su rebelión. Ese es, justamente, su secreto. Su inmersión, su incomunicación, contribuyen a que su protesta sea callada y subversiva. Así como en *Flagelo* se sucedían las estampas sin que hubiera un hilo argumental definido, en *Huasipungo* se suceden los episodios, se narra una historia, pero cada uno de sus momentos es una estampa óptica, que muestra el ser de ese personaje plural que es el pueblo indio. Y junto a esa masa esquiva y silenciosa están el cholero —la intermediación improductiva—, el gamonal, el gringo. Novela de símbolos, de profundidades, *Huasipungo* debe leerse como un texto sagrado.

Andrés Chilibingua, como portavoz de su pueblo, se convierte en arquetipo. A través de él pueden verse las luchas, las indecisiones, los dolores de los indios. No menos arquetípico es Alfonso Pereira, el terrateniente: sus contradicciones son las de todos los poderosos. “Por esta cualidad esencial, la universalidad —expresa Ferrándiz Alborz—, recomendamos leer *Huasipungo* no como una novela al uso, sino como un poema, en el que la temporalidad de los hechos es impulsada de la literatura hispanoamericana, aunque sin perder su base temporal”.

Y agrega: “Gloria de Huasipungo es haber denunciado como ninguna otra obra, un aspecto de las causas que impiden la incorporación de los indígenas a la tarea común de la construcción de América”.

Las muertes falsas

El mismo año en que se publica *En las calles* (1935), Icaza recibe el Premio Nacional de Novela del Ecuador. El clima inicial es el mismo de *Huasipungo* (despojo de los indios, enfrentamiento con el patrón), pero en esta nueva obra Icaza indaga el destino de dos cholos o mestizos que huyen de la hacienda. A través de sus aventuras, de su inserción en los más diversos trabajos, nace una indirecta descripción de la estructura social. Los protagonistas pasan del campo a la ciudad: muy pronto se comprende cómo el sector urbano es complementario de las relaciones de producción del agro. Los representantes del latifundio manejan la administración; en algunos casos, se convierten en industriales, merced a su vinculación con el capital extranjero.

El Cholerío

En *Cholos*, novela aparecida en 1937, Icaza continúa su indagación de lo que llama el "cholerío", esto es, ese creciente estrato del mestizaje que, merced al ascenso social y económico, llega a ocupar algunas parcelas del poder. Tal es lo que sucede en esta obra: el gamonal Braulio Peñafiel ve desmoronarse su imperio; lleno de deudas, ve cómo su mujer se prostituye y su hijo, de ser un "señor", llega a trabajar como maestro de escuela. El principal acreedor de Peñafiel es el cholo Alberto Montoya, quien ha incrementado una pequeña herencia con sus actividades de contrabandista. El latifundio de Peñafiel pasa a manos de Montoya: se han trastocado los papeles.

Después de investigar el destino del indigena en *Huasipungo*, Icaza parece decidido a profundizar, en sus siguientes novelas, esa zona intermedia del mestizaje. En *Cholos* prosigue esta tarea a través del análisis de la vida de Guagcho (huérfano), que es hijo de Peñafiel y de la india Consuelo. Ha elegido la orfandad, la independencia, es decir, ha renegado de su madre. Inicia entonces la carrera habitual: se inicia como arriero, actúa como delator al servicio de los poderosos y más tarde se convierte en mayordomo. Pero sus contactos con un movimiento revolucionario contribuyen a que tome conciencia social y se erija en líder de los oprimidos.

Que no se asome el indio

Quedan aún otras vías que puede seguir el "cholerío". En 1942 se publica *Media vida deslumbrado*, que cuenta los inenarrables esfuerzos de doña Julia Oquendo para que su hijo Serafin sea doctor. El niño termina los estudios primarios en el pueblo, merced a los trabajos de su padre, taita Oquendo, en la construcción de una carretera que termina por devorarlo. La viuda envía a Serafin a la ciudad, pero el muchacho se enfrenta con una serie de dificultades –sociales, culturales– que le impiden continuar la enseñanza secundaria.

Seis veces la muerte

A pesar de sus viajes por México, Venezuela, Cuba, Costa Rica, Estados Unidos, Puerto Rico y la Argentina –donde ocupa, en 1949, el cargo de adjunto cultural de la Embajada ecuatoriana–, Icaza permanece fiel a la temática que ha abrazado a comienzos de los años treinta. Es una suerte de muralista literario que cada mañana recomienza una tarea infinita. Los *Seis relatos* que publica en 1952 –que más tarde serán reeditados en Buenos Aires bajo el título de *Seis veces la muerte*–, bucean, con una sola excepción, en el mundo en el cual el autor ha nacido y al cual vuelve en todo momento: el del latifundio de su niñez, que lo ha marcado a sangre y fuego.

Culminación del indigenismo

Lo que primero debe señalarse en *Atrapados*, antes de sintetizar su línea argumental y estudiar su estructura literaria, es que constituye una verdadera suma icaciana. Se utilizan todos los recursos (autobiografía velada, transcripción de obras teatrales, novela dentro de la novela, coros, intriga policial), con lo cual queda claro que, al menos en su metodología, supera la mera transición y se convierte en obra de ruptura. A pesar de la rica articulación expositiva y estilística de sus obras anteriores, se advierte en ésta un hálito de libertad, de experimentación, que es nueva en Icaza. Y eso, cuando el autor estaba ya al borde de los setenta años, lo que demuestra que su espíritu mantuvo la misma indoblegable energía de su época de actor teatral y cuentista primerizo.

Una obra abierta

Es, justamente, su capacidad para despertar la polémica y encender los comentarios más divergentes lo que constituye la riqueza de la literatura icaciana. No cabe duda de que su mensaje ha llegado, intacto, a todas las latitudes: su reflexión sobre la condición humana, a través de sus descripciones del indio, el cholo, el chulla, el gamonal, el teniente político, el cura, el gringo, ha calado hondo.

Podrá discutirse sobre la validez del método elegido, sobre la riqueza del lenguaje empleado —aquello de la “forma defectuosa” de que hablaba Rojas en 1948 hoy parece increíble—, pero no cabe duda que ha superado incluso la literatura indigenista, que él contribuyó a fundar, y llevó la temática de la Sierra y de Quito a alturas antes insospechadas.

Con justicia puede decir Cueva que “posee un amplio conocimiento de la idiosincrasia nacional y de todos los matices sociales que ella revela; gracia a lo cual logra describir con admirable precisión la estructura de su país, sin emplear jamás términos que pudieran hacer pensar en un esquema preconcebido y a lo mejor rígido. Por otra parte, tiene una notable capacidad para seleccionar y subrayar los aspectos esenciales de la sociedad, de modo que se destaquen nitidamente sus características estructurales, sin necesidad de razonamientos abstractos. Estos méritos, o sea, la facilidad para expresar con vivencias lo que sólo podía formularse con conceptos, le permiten elaborar una literatura de gran valor sociológico, pero que en ningún momento degenera en sociología novelada”.

Con respecto a la acusación de Rojas, que veía en el diálogo una transcripción “taquigráfica”, o sea, mecánica del lenguaje, el mismo Cueva sale en defensa del novelista: piensa, por el contrario, que el diálogo icaciano implica una refinada elaboración literaria, “casi poética”, que permite descubrir sutiles estados de ánimo. Los ecos críticos que en todo el orbe valoran la trayectoria de Jorge Icaza, subrayan, en su inmensa mayoría, esa atinada observación. El insigne maestro de Quito es considerado hoy, después de su muerte en 1978, uno de los grandes valores de la literatura universal.

Corina Terán

ESTELA PARRAL

Cresta de aérea finura, sueñas con los cielos, marina,
si entre el almendro y la coralina, un ave vuela.
Y la filigrana acristalada de mar en rompeolas
es blanco cambray de adioses que se agitan a la orilla.

De Recogiendo Estelas (Corina Terán de Villacreses)

Hubo una vez una muchacha buena y dulce pero firme, para quien soñar era escribir. Y escribía de sus ilusiones y de sus ansias de repletar el mundo con palabras bellas y hermosas, elementos de su pintura literaria fundamental. Aquella muchacha vivía entre los muros de cemento y piedra y el cristal de los charcos después de la lluvia, el pavimento y los árboles desnudos en invierno. ¿Estaría allí plasmada una Emma Zunz? La inclemencia del clima le causaba sabañones y sufría de orzuelos en todas las estaciones del año. Su madre debía abrigo, prodigamente, para que se calentaran sus pies pequeños, costumbre, el abrigarse, que luego le quedó para suplir su falta, cuando ella se fuera lejos. Las barreras cerradas y el ensordecedor estruendo de los trenes, despertaba su ambición de viajar por el mundo, aunque fuera solo "una cobarde fuga" o "un paréntesis alentador en la ardua lucha". Pero después las baldosas de las aceras por Santa Fe y Corrientes, se convertirían en sus primeras rayuelas para llegar al cielo de los almacenes lujosos en los veranos de *plátanos*¹ de troncos blanquecinos y almendros de hojas lustrosas que se reflejaban en los mármoles oscuros de los edificios de portones de hierro forjado, bronce y cristales. Y los soles vespertinos re-

lucían aún en perfumadas cabelleras de jóvenes bonaerenses, *habitués* de tiendas que lucen extraordinarias decoraciones, haciendo gala de finos materiales en su arquitectura. Las concurridas confiterías que exponían los dulces y pastelería en finas cajas de cartulina, y envueltos en papel celofán o papel de cera formando torres coloridas y tentadoras para servir a extravagantes personajes como los del Ditzie, famosa cafetería alemana. Allí, las arañas de caireles se reflejan en grandes espejos de marcos torneados, en el salón principal, y a la cual no solo van para tomar el té, mas, a sentarse en el fresco de la tarde y sentir el dulce aroma de los jazmines del cabo y deleitarse con los celestes de la variedad "del país" en los verdes parques. Vestir una solera blanca de *piquet* con falda de mucho vuelo y con su bolero haciendo juego y un pequeño bolso tejido, a manera de cartera, y llegar con su madre del brazo, con quien habría que caminar más lentamente de lo que sus pies le pedían a gritos, no sería fácil.

Tampoco era fácil quitarse los guantes de hilo crudo con elegancia y distinción. Pero para todo eso, estaba una madre allí. Para saludar con discreción a los demás clientes que se aproximaban a las mesas y devolver las venias que ellos realizaban al ver a una dama que se imponía con solo su presencia. Estela siempre admiró el carácter de su madre. Comentaba que donde ella entraba con ese garbo, todos se daban vuelta para verla como a una reina, tal era su porte. Elegantes hombres y mujeres y jóvenes argentinos, trajeados en lino claro, con zapatos de lona y cuero de cabritilla blanca, impecables, que usaban para que el calor del verano no agotara del todo la vitalidad, ya exánime de sus cuerpos, eran sacados de algún cuadro de los impresionistas franceses. Y también saludaban, y miraban de hurtadillas a su joven compañía que parecía no importarse con tanta frivolidad. Su melena clara de rizos enmarcando un rostro redondo y oscuras cejas anchas y pobladas sobre ojos color miel, contrastaban con los de su madre, que tempranamente tuviera cabello blanco y luciera unos expresivos ojos verde claro. Estos y muchos otros eran los cuadros que causaban la admiración de extranjeros y nacionales que miraban curiosos. Sin embargo a ella, nada de esto le era importante. ¿Qué deseaba servirse? Pues, solo té. A ella la comida no le interesaba. Los mayores susurraban, hablaban normalmente o debían gritar con cornetines para "conversar", a pesar de su fal-



Estela Parral

ta de audición, en castellano, en alemán, en francés, en ruso, en italiano o en cualquier otra lengua. Llegaba más gente a las mesas, algunas llenas de ancianos de voluminosos tamaños pero que en los amplios jardines se sentían a sus anchas. Había respeto para los mayores y los "mozos" se acercaban cautelosos para recibir sus órdenes. A los viejitos se los podía ver "oír" con gusto a algún violinista, ocasionalmente acompañado por un violonchelo que en concierto, se deslizaban entre las mesas a cierta hora de la tarde de sábados y domingos en las abiertas Barrancas de Belgrano. Estela los oía encantada. Ama desde entonces y desde siempre a Debussy, Chopin, Beethoven.

Y soñaba. A pesar de haber nacido junto al mar y ser Bahía Blanca la ciudad que la vio nacer, la niña se había trasladado, junto a toda su familia, a Buenos Aires, a raíz de la muerte de su padre, Ernesto Parral López Chacón, quien falleció joven aún. Al mar lo siguió viendo. Al menos una vez al año, o en todos los veranos que podían, arrendaban

una casita en Mar del Plata. Pero ella solo tenía cinco años cuando él se fue y no lo vio más. No lo recordaba mucho, más que por los relatos de sus hermanos y su madre, de los amigos y parientes. Unas buenas fotografías Sabía que había sido un hombre de temple, Gibraltarino extraordinario que fundara Villa Harding Green y la dotara de todos los servicios y hasta de un sistema de tranvía. Aún hoy se recuerda con inmensa admiración su nombre y hay abierta una sala especial en el museo de esta ciudad con documentación y publicaciones periódicas, pertinentes, acerca de sus obras y su descendencia. Su madre, Corina Durán Peña, argentina de origen vasco francés, vivió hasta los 96 años y fue una presencia constante en la vida familiar. Entre sus realizaciones se cuenta con varias acuarelas y óleos que denotan su refinado gusto por la pintura, y mucho se la recuerda sentada al piano tocando viejas composiciones propias e interpretando algunas canciones populares.

Estela, en su temprana niñez, tuvo que dejar atrás los amados cuadros marinos y las hermosas propiedades, con tanto esfuerzo conseguidas por el pulso de un inmigrante extraordinario. Y la pequeña niña da sus primeros pasos de estudios primarios, en la capital argentina, en un colegio fiscal, educación aquella, que en el país, siempre se caracterizó por su seriedad y entereza, desde los tiempos de don Domingo Faustino Sarmiento, quien se propuso marcar a las juventudes con el más ferviente ánimo de unidad y patriotismo. De aquellos centros educativos, Estela emerge, casi, se diría, previsiblemente, por su marcada vocación para las letras y humanidades modernas, como maestra, y mientras trabaja en una escuela en las afueras, estudia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es en aquella época que Estela dedica su tiempo a la lectura de grandes escritores universales y, en los momentos en que visita las playas junto a su madre y hermana, escribe sus primeros cuadros poéticos, que serán editados, recién en el año 2003, en *Horizonte Azul*.

Así pasaba los días viajando por medio de la escritura para cubrir la distancia entre la realidad y el cuento. Lo prosaico de una vida llena de obligaciones y el sueño de llegar a lo propuesto. Del centro de Buenos Aires a la escuela fiscal de las afueras, donde se estrena como maestra, le tomaba una hora de ida y otra de vuelta por tren. Estudiaba. Aprovechaba todo momento: sentada en la ventanilla, cuando el día era

claro aún. No perder un minuto para devorar los libros, era lo primordial. Calmar su sed de aventuras, leyendo a Juan Ramón Jiménez, Ricardo Güiraldes y José Hernández. Esos grandes escritores la estimulaban a seguir leyendo y se dejaba tentar por los relatos de Horacio Quiroga y Graham Greene o el fantástico Franz Kafka. Por las tardes, hasta más no poder, sus ojos la llevaban a mundos lejanos. No era sacrificio. El panorama por la ventanilla estaría cortado de tristezas grises por las sombras de los edificios y en parte, también, por los descampados tan vacíos de una pampa que se vislumbraba soberanamente aburrida, y que iría ensombreciéndose a partir de la primera estrella. Por las noches al llegar a casa, entre las tareas de estudiante y las de flamante maestra, ensayaría unos versos, le asaltarían unos relatos que la hacían recordar el último verano disfrutado en compañía de su madre y su hermana: las dos Corinas. Su carácter austero se devela desde entonces. Su armario es esencial, pulcro y ordenado. Su biblioteca siempre creciente. Entre las peripecias que relataba a menudo era esta, una de las más recordadas: En alguno de los viajes en automóvil, durante un verano, hacía mucho sol, y Corina, su hermana, que iba al volante, toda muy compuesta en su nuevo traje blanco con breteles negros y guantes de suave cabritilla además de un sombrerito de fieltro blanco y el correspondiente velo negro que recogía su cabello en un moño, pidió a su hermana, 15 años menor, que iba sentada a su lado, y que trataba de no pisar con los zapatos el tapizado y mantenerse erguida al mismo tiempo, (se comprende que era porque sus piernas eran cortas, aún) que le tapara el sol, con la visera (se entendía), a lo cual, Estelita, obediente y agenciosa, le cubriera los ojos con la mano, impidiéndola ver por completo el carretero. Esto fue, por supuesto, motivo de gran risa en el recuerdo de las hermanas. En otra ocasión, en un viaje a Mar del Plata, su madre perdiera parte del dinero de las vacaciones que llevaba consigo en la cartera, en alguna parada del camino. Como era ya tarde y sintieran hambre, las dos hermanas pidieron a su madre algo de comer, pero ni bien satisfecho el apetito demandaron alguna otra cosa que deseaban comprar, a lo cual ella respondió: "Comprar es mala palabra", letanía que se hizo costumbre el resto del viaje aquel, puesto que las niñas no paraban de pedir y pedir, al olvidarse constantemente, del percance que habían sufrido.

En momentos en que, de manera fervorosa y llena del más vivo interés, Estela se manifiesta apasionada por la literatura y la filosofía, conoce y trata a su cuñado, José María, quien la estimula, aún más a la lectura, y la guía e introduce al pensamiento y literatura ecuatorianos, que él conoce tan bien. Se queda Estela, desde ese instante, prendada de todo aquel mundo por descubrir, que más tarde iría conociendo en persona, en su viaje a Ecuador. Aquí retoma su adoración por Juan Ramón Jiménez y en el exótico nuevo escenario descubre su "perennidad", a su decir: "Y allá esta Platero, siempre dispuesto a llevar nuestra alma sobre su lomo peludo y suave, al mundo ideal de la poesía y de la belleza. Siempre pronto a hacernos retrotraer a la inolvidable época de la infancia y provocar una lágrima para que enseguida se pierda en el hoyuelo de la sonrisa".

Conoce luego personalmente a escritores a quienes ya ha leído y admira grandemente como Escudero, Zaldumbide, Carrera Andrade. Y si bien no en persona, conoció y estudió la obra de Hugo Alemán, y al propio Augusto Arias. Leyó con fruición y amó a los poetas de la "generación decapitada" como Medardo Ángel Silva, Ernesto Noboa y Caamaño, Humberto Fierro, Arturo Borja, Hugo Moncayo. Luego a Gangotena y al gran Dávila Andrade. Después conocerá a los escritores modernos que también la apasionan y estudiará con verdadera altura las obras de Lupe Rumazo, José y Alfonso Rumazo González, Raúl Andrade. La contienda literaria se reparte entre los grandes genios y de igual a igual, escritores y escritoras. Después de Juana de Ibarbouru, Gabriela Mistral, Alfonsina Storni, que fueron sus autoras favoritas, llegan su amado Jorge Luis Borges y el fantástico Alejo Carpentier. Luego del asombroso Vallejo, dedica su tiempo a Vargas Llosa y las dos Silvianas, Ocampo y Bullrich, Cortázar y Sábato, sus eternos constantes. En Ecuador, estudia a poetas nuevos, con los cuales también traba amistad mediante las organizaciones a las que se une gustosa a trabajar, como el Grupo América, el Instituto Hispánico, el Club Femenino de Cultura y el Instituto Sanmartiniano. Allí están primeros en las listas: Julio Pazos y Laura, Federico Ponce, Luis Miguel Campos, Plutarco Naranjo y Enriqueta, Fabiola Solís y Luis King. La lista de los nombres en alguna de sus libretas de anotaciones es interminable. Las señoras del Club Femenino. Ella solía decir que le daba rabia de las cosas, porque duran más

que las personas. Pero allí están nombres de valer como Laura Hidalgo, Gustavo Alfredo Jácome, Carlos de la Torre, Filoteo Samaniego, Claudio Mena, Renán Flores y Martha, Humberto Vacas Gómez e Isabel, Alfredo Espinosa, Gladys Jaramillo y Gonzalo Abad. Todos sus amables amigos. Pero con quien tiene verdaderamente fuertes lazos de impecable amistad y afinidad de gustos es con Alba Luz Mora, a quien admira por su extraordinaria labor cultural, resultando su gran compañera, y con ella comparte tertulias literarias junto a Alicia Yáñez, Susana Cordero y una nueva amiga a quien acaba queriendo entrañablemente: la maravillosa escritora y profesora universitaria, en Estados Unidos y España, Francesca Piana, ahora radicada en Quito. Conoce ya al final, por ser nuevos en el Grupo América, a Gustavo Pérez y Fina, de quienes se le oyó siempre muy buenos comentarios, y simpatiza grandemente con el ya afamado Luis Aguilar Monsalve. Pudo conocer, aún en vida, a la joven crítica literaria Patricia Eguiguren de Ponce, quien haría un estupendo estudio de su narrativa para el lanzamiento de su libro, junto al querido Julio Pazos, poeta quien realizara la edición de las obras de Corina Parral y se encargara de la sección de poesía de *Horizonte Azul*, para dejar paso a Alfonso Barrera, también amigo, en la sección artículos y comentarios.

José Rafael Terán Robalino, con quien Estela se casara, casi inmediatamente llegada al Ecuador, en el año 1945, era un solitario pensador que encontró en ella la perfecta interlocutora para su gnosología, de una libertad de pensamiento que se encontró frente a coincidencias cristianas y fuerte conciencia ética y moral. Extraordinariamente preciso en su lenta pero segura expresión verbal, la cautivó con su conversación fluida de gran altura. Amante de la ópera, su género favorito, oía con obsesión obras de Puccini y porfiaba en leer a Unamuno, Julián Marías y a Ortega y Gasset. Pero también amó el tango, y antes de relacionarse con Estela, a quien conoció durante la segunda presidencia de Velasco Ibarra, en la que había sido nombrado secretario de la Administración, gustaba de entonar este género. Se cuenta que Estela lo cautivó por su porte alto y delgado, sus delicadas manos de dedos largos y finos y su cantarina voz, doblemente argentina, por su acento y por su tono. Además ella decía, que a él lo que más le había gustado, entre otras cosas, era que ella se había adelantado a servirle el plato en alguno de los

almuerzos oficiales a los que habían sido invitados. Además lo había preferido, como compañero de baile, a un alto oficial de la Marina que se había aventurado a invitarla a bailar, probablemente en la misma reunión. Su madre miraba todo con ojos de aprobación, y pasadas las primeras pruebas, su Pepito adorado se convirtió en amado esposo, después de apenas tres meses, tiempo que ella se había dado para aceptarlo, después de su intempestiva propuesta de matrimonio. Él se convertiría en diplomático de fino temple, y por su intermedio Estela conoce a hombres forjadores de la patria, que hicieron historia, o que la escribieron. Su suegro, ya fallecido, don Temístocles Terán Álvarez, que fue tan ambateño como las manzanas *emilias*, llamadas así en recuerdo de su antepasado, poseía inquietudes políticas y una extraordinaria visión nacionalista. Estas virtudes fueron heredadas por su hijo José Rafael, quien se dedicaba a estudiar y leer a los grandes pensadores buscando la sabiduría que iría forjando su destino y sus principios americanistas. De allí el gusto de Estela en aquilatar la figura de Bolívar y parangonarla con la de San Martín, reconociendo la superioridad del primero en las lides libertarias, mientras se identificaba con el carácter más pausado del segundo. También conoció historiadores como Luis Robalino Dávila, su tío, o a Roberto Páez Flor, su cuñado. Más tarde será admiradora de personajes entrañables, como la madre de su esposo, Josefina Robalino, su cuñada, Elsbeth Bolle, y la hija de esta, la destacada pensadora, legista y acérrima defensora del trabajador ecuatoriano Isabel Robalino Bolle, prima hermana. Se conectará de manera muy cercana con un original estudioso de la poesía universal y gran conocedor de Dante Alighieri, Juan Fernando Páez Terán, que se convierte en su sobrino político, al casarse con su sobrina carnal, Nora Parral Barreda. Juan Fernando es natural escritor de sonetos, puesto que le fluyen en inspiración cantarina, y compone haikus con la dulzura de un poeta japonés.

Su matrimonio duró largamente. Tuvieron seis hijos, de los cuales viven tres en Quito: José Rafael, Estela y Corina, y uno en Guayaquil, Leonardo. El quinto, Andrés, está en Washington, como diplomático, y el último, Marcos, está radicado en Brasil. Con Pepe recorren Sudamérica en sus representaciones diplomáticas. Buenos Aires, Río de Janeiro, Lima. Van a reuniones internacionales como las de Bogotá, Monte-

video, Caracas. Por recomendación médica, José Rafael debía permanecer a nivel del mar, puesto que sufría del corazón desde pequeño; por ello apenas una sola vez vinieron a Quito. Aquel temperamento retraído de él lo ayudó a mantenerse al margen de los acontecimientos políticos y Estela se dedica a sus estudios de literatura ecuatoriana, encontrando en él un admirado apoyo en la tarea de la lectura y escritura. Leían juntos, conversaban de temas profundos. Era una vida de verdadera meditación en sus soledades reunidas, frente a la diplomacia.

Su libro *Horizonte Azul* es celebrado grandemente por escritores y críticos de la ciudad, como Diego Araujo y Xavier Michelena, en editoriales de periódicos de importancia, como *El Comercio* y *Hoy*. El Instituto Sanmartiniano en Quito rinde homenaje a la escritora, que ha acompañado su trayectoria con colaboraciones para su publicación, *Yapeyú*, con la cálida presencia del conocido pensador y connotado profesor universitario Jorge Salvador Lara, quien aprecia la obra con un exhaustivo y magnífico estudio, también publicado. Las obras de Estela siempre habían recibido gran acogida y hay muchos escritores que dedicaron sus mejores empeños en recordar sus escritos y su personalidad, tanto en vida como luego, en su triste partida. El escritor norteamericano Michael Handelsman la incluye entre sus relatos y la escritora Lupe Rumazo la menciona en su obra. Entre las de muchos amigos, debemos destacar las sentidas palabras de homenaje de su sobrino Juan Páez en la misa de honras fúnebres, como el precioso recuerdo de Alba Luz Mora, que será luego publicado por diario *El Telégrafo*. Merecen especial consideración artículos conmemorativos de su partida que hacen mención de su obra, como el del entrañable embajador de imperecedera amistad, Mario Alemán, y también el de su antigua amable amiga, Lola León de Cobos, en un recuento de la mujer ecuatoriana.

La personalidad de Estela es, a veces, un enigma. De las muchas oportunidades en que ha tenido que figurar como escritora, como también en su papel de esposa y madre, se demostró siempre de temperamento firme y recio, pero atenuado por una gran dulzura, muy poco afecta a las lágrimas y a las quejas. Sus pocas tristezas expresadas vivamente se redujeron a cuando tuvo que enfrentarse a la muerte de sus seres queridos: la madre, Pepe y Corita, muchas veces traducidas en expresiones taciturnas. De las muchas almas que se le descubren, su espí-

ritu se multiplica en las vidas de los autores que visita. Uno de ellos es Borges, y Estela denota su temperamento al expresarse así del gran escritor:

“...puede pensarse que ese ser multifacético, tímido, irónico, incrédulo, humanamente vulnerable, pudo en lo recóndito de su alma, haber aunado sus varias naturalezas y reconocer, en esa fusión, al hombre que una vez fue expulsado del paraíso y guarda una extremada y angustiosa nostalgia de su antigua, venturosa condición”.

Será recordada la faceta que se esfuerza en mantener la familia unida y los domingos nos reúne al té. Será recordada interminablemente, por su gran calidez y por su fructífera obra (aún queda material para componer por lo menos uno o dos libros más). Y así como su propia madre, Corina, lo hizo, ella también se haría llamar Mimí. La dulce muchacha Estela, la adorada abuela Mimí. Con amor, mamá. Tu hija Corina.

Notas

1. Árbol del Maple, en Argentina.

Edmundo Ribadeneira

BENJAMÍN CARRIÓN

Suelo recordar con frecuencia y siempre con renovado afecto, las sabrosas clases que nos daba Benjamín Carrión en la Universidad Central, valiéndose de aquella costumbre tan suya en el sentido de abrirse anchamente de los programas pedagógicos preestablecidos, para tocar temas generales, recorrer con fluidez y conocimientos propios de una sólida cultura, tiempo y espacio a lo largo de la historia del mundo, o detenerse en el momento actual por el que atravesaba el país, enjuiciando la política con vigor y esa chispa que su agudeza mental y su fino ingenio mantuvieron permanentemente encendida y que fue una de las características más notables de la clara y limpia personalidad del maestro.

Entonces nos hablaba de sus libros, los ya publicados y los que estaban en proyecto. En su voz vibraba cierto tono de especial predilección o ternura, cuando se refería a su novela *El desencanto de Miguel García*, a la que parecía profesar un amor casi clandestino, pudoroso o receloso de la crítica que él, en cambio ejercía con tan generoso como oportuno cariño tratándose de las obras de los demás.

Era muy fácil para Benjamín Carrión enlazar todos los temas posibles alrededor de una increíble capacidad asociativa que no era sino la expresión poderosa de una inmensa cultura. Y todo en función de la visión de nuestro país, que lo llevaba, como dice Adoum, en la solapa, adscrito a un orgullo ecuatoriano que hizo de él una de las figuras nacionales más hondamente sinceras y patriotas que se pudiera mencionar con honor y representatividad.

Nos hablaba de lo que según él, aún necesitaba el Ecuador luego del descalabro sufrido en 1941, soñando con una imagen cultural que definiera de mejor modo o en forma total la verdadera imagen y el destino de nuestro pueblo.

De este hermoso anhelo enriquecido por una filosofía que otros maestros, como Mariano Picón Salas, Keyserling y Tonybee, habían concebido en torno a las posibilidades reales de lo que se llamara "la nación pequeña", nació la Casa de la Cultura. Y junto a ella, la Federación de Estudiantes Universitarios y la Confederación de Trabajadores del Ecuador, para cuya creación Benjamín Carrión aportó, bajo la guía del mismo espíritu de redención nacional y responsabilidad histórica, ideas sustanciales.

Pues bien, dentro y fuera de las clases universitarias iba imponiéndose en Benjamín Carrión, como una necesidad cada vez más exigente, el deseo de escribir un gran libro acerca de uno de los personajes más controvertidos de nuestra historia, uno de los pocos auténticamente esenciales y claves de la política nacional.

Se trataba de García Moreno, precioso material, humano y político, para un escritor que quisiese penetrar en esa piel signada por la nocturnidad y los complejos vitales, por las dudas y las controversias de todo tipo.

De sólo pensarlo, Benjamín Carrión se reía modulando en la carcajada aquella picardía mediante la cual vislumbraba los efectos que una obra semejante produciría en el ámbito de un Ecuador beatificado por las tradiciones más aberrantes.

En medio de otros libros que iban apareciendo y constituían aquella serie de "santos laicos" destinada a exaltar la significación de quienes habían sacralizado el valor del pensamiento libre y la militancia intelectual en el marco del amor al pueblo, Benjamín Carrión se empeñaba en darle forma a lo que habría de ser en mi criterio su obra más grande: *García Moreno, el Santo del Patíbulo*.

No podría decir si Benjamín Carrión tomó en cuenta lo que Raúl Andrade dijera en su crónica titulada *Fábula y certidumbre de García*



Benjamin Carrión

Moreno, publicada en la revista universitaria *Surcos*, que tuve el honor de dirigir, en febrero de 1944.

“Mas –escribe Raúl Andrade– no ha tenido suerte don Gabriel en su postrero tránsito. Los fabulistas han alterado e intentan alterar la estética y la emoción de ese tránsito, mutilando su desmesura dramática, poniendo entre sus convulsos labios sanguinolentos que apenas si podrían escupir espumarajos blasfemos, aquella frasecita enternecedora, dulzona: “Dios no muere”, apta para dicha por mancebos honestos, en el final ejemplarizador de una comedieta de monjas... ¿Para qué, pues, echar a perder esa deidad luciferina, ornamentando de nardos su diestra ensangrentada y de arcangélicas sonrisas la comisura depravada? ¿Para qué ponerle a elaborar milagrerías –por veinte centavos de parafina labrada, a él, ¡tan orgulloso y severo! en beneficio de costureritas devotas que reciben misteriosas máquinas de coser, con estampillas del cielo?”

“No hay biografía de don Gabriel, como tampoco la hay de Montalvo, a pesar de las afirmaciones privadas de Gonzalo Zaldumbide. Y es que esas biografías han de escribirse con virilidad de hombre de lucha, con pasión de escritor, con emoción de artista... No con una sorda mentalidad de beata madrugadora, ni con la bizca y aviesa sensibilidad del dependiente de sirio, anotador de créditos en mora...”

Que es lo que, precisamente, hizo Benjamín Carrión: escribir su biografía de García Moreno, con “virilidad de hombre de lucha, con pasión de escritor, con emoción de artista”, cualidades tan permanentes y erguidas en la posición irreductible que mantuvo en todo momentos de su vida y que definen su obra literaria, histórica y política desde la primera hasta la última página.

Así, pues, finalmente García Moreno encontró a su biógrafo: profundo, verídico, sagaz y artista. Y, claro está, aislado de la euforia crítica, víctima de la conspiración del silencio, que Ricardo Descalzi destaca en ese magnífico comentario escrito y publicado en 1960, ya que un libro dedicado a estudiar la razón y la sinrazón de un político discutible y a la vez fascinante como García Moreno no convenía para los fines y la responsabilidad de sus partidarios, resultaba un factor de análisis político e inculpador.

Sin embargo, este libro, que Benjamín Carrión denomina irónica y risueñamente "bondadoso" en la dedicatoria que tuvo la gentileza de brindarme, se afana por establecer el retrato humano de un hombre cuyo trasiego secreto corresponde a los dramas que una personalidad convulsa, hasta ser conmovedora, genera cotidianamente.

Biografía en el estilo tradicional, si se quiere, tal vez un poco próxima a las coordenadas trazadas por Zweig y Ludwig y la obligación freudiana de tomar muy en cuenta al hombre en su papel de víctima de la historia, esta de Benjamín Carrión constituye un verdadero monumento literario, cuya segunda edición (la primera fue distribuida por una oficina publicitaria en la que yo trabajaba) hemos de agradecer de la manera más efusiva a la Editorial El Conejo, pues viene en apoyo de la interpretación política que el país requiere, y rinde homenaje al ilustre fundador de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Germán Rodríguez Flor

INTERPRETACIÓN FILOSÓFICA DEL MURAL *HISTORIA DE LA HUMANIDAD*

Historia de la humanidad

En 1969, a pedido del señor Enrique Zaldumbide, amante de las obras de arte, mi padre, el maestro Carlos Rodríguez, pintó el mural que estáis contemplando.

Esta obra deberá ser entendida no sólo por su universal comprensión del devenir evolutivo del mundo, sino porque a través del equilibrio que trasunta todos los íconos y líneas de la composición se puede percibir la preocupación profundamente humanística que caracterizó a mi padre, al igual que a los más prominentes intelectuales, escritores y artistas de la generación de las décadas de 1930 y 1940: el anhelo de justicia social, la liberación de todas las formas de discriminación, ignominia y opresión que la historia de la Humanidad arrastra desde sus inicios.

Pero la liberación, mi padre la concebía como una regeneración de la conciencia humana por la armonización paulatina de lo material con lo espiritual, hecho que en la Historia se ve reflejado en las tradiciones místicas y filosóficas que emergen desde un lejano pasado en todas las culturas y pueblos del mundo, como un testimonio de la trascendencia y sublimidad a la que puede llegar el espíritu humano. La imponente imagen de las pirámides de Egipto y el hieratismo de sus esfinges son el símbolo del alma espiritual que animó al pueblo que, a

orillas del Nilo vio levantarse estas construcciones monumentales miles de años antes que Heródoto las describiera en sus crónicas de viaje.

Aquella enigmática civilización, cuya clara memoria de los ciclos antediluvianos le fue revelada a Solón por los sacerdotes de Saís, halla su paralelo en edades lejanas, con las no menos sabias y magníficas culturas de América, como la de Teotihuacán, cuyas pirámides señalan hacia los mismos puntos del Universo que aquéllas, como siguiendo un mismo patrón de orientación astronómica que busca en el Cosmos la razón secreta de sus orígenes.

Y así como los sabios de Egipto transmitieron los misterios de su cosmogonía ancestral en las narraciones fabulosas de sus dioses: Osiris, Isis, Horus, Atón, su ciencia sacerdotal fue revelada en forma de siete axiomas fundamentales de la vida del Cosmos por Hermes Trismegisto.

Este carácter místico, iniciático, mítico, sacerdotal y gerontocrático de las antiguas y ancestrales culturas de América y del Mediterráneo se halla representada en el margen superior derecho del mural.

Y así como la ciencia hermética salió de los desiertos adyacentes al delta del Nilo, de las espesas selvas que forman el piedemonte de los Himalayas surgió el budismo como una corriente de vida espiritual que vino a remozar las desgastadas estructuras del bramhanismo que experimentaba entonces un estado de decrepitud.

La historia mística de la India es rica y muy antigua. Allí vivieron grandes poetas como Valmiky; conductores de pueblos como Rama y Krishna, y allí se escribieron obras clásicas de la literatura universal, como los Vedas, los Upanishad y el Bagavad Gita. Pero el tiempo que nos interesa se remonta a unos seis siglos antes de Cristo, cuando entre los múltiples reinos y dinastías de la India emergió la figura de un profeta, quien habría de difundir una enseñanza universal.

El futuro iluminador del Asia pertenecía a la dinastía de los Sakyas, es decir de "los poderosos". Su nombre era Sidarta y su segundo nombre Gautama, en razón de que procedía por ascendencia paterna de una familia de reconocidos poetas.

De Gautama se dice que desde niño tenía una mirada profunda y mostraba una conmiseración especial por todo lo que lo rodeaba. Además tenía una insólita inquietud por conocer la razón de todas las cosas.

La niñez y la juventud del príncipe Sidarta estuvieron matizadas por una tranquilidad palaciega. Sus padres se preocuparon que desde su más tierna infancia nada perturbara la belleza a su mirada. Por disposición del rey, los criados recogían todos los días por la mañana las hojas secas que habían caído de los árboles, a fin de que los jardines mostraran un permanente verdor. El joven príncipe creció sin saber lo que era la vejez y la muerte, hasta que quiso el destino mostrarle estas otras facetas de la existencia, y en un solo día Sidarta vio a un anciano con su cuerpo decrepito y tembloroso, a un enfermo con la piel llena de úlceras y luego el cuerpo de un muerto en estado de putrefacción. Los ojos profundos y tristes de Sidarta miraron con horror este espectáculo, y la disposición compasiva de su semblante recibió un violento estremecimiento que sumergió su alma en el desconcierto y en la más profunda pena. Hasta ese día no sabía nada más que el placer que, cual verdor de la misma Naturaleza, viene aparejado con la juventud y la hermosura, y ahora sabía lo que eran la vejez, la enfermedad y la muerte. Y también supo que todos los seres envejecen y mueren de modo inexorable. Y esto lo sumergió en un pozo aún más profundo.

Termina ahí la vida palaciega de Sidarta y comienza la del buscador de la verdad y la iluminación. Abandonando sus propiedades y su familia sale en búsqueda de los rishis y brahmanes, en pos de una respuesta que le permitiera aliviar el dolor de la Humanidad, pero sus explicaciones abstractas no le satisfacen. Observa, más bien, la indolencia a la que había llegado esta casta frente a los problemas y sufrimientos del pueblo. Entonces se retira a una aldea donde vivía un grupo de ascetas de figura famélica y sigue sus prácticas austeras. Mas al cabo de cinco años descubre que la tortura del cuerpo no es el camino de la liberación. Tras dejar a los ascetas comienza un periodo de contemplación en la soledad del bosque durante el cual, un labriego, enamorado de la dulzura y la paz que emanan del asceta, le lleva todos los días leche, plátanos y arroz. Por las mañanas una gacela se acerca y feliz come de la mano de Gautama. Durante siete años, Sidarta pasa parte del

tiempo en contemplación y meditación, buscando el camino de liberación. Entonces, el asceta recurre a los sueños como una vía para encontrar respuestas.

En esta larga búsqueda el asceta comienza a tener una serie de visiones que lo llevarán a la total iluminación. En el mes de mayo, en cuatro noches alcanza la visión completa.

En la primera, Gautama mira los vórtices de horror en que viven las almas que dejan este mundo sin haber purgado sus crímenes. Como espectros y caricaturas que sobrecogen de espanto, ve el mal en todas sus formas.

En la segunda se le revelan los espacios puros y sutiles en que viven quienes practicaron las virtudes. Sin embargo, algo gravita hacia la tierra e inexorablemente los atrae. Éste es el resquicio de sus deseos y pasiones. El asceta empieza a comprender la oculta causa del dolor.

En la tercera le es revelado el mundo de las energías creadoras y el asceta puede contemplar, en la multitud de las fuerzas que hacen la vida del Cosmos, la multiforme manifestación de los dioses. Las estelas de estos gloriosos seres describen los círculos del cielo, trazan los diseños y envuelven la vida de los hombres. Mas, aunque el tiempo de los dioses parezca eternidad a los hombres, aquella hueste gloriosa de seres también describe su círculo de vida y el dolor y la muerte se transforman en un drama cósmico que trasciende la dimensión de lo humano. Esta visión conmueve hasta lo más profundo el alma de Gautama y le mueve a suplicar al Inefable e Innominado Dios la última guía, la última inspiración que le permita abrir el camino de liberación a los hombres. Aquella noche Gautama tiene su última revelación. Ve a los pocos rishis y yoguis que, luchando por salir de la Rueda de la Vida, vuelven a caer al círculo de la existencia. Esto le sobrecoge hasta la última de sus fibras y le sobreviene la sensación del Gran Vacío. Mas, cuando sus anhelos y deseos parecen desdibujarse por completo, descubre una sensación ilimitada de bienaventuranza, aquel estado interior que denominará Nirvana.

Al despertar, Sidarta Gautama, sakyá muni, antiguo príncipe, se había convertido en Buda; esto es: el Iluminado.

Después de largas reflexiones, Buda sistematiza sus enseñanzas y en Benarés comienza su prédica, la cual se distancia de las explicaciones abstractas de los rishis, para volverse un sistema práctico de vida. Enseña que el camino al Nirvana se basa en el óctuple sendero, cuya base es la rectitud y la compasión.

Las enseñanzas de Buda se difundieron rápidamente hacia los pueblos del Asia y se modificaron según las tradiciones, mitos y cosmogonías de cada cultura. Al no reconocer las diferencias de casta y al gozar de la simpatía de los estratos populares, el budismo obligó a los brahmanes a salir de su estancamiento secular.

El Budismo tomó expresiones distintas en China, Tíbet, Mongolia, Birmania, Tailandia, Japón y otros lugares, pero siempre se mantuvo como eje el sentimiento de compasión.

Según el doctor Rudolf Steiner, en la constelación de almas gloriosas que han venido a la Tierra, Buda precedió a Cristo en su aparición. Según el citado autor, el alma de Buda se hizo presente en la infancia de Jesús para insuflarle el sentimiento universal de la compasión. Este hecho pone históricamente a Buda como predecesor de Cristo y señala que en las esferas espirituales no hay casualidad, y que los acontecimientos del mundo se suceden dentro de un plan superior.

Por esto, en el mural de mi padre, Buda se encuentra en el punto superior, indicando esta precedencia en el tiempo, en tanto la imagen de Jesucristo se yergue como el fiel de una balanza, mientras sus brazos separan los distintos espacios de la composición. Es que Cristo era el centro del tema y la preocupación de mi padre. Jesucristo encarna los más decantados valores humanos, pues es el arquetipo del ser humano... el ser humano perfecto.

Antes de continuar con la interpretación del mural, señalaremos que el cristianismo tiene dos fases: la del cristianismo original, fase histórica, que se extiende hasta el edicto de tolerancia religiosa que dio libertad al culto de los cristianos en el siglo IV, y la fase posterior, cuando la Iglesia cristiana es asimilada gradualmente por la estructura románica de Occidente.

Jesús pertenecía a la comunidad esenia, contemporánea de los fariseos y zelotes, distanciándose de los primeros porque no hacían de las Escrituras letra muerta, ni tampoco propagaban un nacionalismo furibundo como los segundos, sino que estudiaban la Cábala, practicaban el hebraísmo como religión de caridad y también el arte de la curación. Como esenio, Jesús siguió todos los pasos de su tradición, convirtiéndose en su supremo maestro. Tras el bautizo en el Jordán, el Nazareno (escogido) ascendió a la categoría de Krestos, que en griego significa 'el Ungido', 'el Iluminado', aquél que había llegado a la unión con la fuerza viviente de Dios, el Espíritu Santo.

Cabe decir que en los antiguos misterios el estado de Krestos pertenece a un círculo de conciencia aún más alto que el de Buda.

Las enseñanzas que impartió Jesucristo no eran nuevas, ya que ellas representan la ciencia y la tradición hebreas, asentadas sobre el Talmud y la Cábala esotérica. Lo que hizo Cristo fue expresarlas en lenguaje popular a través de parábolas.

Si bien Cristo entregó una enseñanza universal, al suceder el misterio de su muerte y resurrección -que deben entenderse como hechos de trascendencia para la futura evolución del mundo- sus seguidores decidieron continuar sus enseñanzas y formaron una Iglesia con la forma hebrea de iniciación. Así, se nombró al Papa y al clero, adecuando los símbolos de la Edad que comenzaba, de modo que las mitras en forma de cabeza de pez y los peces pasaron a ser su forma de identificación.

Parte de las enseñanzas del Cristianismo era la doctrina de las jerarquías creadoras: tronos, potestades, virtudes, querubines, serafines, arcángeles y ángeles; la continuidad de la vida o vidas repetidas, y el matrimonio como institución para cimentar el amor, por lo que los obispos se casaban sin que esto fuera obstáculo para el ejercicio eclesiástico.

Todo esto corresponde a la primera fase del cristianismo. La siguiente (posterior a Constantino) fue la asimilación progresiva del cristianismo a la estructura social, política y económica de Roma, por

lo que la Iglesia, además de cristiana, empezó a llamarse romana. Es decir, perdió su mensaje de universalidad para convertirse en religión de Estado. Con esto comienza su decadencia, pues ya no está sujeta a su esencia espiritual sino a los intereses de los hombres.

Entre el siglo IV y el VIII se realizaron varios concilios ecuménicos en los que poco a poco se desnaturalizaron las enseñanzas originales e, incluso, se expulsó a los Padres de la Iglesia que no estaban de acuerdo con los cambios. Uno de ellos fue Nestorio. Así se introdujeron elementos teóricos que no formaban parte del cuerpo originario de la doctrina cristiana, los cuales se declararon verdades indiscutibles. Así comenzó la fase dogmática de la Iglesia.

La Iglesia ocultó aquella parte de las escrituras que no se ajustaba a sus dogmas y acuerdos (caso de los evangelios apócrifos) o fueron suprimidas o modificadas líneas, palabras y frases enteras de la Biblia. La Iglesia llamó "apostasía" a todo lo que significaba regresar a las creencias antiguas, y apóstata era todo el que las profesara.

Durante la baja y alta Edad Media, y hasta tiempos recientes, en la nominación de las dignidades eclesiásticas se consideraba el abolen-go y la riqueza. Por otra parte se prohibió el matrimonio, a fin de que las dotes enriquecieran económicamente a la institución eclesiástica. De este modo, el poder temporal y material se sobrepuso al espiritual.

En el siglo XII, cuando la Iglesia católica se había alejado de su misión, surgió un reformador. Su nombre era Francisco, nacido en Asís. Francisco de Asís había tenido una juventud disipada. Pero detrás de las apariencias, en él había un alma grande que buscaba el Amor, incluso por caminos extraviados. Francisco, dándose cuenta de su error, se arrepintió profundamente. Fue tan súbito su cambio que sus amigos no lo podían creer. Abandonó bienes, propiedades y herencias para hacer la vida sencilla de fraile mendicante. Al vivir en el campo descubrió que la Naturaleza era su verdadera maestra, y al convivir con ella, ésta le abrió las puertas a su entendimiento interior. Así, Francisco llega a comprender la unidad de la vida y de todo lo creado y llamó al Sol y a la Luna "hermanos". Entonces comenzó por formar una nueva Iglesia, lejos de la pompa, afectación y apoltronamiento de su época.

Mas hay otro aspecto del cristianismo que no puedo dejar de comentar, y es la pervivencia de las tradiciones antiguas en el mundo europeo.

Es indudable que la escisión del Imperio Romano en Oriente y Occidente fue parte del crepúsculo cultural que vivió Europa en los primeros siglos de la Era Cristiana, tras lo cual vino la atomización política y social que originó los reinos. La Edad Media fue una época caracterizada por las guerras y ambiciones familiares. Pero hay un resquicio de luz en medio del periclitaje de la civilización occidental, y éste es la continuación de la tradición que, como hemos visto, provenía de tiempos anteriores a Cristo. En este eslabonamiento intervinieron algunas congregaciones, órdenes religiosas y de caballería. La primera y más conocida fue, quizás, la Benedictina, cuyo nombre proviene de Benito de Nursia (480-547).

Siendo la Edad Media una época de retiro conventual, de esfuerzo intelectual y erudito, los benedictinos se distinguieron por ser compiladores de los tratados antiguos. Entonces, cabe pensar que en sus bibliotecas guardaran legados que habían sido prohibidos oficialmente por la Iglesia o destruidos en el proceso de mutilación de las bibliotecas que los emperadores romanos iniciaron en los primeros siglos de la Era Cristiana. Dentro de aquellos legados pudieron encontrarse los antiguos mapas y portulanos anteriores a la Era Cristiana, comentados por los geógrafos e historiadores pretolomaicos, quienes describían a América como la cuarta parte del mundo y que siglos más tarde Cristóbal Colón probablemente encontraría en el monasterio de La Rábida. También pudieron encontrarse los antiguos tratados de Alquimia y Astrología.

En el siglo XII viene el período de formación de la Orden Templaria, y los benedictinos ceden los campos de su jurisdicción a la nueva orden, incluyendo sus bibliotecas.

A diferencia de otras congregaciones religiosas, los templarios pintan y esculpen la imagen de Cristo libre, sonriente, como la que vemos en el mural. Los templarios continúan la obra de los benedictinos, en cuanto investigación y aplicación de las ciencias antiguas, como la

Astrología y la Alquimia. A ellos se debe en gran medida la cristianización de Europa en los siglos XII, XIII y XIV, el desarrollo del estilo gótico, el inicio del sistema bancario y otras obras y creaciones, cuya descripción saldría de los límites de este escrito. En Francia se identifican como una orden de constructores y albañiles, por tal razón llamada francmasonería, la cual estaba unida por ocultos lazos de hermandad y estudio. Cuando sobreviene la disolución de la Orden, en 1314, la suerte que corren los templarios difiere en cada nación. Mientras en Francia son perseguidos, apresados y enjuiciados por los tribunales inquisitoriales, en España y Portugal varias congregaciones abren sus puertas para albergar a los ex miembros de la orden, e incluso se forman nuevas congregaciones, como la Orden de Cristo Rey, en España. En esta constelación de circunstancias, la francmasonería subsiste en la clandestinidad y da origen a la masonería moderna.

El Cristo, en el mural de mi padre, representa la vivencia cristiana de los templarios. El Cristo es el fiel de la balanza alrededor del cual gira toda la composición pictórica. Con el cuerpo y los brazos abiertos separa los diferentes espacios de representación. Con los brazos abiertos representa al hombre libre que levantándose sobre las barreras de los prejuicios y la superstición, abraza a toda la Humanidad. La cruz, transformada en símbolo de la persecución y la tortura en la época del Imperio Romano, se desploma a su espalda, y junto a ella yacen en el suelo, como esqueletos inertes, otros íconos que representan la institucionalización que ha desvirtuado por tantos siglos su mensaje.

En el recorrido de nuestra interpretación llegamos, finalmente, al flanco izquierdo del mural, que representa la evolución social y cultural de los tiempos modernos. Pero esta evolución tiene sus antecedentes mucho tiempo atrás. Unos cinco siglos antes de Cristo, cuando en el occidente europeo se empezó a vislumbrar un cambio en la conciencia de los hombres, que fue distanciando la actividad intelectual de la vida contemplativa y clarividente que había caracterizado a las culturas anteriores. En la medida en que se entronizó la reflexión intelectual, languidecieron las organizaciones agrícolas y sacerdotales jónicas, dóricas y de otras personalidades colectivas de la Hélade, al igual que los círculos pitagóricos de Crotona y la tradición de los terapeutas iniciados en los templos de Esculapio empezaron a difuminarse.

El despertar de la conciencia racional en los hombres anuncia la apertura de las escuelas filosófico-discursivas, de la lógica formal, la mayéutica, la ciencia laica, las obras que sistematizan los conocimientos, la observación en la terapéutica; los Estados y formas de gobierno que Aristóteles y Platón comentarán en sus obras. También es el tiempo de la aparición del *demos* ateniense. Es decir, estamos en el comienzo de la civilización occidental, simbolizada por el frontis del templo ateniense, la columna dórica y el arco romano, íconos presentes en el margen superior izquierdo del mural.

Coincide admirablemente este proceso que se vive en Europa con lo que sucede en América y, particularmente, en los Andes, en los cuales, de acuerdo con la cronología Pacaje de los aymaraes (una de las más antiguas de América) hace 2 500 años comenzó un ciclo histórico, en el que se fue pasando de los valores de la comunidad a los valores del individuo. Y así, por largos siglos, se sucedieron las guerras entre señoríos y naciones, los aucapacharunas, denominados así por el cronista indígena Guamán Poma de Ayala, los cuales terminaron con el advenimiento histórico del Incario, que sentó las bases culturales y espirituales de la nueva comunidad panandina de naciones, llamada Tawa Nintin Suyu.

Pero, al margen de las sincronías y coincidencias históricas, la corriente intelectual del mundo europeo -a la que Rudolf Steiner se refirió en sus conferencias como el despertar de la conciencia racional en la Historia- se transformó en abstracción intelectualista en la época moderna.

En el siglo XVII, Descartes abrió la dualidad en el pensamiento europeo, tras lo cual discutieron durante siglos y desde diferentes puntos de vista los partidarios del Idealismo y el Materialismo.

En la decimanovena centuria de la Era Cristiana el materialismo apareció triunfal, a la par que se trató de eliminar las injusticias sociales mediante la lucha de un sector de la sociedad contra otro. Como continuación de las críticas institucionales y anticlericales, cuyo precedente lo encontramos en el movimiento de la Ilustración, el materialismo habló de la religión como "el opio del pueblo". Varias revoluciones

terminaron con los privilegios de las clases dominantes para entronizar más tarde, no nuevos estados de justicia y equidad social, sino nuevas prebendas, privilegios y estrategias de control y persecución de los adversarios. Tal fue la época estalinista emergida de la revolución bolchevique. Esta parte de la Historia cobra una expresión muralística espectacular en el tramo final del margen superior izquierdo, donde aparece, entre brazas de fuego, el escorzo ampliado, pétreo y monumental de los teóricos más connotados del materialismo moderno: Marx y Engels.

La historia no es una línea sin interrupciones, sino un devenir cíclico, periódico y cósmico. La modernidad representa el último momento de la evolución cultural del mundo europeo, tras el cual ha venido el desgaste de sus estructuras e instituciones. Hecho palmario en nuestros días, cuando se habla de crisis, corrupción, inviabilidad de los sistemas, terrorismo y guerras. Hecho trágico pero concomitante al final de una época.

Y ahora que la Humanidad ha entrado en una nueva etapa de colapso civilizatorio, periodo en el que las ideologías y utopías parecen dar lugar a una época de disgregación facciosa, en que los mercaderes del templo parecen haber robado a Cristo su más preciada presea, la libertad, para, en nombre de ella, someter al mundo a los intereses del mercado, la imagen de Cristo vuelve a cobrar sentido, pues el impulso cristiano discierne entre lo económico-tecnológico y lo cultural-espiritual en todos los pueblos y latitudes del mundo; al decir el Maestro: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios" expresó en pocas palabras lo que el impulso cristiano lleva consigo: equilibrio entre los opuestos, libertad en la vida espiritual para todos los hombres, igualdad de derechos y oportunidades, cooperación y solidaridad en lo económico, evolución espiritual en armonía con la material.

¿Habrá que esperar más y más catástrofes para que la Humanidad comprenda estas simples como fundamentales verdades?

Agradézco a la familia Chérrez por haber donado con generosidad el mural de mi padre a esta prestigiosa institución, y pido a mi nombre y el de mi familia que el mural sea reconocido como Patrimo-

nio Cultural de la Nación y de la Humanidad, y que el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador sea su permanente custodio. Esperamos que oleadas de maestros y alumnos vengán a visitar cada día este recinto de Historia y Cultura, para admirar y discutir no solo la elaboración estética, el ritmo y el color, la cadencia y geometría de las formas, que la habilidad magistral de mi padre supo plasmar en esta obra monumental, sino, ante todo, que las nuevas generaciones miren y comprendan las verdades universales que subyacen en el juego de sus iconos y colores.

Rosa Llerena

JOSÉ ALFREDO LLERENA

José Alfredo Llerena nació en una tarde de julio de 1912, en la ciudad de Guayaquil. Poco tiempo después, su familia regresó a su ciudad de origen, Pillaro, Provincia del Tungurahua, donde él hizo sus primeras letras en una escuela rural. Como contaba su madre, doña Rosa Elena Crespo, "el niño era muy despierto y le gustaba inventar historias". Merecía entonces el "sacrificio" de que la familia se mudara a la gran ciudad. Terminó sus estudios primarios en Quito, y los secundarios en el Instituto Nacional Mejía.

Estudió Pedagogía en la Universidad Central y se graduó de profesor. Por largos años fue maestro de Lógica, Ética y Filosofía en el Colegio 24 de Mayo.

Siendo aún estudiante del Colegio Mejía, José Alfredo Llerena publicó sus primeros trabajos en prosa y verso en la revista *Surcos*, y participó en la fundación de *Elan*, la revista de vanguardia de la generación poética que irrumpía en ese entonces.

Fruto de esa época literaria es su primer libro de poesía, *Agonía y paisaje del caballo*, en donde se aprecia una ingenua ternura y se revela como un poeta agudo e ingenioso. Posteriormente a la publicación de este libro, deja el verso por la prosa, y en 1935 logra el Premio Nacional en el concurso organizado por el Grupo América, con un ensayo titulado *Física y Metafísica para una estética del porvenir*.

En 1938 publica su primer tomo de prosa con dos ensayos: *Aspectos de la fe artística y Arquitectura del Acuario*.

Por estos años se vincula con el diario *El Comercio*, en el que trabajará, por más de 40 años, hasta su muerte.

Por su labor periodística y sus cátedras de Historia del Arte y Estética, impartidas en el primer Instituto de Bellas Artes de Quito, lo invitan a hacer crítica de arte. Del profundo conocimiento de la plástica ecuatoriana contemporánea nace el libro *La pintura ecuatoriana en el siglo XX*.

En la década del 50, José Alfredo Llerena incursiona en el cuento y la novela. De esta época son sus obras *Segunda vida de una santa* (colección de cuentos) y *Oleaje en la tierra* (novela).

Con su quehacer periodístico se relacionan sus siguientes tomos de ensayo: *Frustración política en 22 años y Ecuador, perfil de su progreso*, ambos estudios serios de política y geografía económica.

Su principal dedicación, sin duda, fue el periodismo. En sus largos años de periodista trabajó en Radio Quito, en el vespertino *Últimas Noticias* y en el diario *El Comercio*, en donde se desempeñó como redactor y editorialista. Fue director de la Escuela de Ciencias de la Información de la Universidad Central, y, en varias ocasiones, Presidente de la Unión Nacional de Periodistas.

Viajó por Europa, Norte y Sudamérica; sus crónicas de viajes, escritas en un ágil estilo periodístico, aparecieron profusamente en la página literaria del diario *El Comercio*, y los poemas escritos en esta época se reunieron en el poemario *Gemación*.

Fue también, Consejero Provincial de Pichincha y Concejal de la ciudad de Quito.

Por su labor periodística y literaria, a lo largo de su vida recibió innumerables homenajes y galardones; fue uno de los más apreciados el otorgado por el diario *El Universo*, "La lira de oro", al mejor poeta guayaquileño.

En sus últimos años escribió varios ensayos de diversa índole, pero esa vieja pasión por la poesía le llevó a publicar sus dos últimas obras poéticas *Madre Naturaleza* y *Hebra de tiempo*. Murió un 11 de mayo, por la tarde, en Quito, a los 65 años de edad.

Alfonso Diez Canales

PRINCIPIAN DE PABLO PALACIO

Sexta parte Documentos



Alba Luz Mora

PRIMICIAS DE PABLO PALACIO

Loja republicana fue siempre un centro cultural de especiales relieves. Pese al aislamiento que padeció por largos años, ante la ausencia de vías de comunicación, esa vocación tan peculiar y definida dio como fruto figuras de primera línea en la literatura nacional y llevó a sus habitantes a buscar alternativas contra ese marginamiento.

Tres estrategias apoyaron estas expectativas por actualizarse: la búsqueda de fuentes de información en otras localidades, como el puerto de Guayaquil y los amigos residentes en esa ciudad, puntos de referencia para hacer pedidos bibliográficos de vanguardia, mantener correspondencia fluida con otros intelectuales y el consecuente intercambio de criterios y controversias. Las librerías costeñas importaban las novedades literarias de América y Europa que llegaron a las bibliotecas lojanas y familiarizaron a los hombres de letras con autores, obras y corrientes literarias.

El otro antecedente fue la valiosa iniciativa de personalidades lojanas, quienes incentivaron el ascenso cultural y la formación de su gente. El legado de don Bernardo Valdivieso, que dejó todo su patrimonio para que se instituya el primer colegio de Loja que hasta hoy lleva su nombre, contribuyó a ello. Luego, la fundación del colegio "La Unión". Y algo definitivo: durante el gobierno Federal, en 1859, el Presidente Manuel Carrión Pinzano trajo desde Colombia la Misión Granadina que se encargó de la organización de la educación. El doctor Belisario Peña, eminente poeta y literato colombiano; el pedagogo Benja-

mín Pereira y Gamba y Francisco Ortiz, dieron un giro moderno y más consistente a la docencia. Se produjo la fusión de los dos colegios tradicionales y se originó la Junta Universitaria de Loja, germen de la futura Universidad Nacional. En 1876 se crearon las cátedras de Medicina, Teología y Jurisprudencia y posteriormente la Facultad de Jurisprudencia, donde estudiaron casi todos los lojanos.

La tercera influencia fue la presencia de hombres de cultura admirables como Pío Jaramillo Alvarado, director de publicaciones, historiador, genealogista, profesor universitario, impulsor de una serie de instituciones lojanas, que incentivó la vocación por la cultura a sus alumnos y profesionales; Carlos Manuel Espinosa –a quien todavía no se le ha hecho justicia– profesor de Literatura, gestor de la iniciación literaria de varios grupos lojanos sobresalientes y de la creación de núcleos estudiantiles literarios. Dirigió la revista *Hontanar*, en la que colaboraron un grupo de jóvenes escritores lojanos y los más destacados representantes de la Literatura del país, seguida de otras, como *Loxa*, *Alba Nueva*, *El Alba*, *Iniciación*, *Iris*, *Revista Literaria*, *Revista del Colegio Bernardo Valdivieso*, que mantenían canje con similares de Quito, Guayaquil y Cuenca. Y favorecieron la realización de torneos singulares, como los llamados Juegos Florales Universitarios, especie de torneos galantes que estaban presididos por su reina y premiaban a los participantes en los géneros de la prosa y la poesía.

Los nombres de Carlos Manuel Espinosa, Manuel Agustín Aguirre, Ángel F. Rojas, Eduardo Mora Moreno, Manuel José Aguirre, Pablo Palacio, empezaron a ser familiares en otros ámbitos y como exponentes convencidos de la idea socialista en la provincia de Loja. De entre ellos tuvo especiales relieves la personalidad singular, el estilo original y la admirable inteligencia de Pablo Arturo Palacio, nacido en Loja en 1906, quien desde los 14 años colaboró en publicaciones de Loja y Quito en géneros de teatro, poesía, ensayo filosófico y sobre todo relato. Es más, escritor que en su primera juventud produjo las tres obras que lo hicieron trascender nacional e internacionalmente: *Vida del Ahorcado*, *Un Hombre Muerto a Puntapiés* y la novela *Débora*.

Existen fotos de Pablo Palacio que dejan entrever a un hombre de talla mas bien alta, rasgos distinguidos, finos, mirada brillante En abril



Pablo Palacio

de 1927, cuando tenía 19 años, una crónica de la revista Loxa, lo describe así: "a don Pablo le basta la limpieza de su indumentaria siempre negra, envuelta en amplia capa de estudiante, su chambergo alado, su pipa bohemia y la pulcritud de sus maneras, para presentarse con don de simpatía, en las redacciones de los diarios, en los cenáculos literarios y rara vez en las calles".

En agosto de 1934, cuando tenía 28 años, el intelectual Jorge Hugo Rengel decía en un análisis literario contenido en la *Revista Universitaria*, ya integra a Pablo Palacio al grupo de los escritores realistas nacionales, junto a Joaquín Gallegos Lara, Humberto Salvador, Marianela Martínez, Manuel Agustín Aguirre, José de la Cuadra y expresa: "Sin apartarse del realismo, lo reviste, sin embargo, de cierta nébula irreal: que lo incorpora al irrealismo contemporáneo, en el que a ratos asoma la fantasía de un Poe, mezclada a la crudeza de Zolá, o mejor aún, ese ambidextrismo de Joyce, resultado de un sahumero cálico y de letrinaje terreno". Y por su parte, el ensayista peruano Luis Alberto Sánchez, que visitó Loja en la misma época, lo califica como "uno de los escritores de más porvenir en el Ecuador y uno de los buenos relatistas americanos". Al analizar su novela *Vida del Ahorcado* resalta dos de sus características: "Su ironía y humor macabro. La ironía constituye un módulo. El disparate se roza con lo trascendental y la polémica con la ironía. El ahorcado del libro es el lirismo de Palacio".

Benjamín Carrión halló en Pablo Palacio algo de Maupassant, de Pirandello, novelista superrealista, humorista deshumanizado, y lo compara con Búster Keaton, "el cómico que nunca ríe". En realidad, quienes lo conocieron daban fe que el humorismo irónico de Palacio era completamente natural. Parece que esa sutileza burlona e irrespetuosa que demostró desde adolescente, hizo rabiar a los burgueses "cara de patos", que jamás lo entendieron. Su panteísmo creador tiene la admirable agilidad lírica y caleidoscópica de todo espíritu puro, inagotable en su originalidad. Le caracteriza el profundo análisis de sus personajes, ni los refiere ni los define, ellos están allí con toda su vida, íntegramente, con sus virtudes, sus vicios y defectos. La técnica del nuevo arte, deshumanizado, impopular, está siempre en el escritor.

De sus comienzos literarios de adolescente perviven sus primeras creaciones, poco conocidas u olvidadas en las viejas revistas lojanas y otras de Quito, que ahora las reproducimos como homenaje al centenario de su nacimiento que se conmemora en este año 2006. Ellas son: la obra teatral *Comedia Inmortal*, pieza de teatro que según explica el autor "...ha seguido fielmente...todas las reglas de composición de los grandes maestros. La comedia es en tres actos: en el primero la exposición del asunto; en el segundo, cumbre de la acción emotiva; en el tercero, solución al problema. Y se ha tenido presente, asimismo, otro gran secreto: el de dejar entrever el misterio".

En la revista *Iniciación* de la Sociedad de Estudios Literarios del colegio Bernardo Valdivieso, publicada el 1 de febrero de 1920, contiene un poema primero y desconocido: *Ojos Negros*, a los 14 años. En los Juegos Florales de 1923, cuando tenía sólo 17 años, obtuvo la Violeta de Oro en el concurso de Prosa con la historia *Rosita Elguero*. Viene después *El Huerfanito*, un cuento de tónica infantil lleno de ternura, y el cuento *Sierra*, más los ensayos filosóficos *Sentido de la Palabra Realidad* y *Sentido de la Palabra Verdad*, que demuestran su gran erudición en filosofía.

Queremos aportar al total conocimiento de toda su producción. Rendir merecido homenaje a quien marcó un hito importante en nuestra historia de la literatura y ha llegado a constituir uno de los más originales escritores ecuatorianos.

AMOR Y MUERTE

SEGUNDO PREMIO: Medalla de Plata

A la vera del camino, tras de un recodo de la loma, junto a los grandes ventisqueros y, frente a los grandes pajonales que hace crecer el frío, estaba la choza de un viejo montañés de barbas patriarcales y canas, pronta a desvencijarse bajo el peso asolador del Viento que ruge, la Nieve que cae y el tiempo que pasa.

Fue en los estertores de un crepúsculo Invernal, que en el límite visible del camino, se dibujó la silueta temblona de una Vieja, con el bordón a la mano y, la espalda doblada bajo un fardo de penas. Fue acercándose lentamente por el camino intransitable y, su voz cansada, sonó extraña a los oídos del Viejo.

Hermano. Habréis visto pasar por esta ruta, a un peregrino joven, de mirar encendido; negra la cabellera, como el corazón de sus perseguidores; rojos sus cantos, con el rojo de los combates.

Sintió el Viejo un rebullir interno de Pasado y, sus ojos quisieron ir más allá de los de aquella, cuyas palabras evocaban tiempos idos. Pasó por su boca rugosa una sonrisa amarga y por sus ojos apagados, un brillar de triunfo.

Hacen veinte años, dijo, que llegué a esta choza, testigo tal vez, de que ignorados infortunios, de qué ignorados dolores, y sólo he visto pasar a labriegos de lejanas alquerías, en busca de ganado perdido y a las fieras de las montañas, en busca de presa que hacer.

Veinte años! Veinte años justos hacen que partió. Cuánto he sufrido!

- Ven hermana, ven y, bajo mi choza mal cubierta, junto a la lumbré débil, me contarás tus penas; y yo las mías, que no han salido nunca de estos labios viejos y sólo saben de ellas, las noches interminables y, los días solos, cuando no hay pan para las carnes exhaustas ni fuego para el cuerpo desvalido.

Y se sentaron juntos; y la llama dio un tinte rojizo a los rostros y a las cosas todas...

Soy, empezó la Vieja, una copa escanciada de quien ha hecho festin todos los dolores. Empezó por amar y hoy sólo sé, que "el amor es dolor". Y cuán bello es! Como las rosas. Pero, ay de aquél!, que se atreva arrancarlas sin cuidado; sentirá el agudo punzar de las espinas, que se le irán muy hondo, muy hondo... Como las llevo yo.

Herminia me llamo, e hija soy de un GRANDE SEÑOR del Reino de ORÁN; pasaba mi juventud monótona entre las cuatro paredes de la Casa Feudal, pero, el Amor había llamado a las puertas del Castillo y, sentí un estremecimiento intenso dentro de mi corazón; era JULIÁN quien lo había herido, mozo pobre de dinero, pero de alma pura... Nos Amamos. Mas, mi Padre llegó a saberlo y, nos encontró juntos, en sabroso coloquio de amor, fue implacable y, toda su furia la descargó sobre nosotros; él sufrió sumiso el castigo, mas, cuando lo vio arrojar sobre mí, se interpuso terrible... Fue una lucha horrorosa.

Y venció. Y se irguió radiante. Pero, viéndose a su lado, se arrastró a mis pies. Perdón, perdón, gritóme y, levantándose corrió, corrió sin tregua ni descanso, con el rostro escondido entre sus manos, humillado en su vencimiento. Y desapareció por el camino sin regresar a ver.

El amor, cual una ave carnífera, después de apurar toda la sangre de mi corazón, se elevó de nuevo a las alturas en busca de otro, sobre el cual crecerse.

Sí, se elevó ya, porque yo no podía amar al injuriador de mi Padre.

El amante estaba lejos y, la amada suspiraba por él...

Tras las tristes brumas del trágico Pasado; tras el recuerdo obsesionante, del Padre, muerto por el dolor de la injuria; tras veinte años de vida cenobítica, en la monotonía del Castillo; surgió el perdón. Cual destello de Luz. Pero, cuán tarde!

Indagué el paradero de Julián. Un sirviente antiguo de la Casa me avisó toda la verdad. Horrible verdad! Mi amante había sido desterrado. A dónde? Se me hieló la sangre al recordarlo; sufre mi ser entero, estremecimientos indefinibles. El había sido condenado a vivir allá, lejos, muy lejos, junto a las Nieves eternas y a las fieras hambrientas, allá, donde hasta las flores mueren, anémicas de frío, en la Siberia.

Dejé el Castillo, dejé el Feudo, todo eso vale menos que una mirada ardiente de Julián, y me he prometido andar, andar en busca de algo Imposible, en busca de los jirones de mi Ideal, porque llena está mi alma con la nostalgia de aquella Flor tan peligrosa.

Cesó la Vieja de contar y un hondo suspiro se escapó de su pecho. La llama se estremeció, una lengua de fuego se elevó muy alto, agónica, expirante y se apagó; un rayo de Luna filtróse por un claro de la techumbre y dio en el rostro pálido del Viejo de barbas patriarcales y canas, sus ojos se habían cerrado con una expresión, de infinita angustia y sus labios, contraído en un rictus de dolor. Se miraron fijamente, fijamente y dijo el Viejo con tristeza:

Yo son aquel Julián...
Reinó en la choza un silencio angustioso.
Ni un abrazo!
Ni un beso!
Nada- ;

Solo los sollozos que se ahogaban en las gargantas y, las lágrimas que corrían lentamente por las mejillas.

Como pasan los años!... Hasta sobre el amor...

Y cerraron los ojos lentamente, como hacen los niños hambreados, después de llorar mucho.

Las Estrellas y la Luna temblaron palideciendo, un resplandor rojizo vino de Oriente y, más atrás el Sol, poniendo una caricia en aquellos labios, muertos para el beso; en aquellos cuerpos, muertos, para el amor.

Todo es dolor! Todas las ilusiones de la vida humana, empiezan con la vana locura de esperar y, acaban con la triste locura de llorar.

Y después... viene la Muerte.

En una de aquellas mañanas precursoras de la Primavera, había nevado mucho. Inmensas moles de Nieve yacían en las alturas. Más abajo los grandes Tinacos protegidos del calor por las Montañas.

El Sol brilló, vivificando los cuerpos y las cosas.

Eran las diez, Julián y Herminia dormían todavía, bajo la caricia del Sol asesino.

Y empezó el deshielo.

Asolador, terrible, como no se lo ha visto.

Las moles de nieve calentadas, temblaban y bajaban por la pendiente.

Pronto se formó un gran río que lo arrastraba todo y se llevó a los Viejos sorprendidos en la misera choza. Fue un grito unisono y, después el bajar, mas abajo, mas abajo...

En un gran ventisquero las aguas se estancaron, los Viejos se unieron en un abrazo indisoluble como si cada uno encontrara en el otro su salvación y, empezaron a dar vueltas por el Tinaco a impulsos de la corriente...

El agua cesó de entrar y, un frío letal empezó de nuevo a invadirlo todo.

Los viejos se hundieron, flotaron, otra, y otra vez.

Y el agua se congeló de nuevo, cerrándose como una Tumba – Tumba blanca, sola, fría! Sobre los espirantes estrechados fuertemente, cual si cada uno temiera, entrar solo, al Reino de las Sombras Infinitas.

Y después: la Primavera... El Estío... Y los años, y los años, ri-mando una extraña y bendita Melodía, la Melodía del Olvido, del Tiempo... Y los Viejos, yertos, abrazándose... Siempre....

Eternidad de Amor!

Pablo Arturo Palacio

COMEDIA INMORTAL

Voy a hacer una comedia de enredo. No pido perdón si a alguien le robo el tiempo, porque: 1º, sólo con ese objeto va a leer y 2º, en tratándose de enredos nadie se asusta, todo sale bien: el lector se entusiasma y el autor cobra fama. ¡Oh, la fama que voy a adquirir yo con esta comedia!

Los personajes de la farsa son:

LUNA, muchacha angelical de quince abriles, tierna, fina, romántica (¡qué bien le cae el nombre! ¿ah? ¡cómo que parece un rayo de luna!).

ENRIQUE, joven de veinte años, sobre cuyos labios apenas apunta el fino bozo; romántico también ¡claro!, y si usted lo quiere puede ser poeta.

DON IÑIGO, padre de Luna, austero, escéptico, etc.

SEÑORA DE ALARCÓN, madre de Enrique.

DON CARLOS, aparentemente padre de Enrique.

NOTAS: Se han suprimido varios personajes que intervienen en el asunto, para que ésta sea una transparente complicación.

Si alguno pretendiera reclamar: no encontrando enredo en esta comedia, está muy equivocado. Falta de comprensión, sí, falta de comprensión. ¡Ah, el tal público!... Este es nuestro más grande dolor de autores: pasar por el mundo, entre las risas de los demás, sin conseguir que nadie reciba una sola luminaria de la Empresa de Luz de nuestras almas.

Se ha seguido fielmente, aunque usted no quiera creerlo, todas las reglas de composición de los grandes maestros. Como la comedia es en tres actos, estas son las normas: en el primero, exposición del asunto; en el segundo, cumbre de la acción emotiva; en el tercero, solución del problema.

Se ha tenido presente, asimismo, otro gran secreto: el de dejar entrever el misterio. Si usted es perspicaz lo adivinará pronto y al final halagaré su perspicacia; si no lo es, ¿qué voy a hacer: falta de comprensión. Yo no trato de despistar.

Y con esto, a escena:

ACTO PRIMERO

La acción se desarrolla en un paseo silencioso, bordeado de árboles. Es de noche. Arriba, la luna. Abajo, el camino enarenado. En medio, una fuente parlera. Por la izquierda aparece Enrique; por la derecha, una muchacha encantadora.

ESCENA PRIMERA

Enrique y Luna

ENRIQUE: -(deteniéndose en el centro) ¡Qué amarga mi vida, qué desilusión!; me encuentro solo, sin un amigo a mi lado. Todo me cansa. He vivido veinte años y sólo he recibido desengaños y desventuras. Lo que quisiera es poner fin a mis días para no apurar más la copa del dolor que me atosiga. Ya no anhelo nada: los placeres me cansan y sólo dejan en el corazón el arrepentimiento, las heces del goce que son demasiado acibaradas; las mujeres me han engañado; el dinero no me seduce...¡Ah, muerte, muerte, ven a mis brazos y librame para siempre; llévame muy lejos, al país de lo desconocido...!

LUNA.- - Pero, ¿quién será ese hermoso mancebo y qué querrá decir con esas palabras que yo no comprendo?

ENRIQUE: -¡Muerte, muerte, ven a mis brazos!

(Ella lanza un suspiro; él regresa a ver y se queda mirándola; ambos se estremecen. Son parecidos como dos gotas de agua).

ENRIQUE.- (aparte) Pero ¿qué es esto...¡Cómo empalidezco! ¡Oh, amor, amor; perdóname, yo no te conocía! Apenas la veo y ya ardo en deseos de saber su nombre, de arrojarme a sus pies para adorarla.... (Acercándose a ella). Encantadora niña, ángel del cielo. ¿Qué habido bueno hizo que os encontrara en mi camino?; decidme, por favor, que ya sin veros y sin oír una sola palabra de vuestra boca angelical, no podría vivir ¿qué nombre os acompaña? ¿Cómo os llaman los mortales, indignos de teneros entre ellos?.

LUNA: -(Muy pálida y azorada) Luna...

ENRIQUE: -¡Ah, Luna, Luna, como la única compañera de mis noches de insomnio, como la que brilla allá, en los purísimos cielos! (Se arroja a sus pies y tomando las manos de ella, se las cubre de besos). Por Dios, Luna, perdonadme que os bese, que os diga que os amo, que no podré vivir sin vos, que vos serás la salvadora de este hombre cansado de la vida, que...

LUNA: -(Asustada) Caballero, que viene mi padre, escondéos, si no sois muerto.

ENRIQUE: - No, no, aquí permaneceré, aunque la vida sea arrancada de mi pecho, al lado de vos.

(Suenan pasos en la arena y Enrique se decide y ocúltase tras unos árboles).

ESCENA SEGUNDA

Dichos y Don Iñigo

DON IÑIGO: -Perdona, hija mía; me demoré dando una limosna a ese pobre... ¿qué hacer? Yo ya sé que la limosna es inútil, no vale para nada; pero, en fin...

ENRIQUE: - (De entre los árboles) ¡Cómo palpita mi corazón, cómo se ensancha mi pecho! ¡Amada, amada mía, no me dejéis! Si os váis yo muero. ¡Luna, Luna!

(Don Iñigo y su hija desaparecen a lo largo del paseo. Enrique sale de su escondrijo y extiende los brazos hacia ellos).

Cae el telón

NOTA: Como yo no pretendo innovar nada ni menos querría irrogar un grave daño al arte escénico, los personajes siguen siendo sordos como petacas: Lo que no va dirigido a ellos, nunca lo oyen. Así nadie se extrañe que don Iñigo no haya oído las últimas lamentaciones de Enrique, continuando su paseo, impasible como si tal.

ACTO SEGUNDO

Noche oscura. Una larga calle embaldosada. En el frente, una enorme casa constelada de ventanas. Se oye, a la vuelta de la esquina, relinchos y coces de caballos. Don Carlos y Enrique esperan arrebujados en amplias capas.

ESCENA PRIMERA Don Carlos y Enrique

DON CARLOS: -Calma tu impaciencia, hijo mío, y no interpretas mal mis actos; yo te ayudo porque lo único que te deseo es tu felicidad. Ya que no es posible que don Inigo conceda la mano de su hija, la tendrás, mal que le pese.

ENRIQUE: -Padre, padre mío; os debo mi felicidad; mi vida la tenéis en cambio, ya que vos mismo me la habéis dado y os encargáis aún de endulzarmela.

(Se abre una ventana en lo alto de la casa y cae una escala de seda. Enrique sube y tras un momento de ansiosa espera baja con Luna entre sus brazos).

ESCENA SEGUNDA Dichos y Luna

ENRIQUE: -Despierta, bien mío; despierta, que me tenéis a vuestro lado. (Luna ha sufrido un desmayo). Os defenderé hasta la muerte si es preciso; pero ábranse tus ojos y contemple yo la luz purísima que irradian; esa luz que levanta mi ánimo, que hace llevaderas mis penas, que me ha enseñado lo que es la vida y lo que es el amor. ¡Luna!, Luna!

LUNA: -(Despertando sobresaltada) ¿Quién es? ¿Eres tú, Enrique?... ¿Eres tú? ¡Oh! Mándeme ya Dios la muerte, que he podido estar a tu lado, después de tan largo tiempo; acójame en su seno el reino de las tinieblas; ciérrense mis ojos a la luz, que ya nada espero..... Pero, huyamos, huyamos pronto que podría enterarse mi padre; no vaya a ser que nos persigan y pierda yo lo que más he anhelado en mi vida.

DON CARLOS: -Sí, sí, pronto; ya llega la aurora por el oriente y pudiera sorprendernos y delatarnos. Huyamos, huyamos.

ENRIQUE: -Huyamos. ¡Amada mía! ¡Luna! Ahora te quiero más que todo. Desprecio los rayos de la novia de los poetas, de las indiscreta reina de la noche y sólo quiero la luz de tu purísimo rostro que alum-

braría mejor en los espacios siderales que cuantos astros ha creado la mano de Dios.

LUNA: -¡Calla! No blasfemes, amor mío.

(En este momento suena un disparo. Todos empalidecen y corren despavoridos.

-Luego se imitará en las tablas el galope desenfrenado de los caballos).

(En lo alto de la casa se abrirá otra ventana y aparecerá el rostro adormilado de don Inigo).

DON INIGO: -Creo que fueron ladrones; pero han huído ya. ¡Vaya que son valientes los desalmados!... Bueno, a dormir que ya es bastante tarde y yo demoro en conciliar el sueño. ¡Venir estos pícaros a alborotar la calle!

Cae el telón

ACTO TERCERO

Esto sucede dos años después. A la entrada de una iglesia apartada, una pareja de novios, Enrique y Luna, esperan algo que no se sabe bien qué es. Les acompañan don Carlos, la señora de Alarcón y algunos sirvientes.

ESCENA PRIMERA

Enrique, Luna, Don Carlos y señora de Alarcón

ENRIQUE: - Feliz este instante. Al fin podrás ser mía, mi bien amada. Podremos vivir tranquilos con el asentimiento de Dios y de los hombres. Ya debemos olvidarnos de tu padre. Por más que ha buscado por todos los rincones de la ciudad, por más que ha mandado emisarios por todas partes, no ha logrado descubrir nuestro asilo. Y si al fin ha olvidado sus inútiles pesquisas, será porque ya nos lo permite, aunque no se haya dignado siquiera decirnoslo. ¡Qué dichoso momento, Luna!. Los segundos se me hacen horas y ya quisiera haber recibido la bendición del santo sacerdote y estar camino de nuestra casita...

LUNA: -Calma tus ardores, Enrique; yo no sé qué es lo que presiento.... Pero por algo, sin duda yo he querido retrasar cada vez más el día de nuestra boda... No sé por qué; me dan corazonadas de que esto no debe ser así.

DON CARLOS: -Esas inquietudes no debes abrigar, hija mía... ¿Qué es lo que piensas?. ¿De qué pueden dudar?. (Sin embargo de estas palabras, don Carlos debe estar muy nervioso, mirando a uno y otro lado. Les incitará cada momento a entrar, para que se consuma el hecho).

SEÑORA DE ALARCÓN: ¡Ay!. Líbreme Dios; pero yo tampoco creo que debemos hacerlo. Estoy también inquieta...

(Pero al fin se deciden. Y en el preciso momento de franquear la puerta, aparece don Iñigo, pálido y demudado).

ESCENA SEGUNDA

Dichos y Don Iñigo

DON IÑIGO: - (aparte). Llego a tiempo, Dios del cielo. (Dirigiéndose a la comitiva). ¡Alto, señores; que nadie entre!

(Luna, al ver a su padre cae desmayada en tierra, cuan larga es. Don Carlos, viendo descubierta su infamia, huye. Enrique, muy pálido, se lleva la mano al bolsillo para sacar un revólver -por previsión ha llevado revólver—).

DON IÑIGO: -Pretendes, acaso, ser parricida?.

ENRIQUE: -(Casi sin poder mantenerse de pie). ¿Quién?...¿Yo?

(La señora de Alarcón cae desmaya en la misma forma que Luna).

DON IÑIGO: -Sí, tú; pregúntaselo a esa mujer.

(Inmediatamente, como es natural, la señora de Alarcón abre los ojos).

SEÑORA DE ALARCÓN: -Sí, eres su hijo.

(Enrique sigue turulato. Luna despierta y don Iñigo le manda abrazar a su hermano).

LUNA: - ¡Hermano mío?... ¡Oh, Dios que dispones las cosas con su sabiduría infinita!. Ven, hermano mío, ven a mis brazos.

ENRIQUE: - ¡Ha triunfado el amor, el amor fraternal y puro!.

Cae el telón, mientras Enrique y Luna se funden en un largo y estrecho abrazo.

MÁS NOTAS: Al terminarse la representación de esta comedia, el público quedó algo desconcertado; pero luego aplaudió hasta rabiar. Algunos amigos me llamaron gran comediógrafo.

Pero, a última hora, un crítico, se me ha acercado desvergonzadamente para decirme que la obra es un desastre, que no hay tal enredo y que si lo hay será después del final que es para confundirlo todo y dejar en ayunas a los espectadores. Y todo esto me lo ha dicho de egoísta, de puro egoísta. ¡Ah, los críticos....!

EL FRÍO

Para la buena hermana –no contada– de Víctor Ramón y María. Es fina, pálida, morenucita. Y ha sido embrujada con un bebedizo de indiferencia.

-¡Víctor! ¡Ramón! ¡María! ¡Muchachos!. Todos aquí. –Es la voz argentada de Rosario que llama a sus pequeñines. Juegan junto a la cancela del jardín.

Mariquita entra la primera. Es un angelito de Dios. Hecha de cielo y sol, áurea como la luz dorada del crepúsculo: Tiene el cabello rubio cortado en la nuca; las mejillas sonrosadas, manzanas maduras; los

labios entreabiertos; los dientes finos y blancos, collar menudito de estrellas; la nariz pequeña, carnosa y ligeramente levantada hacia arriba; gordita, blanca y los ojos de añil.

Como un rayo de luz, juguetona y frágil, zalamera y risueña abriendo los bracitos de nácar, cae sobre el regazo de su mamacita. Levantándola en alto la hace mil de mimos, caricias y besos.

Víctor entra después corriendo como un gamo y colocándose detrás de Rosario se acurruca lo más que puede; ésta, maliciosa y sonriente, lo tapa de las miradas de Ramón que entra de puntillas y con la sonrisa en los labios. Daniel, -el padre- le avisa con los ojos en donde se oculta Víctor; éste, que tiene el dedo sobre los labios, ve la indicación y lloriquea:

-No quiero. ¡Vaya! Fuera de avisadas.

Ramón al oír la voz de Víctor suelta la carcajada, y en esa carcajada, contenida a duras penas por un minuto, hay de todos los matices y todas las dulzuras.

Ambos tornan a salir corriendo. Rosario y Daniel los llaman hasta desgañitarse. Ellos no hacen caso. Los amantes se miran y en la dulzura de los ojos berilianos de él y en el encanto endrino de los de ella hay un brillar de pasión, un fulgurar intenso de sus almas en las que se maridan el encanto muriente del día, cubierto de luz y vestido de aromas de azahares, de claveles y de rosas chafadas por los latigazos vivos del sol de otoño, y la sencillez inefable de aquellas vidas infantiles, que sólo saben reír. Todo es alegría: Ellos, -Rosario y Daniel- se abrazan y se besan, aquellos -los niños- encantan el jardín con el murmurar de su voz rosa. Sólo de cuando en cuando las carcajadas de un loco ponen la nota amarga de la vida real en el hogar feliz. El es sencillo como los niños y es aterrante como el destino. Ríe, ríe, ríe porque ha nacido para reír.

Llaman a la puerta.

-Mariquita abre—ruega la madre.

... La niña queda temblando junto al dintel y mira a Rosario con ojos azorados. En el vano de la puerta se perfila la figura vergonzosa de una estantigua. Es alta, seca y grave. Es la a-bavia, la Tande Dide de una generación de crimen; llena de roseolas sangrientas, ha pasado su cuerpo corrompido por todos los lupanares públicos, ha escanciado todos los placeres y llevado inusitado lujo. Es la momia secular de la pasión: la cara aguileña, aceitunada y rugosa; el cabello nevado; ancha, grande y perversa la frente; los ojos medianos y sin pupilas, que parecen un lago infecto y verdoso, se mueven acompasadamente y orgullosos; tienen la transparencia del piélago; la nariz adunca y larga; la boca de labios finos llena de pliegues en forma de rayos; y sobre todo aquellas roseolas. ¡Oh!, las roseolas, besos sangrientos de algún demoníaco maldiciente, que pasó como los días sobre la vieja haraposa, que antaño había escanciado todos los placeres.

La voz de la vieja suena gruesa, opaca como un traqueteo sordo de madera, y en la voz aquella hay un reproche por la vida mendicante, un resto de orgullo, de amargo vencimiento:

-Den una limosna por amor de Dios.

Enero. Noche de grandes ventarrones. El frío cala los huesos, hace tiritar a los niños y ladrar furiosamente a los famélicos perros. Tiembla la llama de la vela y en el gran salón forrado de mullido tisú dibujan las sombras de los muebles espectros quiméricos, que mueven los brazos inquietantes rápido, lento a veces, igual que majestuosos pulpos marítimos. Un ramo de rosas se despetala lentamente al pie de un gran cristo, pálido y macerado, que alza los ojos al cielo raso en ademán de súplica y esboza en la blanca pared una sombra larga y negra. Cruza por el ambiente un temblor de misterio y los niños se acurrucan en un rincón rezando temblorosos el Santo Dios. Dormita un gato junto a la luz.

Una racha de viento sopla del sur y abre las ventanas con estrépito; se apaga la vela; el gato se levanta, arquea el lomo y maúlla siniestramente; los niños empavorecidos gritan, estrechándose:

-¡Jesús!

En este momento entran Rosario y Daniel; éste hace luz pausadamente; aquella abraza a Mariquita, la levanta, la besa, y dos lágrimas amargas surcan el ababol de sus mejillas. Daniel la mira, suspira y con palabras que quiere hacer insinuantes y persuasivas, la dice:

Con dulzura:

-No llores; amor mío, no temas

Y amargamente:

-Nos arrojan del pueblo, nos arrojan de la casa, porque dice el señor cura, dice el pueblo, dice el casero que vivimos mal... No importa bien mío, somos jóvenes y hay ilusión en los corazones.

Y juntando el rostro de él al de ella, rodeándola con un brazo por la cintura, con el otro estirado y el dedo señalando allá. Como un oreo:

-Irémonos muy lejos, bien mío, a donde nadie viva mal, abriremos el monte con nuestros brazos, y seremos felices en una casita blanca, junta al río y bajo un sol alegre.

Simula una sonrisa que es un gesto y le da un beso que es un hi-po de llanto.

Ambos callan, meditabundos, con las mejillas, frescas aún, hundidas entre las manos finas.

Los niños han tornádose alegres a la venida de los papás y bromean calladamente cerca de la ventana.

El mayor: -contemos cuentos.

El menor: -Ya, cuenta vos,

-No me acuerdo, cuenta vos.

-Yo no sé ninguno. Mejor leamos.

-Ya. Corre Víctor y vuelve con un libro en las manos. Se sienta y poniéndolo en el regazo, hojea precipitadamente.

-Este.

-No, éste.

Lee, como leímos todos cuando fuimos niños. Cantando caso y pausando cada tres palabras:

"Era una princesita candorosa, picada de tisis, pálida, fina y morenuca que había sido embrujada con un bebedizo de amor."

-A mí no me gusta.

(Mariquita se ha desprendido de los brazos de Rosario y ha corrido a sentarse sumisa junta a su hermanito que lee. Oye atentamente.)

De improviso Victor cierra el libro y con un gran interés, acercándose más aún, pregunta a Ramón:

-Oye; ¿Qué te vas ha hacer?

-Yo... Rey.

Hunden entrambos la cabeza entre las manos.

Luego:

El menor: ¿Y a los reyes los matan?

El mayor: Sí, tonto.

El menor: Entonces, ¿qué me haré?

Meditan largamente con la cabeza inclinada y las manos en los bolsillos.

Afuera arrecia el viento.

Mariquita arranca una foja del libro: un día más.

El menor: Y vos ¿qué te vas hacer?

El mayor-pasándose la mano por la frente:-

¿Quién ganará más, un Obispo o un Capitán?

Canta el silencio la canción de las noches solemnes. Calla el viento, Rosario y Daniel se miran azorados, llenos de una amargura infinita. Sienten ambos la hiel de la vida real.

Y como por escarnio suena la carcajada del loco, satánica, bafante y mala. ¡Pobre loco! El es sencillo como los niños; por eso solo sabe reír.

Ulula de nuevo el viento por las tejas y los árboles. Estremécense las puertas. Ladran furiosamente los famélicos perros. El gato arquea el lomo.

Rosario, acercándose mucho y temblando. A su amante:

-¡Tengo miedo!

Y Daniel, conteniendo una lágrima

-No es nada.

Ella, más cerca aún:

-¡Tengo frío!

Él, abrazándola:

-¿Quieres?

Desmayan lánguidos los ojos adorables de Rosario...

-Sí...

Más tarde el salón está desierto y negro. Los niños dormitan en su lecho. Y dos bocas treman en un beso de amor.

PABLO PALACIO.

Inquietud, Febrero 1923

No. 1

EL HUERFANITO

Tres años tenía Juanito cuando su madre moría.

Hay momentos de infortunio terribles en la vida, momentos en que se nos presenta el destino horriblemente despiadado, momentos en que se siente de veras, se llora de veras, pero Juanito no pensaba, no sentía cuando su madre moría.

Enferma estaba la pobrecita y vivía con su familia en una casita de campo, resolvieron sacarla de allí a la ciudad para mayores comodidades y he aquí que en un triste día, triste, muy triste para Juanito, lo separaban de su madre; pero él se le acerca un momento y le pregunta:

- Adónde vas, madre?

- Voy a volver... hijito, le responde entre sollozos, pero aquel día no llega y se cansa de llorarla y de llamarla "¡Vuelve madre!", "¡Cuánto tardas!" y hoy ya no espera a la pobrecita que duerme entre los muertos.

Y creció, y se le ve vagar, con su carita triste y melancólica, sus grandes ojos negros, ojos negros que infunden amor y pena, su cabello negro también, su cabeza baja y cuando en la soledad lanza una mirada al espacio, parece interrogar al infinito, parece que con ansia dijera: "Vuelve, madre querida, cuánto tardas".

Y crecía el huerfanito, tanto física como moralmente; sus largas horas, negras de infortunio, habrían formado en él un corazón tierno.

Y he aquí, que cumple quince años, he aquí, que llega un día que quiere visitar la tumba de su madre, y se le vió trotar en una tarde con su carita triste y melancólica, la cabecita baja y por sus mejillas pálidas y demacradas rodar dos gruesas lágrimas, para refrescar una corona de blancas rosas y enredadera morada.

Así va por el camino de la última morada, acompañémosle....

Llega allá, y busca, busca por todas partes pero no encuentra, lo que sería tal vez su último consuelo, la tumba de su madre, no existía ya.

-Todo se acaba, dijo, y sentía un frío sacudimiento, una amargura inexplicable invadía su corazón, sentía impedimento en su garganta; abre desmesuradamente los ojos y la boca, y así en este estado de demencia cae de rodillas y continúa el pobre inconsciente viendo el morir del día, viendo la enorme mole de la Iglesia Parroquial de un color morado oscuro, ribetearse por el rojo reflejo de los postrimeros rayos del moribundo Astro; y así, en esta postura continúa, mientras la noche avanza, dejando muerto para el pobrecito el sol de la esperanza...

Y las manos del huerfanito se agitaban ante el espacio inmenso.

Y en el azulado fondo, como el continuo parpadeo de vírgenes con sueño; titilaban las estrellas, iluminando el rostro del huerfanito que parecía más pálido que ellas.

Y los perros aullaban tristemente, fieramente...

Y las hojas secas empujadas por la brisa, producían uno como glose, uno como preludio, para un canto celestial....

Y así se encontró el huerfanito en su verde tálamo cubierto de cruces y cipreses, con sus grandes ojos negros y lánguidos a medio cerrar, su boquita contraída como para elevar su última oración, sus mejillas pálidas, muy pálidas y húmedas aún, todo su cuerpecito aterido estaba de frío, su cabecita, blanca estaba por las canas, en una sola noche había envejecido ya. ¡Había sufrido tanto! ¡había llorado tanto! "COMO LLORAN LOS HIJOS QUE AMAN A SUS MADRES MUERTAS".

Su corona estaba ya marchita y por mortaja le sirvieron las blancas rosas que, al otro día los campesinos del pueblo, supieron, al son de ensalzadoras frases, regar sobre su cuerpecito inerte.

Así murió el tierno huerfanito, porque amaba a la pobrecita muerta.

PABLO A. PALACIO
Alba Nueva - Año 1 No. 2
Loja - Junio de 1921

Sr. Dn Pablo Palacio

Obtuvo la Violeta de Oro en el Concurso de Prosa

ROSITA ELGUERO

(Historia vulgar)

I

Aquel amor hondo y bravío se le entró en el corazón con todo el fuego del trópico.

La había visto crecer desde niña, había visto redondearse sus líneas y ponerse cada vez más negros sus ojos... Y, de improviso al descubrir una sonrisa furtiva de ella se había enamorado con toda la vehemencia impulsiva de su alma, con todo el ardor hondo del trópico. De la muchacha traviesa de antaño había pasado a ser señorita, y la indiferencia con que antes él la miraba, habíase tornado en un deseo avasallador de sondear desde cerca el misterio de sus ojos.

Y cuando desde las regiones del ensueño descendió a la prosaica realidad, al oír la invitación que le hiciera su amigo Alfredo para ir a casa de Rosita, se detuvo un momento vacilante, meditó mirando fijamente la rica alfombra, mientras dejaba transparentar en su rostro las violentas emociones que sufría, y se decidió por fin, no sin poner antes algunos reparos, que fueron fácilmente allanados.

Tocose el cabello cuidadosamente, aromó su pañuelo de seda, y salieron.

II

Al otro día Juliano se levantó bastante tarde, y con la cabeza demasiado pesada por los efectos del vino.

Se incorporó en el lecho y se puso a divagar... Lo veía todo como a través de un sueño, le parecía imposible o dudoso lo de la noche anterior. Recordaba el poco de azoramiento que tuvo al entrar, sus miradas dulces y esquivas; luego la animación de las primeras libaciones, el vale, sus movimientos, torpes al principio debido a la emoción; los hombros blanquísimos de ella, la alegría de los padres, su salida a la terraza, la luna, la tranquila unción de la ciudad, y después de aquellas palabras que va repitiendo la humanidad entera de boca en boca, el beso aquel que le hizo estremecer y dudar de sí mismo, en un aniquilamiento involuntario de su personalidad. Luego su tristeza, sus palabras inocentes, aquellas palabras que tuvieron en el silencio de la noche el temblor de una melopea trágica...

Don Edmundo, repantigándose en el amplio sillón, dejando en la mesa el periódico de anuncios, arrojó una bocanada de humo, y dirigió a Juliano una mirada oblicua y fija por sobre los lentes de lectura.

-Tú has estado anoche en casa de... Juliano, poniéndose levemente rojo barbotó:

-No, papá...

El buen señor se sacó los lentes precipitadamente.

-Cómo que no? A mi me lo han contado esta mañana mismo. Será la primera y última vez.

-Pero, papá, porque te enojas? Yo en eso nada encuentro de malo. Rosita es una muchacha simpática, honrada; yo ya soy un hombre... ella es pobre, pero tú tienes dinero, y lo único que debes querer es la felicidad de tu hijo... Yo pienso casarme...

Don Edmundo se levantó furioso, creciendo su indignación a punto que se ponía rojo y hacía ademanes exagerados con los brazos.

-Cómo! Tú casarte con ésa... Con una *pobrete* de la laya...? Tú...? Eso nunca. Para esto te he criado y te he educado? No. Hoy mismo sales de mi casa. Tú no tendrás un solo centavo de mis manos. A mí con eso...?

Juliano quedóse anonadado, casi loco. Qué hacer?. Todas sus ilusiones habían caído por los suelos. Aquello era imposible, inaguantable. Su papá no le daría ni medio. ¡Qué desgracia!

Cuando se encontró con su amigo Alfredo todo se lo contó.

-Y bien, por qué te desesperas? Parece increíble. Eres hombre *de grandes aspiraciones*. Desilusionarte por tan poco! Si ella no es tu porvenir, hombre. Lo que te dice tu papá es más que cierto: ella no es para ti. Debilidades de la humanidad! No te mates, hombre, muévete, goza; para eso es el dinero. ¿Este es el sexo fuerte?

Y casi quedó convenido de que debía ser así. Al fin y al cabo, era cierto lo que le decía su amigo Alfredo. No hay por qué llorar ni desesperarse. Así es la vida. Pero, como siempre somos débiles, se dijo, mañana parte a una hacienda; me estaré allí un mes, dos, un año si es preciso: ella también ya me olvidará... Así son las mujeres.... asunto concluido.

Ese mismo día se arregló todo con el padre de Juliano, y, como éste lo había pensado, con el alba del siguiente partió con rumbo a "San Francisco".

III

Desde entonces, Rosita Elguero no volvió a ver a su galán.

Todas las tardes se instalaba avizorante en su lindo balconcito, con geranios y con jazmines. Era un encanto verla allí, como en la alegría de un cromó inglés, con las crenchas cayéndole en chorros, y su naricilla respingona. Pero los ojos se le volvían azules de tanto mirar.

Para ella no tenía explicación el ámbito alejamiento de Juliano, y pasaba todo el día revolviendo en su imaginación cuantas sospechas podían caer. El había sido su Ángel de Anunciación que le trajo promesas sin cuento, y le parecía casi imposible ver esfumarse la más grande ilusión de su vida.

Cuando supo que había partido a "San Francisco", el corazón le dio un vuelco dentro del pecho, Iero, al fin... qué iba a hacer? Esperaría... A tantos que había despreciado por quererlo a él, solo. El no la olvidaría. ¿Cómo creer en ello? No, no podía ser. Esperar...? Pero tanto tiempo... Un año, quizá más. ¿Qué hacer?...

Le escribiría. He aquí una idea, le escribiría, sí, le escribiría. Y ante la idea de tener una carta de él entre sus manos, lloraba de gozo, emocionada.

Un mes tardaría la carta en llegar a "San Francisco". ¡Huy!... qué lejos estaba! Pero, al fin... El le contestaría enseguida, eso sí, enseguida. Un mes en venir la contestación. Jesús, que largo...

Pero se resignó y hubo de escribirle en una mañana clara; el portador se llevó la carta y con la carta el corazón amoroso de Rosita. Desde entonces empezó a contar día por día cómo se pasaba el tiempo y lloró muchas veces a la Virgen porque venga la contestación pronto. Pero corría el tiempo y la ansiada carta no llegaba. Ya eran tres meses! Entonces lloró muchas veces a la Virgen porque le contestara...

Le escribió una y otra vez, hasta que, en una noche de insomnio, entonó una aria triste a sus encantos muertos porque la esperanza se le murió ya en el corazón...

En tanto, Juliano desde "San Francisco" había partido muy lejos, allende los mares. Su padre le envió mucho dinero para que pasee y goce, pagando así la docilidad de su buen hijo.

IV

Tenía una hermosura alegre y clara.

¡Oh, Rosita Elguero, cuántas veces suspiré por la hipnosis de tus miradas gitanescas; por el oro de tus cabellos rubios, como las guedejas del Rabino; por las caricias de tus manos de mar.....!

Rosita se desesperaba: había muerto en su corazón la esperanza en el amor de Juliano, y ya todos la habían olvidado. ¡Quién se iba a acordar de ella, cuando a todos había despreciado por alimentar aquella ilusión!

Por los corrillos que se formaban en el barrio corrió la voz de su súbita transformación, y pocos supieron cómo explicarla. Algunos, mal intencionados, conocedores de la circunstancia de ella, se alegraban de las consecuencias fatales de aquel amor que "sólo en la cabeza de ella podía metérsele". Otros, nostálgicos de las sonrisas de la chica, suspiraban meneando la cabeza: "Qué fatalidad, qué fatalidad".

Y llegaron: la chaqueta recamada de botones de oro, las botas rodilleras charoladas, los ojos picarescos y la amplia capa azul claro, a esa muy libérrima e ínclita ciudad de X..., en donde las viejas maldicen de la indisciplina de los batallones, y las mozas dan un ojo por uno de esos mozos simpáticos...

Como era natural, no faltó uno que diera con Rosita y se instalara en la esquina a enamorar a la chica. Fue un Subtenientito de Infantería que, por la nariz, había tenido predisposiciones naturales para búho, pero que tenía unos ojos....

Cuando vio a Rosita, se juró "no dejar de darle vueltas hasta ver en que para la cosa". A ella, por su parte, le había impresionado el rostro exótico del oficial. Son caprichos de ciertas almas extrañamente complejas. Aquel rostro cetrino y cenceño con unos ojos de campo tan blanco era verdaderamente atrayente. Su primera impresión fue de cariño para el extranjero, pero vino enseguida la reacción y acordóse de Juliano. ¿Qué diría él? Y una ola de rencor invadió su pecho assolándolo. ¿Qué diría él? ¿Tenía todavía esperanza en sus palabras engañosas? No. Había sido una pasión que nació sólo en su alma. El no la quiso nunca. Ni siquiera le contestó sus cartas. Haría lo que quisiera, porque era libre. Y renació el odio. Y nació el amor.

Fue un amor pasional nacido bajo el impulso del olvido: ella amaría al *otro*.

Cuando el oficial volvió a pasar bajo el balcón de Rosita, la miró intensa, amorosamente y poniéndose una mano en el pecho, de sus labios surgió una galantería sutil, apasionada:

-¡Linda!

Y Rosita le pagó con la caricia de su sonrisa luminosa.

VI

Cuentan que en una noche azulada y serena, las carnes alabastinas de la chica cegaron los ojos ávidos del Subtenientito de Infantería.

VII

Juliano, allende los mares, derrochaba dinero a más no poder; ni se acordaba siquiera de la enamorada que dejó en la ciudad lejana. ¡Iba a acordarse!

Habían pasado ya seis años y no le quedaban, huellas en su alma, de aquella noche que mató el porvenir de Rosita.

Al fin llegó el tiempo de regresar, Juliano sentía una satisfacción íntima de ver a los años su ciudad, si bien al mismo tiempo, sentía dejar los holgorios y el libertinaje; partió un lunes. Todos sus amigos salieron a dejarlo en el puerto.

Y como albada lo llevó, albada lo trajo. Nada había cambiado: era la vieja ciudad quietista y estática que dejó un mañana clara, y al mismo tiempo que sintió el palpitar intenso del corazón por la alegría, sintió la nostalgia de los crepúsculos, rojos de besuqueos...

VIII

Domingo. Tarde plomiza y pesada. Tiene ganas de llover. El canto de los borrachos muere con las horas profanando la mirítica congaja del disanto. Unos pocos aldeanos retrasados vagan por las calles de la ciudad. Por medio de la plaza pasan dos jamelgos lentamente... Y las beatas madrugueras a la misa, van también por la tarde a la iglesia para rezar...

De improvviso, en los altos de una casa se abre una ventana ruidosamente, rompiendo el encanto del crepúsculo, y un señor alto y gordo, con sombrero de paja, poniéndose las manos en la boca a manera de bocina, con voz potente de maestro de capilla, llama hacia el otro extremo de la plaza:

-¡Zaragozín... Zaragozín...!

Vuelve a cerrarse la ventana, y la tarde torna a dormir...

-¿Quién es esa que va allí?

-¿Quién? No sabes? Es Rosita Elguero... La chica estaba *fundida*... Desde esa noche a nadie volvió a ver. Recuerdas? Después, desesperanzada, comprendiendo que tú te habías burlado de ella, tuvo amores con una Subteniente Tal... que ni recuerdo cómo se llamaba. Después, vino un señor de provincia. ¡*Un pato!* Ya sabes... Se enamoró perdidamente de ella y se casó. Allí la tienes, es una verdadera madre de familia y una buena señora... Tiene ya cuatro hijos...

Juliano se lleva la mano al corazón y deteniéndose exclama con furia:

-¿Ella? Casada...? Cómo es eso?... La he de matar... La he de matar...

Una sonora carcajada de Alfredo quiebra de nuevo el silencio de la tarde.

-¿Qué? Lo dices en serio?... Vaya, hombre, vaya. Pero, qué querías? La engañas diciéndole que la quieres y te vas, para volver después

de años. Ella, por serte fiel y agradarte más, despacha a todos sus anteriores pretendientes, y tú has querido que se quede para vestir santos, como dicen vulgarmente, ya porque tuviste la bondad de mentirle... Lo dices en serio? Y una nueva carcajada sale de los labios de Alfredo.

A lo lejos Rosita Elguero pasa. En cuanto ve a Juliano lo reconoce y dos lágrimas ardientes empañan la tersura de sus mejillas.

Y en el silencio del crepúsculo suenan trágicamente las palabras de Juliano, aquellas palabras de una injusticia bárbara, que son en la tarde moribunda el fogonazo lírico de un cañón guerrero, eternamente olvidado sobre la arena sangrante del campo de las batallas del corazón:

-La he de matar... La he de matar...

Pablo Palacio

SENTIDO DE LA PALABRA "VERDAD"

Advertencia

¿Qué sentido debemos dar a la palabra "Verdad"? es la pregunta a la que se pretende dar respuesta en esta brevisima investigación. Tomamos el asunto desde un punto de vista filosófico, naturalmente sin restringir las consecuencias al exclusivo dominio de la filosofía sino admitiéndolas para la conducta general del hombre.

Pero, ante todo, debemos hacer una advertencia: La palabra filosofía está mal mirada, entre nosotros, especialmente por los cronistas y diletantes de la política y del arte. Se pretende que la filosofía es una especie de castillo interior en el que el estudioso puede encerrarse aislándose de la realidad, para dedicarse a contemplaciones idealistas que nada tienen que ver con las amargas y dificultades de los comentadores

de la política. Este concepto de la filosofía es común en todos los inteligentes que resuelven fácilmente todas las cuestiones con sólo lejanas referencias de ellas, sin la más mínima buena voluntad de comprender y de tomar contacto con los problemas. Es un prejuicio que se apoya en la ignorancia más completa del contenido actual de la filosofía. El menos iniciado sabe que la filosofía trata de fundamentar la legitimidad del conocimiento, por una parte, siendo en este sentido previa a la ciencia, y que, por otra, tiende a hacer síntesis científica para deducir de ella la posición y la conducta del hombre en el mundo. En este sentido, la filosofía no termina en sí misma: es arma, método y medida para la ciencia y para la conducta. Lo fundamental es vivir y actuar, tomar una dirección, orientar nuestra voluntad hacia un fin concreto; pero tenemos que determinar este fin en alguna forma reflexiva que lo justifique. La filosofía es el único camino para ello y en este sentido la filosofía es la condición de la acción.

Quien, en alguna forma, interviene en cualquiera de las actividades humanas, lo hace en virtud de principios, de creencias, que no aparecen en cada caso concreto, pero que residen en el fondo de nuestras determinaciones, regulándolas. Cada hombre obra, pues, en virtud de una filosofía; cada ser humano tiene su filosofía, por más que no se dé cuenta de ello. Actúa aparentemente como libre, pero en el fondo tiene principios o creencias, religiosas, materialistas, idealistas, etc. No quiere decir esto, es claro, que nuestras creencias sean las únicas determinadas de nuestras actuaciones; pero la influencia que ellas ejercen, pudiéramos decir en primer término, es indudable.

Hacer conscientes esos principios y creencias, promover fines; hacer reflexiva la conducta humana, justificando la existencia y recta formación de los principios y creencias; dilucidar la tarea del hombre en el mundo; influir en la vida social para hacerla cada vez más humana: todo eso es la misión fundamental de la filosofía. La filosofía es, pues, condición de la acción: no termina en sí misma.

Por supuesto no olvidamos que antiguamente la filosofía tenía un sentido de contemplación y que el nervio y fin de la investigación fue la vanidad personal, sintetizada en la fórmula clásica "el saber por el saber"; pero actualmente la fórmula se ha enriquecido con el concep-

to activo que impulsando los acontecimientos dice "el fin del saber es el poder". Del antiguo significado contemplativo de la filosofía se ha pasado, pues, a un significado activo. Del saber como contemplar al saber como hacer. Sin destruir tampoco, absolutamente, el placer individual que pueda proporcionar el saber.

Entendida así la filosofía, no es necesario ya justificarla. Los cronistas de la política reclaman acción y son enemigos de la filosofía; pero ignoran completamente su contenido y entonces su enemistad vale como la confusión de "molinos de viento" y "ejército de malandrines". Hay que llegar al objeto de nuestras ansias o de nuestros desdenes para saber si es lo uno o lo otro.

El problema

Aclarada así la misión de la filosofía, queremos plantearnos por ahora el problema fundamental de la misma, que tantas consecuencias tiene para la conducta del hombre. Habíamos dicho que actuamos en virtud de principios y creencias; que proyectamos fines a los cuales acomodamos nuestra acción. Agreguemos que esos fines, que nos los imponemos nosotros mismos (si tuvieran imposición extraña no podríamos hablar de su eticidad o moralidad), llegan en cierta manera a objetivizarse y a transformarse en algo así como exterior y superior a nosotros, que nos compele y nos domina. Esto es lo que llamamos deberes. Tengo el deber de actuar en determinada forma, de tal manera que mi acción sea conducente al fin que me he propuesto. Me debo, pues, a mi fin. Esto ha sugerido la idea de que pudiéramos tener un fin absoluto, que sería el superlativo moral, el bien supremo, ante el cual nuestros fines particulares fueran considerados como simples medios en sucesivo eslabonamiento, hasta dar con aquel fin, aquel gran fin que sería la suspensión de todo.

Enunciada esa idea se agolpan las preguntas en forma vertiginosa; ¿Qué es eso del fin absoluto? ¿Existe, en primer lugar? ¿Cómo es? ¿Podemos conocerle? ¿Cómo conocemos? ¿Qué es verdadero? ¿Existe la verdad?

El nudo del problema viene a coincidir, en definitiva, con la última interrogante. Nos interesa saber qué es la verdad para estar seguros

de si nuestro fin está de acuerdo con ella y si los medios de acción empleados o proyectados están dirigidos, por la verdad también, en el sentido del bien buscado. Y como el orden lógico del conocimiento exige que antes de **qué es** y del **por qué es** se investigue el **si es**, queda de hecho planteada, como primer objeto de la investigación, la pregunta fundamental: **¿Existe la verdad?**

Meditemos sobre el sentido exacto del problema: cuando yo me propongo la cuestión trascendente de si existe "la verdad", relaciono este concepto con otros similares en la forma: "la razón", "la voluntad", "el bien". Todos estos son conceptos abstractos: se han formado aislando cualidades que pertenecen a un sujeto y dándoles existencia independiente. Después he ido familiarizándome con estos conceptos hasta considerarlos casi concretos y luego he creído que tenían existencia propia y he establecido, en mi mundo de significaciones, con derecho de ciudadanía, una razón, una voluntad, un bien.

Idéntico es lo que sucede con la "verdad". El sentido en que se la toma tiende a considerarla en cierta forma objetiva, hipostasiada, trascendente. De aquí a darle el valor de Ser no hay sino un solo paso, como también al hecho de reconocer la existencia de nociones universales e inmutables que, como una regla superior, estuvieran compenetradas e identificadas con ese mismo Ser. El problema de la existencia de la verdad vendría pues a convertirse en el problema de la existencia del Ser, como históricamente ha sucedido en todas las filosofías que afirman la existencia de un objeto trascendente.

Localizado así el problema, volvamos a preguntar: **¿existe la verdad?**

Breve historia de lo trascendente

Pero ilustremos antes lo relativo al concepto de lo trascendente, con una breve historia de sus momentos esenciales, limitándonos, de acuerdo con el contenido de esta investigación, al pasado reflexivo y suprimiendo los aportes religiosos que se mueven dentro del campo irracional de la revelación.

Xenófanes de Colofón es según Aristóteles el primero en hallar lo uno. "Habiendo vuelto, dice, su vista hacia el conjunto del mundo, dijo que lo Uno es Dios". Xenófanes creía que había un Dios, el mayor de todos, que no era igual a la forma y al pensamiento humano. Creía que no se mueve, que no cambia de lugar, que está eternamente en todas partes.

Por supuesto, Xenófanes no era un antropomorfista. "Los hombres se han dado dioses a su imagen —dice—: los etíopes afirmaban que los suyos eran chatos y negros y los tracios que tienen los ojos azules y los cabellos rojos. Por lo tanto, si los bueyes y los caballos y los leones tuvieran manos y pudieran, con sus manos, pintar y producir obras como los hombres, los caballos pintarían figuras de dioses semejantes a caballos y los bueyes, semejantes a los bueyes".

No vamos a discutir ahora la opinión de Xenófanes y, anotando sólo de pasada que los caballos y bueyes de la suposición de nuestro filósofo, en las condiciones indicadas ya no habrían sido más caballos o bueyes, precisamos que el centro de su filosofía se refiere a diferenciar "el Uno" del hombre y hacerlo a aquel inmóvil y permanente.

Atribuye además al Uno el saber absoluto y al hombre la mera opinión, circunstancia que nos es importantísima para destacar el punto que investigamos.

Xenófanes (570 – 480 a. de c.) introduce con lo expuesto un tema fundamental en la filosofía europea, que después será tratado por casi la totalidad de los filósofos. Inmediatamente después de él, sus discípulos, Parménides y Zenón de Elca, Meliso de Samos, dedican toda su filosofía a la investigación de los atributos del Ser. Lo consideran uno, eterno, permanente, inmóvil, inmutable. Los dos últimos llegan hasta negar el movimiento, dentro de un gran totalismo que es algo así como la negación de la diferencia entre el uno y el hombre, establecida por el maestro.

Al mismo tiempo casi, Heráclito de Efeso afirma el devenir eterno, oponiéndose a la unidad Parmenideana; dice que las cosas son y no son a la vez, que se encuentran en continuo flujo hacia su muerte y lue-

go hacia una nueva vida; que hay un camino hacia lo alto y un camino hacia lo bajo, o sea que la tierra después de sucesivas transformaciones va a parar en fuego y el fuego, asimismo, en tierra. Unificando este perenne movimiento, encuentra Heráclito, sin embargo, "una ley divina, la necesidad, que lo domina todo, que basta a todo y lo supera todo".

Para Heráclito todo cambia, entonces, pero existe una ley del cambio, que es representante de la Uno en lo múltiple del devenir.

Pero agrega importantes aclaraciones: "No es lo prudente -dice en uno de sus fragmentos- prestarme oídos a mí, sino al Pensamiento, reconociendo que todo es uno". En otro: "Los sentidos son malos testimonios si el alma es un bárbaro que no entiende el misterio de su lenguaje". En otro: "Mientras el pensamiento se da a sí mismo su propio desarrollo, los sentidos están bajo la dependencia de los contrarios y sin referencia con la armonía".

Estos fragmentos de Heráclito dan motivo para deducir dos importantes consecuencias: la tendencia a identificar el concepto de ley y el de necesidad y pensamiento, y la clara intención de asignar a este último la función de dar unidad y armonía a las cosas cambiantes.

Pensar es, en realidad, relacionar, generalizar, formar conceptos y significaciones. Formar conceptos (a paralizar, en cierta forma y temporalmente, el atropellado curso de las individualidades.

La Filosofía Heracliteana es así un esfuerzo para conciliar la existencia del Uno y del devenir permanente: la ley y las ejemplaridades de la ley. Esta es, para Heráclito, lo trascendente; nuestro pensamiento lo comprende, por la identidad de su naturaleza y, dándose su propio desarrollo se hace distinto de lo sensible que está bajo la dependencia de los contrarios.

Por este mismo camino será por donde vaya Platón, con su doctrina de los dos mundos. Platón es fundamentalmente Heracliteano. Su preocupación primera es, también, conciliar el cambio permanente de lo sensible con la aspiración a la unidad de nuestro pensamiento. Lo característico en Platón es su concepción idealista del mundo, que lo ordena así: la materia es la nada, el no-ser; lo sensible es lo intermedio

entre en el ser y el no-ser; las ideas son el verdadero ser. Las ideas, nuestros conceptos genéricos, son, pues, la más alta realidad; son la forma, lo que da la existencia a las cosas. Estas devienen y perecen; las formas, las ideas, no. Son inmutables y eternas. Existen en un mundo especial, que está coronado por la idea suprema de Bien. Tenemos, pues, dos lugares: el de lo sensible, que es el mudable y el pasajero, y el trascendente que es inmóvil y eterno. Este lugar trascendente es nuestra verdadera patria y nuestro cuerpo material es sólo una cárcel. La tarea de la filosofía consiste en elevarse de lo sensible a lo inteligible y, de unas ideas a otras, hasta la idea suprema del Bien.

Con esta filosofía Platón fija claramente la diferencia que venimos investigando: la unidad como trascendente por un lado y la multiplicidad por el otro. En el fondo de todo esto (las unidades en Platón no son otra cosa que nuestros conceptos) encontramos una función de pensamiento ya perfilada en el Heraclitismo. Descubrir una regla en el cambio. Biológicamente el hombre odia el desorden y la confusión y sus pensamientos fundamentales son manifestaciones de deseos que la mayor parte de las veces no son cumplidos por no corresponder a realidad alguna.

En la violencia del deseo Platón hipotasió los conceptos, que introducian unidad en las sensaciones y, dándoles valor real, se fabricó un mundo igual al que el niño se hace todos los días en sus juegos, dando vida y movimiento de seres vivos a lo que encuentra en sus manos. En la época niña del pensamiento humano los filósofos también creaban realidades de los juegos de la fantasía, siendo así los padres de sus propios fantasmas.

La intuición de ese mundo de esencias o mundo de ideas, que hemos especificado, es lo que, en la filosofía Platoniana tiene el sentido de conocimiento de la verdad. Intuición tiene en este filósofo el sentido de mirar directamente, de ver, de ponerse en contacto inmediato con la más alta realidad. Esta realidad tiene un carácter objetivo, externo, se impone a nosotros mismos. La podemos conocer y aceptar, pero no podemos crearla ni destruirla, pues tiene existencia independiente.

Platón resulta así el verdadero padre de lo trascendente. Más tarde Plotino fundirá su filosofía en un misticismo agudizado en el que la

contemplación del mundo trascendente tomará un verdadero carácter de delirio. Más tarde aún, San Agustín, padre de la Iglesia, tendrá que encontrar en los platonianos el verdadero camino de salvación y, precisamente su lectura iniciará el período emocionante de su vida en que de maniqueo se convierte en cristiano.

La Edad Media copia también, fundamentalmente, la concepción Platoniana, toda su filosofía es un plan de formación del hombre intelectual y moral para su unión con lo trascendente, que es la suprema perfección. Nada difiere este plan de la dialéctica filosófica de Platón que fija la verdadera patria del hombre en el mundo de las ideas puras.

Aún la concepción del Universo de la Filosofía Medieval está de acuerdo en el esquema de la Filosofía Platoniana. Veámoslo: En Platón, jerarquía del mundo de las ideas, coronadas por la idea suprema del bien; en la Filosofía Medieval, jerarquía celeste con Dios a la cabeza de todos, sus nueve coros de ángeles, las armadas divinas, los muertos fieles, etc.

Sólo en un punto fundamental difieren: mientras Platón, absolutamente consecuente con su idealismo, trata de abolir las dificultades materiales para hacer más fácil la contemplación y propugna una organización social comunista, los cristianos de la Edad Media prefieren imitar fielmente la jerarquía celeste, que es la sede de la perfección, y establecen una jerarquía eclesiástica: el Papa, sus cardenales, sus arzobispos y obispos, y una jerarquía de los laicos: el Emperador o Rey, sus nobles, los burgueses, los artesanos, los comerciantes, los villanos y los siervos.

Todo, como vemos, tiene una organización rígida e inmóvil, y la verdad es un objeto de contemplación.

Esta manera de ver las cosas perdura durante mucho tiempo en el espíritu de los hombres y en su filosofía. Recordemos solamente algunas opiniones del señor Bossuet, "la autoridad más sólida de los doctores cristianos del siglo XVII": "La inteligencia tiene por objeto las verdades eternas, que no son otra cosas que Dios mismo, de donde subsisten, siendo perfectamente entendidas". "Están, pues, en él (las verdades

eternas) de una cierta manera que me es incomprendible; están en él, digo yo cuando veo estas verdades eternas, y al verlas me veo obligado a volverme hacia Aquel que es inmutablemente, y recibir sus luces". "Estas verdades eternas que todo entendimiento percibe siempre las mismas y por lo que se regula todo entendimiento, son alguna cosa de Dios, o mejor dicho, son Dios mismo".

Las opiniones anteriores son típicas en la cuestión fundamental de la apreciación de la verdad. La creencia firme en la existencia de lo trascendente tiene como consecuencia inevitable la creencia, firme también, en la de una verdad, que consiste precisamente en esa existencia. En segundo término, esta afirmación implica una actitud humana: la actitud contemplativa.

Histórica y lógicamente los dos problemas se encuentran tan estrechamente unidos que, en la práctica, afirmar lo uno es afirmar su consecuencia y también adoptar la actitud correspondiente.

Pero debemos anotar, además de lo anterior, un dato notable: el contenido principal de la filosofía Hegeliana, que tiene estrecho contacto con la historia de lo trascendente, pero que presta precisamente el punto de apoyo para una filosofía materialista. La concepción de Hegel está prácticamente en la cúspide del más desarrollado idealismo; pero, como no lo ignora nadie, es, al mismo tiempo, el soporte fundamental de las posteriores concepciones materialistas.

El mérito fundamental de Hegel consiste en haber traído lo trascendental al mundo, anulándolo así de hecho en su propio concepto. Hegel demostró además muy claramente, como veremos más tarde, la calidad abstracta (producto mental) de la idea de lo trascendente.

Hagamos un pequeño resumen: Para Hegel, el Universo es el desarrollo de la Idea. Dios y la naturaleza de su voluntad son una misma cosa, y esta es la que filosóficamente llamamos *idea*. Tres son las expresiones en que la idea se revela a nosotros: la más pura es el pensamiento; la otra, la naturaleza física; la última, el espíritu en general.

El espíritu general es el espíritu del mundo, espíritu que es conforme a la Idea, que es lo absoluto, al mismo tiempo que lo divino. Lo

divino es omnipresente; está en todos los hombres y la suma de estos es el espíritu universal, que nunca perece. El fin del Universo y de la historia es lo **querido**, Dios, que es a la vez su principio, lo que se desarrolla. El fin de espíritu es llegar a la conciencia de sí mismo o hacer el mundo conforme a sí mismo: es decir, explicitarse y saberse. Es por esto que la razón gobierna el mundo.

La verdad Hegeliana es, así, la "unidad de la voluntad universal y esencial con la subjetiva". Cuando el hombre comprende el espíritu y une con la suya la voluntad universal, entonces está en la verdad, como también está en la moralidad, en la razón, en la libertad, en el derecho.

"El espíritu, dice, es una individualidad que es representada, venerada y gozada en su esencialidad, como esencia, como Dios, en la religión. Es expuesta como imagen e intuición en el arte. Es concebida y reconocida por el pensamiento en la filosofía". Por esto es que, en el material en que se verifica el fin último de la razón o del espíritu, en el Estado, todo existe en inseparable unidad: "Esta forma de Estado sólo puede coexistir con esta religión; y lo mismo esta filosofía y este arte en este Estado".

A Dios mismo, dice, hay que considerarlo "como unidad de lo universal y lo particular", es decir, identificarlo con la verdad, definida ya en la misma forma.

Pero Hegel reclama para esta concepción, esencialmente, la unidad y no la separación. El mismo dice que no debemos concebirle como "un Ser abstracto, que reside allá arriba, más allá de todo y del cual la realidad humana está excluida".

Sólo es posible explicarse su concepto por "la unidad con lo divino que se procura la conciencia individual".

Y agrega estas palabras básicas para nuestra investigación: "La inteligencia moderna ha hecho de Dios una abstracción, algo más allá de la conciencia humana, un muro desnudo y férreo sobre el cual el hombre se rompe la cabeza. Pero las ideas de la razón son enteramente distintas de las abstracciones de la inteligencia".

Para Hegel, pues, Dios están dentro de nosotros mucho más de lo que creemos, y por esto, porque existe es porque existe lo absoluto y por estar dentro de nosotros es porque podemos conocer la verdad. Se podría interpretar la idea de Hegel más claramente, imaginando como uno de los aspectos de las divinidades de la unión racional de todos los hombres, la común sujeción a ciertas reglas y procedimientos de conocer. Así el demente estaría en parte abandonado de Dios y las cosas, para él, estarían mezcladas y confusas, si la unidad que pone en el mundo el espíritu, como su esencia.

El pensamiento de Hegel pasó, como sabemos, a alimentar las fuentes de la doctrina materialista. Suprimamos todo el espiritualismo de Hegel y tomando sólo las cosas que vemos y experimentamos, tendremos, de inmediato, que el Universo es el autodesarrollo de la naturaleza. Correlativamente la verdad estaría representada en la unidad de ese desarrollo y la conciencia subjetiva de él y, como quiera que este autodesarrollo de la naturaleza representa indudablemente una cosa absoluta, existiría también, para el materialista, como una afirmación metafísica, una verdad absoluta, tras la cual vamos, descubriendo progresivamente sus velos, pero sólo por medio de verdades relativas que sólo son nuestras armas de investigación.

En la realidad, los hombres somos la obra del Universo y en consecuencia una parte de su proceso. Es fundamental para nuestra existencia que tengamos la seguridad de ese asiento real y la certidumbre de que la naturaleza no nos engaña. En consecuencia, que tengamos también la esperanza firme de llegar a la realidad en sí, lo que sería algo como encontrar la verdad absoluta. Pero recordemos, con Hegel, que la realidad (equivalente para nosotros de las ideas de la razón), es distinta de las abstracciones de la inteligencia.

La afirmación metafísica sobre la verdad absoluta asequible, sólo valdría, en el mejor de los casos, para la humanidad entera y en el curso de todos los siglos. Y afirmar esto es lo mismo que afirmar su inexistencia. Estamos simplemente de tránsito, más bien vivimos perentoriamente y nuestra individualidad no puede conciliarse con esa absoluta totalidad.

Es posible que no nos equivoquemos colectivamente, en el espacio y en el tiempo.. Tenemos la seguridad biológica de que no nos equivocamos, como humanidad, pero individualmente no podemos creer absolutas nuestras verdades porque nos falta la experiencia de las generaciones que vienen y a ellas les faltará la de las que estén entonces por venir.

No podemos, pues, afirmar nada de esa gran verdad. Tenemos que reducirnos a considerar las armas propias de cada época y a sentirnos en tránsito con ellas.

Saber y creer

Una gran parte de las actividades humanas se desarrollan dentro de la experiencia. Cuando se trata de estos casos, el criterio de verdad más firme nos indica que el pensamiento debe adecuarse a la cosa, que debe concordar con ella. Dejemos a un lado el difícil problema de la posibilidad de darnos cuenta exacta del comportamiento de las cosas y, démoslo por aceptado, pues ningún conocimiento sería posible sin ello. Pero precisemos el sentido exacto del conocimiento de experiencia y de la relación del pensamiento con su objeto.

Todo conocimiento completo empieza y termina con la observación concreta. Sucesivamente, los momentos que componen el acto de pensamiento pudieran esquematizarse así: problema sugerencia de solución, comprobación. Naturalmente, la mayor exactitud del pensamiento corresponde a la más extensa y documentada dilucidación de cada uno de los momentos enunciados; pero, sintéticamente, todo pensamiento científico se compone sólo de esos tres momentos. Si de la discordancia o dificultad que determinados hechos promueven en nosotros inferimos determinada solución para los mismos y luego comprobamos con hechos, realizándolos, que la solución indicada se comporta exactamente igual, tenemos motivos suficientes para deducir que aquella (la solución) actúa verdaderamente. Los momentos del creer y los momentos del saber se perfilan claramente en ese proceso. Sólo sabemos positivamente cuando hemos comprobado las consecuencias que implicaba la solución propuesta; pero creíamos en su verdad, probablemente, antes de la comprobación. En todo caso, como lo

ampliaremos luego, la creencia revela un proceso incompleto de conocimiento.

En efecto: no tendríamos dificultades si actuáramos siempre sobre la base de la experiencia, de lo que es. Pero sucede que la mayor parte de nuestras actividades están regidas por el pensamiento de lo que puede o de lo que debe ser. En estos casos, como en los anteriores también, tendríamos que esperar a que se realicen las consecuencias de nuestros actos, para **saber** si nuestras creencias actuaban verdaderamente, y mientras no se consiguiera eso, nuestro postulado no podría salir de sus propios límites. Pero, por desgracia, en la cuestión planteada, lo de lo trascendente, que es justamente uno de los casos que el hombre suele localizar entre lo que puede ser, no podemos esperar, pues la comprobación no la tendremos nunca o no nos será útil una vez conseguida. ¿Qué es lo que determina la creencia, entonces?

Habíamos dicho que el acto de creencia se detenía en la solución sugerida por nosotros a un problema y que no necesitaba esperar su comprobación. Ahora bien, creemos o no creemos cuando encontramos racional o no la solución sugerida. La racionalidad resulta, pues, la piedra de toque de la creencia (por supuesto en el mejor de los casos, si el que cree no dice que cree porque sí, sin razón) y el elemento racional debería ser examinado para saber qué es lo que nos induce a creer en una verdad.

William James ha estudiado con gran acierto este que llamamos sentimiento de racionalidad. La posición de este filósofo nos parece justísimo al respecto: la racionalidad se reconoce por ciertos signos subjetivos que afectan al sujeto pensante: un sentimiento de facilidad, de paz, de tranquilidad: la seguridad interna del paso de la incertidumbre y perplejidad a una comprensión clara de algo.

En efecto, nada más relativo que el sentimiento de racionalidad. Cada cual tiene en sí una sanción interior racional, que es como la sanción moral o la sanción lógica. Interiormente uno mismo se dice si algo es bueno o malo, lógico o ilógico, racional o irracional. Sólo cuando sus afirmaciones salen al exterior se realiza un control, de acuerdo con los conocimientos de la época, el ambiente social, etc., y se decide si ese

criterio es real o no. Pero la creencia no puede tener comprobación. Por esto, afirmamos que en la creencia el pensamiento se rige a sí mismo y que el único criterio de verdad de la creencia es la conformidad del pensamiento consigo mismo.

Es así porqué de dos individuos ante quienes se suscita el problema de lo trascendente, el uno afirma su existencia y el otro su no existencia, ambos con el más claro sentimiento de racionalidad que hace fácil para su entendimiento la respuesta dada.

Las diferencias son de explicación clara: las sugerencias con que personalmente respondemos a los múltiples problemas comunes que se nos presentan tienen como respaldo la conciencia de cada cual: diversa constitución personal, diversa cultura, diverso adiestramiento especial, clase a la cual se pertenezca, etc. Las coincidencias también son explicables: comunidad de problemas, conquistas culturales de la época.

Influencia fundamental tiene que ejercer el respaldo de experiencia que forma la estructura y el arsenal propio de sugerencias que se puedan presentar a los casos en cuestión.

Para aclarar con ejemplos todo esto, recordemos cuán racional era en la Edad Media la constitución triple del Universo: el cielo arriba, la tierra inmóvil en medio y el infierno debajo; y cuán racional es ahora nuestra concepción: la tierra redonda girando alrededor del Sol; nuestro sistema planetario, parte de una constelación que se mueve entre miles de miles de constelaciones.

Otro ejemplo racional: el camino más cercano de un punto a otro es la línea recta, y su opuesto: en espacios incursados, no euclidianos, como el nuestro, el camino más cercano es la línea curva.

Siendo el único criterio de verdad de la creencia el acuerdo del pensamiento consigo mismo, inútil es que le busquemos consecuencias reales y que tratemos de encontrar una verdad objetiva que corresponda a esa creencia. El dominio de la creencia es sólo el pensamiento y nada más que el pensamiento. La creencia no tiende a la comprobación: supone y tiene fe en su suposición. Si trata de probar su fe sólo trata de probarla con argumentos racionales (ya hemos visto el valor de la ra-

cionalidad), no con hechos. Y en cuanto la razón quiera probarse con la razón, no se sale del círculo del pensamiento. Yéndonos al extremo pudiéramos decir que en el caso de que pueda probarse la racionalidad de la existencia de lo trascendente (hacemos una concesión casi imposible), no quedaría probada con esto la realidad de lo trascendente. Por eso no es posible tener un conocimiento completo sino sobre aquello en que es posible la constatación más o menos inmediata.

No otra cosa debemos decir de la **verdad**: querer encontrar la verdad absoluta es algo así como afirmar que nuestra idea de lo trascendente corresponde a algo real, es decir, fundamentar con un objeto externo nuestro acuerdo del pensamiento consigo mismo. Lo único que se puede decir es que en nuestras acciones, en cada una de nuestras acciones, nos conducimos verdaderamente o no; que nuestro pensamiento, que cada uno de nuestros pensamientos, se comporta o no de manera igual a cómo se comportan los objetos de ese pensamiento. Pero pasar de eso a la afirmación de que existe una verdad absoluta es tan forzado como desprender de la actividad humana la razón y afirmar que existe una razón absoluta o sustancial, cuando lo justamente racional es, no que la razón y la experiencia se hallen separadas y contrapuestas, sino que cada acto de experiencia se desarrolle con la razón necesaria para ser justa acomodación a la realidad. En el fondo de todo, lo que encontramos como máxima agudización del problema es el hombre solo, con su pensamiento y demás armas propias, buscando acomodo en un ambiente que deberá dominar para subsistir. Cuanto más logra triunfar sobre lo externo más verdaderamente se conduce.

No hallamos, pues, racionalmente, una verdad absoluta; hallamos simplemente muchas verdades provisionales, las actuales armas del hombre, relativamente aptas para dominar el ambiente y regular su conducta; armas que fácilmente pueden convertirse en falsas e inútiles, como podemos observar respecto de muchas verdades desaparecidas a pesar del carácter absoluto que tenían dentro de su época.

De la alegría que produce el no poder encontrar la verdad

En resumen hemos caracterizado la idea de verdad como la ilusión de encontrar una más alta realidad, permanente e inmutable, que

resuelva las contradicciones y dificultades de nuestra experiencia. Esta ilusión la encontramos conforme con la función legítima del pensamiento, ya señalada por grandes pensadores (uno de ellos, Kant): buscar la unidad en la multiplicidad. Para la mayoría de la gente: Dios; para los llamados racionalistas, la Ley. (La Ley tiene también, en la mayoría de los racionalistas, un sentido místico que se diferencia poco de la divinidad y a veces no se ve la diferencia).

Pero se creará entonces que la negativa de principios absolutos implica la inseguridad del hombre en la vida y la angustia de la indecisión. Dice Víctor Cousin: "La primera, la más imperiosa, es la necesidad de principios fijos e inmutables, principios que ni dependan del tiempo, ni de los lugares, ni de las circunstancias, y principios en los cuales repose el hombre y su espíritu con una ilimitada confianza". Par que repose el hombre, en realidad, nada más cómodo que existan principios fijos e inmutables. Esto es precisamente lo que ha querido la filosofía tradicional: hacer del hombre un contemplador. Para que repose el hombre es menester que exista una gran verdad que podamos mirar directamente, como si ya la hubiéramos encontrado, para gozarnos inofensivamente de su contemplación.

Mas nunca podremos saber cómo sería de desesperada la vida del hombre el día en que esa verdad llegara a ponerse de manifiesto; en que esa gran verdad la deslumbrara y esclavizara. Desde ese día, el hombre no pudiera seguir siendo hombre.

Más se acomoda a nuestra pequeñez y a nuestra grandeza el hecho paradójal de que no existiendo una verdad absoluta que nos oprima, podemos así ser libres y vivir más humanamente, con el grande propósito de hacer cada vez menos dolorosa nuestra propia vida. Si tuviéramos delante de nosotros una verdad así absoluta seríamos ciegos para toda otra cosa que para ella. El día de la verdad sería entonces el día final de todo.

Pero alegrémonos por la fausta noticia de que la verdad no es ser sustancial que alguna vez podremos verlo. Nuestra alegría consiste precisamente en el hecho de que nunca podemos llegar al final de las cosas y de los problemas. Cuando descartamos uno, nuevo horizonte se

abre y lo que erróneamente consideramos la cúspide no es otra cosa que segundo escalón para más difíciles ascensiones. A través de toda la historia del pensamiento, no aparece el hombre sino como un ser pesado y a medias vidente, que a costa de grandes esfuerzos y muy de tarde en tarde llega a adquirir horizontes más amplios.

Imaginaos el crimen que hubiera sido cerrarle de improviso el paso, presentándole la verdad absoluta ante los ojos y cegándolo definitivamente para la vida.

PABLO PALACIO

Revista *Bloque*

Año 1 No. 1

Enero de 1935

SENTIDO DE LA PALABRA "REALIDAD"

La afirmación básica de la Filosofía contemporánea es admitir como indudable la existencia del mundo exterior.

Pensaréis al leer esto que se trata de una afirmación vacía de sentido práctico, ya que es inútil afirmar la existencia de algo cuya realidad se impone de hecho, con la evidencia de lo que se ve y se palpa. Pensaréis que todas las demás conclusiones filosóficas, si van por este camino, son una especie de truco de la inteligencia, hecho para ocupar la vacancia de gente desocupada.

Algo de esto existe, en realidad, en el fondo del problema: La verdadera filosofía, la investigación libre de la realidad del Universo, aparece por primera vez en la antigua Grecia, y uno de sus filósofos, Aristóteles, al referirse a la razón de que surgiesen las artes matemáticas en Egipto, dice que esto fue debido a que "allí la casta de los sacerdotes go-

zaba de tranquilidad", afirmación que también es válida para la mayor parte de los filósofos griegos.

Dominaba entonces en Grecia el sistema económico esclavista, dentro del cual la mayor parte de los hombres formaban el patrimonio de la minoría, siendo objetos de compra-venta y estando obligados, ellos exclusivamente, al trabajo que era considerado ocupación vil para los propietarios. Generalmente todos los filósofos eran propietarios y la mayor parte de ellos, Jefes de Gobierno o emparentados con los gobernantes. Algunos de estos filósofos es verdad que mantenían una posición libre y eran opuestos al sistema, pero casi todos eran aristocráticos, querían el Gobierno de los mejores, e insultaban a los esclavos con bastante entusiasmo, como el famoso Heráclito de Efeso, cuya filosofía ha sido utilizada después por los revolucionarios socialistas, el mismo que decía cosas como éstas: "La muchedumbre, al igual que los perros, ladra a quien no conoce y, como el asno, prefiere el heno al oro", "Llenan su barriga como bestias".

Ahora bien, estos propietarios en descanso, se dedicaban a la investigación filosófica y su primera interpretación del mundo fue precisamente materialista. Comprendían al mundo en una forma sencilla, no dudaban de su existencia, daban como explicación de la existencia de las cosas un elemento material (el agua, el aire, el caos o lo indefinido, el fuego) y aunque en realidad estaban errados en sus apreciaciones, aceptaban el Universo exterior como verdadero y creían de manera ingenua en su validez y objetividad.

Pero la inteligencia es audaz y sólo difícilmente puede ponerse vallas. Junto a estos filosóficos ingenuos aparecieron otros de contextura más compleja. Los Pitagóricos que trataron de explicar lo sensible por lo inteligible, poniendo el número como base de su concepción del Universo (lo que, como veis, ya es demasiado inteligente). Los eleáticos que, con Parménides a la cabeza, se preocuparon de buscar la Unidad del Ser, frente a la pluralidad de lo sensible, como lo único comprensible y racional. (Esta oposición obedece a la tendencia de buscar una interpretación monista del mundo: las cosas individuales unidas por la regla y el orden). Anaxígoras, que introdujo la teoría del Nus, espíritu, como poder regulador de la mezcla confusa de gérmenes (llamados ho-

meomerías desde Aristóteles) que existía antes de la aparición del orden.

Después apareció Demócrito, el primer gran filósofo materialista que representa una coronación de la corriente que explicaba el mundo como existente por sí. Siguió las enseñanzas de su maestro Leucipo y procedió a dar una razón de las cosas, por medio del atomismo, doctrina que aún perdura, naturalmente sólo en sus bases. Demócrito no habló de ningún espíritu en su teoría de la formación del mundo, porque el espíritu es un fenómeno aparecido después de las cosas y después de la vida orgánica misma. Se encontraba, pues, ante el problema del Universo sin inteligencia alguna que intervenga en su constitución. Demócrito formuló la doctrina de que en toda la eternidad existen los átomos (las últimas partículas indivisibles de materia) y el vacío, que no habían tenido principio porque de la nada sale, y que aquellas, las partículas indivisibles, los átomos, diversas por su forma pero idénticas por su cualidad, debido al vacío existente, necesariamente se pusieron en movimiento por la caída y formaron las cosas sensibles, los cuerpos, sin intervención alguno de un ser trascendente. A esta interpretación del mundo se le ha llamado mecánica.

Demócrito habló también de la infinidad de mundos y de la indestructibilidad de la materia, teorías que desaparecieron después por la intervención de filósofos idealistas como Platón, Aristóteles, los escolásticos (católicos) de la Edad Media, y que hoy, en la edad moderna, han sido comprobadas plenamente, por la ciencia.

Luego aparece en la filosofía el primer sistema idealista, obra de un hombre inteligente, que positivamente ha prestado grandes servicios a la humanidad, pero que positivamente también ha sido causa de muchos males, por haber contribuido, con su gran fuerza mental, a desvirtuar y combatir la interpretación materialista del mundo. Este hombre es Platón, filósofo griego.

Su doctrina no es exclusivamente suya, pues se funda en las enseñanzas de Sócrates, su antecesor, que interpretaba el mundo según un sistema racionalista que no podía ser perfecto dado el estado de civilización de la época que no tenía datos científicos suficientes para justi-

ficar, racionalmente, su sistema. Sócrates quería que se interpretara todo de acuerdo con la razón y que, dada una afirmación, se la probara demostrando por qué es mejor que sea así y no de otra manera. Pero como el concepto de lo mejor es exclusivamente humano (no existiendo en la naturaleza), y corresponde siempre a los conocimientos y condiciones de una época, fácilmente podéis comprender cómo podían acumularse los errores sobre la base de esa apreciación. Así fácilmente se entiende que con un criterio racionalista haya sido considerado vil el trabajo, en la época Socrático – Platónica, y de este ejemplo deduciréis si todas sus conclusiones racionalistas son merecedoras de crédito completo.

De acuerdo con este criterio básico, Platón llegó a establecer una división estricta entre el mundo de la razón y el mundo de lo sensible. El mundo de lo sensible era para él este mundo nuestro de cosas cambiantes (el único mundo real para nosotros), en el que todas las cosas devienen y en donde todo es susceptible del más o de menos.

-¿Pero del más o del menos con relación a qué? Pues, con relación al mundo perfecto, mundo que Platón pobló de ideas, es decir, de los prototipos de las cosas. Platón creía que aquello que es común a todas las cosas individuales del mismo género es lo sustancial: de todos, los hombres tenemos una idea común que es "hombre" y son hombres aquellos en cuanto participan de esta idea. En consecuencia, lo único permanente, lo único verdaderamente real frente a lo sensible, a lo que cambia, es la idea.

Y como lo más perfecto es lo racional, el único mundo verdaderamente perfecto y real es el mundo de las ideas, que está separado del mundo de las cosas.

Ahora bien, sólo ese mundo tiene el ser perfecto; nuestro mundo, el de lo sensible, es simplemente copia, fantasía. Ese mundo, el perfecto, es incorpóreo, intemporal, inespacial (no tiene forma sensible, no deviene en el tiempo, no está dentro de ningún espacio), y sin embargo es el **único real**, al cual el verdadero sabio aspira.

¿Habréis leído alguna vez más grande mezcla de contradicciones?
¿Es posible entender, sinceramente, qué es aquello que es lo más perfec-

to y más real y sin embargo no es con forma ni en un espacio ni en un tiempo?.

Sin embargo no os alarméis por ello. Diréis vosotros que Platón afirmaba estas cosas porque es muy antiguo y entonces los hombres eran sumamente fantásticos. Pero si esto es verdad, no lo es en toda su extensión porque hay muchos hombres de hoy que no se diferencian de los de ayer en grado sumo.

Ved, si no lo creéis, entre los modernos, la filosofía de Bertrand Russell, un filósofo y científico de nota cuya ciencia debe ser admirable pero cuya filosofía es difícil de comprender. En Russell, el problema de las ideas toma el nombre de problema de los universales: aquellas palabras que encierran individualidades, el sustantivo *casa*, el adjetivo *verde*, el verbo *gozar*, etc. Ahora bien: estas palabras, existen, más bien diré, en el sentido de Russell, estas representaciones existen con validez universal, fuera de cada uno de nosotros, puesto que no son personales. ¿En dónde existen, pues? Ante la dificultad Russell descubre un mundo (respetemos la memoria de Cristóbal Colón, compañeros), el **mundo de las esencias**, coexistente y superpuesto a nuestro mundo sensible, que él llama **mundo de existencias**. La diferencia de estos dos mundos consiste en que este es temporal y espacial y, en cambio, aquél, de las esencias, intemporal o inespacial.

Ahora bien ¿podemos nosotros, hombres, entender alguna vez esto?

Sería aventurado responder positivamente a esta pregunta. Nuestra capacidad mental puede elevarse audazmente hasta realizar las más absurdas construcciones, pero si tratamos de reducirnos dentro del mundo sensible, nos basta con la evidencia de que hay cuerpos y funciones espirituales, adheridas a esos cuerpos y dependientes de ellos, sin posible separación que no podemos verlas ni limitarlas, más, que no por esto nos dan material suficiente para hacer de ellas mundo aparte. Separad el espíritu de los cuerpos y empezareis a volveros locos.

Pero con esta separación de mundos y supremacía del llamado mundo de esencias sobre el mundo sensible, dominante en las filoso-

fias platonianas, no hemos dejado explicada aún la proposición de que el mundo exterior no existe por sí sino como sensación del hombre, punto de divergencia con la filosofía materialista del mundo.

Llegaremos a esta dificultad de los filósofos, en forma más clara, cuando nos encontremos, en la Edad Moderna, con el obispo irlandés, señor Jorge Berkeley, quien niega absolutamente la materia y sólo cree en la existencia de Dios y de los espíritus. Es importante y particularmente curioso aquel documento de la filosofía *Tres diálogos entre Hilas y Filonús*, en que, en forma popular, el señor Obispo de Cloyne (lo era Berkeley), destruye el mundo con una facilidad asombrosa, y deja como sólo habitante de su espíritu su poderosa imaginación.

Pero, para llegar a esto, sigamos rastreando en la historia del pensamiento los pasos importantes de la filosofía, a fin de tener a mano un esquema rápido de lo que ha sido la interpretación del mundo. Sigamos, al presente, el recorrido de la filosofía idealista, y utilicémosla en cuanto se relaciona con el problema inicial de este ensayo.

Platón había dado realidad a las ideas (oidos, formas, esencias) e irrealdad a la materia. Además, conviene que lo apuntemos, e irrealdad a la materia. Además, conviene que lo apuntemos, había hecho suya la antigua doctrina mítica de la transmigración de las almas, haciendo de todo conocimiento una reminiscencia.

Su sucesor, Aristóteles, fue más humano y menos poeta. No menospreciaba como aquel la materia, la consideraba por el contrario tan importante como la forma, pues si aislamos una y otra nada podemos comprender, y cada una de ellas tiene para él el valor de complemento indispensable de la otra. Su filosofía es una filosofía fusionista, desde el punto de vista de las relaciones de materia y espíritu: ha dominado gran parte del espiritualismo medieval y ha sido el fundamento inmediato de una interpretación materialista, la de Julián Offray de la Mettrie, en *Historia Natural del Alma y el Hombre Máquina*, filósofo francés del siglo XVIII.

Pero la concepción de Aristóteles, a pesar de ser ecléctica en ese sentido, es predominantemente espiritualista, pues en las relaciones de

materia y forma, ésta adquiere lugar predominante y directivo. Admitió la existencia de un primer motor, origen del movimiento del mundo.

Contradijo también a su maestro en lo relativo a la doctrina de la reminiscencia, no admitiendo su consecuente, la de las ideas innatas, y afirmando que todos nuestros conocimientos vienen de los sentidos, con la fórmula clásica de la filosofía: *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, o sea: Nada existe en el entendimiento que antes no hubiera estado en los sentidos. Esta fórmula del gran filósofo llevada a sus extremas consecuencias, será motivo, después, para la negación del mundo exterior, como veremos más adelante.

Después de Aristóteles, el caso más importante de la filosofía se nos presenta en Plotino que se acomoda dentro del esquema Platónico, socorrido de un fervor místico que es verdaderamente interesante. Su filosofía es, tal vez, la más grande filosofía imaginativa de que tengamos noticia. Por el lado idealista hizo una teoría de Dios, otra del Espíritu y otra del Alma del Mundo; por el lado de abajo lo liquidó todo con especial delectación. Es curioso que Plotino, en su interpretación del mundo colocó todo lo existente entre dos polos negativos, incomprensibles totalmente para el pensamiento: Dios y la materia, en los términos en que para él debían ser entendidos.

La idea de Dios la formaba mediante una inmensa negación de todo lo sensible, de toda limitación, de toda forma. Dios era más que la razón, y el pensamiento no podía llegar a él. Estaba por encima de todos los conceptos. Lo que podía enunciar de él era que nada determinado podía enunciar. Dios era el gran desconocido.

En el otro polo estaba la materia, sin magnitud, sin forma, sin cualidades. Ni visible, ni tangible. No era ni razón, ni espíritu, ni alma, ni vida, ni límite, ni forma. No tenía movimiento, porque toda fuerza es patrimonio del Espíritu único, a pesar de que Dios, que vive siempre en la profunda soledad de sí mismo, está siempre en reposo absoluto.

Entre estos dos polos estaba el espíritu, reino de las ideas y el alma del mundo, principio de unión entre lo sensible y lo suprasensible.

Como veis, esta fantasía de Plotino es también difícil de comprender. Sin embargo, como lo entiende el Profesor Francois Picavet, formó el marco general dentro del cual se movió toda la filosofía de la Edad Media, en la cual aparecieron dos filósofos de bulto: San Agustín, predominantemente Platoniano, y Santo Tomás predominantemente Aristotélico.

Todas estas filosofías aceptan el postulado general de los dos mundos: el perfecto y el sensible. El primero divino, el segundo humano, bajo y despreciable.

Ahora bien, en la Edad Moderna; nos interesa para la localización de nuestro problema el enunciado de Locke, filósofo inglés quien puso de nuevo a discusión los problemas de la teoría del conocimiento, afirmando que nada existe en el entendimiento que antes no hubiera estado en los sentidos y que, como Aristóteles lo había dicho, la inteligencia era un tabla rasa que recibía las impresiones exteriores. A esta posición filosófica se la ha llamado sensualista y este es el punto del cual parte el señor Obispo de Cloyne. Pero el señor Obispo vuelve la funda del revés con una habilidad pasmosa hasta convertir la proposición del antiguo maestro en esta que es una joya de la filosofía: Nada existe fuera de nosotros si no ha estado antes en los sentidos.

No es esta, por supuesto, proposición suya textual, pero la usamos por razones de claridad en la exposición, con la seguridad de que no desvirtuamos fundamentalmente su pensamiento.

¿Cómo llegó Berkeley a esta afirmación? Vamos a verlo enseguida.

El razonamiento de Berkeley se funda en las siguientes proposiciones:

- 1ª. La sensación sólo existe en el espíritu;
- 2ª. No podemos tener ideas abstractas.

La afirmación que trata de probar es la siguiente: "No existe en el mundo una cosa que pueda llamarse sustancia material".

El desarrollo de la prueba parte desde la definición de cosas sensibles. ¿Qué son cosas sensibles?, se pregunta Berkeley. Cosas sensibles son las que se perciben mediante los sentidos. ¿Qué es lo que se percibe mediante los sentidos? Por la vista, los colores, la luz, las figuras; por el oído, los sonidos; por el paladar, los sabores; por el olfato; por el tacto, las cosas tangibles.

¿Queda algo sensible, después de suprimidas las cualidades sensibles? Nada sensible queda.

Entonces, cosas sensibles son las cualidades sensibles o las combinaciones de las mismas.

Segundo problema de la filosofía Berkeliana: ¿Consiste la realidad de las cosas sensibles en ser percibidas? Dos posiciones son posibles ante esta pregunta: 1ª. Existir y percibir son dos cosas, o existir y percibir es lo mismo (*esse:percipi*). En el segundo punto de vista se coloca el señor Obispo.

Para probarlo hace un análisis acerca de la localización de las cualidades secundarias de las cosas, tal como habían sido clasificadas por Galileo, Locke, etc.

¿Existen el sabor, el olor, los sonidos, el color, y el calor y el frío en las cosas o en el espíritu? ¿Siente la materia?

¿No es verdad que los hombres tienen distintos gustos y apreciaciones de sabor de la misma cosa, que la misma cosa que para un hombre es un alimento para un animal de otra especie no tiene ninguna importancia? Es así, luego el sabor no existe en la cosa sino en el espíritu.

¿No es verdad que lo que para un hombre es un miasma, para animales inferiores es ambiente de sustentación? Luego, el olor sólo está en el espíritu.

¿No es verdad que los sonidos no están en la cosa sino que son un movimiento del aire, que es transformado por el espíritu? Luego el sonido sólo está dentro de nosotros.

¿No es verdad que las montañas que de lejos vemos azules, de cerca son grises o verdes? Es así, luego el color sólo está en el espíritu.

¿No es el calor y el frío una variedad del dolor o del placer, como son los sabores, los olores, los colores, los sonidos? ¿Puede sentir la materia placer o dolor? No lo pueden. En consecuencia, todas las cualidades secundarias no tienen una existencia fuera del espíritu.

Luego pasa Berkeley al examen de las cualidades primarias: extensión, figura, solidez, gravedad, movimiento y reposo.

Su primera labor es destruir la extensión. En realidad, como después lo explica, negada la extensión, quedan negadas de hecho las demás cualidades que sólo se explican sobre su base.

La extensión queda negada así: Existen en el Universo seres de diversas especies, magnitudes y condiciones de vida. Un pequeño animal, microscópico, tiene sentidos para conservarse; lo que tiene él para conservarse es para él completo y útil. Pues bien, lo que para nosotros los hombres, es un grano de polvo, para aquel pequeño animal es una gran montaña. No existe, pues, la extensión, sino en el espíritu de cada uno de los seres percipientes.

Otra prueba: El mismo objeto que es visto grande cuando estamos próximos a él, es visto pequeño cuando estamos distantes. La extensión depende entonces de nosotros, sólo existe en nuestro espíritu.

Destruída la extensión real quedan negadas las demás cualidades primarias, pero Berkeley no quiere ahorrarse de ninguna manera trabajo y quiere abundar en razones, para no dejar rastros de existencia de las cosas por sí.

El movimiento lo destruye en esta forma: ¿Puede ser el movimiento, a la vez, vivo y lento? No, puede ser. Bien entonces: Medimos el tiempo por la sucesión de ideas en nuestro espíritu, y como las ideas se suceden con diversos ritmos en los espíritus, una persona puede apreciar un movimiento como vivo y otro como lento. Luego, el movimiento sólo está en nuestro espíritu.

La solidez desaparece así: ¿La solidez, es cosa sensible o es resistencia? Si es resistencia, no se halla en los cuerpos, pues lo que para un animal es duro para otro es blando. Si es cosa sensible, ya está probado que todo lo sensible sólo se halla en el espíritu.

Pero no es esto todo. La demostración continúa, más agresiva aún. Según el señor Obispo todo lo que existe es particular. No podemos formarnos concepto alguno de un movimiento que no es rápido ni lento. Algo separado de lo grande y de lo pequeño, de esta o aquella magnitud, no es concebible. No podemos formarnos idea de una extensión sin color, ni es posible separar cualidades primarias de cualidades secundarias; sólo tenemos un indicio de distinción entre ellas: Las primeras no son indiferentes, las segundas nos causan placer o dolor.

En consecuencia, donde están las unas están las otras.

Y como ya hemos probado, tanto de unas como de otras que sólo están en el espíritu, está demasiado probado también que no tienen ninguna existencia independiente.

Y, para evitar todas las dudas, Berkeley da más pruebas, pruebas a porrillo.

Se dice que la materia es la que tiene realidad y existe fuera de nosotros, ¿pero qué es la materia?

¿Es una substancia? Substancia viene de *sub* y *stare*, estar debajo. Está, pues, extendida la substancia bajo las cualidades sensibles? Pero hemos visto que la extensión sólo puede estar en el espíritu, y entonces, el lugar de la substancia es el espíritu.

¿Es la causa del movimiento? Pero si el movimiento está en el espíritu y la materia no es extensa, no tiene por consiguiente fuerza y es inerte. No puede ser causa ni movimiento.

¿Qué es, entonces, la materia? No es sustancia, no es causa, no es extensa, no piensa, no puede ser percibida. La materia es nada, en definitiva.

¿Es posible concebir un árbol existente por sí? Imposible, eso sería una concepción sin concepción.

Pero aquí el espíritu del Obispo siente temores insospechados. Todo lo expuesto es verdadero, pues está probado con evidencia. Sin embargo... Sin embargo existe algo que es independiente de mi voluntad, existen cosas que se imponen sobre mí y que no puedo cambiarlas, por más que están en mi espíritu. Cuando veo un color blanco, no puedo verlo de otra manera.

¿Cómo justificar esta contradicción?

En este punto se realiza el tránsito de su doctrina espiritualista a su doctrina teológica. Veámoslo claramente.

No dudo, dice el señor Obispo, de la existencia de las cosas que percibo. Tanto podía dudar "de mi ser como de las cosas que actualmente veo y toco. Bosque, piedras, fuego, carne, hierro y cosas análogas, que nombro y sobre las que discuro, son cosas que conozco. Y no las conocería, si no las hubiese percibido por mis sentidos, y cosas percibidas por los sentidos son percibidas inmediatamente, y cosas percibidas inmediatamente son ideas, y las ideas no pueden existir fuera del espíritu; su existencia, por consiguiente, consiste en ser percibidas; cuando, pues, son percibidas actualmente no hay duda alguna acerca de su existencia".

"Cuando niego a las cosas sensibles, añade, una existencia exterior al espíritu no pienso en mi espíritu particular, sino en todos los espíritus. Ahora bien; es claro que tienen una existencia independiente de mi espíritu, ya que hallo por experiencia que son independientes de él... Por consiguiente, existe algún otro espíritu en que existen durante los intervalos que transcurren entre mis percepciones de ellas, lo mismo que lo hicieron antes de mi nacimiento y lo harían después de mi supuesta aniquilación, y como lo mismo es cierto con respecto a los demás espíritus finitos, se sigue necesariamente que hay un espíritu eterno omnipresente que conoce y comprende todas las cosas y no las presenta a nuestra visión de la manera y según las reglas que El mismo ha ordenado y que nosotros llamamos ley de la naturaleza". (*Diálogos* Pág. 115).

“La cuestión debatida entre los materialistas y yo no es si las cosas tienen una existencia real fuera del espíritu, de esta o aquella persona, sino si tiene una existencia absoluta independiente del ser percibida por Dios y exterior a todos los espíritus”.

En consecuencia, las cosas sensibles, que son percibidas inmediatamente, son ideas; las ideas sólo pueden estar en el espíritu, y como mi espíritu tiene interrupciones en sus percepciones, y las cosas se me imponen desde fuera, ellas deben estar en la percepción de Dios. Tal es el razonamiento central del señor Obispo.

Pero no hemos olvidado todavía los motivos que tuvo para la destrucción de la realidad exterior y esos mismos motivos los usaremos para encontrar las confusiones terribles del sistema, sin olvidar nunca las armas o instrumentos de la primera destrucción.

Se quiere decir que por la percepción de Dios las cosas tienen realidad. Bien, pero las cosas percibidas por él tienen realidad y éstas, según la definición de Berkeley, tiene que ser combinaciones de sensaciones. Entonces las sensaciones de color están en la cosa y la cosa tiene color, y las de saber están en la realidad y la cosa sabe, y el dolor está también en la cosa y la cosa siente, y la extensión está en la percepción de Dios (en la cosa que se impone a nosotros) y entonces la extensión está fuera de nosotros.

¿O es necesaria una nueva percepción de estas percepciones de Dios y entonces esta realidad nuestra tiene que resolverse en un solipismo necesario en el que sólo existen para el yo que percibe?

Por otra parte, separemos mentalmente el espíritu del señor Berkeley de toda realidad exterior, considerémosle sólo en si mismo, sin lugar ni espacio y preguntémosle si tiene sensación de color, si le duele el pinchazo imaginario del imaginario alfiler que hemos imaginado darle. Es seguro que su espíritu permanecerá inalterable, pues nada le habrá modificado.

Entonces, si es verdad que la sensación está en aquello que él llama espíritu, tendremos como indispensable que para que en él esté, esté también otra fuerza al lado de él, que sea capaz de modificarlo. Pero

dejémosnos de imaginaciones incomprensibles. El señor Berkeley se colocó en esta situación escabrosa: se cogió para él el espíritu y nos preguntó ¿siente la materia? ¿Están el sabor y la extensión en la cosa? Nosotros cojámosnos la materia para nosotros y preguntémosle: ¿siente su espíritu? ¿Están el sabor y la extensión en su espíritu?

En segundo lugar para probarnos que todas las cosas estaban en el espíritu nos llevó a la afirmación de la relatividad. No existe el sabor en la cosa porque lo que es para unos, agradable para otros es desagradable; lo que es caliente para unos para otros es frío; lo que para unos es grande para otros es pequeño. Pero esto ¿no prueba mejor que cualquier otra cosa el hecho mismo de la existencia de algo que para unos es pequeño y para otros grandes, para unos, caliente y para otros frío, para unos agradable y para otros desagradable? ¿No quiere decir esto que existe una realidad evidente de la cual tenemos diversas apreciaciones y que lo absoluto existe del lado de ella siendo relativa solamente nuestra sensación de ella?

Pero el Obispo objeta que no es concebible una extensión separada de lo grande y de lo pequeño, que no es concebible una extensión sin color, en pocas palabras, que no podemos tener ideas abstractas.

Admitimos que para Berkeley no sea concebible la extensión separada de las determinaciones de lo concreto, porque no podemos entrar fácilmente en las concepciones de los demás, pero lo que no admitimos es la prueba de que por no concebible es no existente, porque eso es simplemente antropocentrismo. Existencia y concepción no hacen una sola cosa. No tengo ninguna percepción del movimiento orgánico y el movimiento existe; ni tengo percepción del movimiento molecular, que sin embargo existe. Antes que Lavoisier separara el oxígeno del aire, el oxígeno existía en el aire por más que éste fuera concebido por sus predecesores como elementos de la naturaleza y un componente en él fuera inconcebible.

Existencia y percepción; existencia y concepción no son lo mismo.

Es verdad que lo que no conozco no existe para mi conocimiento y lo que no es conocido por nadie no existe para el conocimiento en

general, pero esta particularidad de relación nada tiene que ver con la existencia absoluta.

Así el sistema de Berkeley falla desde el momento de su constitución y carece de fundamento en sus bases como en su desarrollo: La proposición "No es concebible un árbol existente por sí", es verdadera realmente; pero quitad de esto la concepción y encontraréis, que sin embargo, existen infinidad de árboles sin la concepción del árbol. Y si la existencia nos confunde, tendremos que convenir indiscutiblemente en que los árboles están sin la concepción.

Diariamente estamos refutando el criterio de Berkeley con la distinción usual que hacemos entre los términos **descubrir** e **inventar**. Para este Obispo, si forzamos un poquito su teoría, para explicarnos más claro, cuando decimos: Cristóbal Colón descubrió América, debiéramos decir: Cristóbal inventó América, proposición que inmediatamente nos repugna, y de hecho rechazamos como falsa.

El más grande error de cierta filosofía es confundir las ideas que tenemos de las cosas y su existencia; y nuestra mayor verdad, en consecuencia, la evidencia inmediata de la realidad exterior a base de la diferenciación fundamental entre ser y concebir, ser y percibir.

Pero esta realidad de separación no debe llevarse a los extremos límites, colocando estas dos entidades en diversos mundos. Separémoslos dentro del pensamiento abstracto, pero démosles unidad dentro de lo concreto. ¿Existe, pues, un lazo de unidad entre la cosa y la concepción? ¿Existe algo que los una y que los complementa?

El ser y la concepción son diversos; pero el ser es la base y el fundamento de la concepción. Podría existir el ser sin la concepción, pero no la concepción sin el ser.

Posteriormente entraremos con detalle en estas consideraciones. Por ahora bástenos dilucidar el punto central de la unidad referida.

La conclusión final de la filosofía Berkeliana y su más importante resumen, para nuestro fin, es el siguiente: "El convencimiento total de que vemos las cosas en su verdadera forma y de que no debemos

preocuparnos por sus naturalezas desconocidas o existencias absolutas”.

Este resultado llevó a la filosofía a posiciones agnósticas que colocaron la realidad fuera de nuestro alcance.

David Hume, discípulo del señor Obispo, llegó a negar toda sustancia, ya material o espiritual, toda relación de causalidad; y produjo una filosofía que pudiera llamarse de las sensaciones sueltas, en la que, con respecto a los hechos, no era admisible siquiera buscar la sensación de seguridad.

Manuel Kant afirmó la existencia de una cosa en sí, distinta de lo que aparece (conforme a leyes), pero inalcanzable, incognoscible, no para nosotros. Colocó pues, el mundo absoluto, el mundo verdadero, fuera de la posibilidad del conocimiento.

Lo mismo hizo el positivismo, impugnando la utilidad de la metafísica, las existencias absolutas, el respaldo material de las cosas, y el emporio –criticismo moderno que trata de referirse solamente a una experiencia universal, como fundamento del ser, es decir, de definitiva, a un complejo de sensaciones.

El materialista Engels refutó el concepto de la cosa en sí incomprendible de Kant, afirmando que esa cosa en sí ha llegado a ser “cosa para nosotros”. Usaba como ejemplo el caso de la “alizarina, substancia colorante de la rubia granza que obtenemos ahora, no solamente tratando raíces de granza, sino más económicamente y por un procedimiento más sencillo, tratando alquitrán de hulla”.

De esto se ha dicho que es como tomar el rábano por las hojas, y es verdad que el ejemplo puede ser refutado, por cuanto subsiste la pregunta fundamental sobre la existencia misma de la alizarina. Pero esto es un ejemplo, nada más. Todos sabemos que las investigaciones científicas se orientan hacia el descubrimiento de la última realidad, en un sentido monista. La química tiende a ser una física del átomo. Descubierta esta realidad, esta última realidad, el problema de la cosa en sí habría desaparecido. No debemos confundir nuestra propia ignoran-

cia, nuestras dificultades de conocimiento, progresivamente allanadas cada vez más, con la incognoscibilidad de las cosas.

Estamos en un mundo, formamos parte de una realidad, somos productos de la realidad misma y, en consecuencia, en nosotros tenemos la esencia misma del mundo. La característica fundamental del hombre es la de tener un pensamiento; esto es lo que nos aturde y nos hace creer en cosas extraordinarias. Pero, si hemos de ser lógicos, tenemos que considerar ese pensamiento como producto del mundo y como su reflejo. En el mundo mismo, entonces, en su organización general, debe estar el germen del pensamiento. No por supuesto, en forma substancial y consciente (no confundamos nuestras ideas empíricas con la realidad), sino simplemente en forma de enlace, de relación inconsciente y sólo de hecho. Producto del mundo, vida y espíritu deben ser un microcosmos, deben estar estructurados con la misma esencia. Añadamos solamente al hombre la conciencia de sí, el hecho de que el hombre puede ser su espejo; y estructurémoslo sobre las bases fundamentales de la realidad funcionando y viviendo como ella.

Y ahora volvamos a un filósofo antiguo, Anaxágoras, que ya previó esa organización fundamental. Anaxágoras es el introductor del Nus, en la interpretación de la realidad. Nus tenía el sentido de mente, intelecto, razón; pero no en el sentido de consciente de sí mismo. Estaba en las cosas, en su desarrollo, sólo como proceso, no como finalidad, pues este criterio es un criterio humano, ya no es lo estrictamente existente sino lo empírico. Aclaremos esto ayudándonos de la explicación textual de un idealista, del alemán Hegel: "El movimiento del sistema solar se verifica según leyes invariables; estas leyes son la razón del mismo; pero ni el sol ni los planetas, que giran en torno al sol conforme a estas leyes, tienen conciencia de ellas. El hombre extrae de la existencia estas leyes y las sabe".

Pero, agreguemos: el hombre extrae de la existencia estas leyes debido a que tiene en sí la organización esencial del mundo, pues es obra de él, desde su constitución y durante toda su experiencia del mundo. Su pensamiento, entonces, procede, pero de acuerdo con la organización de ese mundo que es su fundamento, y, dándose conciencia de esto, le llama a este proceso razón

El fondo de la realidad es nuestro y a él, progresivamente, nos aproximamos. Podemos penetrar en él porque somos su producto y estamos organizados conforme a su proceso. Somos la parte de la naturaleza que adquiere conciencia de sí, pero estamos dentro de sus leyes. Adquiriremos plena y total conciencia, a fuerza de experiencia, de instrumentos, de perfección, de movimiento incesante de vacilaciones, errores y aciertos relativos. Pero es posible la plena y total conciencia de esa realidad porque estamos tan cerca del mundo y dependemos tan estrechamente de él como el fruto de su árbol. Nos movemos con él.

Ser y percepción no son la misma cosa, pero la percepción tiene la raíz del ser. Cosas y conceptos son diversos, pero estos son reflejo de aquellas que son sus bases.

Distingamos, pero unamos. Realidad y concepción tienen un punto central de unidad que es proceso en las cosas y que en los hombres, siendo conciencia, es proceso también.

Existe una realidad en sí, somos parte de esa realidad, y podemos conocerla porque hacemos una sola cosa con ella.

PABLO PALACIO

Revista *Bloque* No. 2

Año 1 No. 2 Mayo de 1935

SIERRA

Éste es un viaje de siete días y usted caballero, caballero en una mula flaca, tiene por bien insultar a las autoridades civiles, y a las militares, y a las eclesiásticas. Unas veces el sol le latiguea las espaldas, de la salida a la puesta. Otras, el cierzo le masca los huesos.

Me place imaginarlo, a usted señor, al tiempo de ascender una de estas grandes arrugas terrestres, la silla casi ya en las ancas de la mula flaca, a consecuencia de la cual usted, señor, es caballero.

De aquí a diez leguas hay un techo de paja y si usted llega allá, aunque hay chinches, antes de concederle abrigo se aseguran de que no sea soldado.

Usted se rasca. Usted ama.. Usted se fuma un pitillo. Usted echa una miradita al horizonte. Usted se divierte mucho con todo lo grande que es esto. Usted aspira el aire puro de las montañas con el objeto de asegurar a sus amigos que aquello era regularmente vivificante.

Aquí no es verdad que para la tierra cada siete años sea sábado. La naturaleza es judía y a la tierra, le exige. Todo el tiempo se está oliendo. Huele a quinina, a fresno, a cedro, a albaricoques y a tierra! Pero también es cierto que aquí para ella todos los años son sábado, porque no queremos oler nada, nada, nada.

El viento se ha creído que entre los árboles hay tubos,

La paja crece alta, seca, gris y desgarbada como señorita de provincias.

Con un poco más de frío, la nariz se le haría a usted un helado.

Bien lejos, dos ramas que rozan con fuerza chillan como condenados: una vez y otra; otra y una vez. Así sen balancín y con batuta.

¡Y usted aquí solo, sin tener un amigo para que le aconseje!

En la ciudad le habrían dicho: ¿Por qué no te escribes un libro? - ¿Por qué no te enamoras de Adriana? -¿Te hubieras levantado un poco más temprano! -¿Por qué no ha venido usted a verme? -Le aconsejo que se compre el caballo.

O habría usted visto, en la ciudad, a las damas que echan tan atrás la cabeza que parecen perros de caza.

Pero con todas estas garantías aquí, su corazón está en un puño.

Ahora el viento le cerca y envuelve. Usted ve que el espacio se mueve; ese espacio gris: turbio, opaco, espeso. El aire se agita y el horizonte se desdibuja; algo se viene contra usted y lo cubre. No hay montaña y sólo existe lo gris. Usted se admira de respirar una masa espesa, que le sobrecoge, le pone en ridículo y le hace sándwich.

En el mundo sólo existen dos cosas: su notable persona y la niebla. Su notable persona y la niebla.

Usted tiene miedo de encontrarse tan sólo, en medio de la niebla. De estar acompañado, de estar acompañado por un habitante de estos lugares grises, usted, por espantar al miedo haría una pregunta:

-¿Lloverá mañana?

Y de estar usted muy cerca, demasiado cerca del americano, podría ver que éste alarga un brazo y luego le responde:

-No: la niebla está seca, porque el americano de adentro tiene las manos de palpar niebla que usted nunca ha encontrado en su vida. ¡Y pensar que toda niebla debiera ser húmeda!

¡Y estar aquí solo, sin tener un amigo para que le aconseje!

Espere usted, que a la mañana puede desquitarse –puede imaginar que se desquita.

Ha coronado la montaña. Por casualidad no hay una nueva atrás. Está usted en el “portete”, ese burladero que todas las montañas tienen y por donde se escapa uno hacia el valle, cálido, con ananás, con caña de azúcar, con melones hidrónicos.

¡O! ¡O!

No hay valle. Ha desaparecido el valle. Sólo hay nubes emplazadas en el valle, y como usted está bien alto, en el portete, resulta estar sobre las nubes.

Si usted ha creído que el cielo es aquello en donde las nubes suelen pasar el tiempo, ha caído el cielo.

Si usted viene de adentro, no olvide decir "¡O, O!"

Nubes blancas, hacinadas, fundidas, blancas otra vez, poseyendo el valle. Y en alguna parte está el sol, el sol colorado, sajón y salchichero, que echa una mancha roja sobre el más lejano límite de la masa blanca.

Los colores están en este orden, partiendo desde usted:

blanco - bastante;
rojo - cinta delgada;
azul - todo el resto.

Si usted viene de adentro, no olvidará decir que éste ha sido el más maravilloso espectáculo que tuvo en su vida ¡en su pobre vida! y con las nubes bajo los pies.

Pero luego va a llegar a la ciudad. Allí encontrará mujeres con las narices tan en alto como perros de caza. Allí se dará cuenta de que un *maitre d' hotel*, con anilinas comestibles, puede trabajarle un budín más maravilloso que el espectáculo que quedó bajo el portete. Y...

O, O. La naturaleza.

¡Que me vengan a mí con la naturaleza!

Pablo Palacio
Revista Universitaria No. 3
Octubre - Noviembre 1930

ESTATUTOS DEL GRUPO

SEÑORES

Dr. ANTONIO SANTIANA y FRANCISCO
TERAN,

Secretarios General y de Comunicaciones del
Grupo "AMERICA"

CIUDAD.

SE EXPIDIO el siguiente Acuerdo:

EL PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LA
REPUBLICA,

Vista la solicitud presentada por los señores Se-
cretarios General y de Comunicaciones del Grupo
América, de esta ciudad, y estudiados los Estatutos
reformados de la indicada Entidad,

ACUERDA:

APROBAR los Estatutos reformados del Grupo
América, de esta ciudad, para los fines establecidos

en el Título XXXIII del Libro Primero del Código Civil, con la siguiente modificación:

Al final del artículo 43, póngase lo siguiente: "ni de carácter religioso".

COMUNIQUESE.—Palacio Nacional, en Quito, a diez y nueve de noviembre de mil novecientos cincuenta y seis.—Por el señor Presidente Constitucional de la República.—El Ministro de Relaciones Exteriores, Encargado de la Cartera de Educación,—
f) CARLOS TOBAR ZALDUMBIDE".

PARTICULAR que transcribo a usted para su conocimiento y fines consiguientes.

DEVUELVOLES un ejemplar de los Estatutos debidamente aprobados.

DIOS, PATRIA Y LIBERTAD,

Dr. Aurelio García,
Subsecretario de Educación.

Estatutos del Grupo América

CAPITULO I

Finalidades

Art. 1º—El Grupo América, Entidad establecida legalmente por Estatutos aprobados por Acuerdo Ejecutivo N° 846, de 8 de agosto de 1939, funcionará de acuerdo con las reformas que se han incorporado en los presentes Estatutos, los mismos que regirán desde la fecha de su aprobación por la Función Ejecutiva.

Art. 2º—La sede del Grupo América es la ciudad de Quito, podrán fundarse filiales en otros lugares.

Art. 3º—El Grupo América, fundado el 13 de Abril de 1931, es un organismo de cultura, que tiene las siguientes finalidades:

- a) Contribuir al desarrollo de la cultura nacional y difundirla entre las clases populares;
- b) Fomentar la solidaridad espiritual entre los pueblos del continente Americano;
- c) Establecer intercambio intelectual con las naciones americanas y los centros culturales y científicos del mundo;

- d) Provocar la organización de grupos similares en los demás países del continente;
- e) Laborar por la desaparición de las diferencias que mantienen o pudieran mantener desunidos a los pueblos americanos;
- f) Colaborar en la defensa y afianzamiento de la libertad y la democracia;
- g) Impulsar y apoyar las actividades culturales de los socios;
- h) Ejercitar su actividad de tal manera que el prestigio intelectual del Ecuador se difunda en el Continente y,
- i) Trabajar por el establecimiento de la casa de América.

CAPITULO II

De los Socios

Art. 4º—Son socios del Grupo América quienes actualmente lo constituyen y los escritores, artistas y hombres de ciencia, a los cuales el Grupo designe con calidad de tales.

Art. 5º—Los socios son activos, correspondientes y honorarios.

Art. 6º—Son socios activos los que integran actualmente la Institución y los que sean elegidos posteriormente. Son sus deberes y atribuciones:

- a) Elegir y ser elegidos para los cargos señalados en los Estatutos;

- b) Propender, en toda forma, al cumplimiento de las finalidades del Grupo;
- c) Cumplir las comisiones y ejercer las representaciones que les encomendare el Grupo;
- d) Pagar las cuotas, y
- e) Donar a la Biblioteca dos ejemplares de las obras que publicaren, y contribuir a su incremento, anualmente, con un libro.

Art. 7º—Son socios correspondientes aquellos que fueren designados, en el exterior, con el carácter de tales.

Art. 8º—Sus obligaciones son:

- a) Enviar sus obras a la Biblioteca de Autores Americanos;
- b) Procurar el canje y fomento bibliográfico, mediante la cooperación de instituciones públicas y privadas del país en que residieren;
- c) Cumplir las comisiones y ejercer las representaciones que les confiare el Grupo;
- d) Procurar la organización de grupos similares en el país de su residencia, y
- e) Colaborar en las publicaciones del Grupo.

Art. 9º—Son socios honorarios los que por sus relevantes ejecutorias o servicios prestados a la cultura, sean acreedores a esta distinción.

Art. 10.—Para ser socio activo o correspondiente se requiere haber realizado obra notable en el campo de las letras, de las artes o de las ciencias.

Art. 11.—La candidatura de un socio será presentada por escrito, por tres socios activos, y aceptada con el voto secreto afirmativo de la mayoría.

Art. 12.—Dejará de ser socio:

- a) Quien no cumpliere las disposiciones de los Estatutos y resoluciones de la Entidad;
 - b) Quien fuere separado por motivos calificados.
- En ambos casos, previa resolución del Directorio.

CAPITULO III

De la Asamblea

Art. 13.—La Asamblea, compuesta de los socios activos, es la autoridad máxima del Grupo América, y tiene las atribuciones siguientes:

- a) Reformar y aprobar los Estatutos;
- b) Elegir a los miembros del Directorio;
- c) Resolver los asuntos que fueren llevados a su conocimiento por el Directorio o por tres socios activos, y
- d) Ejercer atribuciones tendientes al mejoramiento de la Institución.

Art. 14.—La Asamblea sesionará, obligatoriamente, en la primera quincena de diciembre de cada año para elegir a los miembros del Directorio o a una parte de ellos, según lo dispuesto en el Art. anterior y en el Art. 20 de estos Estatutos; sesionará también cuando lo convocare el Directorio o lo solicitaren por lo menos tres de sus socios activos.

Art. 15.—La Asamblea sesionará con la mitad más uno de los socios activos que se encontraren en la ciudad.

Si no se llenare este requisito se fijará otra fecha próxima y sesionará con los socios que concurrieren.

CAPITULO IV

Del Directorio

Art. 16.—Estará constituido por los siguientes dignatarios:

Presidente,
Vicepresidente,
Director de la Revista "América",
Director de la Biblioteca de Autores Americanos,
Secretario,
Procurador,
Tesorero y
Dos Vocales.

Art. 17.—El Directorio será elegido por votación secreta. Los socios que no concurrieren personalmente, podrán enviar su voto en sobre cerrado antes de la Asamblea.

Art. 18.—El Directorio entrará en funciones en enero.

Art. 19.—Sesionará, obligatoriamente, cada quince días, y extraordinariamente, cuando lo convoque el Presidente.

Art. 20.—El Directorio durará dos años en sus funciones y será removido, anualmente, por grupos de cinco y cuatro de sus miembros, en la siguiente forma: Primer grupo: Presidente, Vicepresidente,

Director de la Biblioteca de Autores Americanos, Secretario y Tesorero; segundo grupo: Director de la Revista, Procurador y Dos Vocales.

CAPITULO V

Del Presidente y el Vicepresidente

Art. 21.—El Presidente es el representante legal del Grupo América, y son sus funciones:

- a) Dirigir y controlar la vida administrativa y económica del Grupo;
- b) Convocar a la Asamblea y al Directorio;
- c) Representar al Grupo en los actos públicos y en las relaciones del mismo;
- d) Responder de los bienes del Grupo América, y
- e) Presentar anualmente a la Asamblea un informe sobre las actividades del Grupo en el respectivo período.

Art. 22.—El Vicepresidente asumirá las funciones del Presidente, cuando éste, por falta o impedimentos mayores de 30 días, no pueda ejercerlas.

A falta del Vicepresidente, lo sustituirá uno de los Vocales, en el orden de su elección.

Art. 23.—El Presidente podrá ser reelegido por una sola vez; para una tercera elección deberá mediar por lo menos un período.

CAPITULO VI

Organismos del Grupo América

Art. 24.—Para el mejor cumplimiento de sus finalidades, el Grupo América mantendrá necesariamente:

- a) La Biblioteca de Autores Americanos, de servicio público;
- b) La Revista "América".

CAPITULO VII

De la Biblioteca de Autores Americanos

Art. 25.—El Director desempeñará las siguientes funciones:

- a) Establecer intercambio de publicaciones periódicas y de libros;
- b) Publicar un Boletín Bibliográfico, y
- c) Mantener abierta la Biblioteca para el servicio del público.

Art. 26.—El servicio de la Biblioteca y los deberes de sus empleados se regularán por medio de un reglamento.

CAPITULO VIII

De la Revista "América"

Art. 27.—El Director de la Revista cumplirá las siguientes finalidades:

- a) Publicar la Revista "América", semestralmente;
- b) Difundir a través de sus páginas las expresiones de la cultura nacional en todas sus manifestaciones;
- c) Convertirla en órgano de realización de las aspiraciones y labores del Grupo; y
- d) Procurar la conexión entre los diversos órganos de publicidad y entidades culturales del país y del Continente.

CAPITULO IX

Del Secretario

Art. 28.—Sus funciones son:

- a) Convocar con autorización del Presidente a la Asamblea y al Directorio;
- b) Llevar el libro de actas de las sesiones;
- c) Atender a la correspondencia del Grupo, y
- d) Realizar las demás funciones de secretaría.

CAPITULO X

Del Procurador

Art. 29.—El Procurador tendrá a su cargo las actividades legales, judiciales o extrajudiciales, que interesen al Grupo.

Art. 30.—La secretaría pondrá a disposición del Procurador cuando éste lo solicitare, los documentos y demás medios que faciliten su gestión.

CAPITULO XI

Del Tesorero

Art. 31.—El Tesorero tiene la obligación de recaudar:

- a) Las cuotas ordinarias y extraordinarias de los socios;
- b) Las subvenciones, y
- c) Todos los demás ingresos.

Art. 32.—La inversión de fondos se hará con el visto bueno del Presidente, y de acuerdo con el presupuesto aprobado hasta febrero de cada año.

Art. 33.—El detalle del movimiento de Tesorería lo presentará semestralmente o cuando lo solicitare el Directorio, acompañando los comprobantes respectivos.

Art. 34.—El Tesorero será personal y pecuniariamente responsable del manejo de los fondos, y tiene

la obligación de supervigilar la conservación de la Biblioteca, muebles y demás pertenencias del Grupo.

CAPITULO XII

De las actividades sociales y culturales

Art. 35.—Mensualmente se llevará a cabo una reunión social y cultural, en la que por turno alfabético, los socios mantendrán charlas sobre temas de libre elección, que podrán después discutirse.

Art. 36.—El Grupo ofrecerá actos de carácter cultural cuando el Directorio lo disponga.

Art. 37.—Anualmente, el Grupo América tendrá una sesión-comida, en la que se llevarán a cabo los siguientes actos:

- a) Lectura del informe del Presidente;
- b) Toma de posesión de los miembros del Directorio, elegidos de acuerdo con el Art. 20;
- c) Presentación de nuevos socios, y
- d) Comentario de las obras publicadas por los socios durante el año.

Art. 38.—Cada año, en el mes de diciembre, circulará entre los socios, un folleto mimeografiado que contendrá, en forma de correspondencia, las iniciativas e inquietudes de los socios, los estudios y trabajos que están realizando, sus proyectos y perspectivas de buen éxito, o las dificultades con que tropezaren.

CAPITULO XIII

De los bienes patrimoniales

Art. 39.—Son bienes patrimoniales del Grupo América:

- a) La Biblioteca de Autores Americanos;
- b) Los bienes y enseres de su propiedad;
- c) Los fondos recaudados por el Tesorero, y
- d) Las adquisiciones a cualquier título.

Art. 40.—Los inventarios de las diferentes pertenencias del Grupo se formularán por cuadruplicado; un ejemplar será para el Presidente, otro para el Tesorero, otro para el Procurador y el último para la persona administrativamente responsable de la custodia de dichas pertenencias.

Art. 41.—Son fondos del Grupo:

- a) Las cuotas y contribuciones de los socios;
- b) Las subvenciones en general;
- c) El producto de la venta de la Revista y libros que editare, en la forma que se fije en el reglamento;
- d) La utilidad de veladas y demás actos culturales organizados o dedicados al Grupo, y
- e) Cualquier otro ingreso extraordinario.

Art. 42.—Para la enagenación, constitución de los derechos reales y en general, para todo contrato que afectare a los bienes patrimoniales se requerirá, previo el informe favorable del Procurador del Grupo, la voluntad mayoritaria de los socios activos.

CAPITULO XIV

Disposiciones generales

Art. 43.—No podrá el Grupo América intervenir, como tal, en actividades políticas ni de carácter religioso.

Art. 44.—Las actividades de los socios del Grupo, inherentes a su calidad de tales, como asistencia a sesiones, asambleas, conferencias, comisiones diversas, entrega de artículos para la Revista o representaciones ante otros organismos o en actos a que fuere invitado el Grupo, no serán objetos de remuneración alguna con cargo a los fondos de la Entidad.

Art. 45.—Cuando por cualquier motivo, el número de socios se redujere considerablemente, el socio o socios restantes asumirán la representación total del Grupo: ejercerán todas las funciones determinadas en estos Estatutos y procederán a reorganizarlo.

Art. 46.—No se podrá introducir ninguna reforma en los Estatutos antes de transcurrido un año desde la fecha de su vigencia; pero vencido este plazo, no podrá reformarlos por mayoría absoluta de votos, en la respectiva Asamblea, cumpliendo el trámite legal.

Las reformas incorporadas a los presentes Estatutos entrarán en vigencia una vez aprobados por la Función Ejecutiva.

Art. 47.—Los presentes Estatutos comenzarán a regir desde la fecha de su aprobación oficial.

DISPOSICION TRANSITORIA

Art. 48.—Por esta ve, en diciembre de 1956, se realizará la elección integral de los miembros del Directorio; pero el segundo grupo durará solamente un año en sus funciones.

Certificamos en forma legal que las reformas a los presentes Estatutos fueron discutidas y aprobadas en las sesiones del 11, 18 y 25 de octubre del presente año, a las cuales fueron convocados todos los socios del Grupo América.

Quito, 13 de noviembre de 1956.

DR. ANTONIO SANTIANA,
Secretario General.

FRANCISCO TERAN,
Secretario de Actas.

MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA:**SECCION GENERAL.**

APROBADOS por Acuerdo número 343, de esta fecha, con la siguiente modificación:

Al final del artículo 43, póngase lo siguiente: "ni de carácter religioso".

Quito, a diez y nueve de noviembre de mil novecientos cincuenta y seis.

CARLOS TOBAR ZALDUMBIDE,
Ministro de Relaciones Exteriores,
Encargado de la Cartera de Educación.

DR. AURELIO GARCIA,
Subsecretario.

Quinta Mesa Redonda

JULIUS ANDRUS ET ALII

Séptima parte Plástica



Claudio Mena Villamar

¿QUÉ ES AHORA EL ARTE?

Con motivo de los concursos de pintura y la apertura de los salones de arte en las principales ciudades del país (Cuenca, Guayaquil, Quito) el tema de qué se entiende por arte en la hora actual, cuál es el rumbo que ha tomado el arte, qué dicen los espectadores de las obras que ven, son preguntas que no pueden ocultarse y que es necesario desentrañar.

En primer lugar, un hecho real que puede detectarse es que el arte plástico se encuentra en crisis en nuestro país, lo cual puede generalizarse al resto del mundo.

Varias galerías de arte se han clausurado en las principales ciudades porque la comercialización de obras de arte se encuentra en crisis, por diversos factores, entre ellos, porque lo que el público consume en materia de obras de arte, son las obras de realismo elemental, que representan el gusto de una clase media sin mayor formación. Los concursos y salones más o menos tradicionales como la Bienal de Cuenca, el Mariano Aguilera de Quito, o el Salón de Julio de Guayaquil, se mantienen, pero las últimas presentaciones han tenido poca relevancia, recibieron serias críticas y el público ha empezado a alejarse de estas exposiciones.

Sería necesario iniciar una seria reflexión sobre las causas que están incidiendo en la situación del arte contemporáneo a escala internacional, lo cual demandaría un serio y largo trabajo de análisis y estudio,

que implicaría el análisis histórico de cada una de las modalidades y tendencias del arte actual.

Varios de los factores que provocan este clima de decadencia del arte en nuestro país, tiene relación con la situación del arte a nivel mundial, porque siempre nuestro arte vernáculo ha vivido de las influencias externas en numerosos aspectos y estas influencias siempre nos han llegado tardíamente y muchas veces deformadas.

Por ejemplo, la pintura denominada indigenista tuvo un antecedente claro en el muralismo mexicano y llegó a nuestros pintores cuando ya otras tendencias y escuelas habían florecido en los principales centros de arte del mundo. Mientras Picasso, por ejemplo, pintaba su *Guernica*, nuestros artistas seguían pintando indios, o cuadros impresionistas. En otros países, particularmente europeos, se desarrollaban todos los sucesivos ismos del arte contemporáneo.

El fenómeno de la globalización cultural, acentuada en esta época, debe tenerse en cuenta para cualquier aproximación al arte contemporáneo. En efecto, no cabe hablar de aislamiento cultural en materia artística, pues todas las tendencias, las escuelas, los movimientos en plástica, música, teatro, nos llegan inmediatamente por todos los medios de comunicación colectiva. Es evidente que un artista tiene que estar informado de lo que hacen otros artistas en el mundo, no para copiarlos, sino para detectar las transformaciones que va sufriendo el arte y que le pueden guiar en su obra futura.

Los jóvenes del mundo bailan al compás de los mismos ritmos, se visten con parecidos atuendos y admiran en las galerías las mismas obras de arte.

El público frente al arte actual

El sector que se encuentra desorientado en la apreciación de las nuevas obras es el público. Cuando empezaba a acostumbrarse al arte no figurativo, se encuentra ahora estupefacto cuando le enseñan como obra de arte cualquier cosa deformada, que puede ser un cartón arrugado, un amontonamiento de piedras o un arreglo con preservativos.

Más desorientado aún se encuentra cuando visita las instalaciones que son ambientes donde pueden exhibirse las cosas más extrañas y ocurrir las más curiosas presentaciones visuales, olfativas, táctiles y sonoras.

El público, que en su mayoría no ha recibido ninguna educación artística, algún momento, movido por la curiosidad entra a una galería y al mirar lo que allí se ha expuesto, cree que ha entrado en un mundo de locos, o que los artistas le han tomado el pelo. Pareciera que ésa es precisamente el objetivo del arte actual, o sea, sacarle al público de lo lógico, ponerle en el terreno de lo absurdo.

La pregunta que entonces brota es: ¿cuál es el camino actual del arte?

Para empezar a desenvolver la madeja, hay que encontrar los parámetros dentro de los que se desenvuelve el arte actual. En primer lugar, la evolución del arte ocurrida en el siglo XX, en gran parte ha derrumbado la concepción del arte tradicional que, en lo formal, consistía en poner colores sobre una superficie plana, obedeciendo a un dibujo y composición originales. Lo anterior significa que, en realidad, el arte "de caballete" ha dejado de practicarse, ha desaparecido en el ámbito del arte actual según las referencias que nos pueden dar las principales bienales que ocurren en América y Europa, que pueden ser las referencias más válidas que se tienen.

Ahora bien, la misma pintura de caballete, en los artistas que la practican, ha sufrido las transformaciones que en el siglo XX produjeron los principales ismos como el impresionismo, expresionismo, surrealismo, cubismo, etc., componentes de la historia del arte de Occidente.

El arte conceptual

Una profunda transformación al arte antes mencionado, lo ha dado el arte llamado conceptual, aparecido a mediados del siglo XX, pero es difícil llegar a una definición clara de lo que esto significa, porque la palabra conceptual remite inmediatamente al pensamiento mismo, que es lo que hace un verdadero arte cuando llega a cautivar al es-

pectador, porque lo emotivo y conceptual están ligados a la apreciación artística. Ninguna obra de arte de cualquier civilización estaría desligada de lo conceptual.

El arte, siempre tendrá referentes que se podrían considerar como conceptuales y no conceptuales, pero que hacen referencia a cierta elaboración mental. Recordemos que Leonardo da Vinci dijo que el arte "é cosa mentale". En efecto, toda obra refleja una intención, y se dirige a un espectador que por medio de los medios sensoriales realizará una elaboración mental de lo que tiene frente a él.

Es cierto que una vía del arte actual tiende a desprestigiar lo racional y se introduce en lo irracional, en la parte oscura del ser humano, en lo que Jung llamaría la sombra, pero esto ha ocurrido con frecuencia como lo demuestra la historia del arte. Tenemos ejemplos en el Bosch, los *Caprichos de Goya*, etc. Sin embargo, un arte que desprestigie la razón (que suele producir monstruos) seguiría siendo conceptual pues la razón puede desprestigiarse utilizando procedimientos racionales.

Como conceptual debería entenderse aquel "arte" que no apela a ningún recurso formal (entendido éste como colores, distribución de espacios y de formas, dentro de un marco específico) sino a la apropiación de objeto u objetos materiales sacándolos de su espacio propio, para situarlos en otro diferente, voluntariamente caprichoso, con el objeto de producir un impacto que podría llegar a la confusión, al asco y a la repulsión.

El arte conceptual, según Sol Le Wit, es aquel en que "la idea o concepto es lo más importante de la obra. Cuando el artista se vale de una forma de arte conceptual, significa que todo el proyecto y las decisiones se establecen primero y la ejecución es un hecho mecánico". Esta definición no convence porque la esencia no puede radicarse en la secuencia que da el artista a su obra, primero pensarla y luego ejecutarla. En muchas formas de arte, la ejecución puede ir a la par que el pensamiento y hasta antecederlo.

La emoción estética

La emoción estética ha estado históricamente ligada a las manifestaciones artísticas encuadradas dentro de lo que tradicionalmente se entendía por belleza que, a su vez, estaba circunscrito al arte figurativo. En efecto, retratos, paisajes, bodegones, escenas históricas, motivos religiosos, batallas, han sido motivos predilectos del arte figurativo. El artista para crear esos cuadros tenía que sujetarse a reglas claras y concepciones formales que lograban una obra bella.

¿Qué era lo bello? Lo que una cultura había determinado y, dentro de ella, obedecía a los criterios y gustos de las clases dominantes. Los artistas eran dependientes de los príncipes y monarcas y producían las obras que ellos contrataban a veces generosamente. Estos fueron los pintores de cámara y entre ellos, uno de los que más sobresalió en Europa fue Velásquez en la corte del Rey de España y poco después Goya.

La estética, como rama de la filosofía nació en Grecia en donde los dos valores fundamentales de su cultura fueron la sabiduría y la belleza. Se elaboraron entonces reglas precisas para la estatuaria. Por ejemplo, la proporción ideal y "bella" del cuerpo humano estaba en su altura que debía equivaler a la dimensión sumada de siete cabezas. Esta misma concepción pasó a los artistas del Renacimiento, en donde se respetó la llamada "regla de oro" para las proporciones de un cuadro y de sus motivos. En consecuencia, la belleza tenía que sujetarse a determinadas fórmulas desarrolladas por la estética.

Esta concepción de la belleza estuvo largo tiempo ligada al arte, pero éste dentro de su evolución, llegó a renegar de lo bello y a olvidar-se de la estética. En efecto, en el arte del siglo XX, se ha desprendido la estética del arte; en éste ya no se puede hablar de belleza. Dentro de él han entrado lo feo, lo deforme, lo amorfo, como medios para expresar lo que el artista se ha propuesto que, con frecuencia, es otro laberinto que hay que desentrañar.

Como se verá más adelante, los medios tradicionales del artista fueron los colores, las formas, las líneas, los collages. Ahora son los objetos, los espacios, lo que no ha recibido elaboración, sino que se lo ha tomado para provocar otras significaciones.

Como consecuencia de todo lo anterior, las frases: "qué lindo", "qué bello", "qué hermoso", han quedado relegadas para referirse a otros objetos, aquellos ceñidos al "gusto" genera, popular, mercantil, adocenado.

La evolución plástica

Tratándose de una creación humana, habría sido muy raro que el arte no hubiera sufrido transformaciones a lo largo del tiempo. Algunas de estas transformaciones han sido lentas y otras, en cambio, muy rápidas, ligadas a la aventura humana y al individuo específico, porque no se puede separar el arte de la sociedad que lo genera. Podría decirse que el arte cambia cuando las sociedades cambian. Por otro lado, cabe hablar de culturas en reposo y de culturas cuyo signo es el cambio permanente. Han existido épocas en que la gente podía reconocerse en el arte que producían sus artistas, pues existía una comunicación estrecha entre el artista y la sociedad a la que pertenecía. Esta natural comunión se explicaba por una corriente de unidad en los gustos y en las formas expresivas. El artista no estaba para "épater les bourgeois".

Esta situación desapareció cuando el artista adquirió valor e independencia relativa, cuando su status se transformó para convertirse en personaje de cierto relieve social y, en ocasiones, en personaje "maldito", o una especie de profeta incomprendido, tocado de un cierto misterio, pero dotado todavía de un lenguaje "plástico" que podía ser fácilmente descifrado.

Esto ocurrió en París con el nacimiento de los pintores que se denominaron "impresionistas", cuando en el campo de la ciencia se descubrió la mezcla óptica de los colores y la posibilidad de hacerlo en el propio cuadro, como ocurrió con el "puntillismo". Estos pintores se colocaron de inmediato de espaldas al arte académico tradicional y despertaron enorme atención del público. Sus lienzos fueron rechazados en los salones oficiales y los artistas se presentaron entonces en el salón de los excluidos, generando en torno de ellos una nueva aura de escándalo.

Poco tiempo después algunos artistas desearon emplear en sus cuadros los colores puros de su paleta y se atrevieron a exponerlos. Un

periodista que miró estos lienzos de colores audaces y violentos, declaró que el salón parecía una jaula de fieras. Inmediatamente estos artistas fueron considerados como "fieras" (fauves, en francés) y nació el "fauvismo".

Luego el arte fue dando nuevos pasos, asimilando las experiencias anteriores y vino la nueva pintura con Cezanne quien dijo que en la naturaleza solamente encontraba esferas, cilindros y cubos. Con Cezanne, según una expresión certera y metafórica a la vez, del escritor Eugenio D'Ors, el arte pasó de la borrachera impresionista a hacer ejercicios espirituales. Este fue el paso necesario para llegar a Picasso, Braque y Juan Gris los maestros del cubismo, en donde se plasma otra etapa en la aventura plástica. Aquí la figura no desaparece del lienzo, pero se halla sometida a un despedazamiento y al rigor de la geometría y de los colores planos.

El clásico lienzo se mantenía en todas estas transformaciones, aún cuando algunas aportes nuevos se hicieron como el *collage*. Afloraron nuevas tendencias: el expresionismo, el orfismo, el surrealismo, hasta desembocar finalmente en el no figurativismo en donde la figura quedó totalmente eliminada. En el cuadro solamente se encontrará un juego formal, basado en líneas, trazos, colores, textura.

Cuando el mundo entró a la era de la máquina, de la velocidad, del movimiento, en Italia aparece con Marinetti el futurismo. Estos pintores quieren pintar la velocidad y su creador llegó a decir que un auto de carreras es más hermoso que la *Venus* de Samotracia.

Los grandes impactos que ha sufrido la humanidad como las guerras, las persecuciones, las grandes tragedias han influido en el arte, el cual ha reflejado estas vivencias de soledad, de destrucción, de muerte, de vigencia de lo absurdo. Después de la primera guerra mundial, en 1918, el mundo del arte quedó exhausto y hubo que esperar cierto tiempo para que tomara nuevos bríos. En el período de entre-guerras se asiste al auge del hitlerismo en Alemania y de su política antisemita. El arte que predica el nazismo es contrario a las vanguardias que habían permanecido vigentes. En Rusia, la Revolución bolchevique de 1918 impone desde el Kremlin el arte proletario. Numerosos artistas se ven

obligados a abandonar sus patrias y a buscar refugio en otros países europeos o en Norteamérica.

En esta época es importante destacar la aparición en Alemania de la enseñanza del Bauhaus en la que Paul Klee influyó decisivamente en el nuevo diseño industrial. La escuela expresionista alemana exhibe buenos representantes, pero en general el arte, permanece dentro de las vanguardias conocidas hasta entonces.

El dadaísmo

El asco al mundo, la desilusión y las frustraciones, todo ello originado en los desastres de la primera guerra mundial, fueron factores que provocaron una reacción donde campeó el irracionalismo, la anarquía, la negación, la actividad subversiva. En el campo del arte, se dio un movimiento de rechazo a sí mismo, se dirigió a la búsqueda del absurdo y se le inventó un nombre: Dadá. Desde entonces, el dadaísmo es un antecedente imprescindible para la comprensión del arte moderno. Se ha dicho que es el primer movimiento de arte organizado internacionalmente. Numerosas obras de arte contemporáneo podrían inscribirse dentro de los preceptos dadaístas.

Resultado de este gran cambio en la concepción de la obra de arte, lo dio Marcel Duchamp cuando presentó en una exposición neoyorquina, un urinario como obra de arte.

En esta forma, el arte. ¿Había llegado a su límite o lo transgredió? Parece que en algún momento se habría dado ese paso de ir más allá, porque los motivos para ello estaban ya en el ambiente, se los respiraba.

En general, el arte de los museos no es un referente válido para el arte del porvenir. Las revoluciones dentro del arte han tenido objetivos diferentes. Unas transformaciones revolucionarias se han referido al ámbito exclusivo de la expresión, respecto a los elementos formales como el dibujo, el color, la pincelada, manteniendo el marco o el muro como el límite físico de la obra. Este sería el caso de los ismos a los que se hizo referencia. En este punto cabe diferenciar la profundidad de los

cambios, pues más radical, para encontrar un ejemplo, es la revolución cubista o abstracta que la efectuó por los impresionistas frente al arte que antecedió a tales movimientos. En efecto, el impresionismo no perdió la visión externa figurativa sino que se dejó seducir por la luz, por la impresión visual, vaporosa de la naturaleza. El arte abstracto o informal significó un cambio en el que se prescindió completamente de la figura, pero el cuadro siguió siendo cuadro y se continuó colocando colores sobre una superficie.

En cambio, después de Duchamp, "todo puede ser arte". Como lo decía un crítico, el arte de nuestro siglo es tan rico en fermentos y tan pobre en resultados. Puede demostrar todavía vitalidad, pero estamos lejos de esos finales de siglo y hemos entrado a otro milenio y los resultados no han mejorado, aunque han aumentado los fermentos. El arte se ha tomado todas las libertades posibles, ha obviado el lienzo, los pinceles y los colores, mientras rivaliza con la fotografía, la escultura, la informática y no existe objeto que no pueda utilizar ni que el artista mire como tabú.

Esta revolución es de tipo copernicano, como la que realizó Einstein en la física con su teoría de la relatividad y la irrupción de la física cuántica.

Después de Duchamp, el arte ya no es el mismo. La revolución del arte no consiste en cambiar la estructura del cuadro, sino en salir de él, en repudiarlo. Claro que en su época Duchamp, Picabia, fueron vistos como raros, se creyó que sus excentricidades iban a quedar como tales y que la pintura iba a continuar su camino como pintura. El porvenir fue la muerte de la pintura, como elemento eje de la obra. Ella está ya enterrada en el arte contemporáneo y se la podrá tomar en cuenta como cualquier otra manifestación del mundo natural.

Todas las experiencias formales han sido utilizadas y se encuentran agotadas. Ni el color, ni el dibujo ni la forma daban para más. Entonces vino Duchamp con sus ready-made, el arte minimalista, el arte conceptual y, por último el arte efímero de las instalaciones. ¿Queda algo más por inventar?

Sobre la calidad artística

El erudito crítico Jorge Romero Brest, escribía a mediados del siglo pasado que la calidad artística designa "el conjunto de cualidades de una obra o de un artista, que escapan a la conceptuación, de acuerdo con un principio de origen bergsoniano. Cuando se dice de un artista que tiene calidad, se quiere destacar, en efecto, ciertas cualidades propias de la materia que emplea, del mismo modo que se destaca la calidad de un género, de una piedra o de un papel por las notas que lo distinguen de lo vulgar"¹.

Considera Romero que el artista de calidad es el que revela sensibilidad inédita, capacidad y imaginar no corriente y más que nada, potencia peculiar para expresarse. Para él, este modo de enfocar el problema es fuente de sofismas, tales como: que el tema no tiene importancia, que la forma plástica tiene valor propio, que no importa qué se expresa sino cómo se expresa, etc. Las apreciaciones anteriores son propias de la corriente informalista, son criterios subjetivos que si bien pueden afirmar una personalidad, no pueden fundar un arte. Según Romero, faltaría "esa nota expansiva de la forma que la convierte de signo de una cosmovisión individual en un signo de una cosmovisión universal". Entonces, el artista se encerraría en una peligrosísima soledad y debilitaría el arte, al juzgarlo solo por las calidades de la materia y de la forma.

En todo caso, con el arte contemporáneo esta discusión ya no tiene objeto. Romero Brest al referirse a la fundamentación del arte considera que la forma debe tener un carácter expansivo que la convierta de signo de una cosmovisión individual en signo de una cosmovisión universal. Esto podría ocurrir cuando aún cabía hablar de un estilo, cuando existía una compenetración colectiva, un lenguaje común, pero todo esto ha desaparecido en el arte contemporáneo.

Una cita de Wladimir Weidlé es oportuna. "El estilo es un alma común que se manifiesta en todo acto creador, es la predestinación colectiva de toda actividad personal de un artista"².

¿Podemos hablar en esta época de un alma común?. De ninguna manera. El mundo del arte se ha convertido en una frivolidad como

cualquier otra en las "célebres" bienales que se cumplen con apoyos oficiales, convertidas en certámenes necesarios para incentivar el turismo, encuentros y diálogos insustanciales con curadores que tratan de convencer a jurados ad-hoc, luego de la penosa búsqueda de artistas que "fabriquen" lo que se estila en tales encuentros.

Cuando el arte se disocia de un "alma común" el estilo desaparece y sólo queda la posibilidad de que el artista se cree para sí mismo una regularidad que no es estilo, sino manera. En este punto se encuentra ahora el arte que ya no puede llamarse pictórico ni plástico.

Si retornamos entonces al tema de la calidad artística, el juzgamiento y valoración de una obra es asunto completamente subjetivo, porque han desaparecido las referencias, los paradigmas. Entonces, afirmar que una obra es mejor que otra, es algo que queda sujeto a criterios personales, a un texto o séptimo sentidos e intuiciones que pueden o no aflorar frente a obras que generalmente suelen ser inexplicables por ellas mismas. De ahí que en algunas exposiciones se vuelve necesario entregar a los visitantes textos impresos a manera de guías que les expliquen las intenciones del artista y el mensaje trascendente de sus obras.

La posmodernidad

Como se dijo antes, el arte contemporáneo ya no atrae al público. La curiosidad que ha sido siempre el impulso de la gente para ver arte, ha quedado defraudada después de un breve recorrido por los sitios de exhibición. Esto empieza a ser reconocido en todas partes. Las bienales de prestigio como São Paulo o Venecia, en sus últimas ediciones han tenido más detractores que defensores y como lo recuerda Omar Ospina³, la Bienal de Venecia fue calificada por los expertos de "triunfo de la mediocridad". Además, agregan que esta versión del evento veneciano es producto de una "transvanguardia desteñida y pobre que dejó al espectador ante un espectáculo general de desolación y falta de talento".

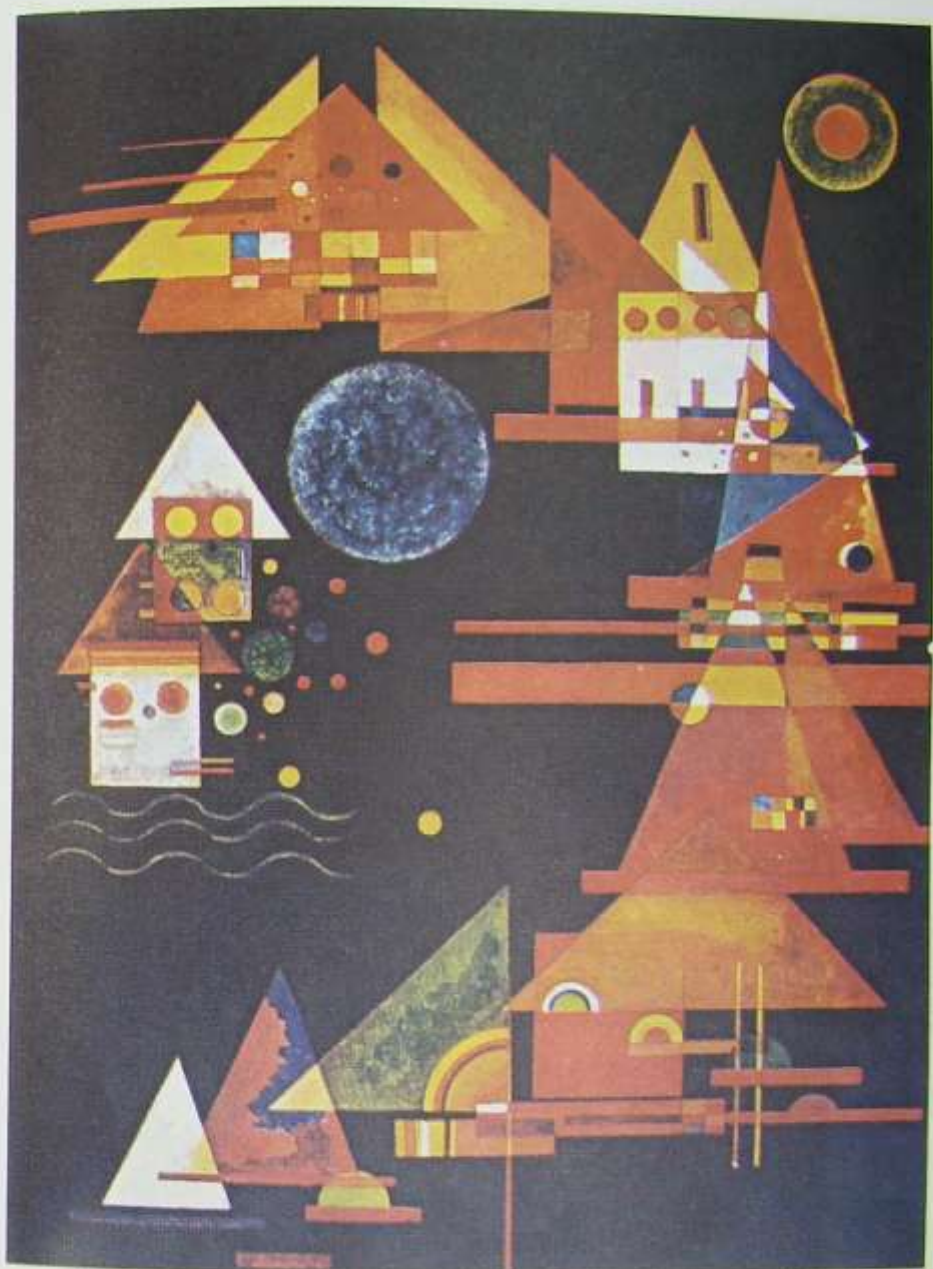
Para atraer el público se sugiere instruirlo, proporcionarle clases de "apreciación del arte" para que conozca los nuevos rumbos de la

plástica contemporánea y pueda deleitarse con los objetos que mira. Me imagino que lo que podría hacer un sabio profesor es referirse a la historia del arte y a obras que podrá "explicar" mediante reproducciones, pero cuando llegue a las obras "conceptuales", "minimalistas" o a las "instalaciones" la explicación que podrá hacer no será otra que la que hicieron ya hace muchos años los dadaístas y surrealistas, muchas de cuyas obras podrían hoy exhibirse como de arte contemporáneo. Ya André Breton, el apóstol del surrealismo, decía "hay que desaprender a pintar y a dibujar". No es difícil saber, sin embargo, lo que se puede hacer sin pintar ni dibujar.

Ya no se puede juzgar el arte actual con los patrones que proporciona el arte tradicional, pero ¿cuáles patrones existen para juzgar el ar-



Tres músicos, Pablo Picasso



Puntas en arco, Vasili Kandinsky



Desnudo bajando la escalera, Marcel Duchamp

te actual? He ahí la dificultad. Contemporáneos de Duchamp en su etapa de creación de lo "nuevo" fueron Francis Picabia y Man Ray. Este último fue el más fecundo, pero dejó la pintura por la fotografía. De él es la frase: "La foto es a la pintura lo que el auto es al caballo. Un caballero montado es cosa bella, pero prefiero el avión".

Al hablar de la posmodernidad del arte, este concepto se mantiene difuso. En efecto ¿qué es el posmodernismo? En general parece que la posmodernidad es un fenómeno que se puede ubicar a finales del siglo XX. El *Diccionario* de la RAE nos dice que esta tendencia se "caracteriza por su oposición al racionalismo y por su culto predominante de las formas, el individualismo y la falta de compromiso social". Nada de esta definición académica nos sirve para definir al posmodernismo porque él mismo es indefinible, pues se descompone en rutas diversas. El llamado "culto predominante de las formas" estaba bien para la tendencia todavía pictórica que dio predominio a lo meramente formal, o sea a los elementos plásticos puros, tendencia que pretendió encontrar nuevas posibilidades en este camino que acentuó el rechazo de la realidad figurada. Esa tendencia "vanguardista" se la encontró en los artistas que trabajaron en el segundo cuarto del siglo XX: Vasarely, Tapies, Le-Parc.

En cuanto al individualismo, se podría aceptar que el posmodernismo exalta la expresión libre del individuo, sin ningún condicionamiento, como podría ser una preocupación por lo social. El llamado "compromiso social" en el arte es algo que quedó definitivamente sepultado mucho antes de la posmodernidad.

Notas

- 1 Jorge Romero Brest, *La pintura europea contemporánea*. Fondo de Cultura Económica, México.
- 2 Citado en la obra de Romero Brest.
- 3 *El Búho*, No. 8.

Platón y Aristóteles

NOTAS A LOS TEXTOS

Octava parte Notas



Plutarco Naranjo

MONTALVO, LOS MUDOS Y RIDÍCULOS

Hay políticos, politicones y hasta politicastro que califican de mudos a quienes no comulgan con sus ideas, intereses o pretensiones. Hay también los vanidosos o jactancias que se sienten por encima de todos y a los que presumen están por sus debajo los califican mudos.

En esta azarosa vida hay toda una gama de mudos, desde los medio mudos, los mudos mudos y los mudos de remate. Hay quienes se hacen los mudos y quienes lo son en realidad. Hay muditos alhajas (esta palabra viene del árabe hispánico *alhagah*) y mudos antipáticos; hay mudos risueños y apacibles que, con inocente ingenuidad, hacen reír a todos y hay mudos feos y agresivos, que son una peste. Hay mudos vivarachos y oportunistas y hay mudos ladrones. Hay mudos picaros.

¿Quién es mudo? Según la Real Academia de la Lengua, es el "privado de la facultad de hablar. Muy silencioso o callado, habitual o momentáneamente. En el Ecuador: "Tonto, falto de entendimiento o razón".

Mudos han existido en todas partes y desde tiempos inmemoriales. En griego antiguo se llaman *dumm*, de donde pasó el inglés, como *dumb* que significa que no tiene la capacidad de hablar, silencioso, reticente, estúpido". Los latinos tuvieron su propia palabra: *mutus*, de donde pasó al italiano, como *muto*, a nuestra lengua y al portugués como *mudo* y al francés como *muet*.

También entre nuestros aborígenes hubo mudos. En quichua y en aymara se llaman *amu*, *jatun amu*, el gran mudo, el mudote; *amu amulla*, medio mudo. Como los quichuahablantes con frecuencia pronuncian la *o* española *u*, cómo se habrán reído los indios al llamar *amu*, es decir, mudo o tonto, a su patrón, a su señor, al que con redundancia tenían que llamar *amu patrón*, patrón mudo o tonto.

En nuestra literatura política no falta el mudo. En las *Catilinarias*, obra maestra de la diatriba, Montalvo trata de mudo a Ignacio Veintemilla. En carta a su fraterno amigo Rafael Portilla, dice: "Es preciso que seamos exactos en los cargos: deseo saber a ciencia cierta qué hay en esto, con las cantidades fijas. No olvide por nada este punto ni lo exageren, ni lo desfiguren.

Deseo igualmente saber qué hubo de cierto en esa desaparición de ciertas fojas del libro del Ministerio de Hacienda, con lo cual el Mudo robó veinte mil pesos. Cuál fue en este negocio el papel de Castrato, y qué circunstancias corrieron. Con puntualidad y exactitud todo. Citen el robo de los lotes del Banco. Ustedes dijeron 30.000, otros han dicho cuarenta y otros ciento: ¿cuál sería la verdadera? Algo más que ustedes sepan en punto a rapiñas y robos. Díganmelo poniéndose de acuerdo con M., quien por su parte es preciso me mande escritos los nombres de las personas y los lugares que intervienen en la aventura del Mudo en Madrid: exíjaseles, si él no quiere escribirme".

En otra parte le dice: "He aquí un punto singular. Debo al Mudo doscientos pesos, que se los pedí fiados en París en un terrible aprieto, y en mala hora. Hasta ahora no he podido tratarle como se le debe a causa de ser deudor suyo, aunque de esa miseria. Quedando yo solventado y libre de ese amargo recuerdo ya podré echarle a los perros todo él despedazado, como lo exige la pobre patria moribunda".

Saldadas las cuentas, Montalvo arremete con la furia del ciclón. Comienza calificando el valor y la significación de la libertad. "La libertad —dice— no es un bien sino cuando es fruto de nuestros afanes; la que proviene del favor o la conmiseración es ventaja infamante, a modo de esos bienes de fortuna mal habidos que envilecen al que goza de ellos, sin que le sea dado endulzarlos con el orgullo que la inteligencia y el

trabajo suelen traer consigo. Pueblo que no tiene desahogo sino la humilde queja, ni arbitrio sino el llanto, ni compasión merece, menos compasión de los demás”.

“¡Leyes... ¿para qué las quiere Ignacio de la Cuchilla?... No le preguntemos nada de esto porque él ha de responder: ‘Mi derecho está en la punta de mi puñal; mi derecho está en las puntas de mis uñas; largas como veis, sucias y retorcidas; mi derecho está en la punta de mi nariz, con la cual husmeo y descubro lo que cuadra con mi apetito; mi derecho está en mi negadéz; mi derecho está en mi ignorancia; mi derecho está en mi proclividad; mi derecho está en mi impudicia; mi derecho en este zurrón de vicios y perversidades que escondo en mi negro pecho’. Este bárbaro ha descendido a la República con su cola de troglodita, y en nombre del pecado y por autoridad del crimen ha implantado en ella las instituciones y costumbres de Sodoma”.

“Ignacio Veintemilla no ha sido ni será jamás tirano: la mengua de su cerebro es tal, que no va gran trecho de él a un bruto. Su corazón no late; se revuelca en un montón de cieno. Sus pasiones son las bajas, las insanas; sus ímpetus, los de la materia corrompida e impulsada por el demonio”.

Hay mudos glotonos que no sacian su apetito. Hay mudos golosos y tragones que se ríen con la boca llena. Otro vicio capital de Veintemilla es la gula. Oigamos a Montalvo: “La inteligencia come poco; la virtud, menos: los solitarios de la Tebaida estaban esperanzados en los socorros de los espíritus celestiales. Epicuro fue el corruptor de la antigüedad, y Sardanápalo está allí como el patrón eterno de los infames para quienes no hay sino comer, beber y hartarse hasta el cuello en la concupiscencia. Yo conozco a Sardanápalo: su pescuezo es cerviguillo de toro padre: sus ojos sanguíneos miran como los del verraco: su vientre está acreditando allí un remolino perpetuo de viandas y licores incendiarios. Su comida dura cuatro horas: aborrece lo blanco, lo suave: carne, y muchas; carne de buey, carne de borrego, carne de puerco”.

“¡Oh Dios, y cómo engulle, y cómo devora piezas grandes el gladiador! Ignacio Veintemilla da sogas al que paladea un bocadito delicado, tiene por flojos a los que gustan de la leche, se ríe con su risa de ca-

ballo cuando ve a uno saborear un albérchigo de entrañas encendidas: carne el primer plato, carne el segundo plato, carne el tercero; diez, veinte, treinta carnes. ¿Se llenó?, ¿se hartó? Vomita en el puesto, desocupada la andarga, y sigue comiendo para beber, y sigue bebiendo para comer. Morgante Maggiore se comía de una sentada un elefante, sin sobrar sino las patas; Ignacio Veintemilla se lo come con patas y todo”.

Y como mudo es sinónimo de *tonto*, ¿qué dice el *Cosmopolita*? “¿Hay hombre más ridículo, molesto e insufrible, que ese que anda llenando de carcajadas tiendas y casas con motivo de su propia sutileza? Pues yo afirmo que, aun cuando tenga alguna malicia intelectual, ése es un tonto, o por lo menos un necio. Querer reír de todo, en todas partes y a cada instante, ¿qué es sino pobreza de ese espíritu?”.

“El tonto es cosa terrible: entiende al revés una cosa, se ríe, no la entiende de ningún modo, se ríe; los casos tristes, él se los ríe; los indiferentes, se los ríe; y no por malo, sino porque piensa que allí es de reír, y que si no se ríe bien reído, pasa por tonto”.

“La risa con fundamento, que sirve de sentencia filosófica, la risa de Demócrito, esa es otra cosa. Unos sabios vierten lágrimas en contemplación de las miserias humanas, otros se ríen de ellas; no sé cuáles tengan razón; unos y otros tal vez; porque hay miserias ridículas, y miserias lastimosas. La risa y el llanto son hermanos gemelos, caminan a distancia de un paso y, como Cástor y Pólux, viven a días; mientras alienta el uno, muere el otro, y así se van sucediendo en alternación amistosa a lo largo de los siglos”.

Entre la risa del tonto, risa sin fundamento, y la risa del sabio y el hombre prudente, hay toda una dilatada gama de expresiones. Hay la risa de alegría y la risa histérica de la tragedia, la sonrisa del triunfo y la dolorosa y sardónica carcajada del fracaso. Casi todos los estados anímicos del hombre pueden convertirse en risa. Con la risa se goza y con la risa se llora.

“Hay risa fina y delicada, sal preciosa que azainetea el trato humano, y nos hace volver a su regosto; ella es tónico de la vida, sin el cual la tirantez de los sinsabores nos descompusiera del todo y nos tuviera

entregados a ese mal consumidor que se llama tristeza: la risa lo combate, lo destruye; el que puede reír de corazón, esté seguro de que comerá con apetito; la risa da hambre y alimenta, se burla de los quebrantos y obra sobre nosotros como si nos estuviera sacudiendo cariñosamente un ángel”.

“Hay risa que cae cual un martillo, risa feroz que sofoca y abruma al desdichado sobre quien está golpeando inexorablemente. Esta no siempre es un principio de salud, y la suelen tener en su organización esos hombres malignos, sarcásticos que se van por cualquiera senda tras el daño del prójimo, esta risa es amarga, deletérea; la risa de Antonio en presencia de la cabeza de Cicerón”.

“Hay risa hueca, retumbante cual trueno sin rayo; risa abombada y voluminosa, risa de tonto, en un palabra, que estalla sin oportunidad, suena sin melodía, y no hace más perjuicio que incomodar los oídos”.

“Hay risa espontánea, generosa, esa que brota como agua cristalina de la fuente, hay risa afectada: risa de conejo y hay risa con objetivo, risa calculada. Serpiente que acecha el paso de la víctima”.

“Hay quienes poseen su risa de especulación; riéndose mucho pasan por inteligentes, a menos; son convidados a almorzar; se engorran a buena mesa, sin que salga humo de su techo. Este alegre vividor tiene que ser muy maldiciente, muy noticiero, muy mentiroso; sino ¿de dónde había de tomar sus flechas? Su aljaba es la murmuración; su fuerza, muchas veces, la calumnia. Moteja a los ausente, da sogas a los presentes; chancea, anda zumbándose, despótica sin término, y es el que más festeja sus graciosidades y se inebria con las sales de su espíritu, dando la voz en esos chacotones donde piensan los bobos que están muy divertidos”... ¿Y los que se rien de imitación? Estos son los doctores por la universidad de ciencias fatuas. Los áulicos de Dionisio eran todos cortos de vista, andaban provocando a la gente con ese fruncir los ojos y ese mirar despacio que irrita a los mal sufridos”.

Estos pocos acápites constituyen bellos ejemplos de la prédica de Montalvo sobre la honestidad de los mandatarios y los principios de ética y de buenas costumbres de las gentes.

Los últimos párrafos corresponden al espléndido ensayo titulado *De la risa* y que como no se incorporaron en algunos de sus libros, son poco conocidos, máximo que se publicaron en forma póstuma.

Carlos de la Torre Flor

¿ESTADISTAS O SANTOS?

Eros y Tánatos, Marte y Venus, se entrecruzan una y otra vez en la larga y complicada trama de la historia humana, con desafortunadas implicaciones. Lo hemos dejado sentado en ensayos anteriores y, a riesgo de ser imputados de reiterativos, debemos volver sobre el asunto porque el devenir de los sucesos actuales nos obliga.

Según una nota de prensa pequeñita, en páginas secundarias, el cable internacional informó que el señor Kerry, candidato a presidente de los Estados Unidos en las últimas elecciones, antes de iniciar su campaña electoral tuvo la precaución de expatriar, muy estratégicamente, a una damisela con la que, presuntamente, tuvo amores extramaritales en un pasado cercano. Con ello creía evitar el acoso de la prensa sensacionalista, ávida de escándalos descalificadores para un candidato a tan alto cargo. Al parecer logró su objetivo porque a lo largo de toda la campaña nadie volvió a tocar el delicado tema.

Pero el episodio pone al descubierto, una vez más, la gran hipocresía de la sociedad usaíta, la terrible y lamentable confusión en las mentes de los electores de ese país, y muy probablemente de una buena parte de los electores de los países occidentales y cristianos, que comparten sus valores.

Esta grosera imbricación de Eros en una esfera que, dado el enorme poder bélico y la liberalidad en usarlo de la potencia dominante, tiene que ver inevitablemente con Tánatos, evidencia que, en esta era

de la información, la gran mayoría de los "informados" no están suficientemente "formados". Vale decir que carecen de las necesarias bases teóricas, de los conocimientos y de las orientaciones filosóficas como para discernir el significado y las implicaciones del acontecer social.

No es la primera vez que un candidato a la Presidencia de los Estados Unidos es descalificado ante la opinión pública por un escándalo de este tipo. Recuerdo a un senador de apellido Hart.

Políticos con excelente currículo administrativo, con buena formación teórica, con una muy apreciable hoja de vida, se han visto privados de aportar su concurso desde las más altas dignidades del Estado por culpa de sus desfogues génito-afectivos. Mutatis mutandi: más de un mojígato puritano, fidelísimo esposo dizque, como el actual mandámás globalizante, ha arribado a la máxima posición de poder sin tener un mínimo de aquellas cualidades y merecimientos necesarios para poder ejercer tan delicadas funciones.

Hasta que los movimientos de reivindicación femenina, desde mediados del siglo XIX, no empezaron con sus denuncias y sus pedidos, las sociedades de los países occidentales toleraban los *affaires* extramaritales de sus élites dominantes. Una buena parte de los hogares veían repetidos en estos comportamientos las experiencias de primera mano de su propio entorno, en el que las infidelidades, si bien no eran la regla, tampoco eran hallazgos de excepción.

Las relaciones extramaritales han sido una constante desde que el vínculo conyugal se tomó monogámico.

Pero no han sido la regla por varias razones. A saber: la primera, la desproporción entre población femenina y masculina se ha ido atenuando, a pesar de episódicos recrudescimientos debidos a las guerras. Así, el número de hombres y mujeres se ha ido emparejando y el universo de elección para ejercer la poligamia de facto se ha reducido. La segunda, aun en los períodos de gran desigualdad numérica hembra-varón, no todos los varones han reunidos las condiciones mínimas para optar por más de una pareja. Es evidente que el nivel económico es un gran limitante. Si no se logra ganar lo suficiente para mantener un

solo hogar, mal puede pensarse en iniciar otra relación, que conlleva necesariamente un costo. El otro limitante: si los niveles hormonales del sujeto a duras penas dan para sostener con suficiencia una coyunda monogámica, sería un error imperdonable la apertura de un nuevo frente de batalla.

Entonces el fenómeno de la infidelidad masculina -poligamia de facto- está influido por estos dos serios factores limitantes, pero que ha existido siempre, nadie lo pone en duda. Las sociedades han tenido que contar con él, a pesar de que, enérgica y explícitamente, los mandatos de las religiones cristianas lo han prohibido y hasta estigmatizado. Tuvo que ser considerado un pecado inevitable. Aunque esto de las interpretaciones de los códigos morales siempre ha tenido una flexibilidad y complacencia que ha ido más allá del ámbito amoroso, que hoy nos ocupa. Los sagrados libros dicen que más se alegran en los cielos por el ingreso de un arrepentido que por el de diez justos, y que basta con arrepentirse de todo corazón para purificarse y entrar al reino de Dios Padre. La gratificación emocional del pecado de la carne es tan grande que bien puede uno partir a su encuentro con la juiciosa y sabia intención de suspenderla justo a tiempo para arrepentirse antes de la muerte y no ir a dar con los huesos del alma en las ardientes piras del más profundo de los infiernos.

Algo así como lo que repetía, como cantaleta justificativa, el burlador de Sevilla, el arquetípico Don Juan: "Tan largo me lo fiáis, dadme acá lo que tenéis".

La rigidez del código escrito se ablandaba para devenir en la permisividad de la puesta en escena. Gracias a esa maleabilidad, las religiones han cabalgado airoosamente los avatares y vuelcos de las sociedades sin perder su poder e influencia.

Pero es desde el momento en que el feminismo cree que la reivindicación y la justicia pasan por ignorar las diferencias biológicas, y santiza la poligamia masculina, que ya no es posible plantear siquiera el tema sin que le lluevan los calificativos que van desde el púdico "políticamente incorrecto" hasta el de "cerdo machista", pasando por los de "jurásico", "ególatra", "antediluviano", etc., etc. Precisamente ahora,

cuando una considerable cantidad de estudios científicos está confluendo en afirmar la existencia de grandes diferencias en inclinaciones, formas de sentir y comportamientos sexuales entre mujer y varón y que son los que originan las diferentes maneras de vivir la relación amorosa. El feminismo, que tanto bien hizo al propugnar la abolición de injusticias ancestrales tiene dificultad para asimilar críticamente las inevitables diferencias.

¿Cuántas víctimas habrán de morir todavía, víctimas de políticos fanáticos guerreristas, cuántos errores y sufrimientos se tendrá que soportar aún, a consecuencia de estos desenfoces y errores de criterio al escoger a los gobernantes?

El líder político, cuando ha llegado a serlo por méritos propios, reúne muchas de las características que a los ojos femeninos, hacen más deseable a un varón: carisma, elocuencia, inteligencia despierta y sobre todo *poder*. Las mujeres han demostrado a través de los tiempos un irresistible apetito por los hombres poderosos, sea el poder de la clase que fuere: político, económico, social, intelectual, etc., etc. ¿Será realista pedirles a los políticos una resistencia a las tentaciones a toda prueba?

¿Una capacidad de renunciamiento y sacrificio sobrehumanos para no dejarse llevar por sus pulsiones atávicas?

El candidato a presidente sólo está diciendo, explícita o implícitamente, "yo quiero y yo puedo conducir la nave del Estado con buen rumbo en beneficio colectivo".

No afirma, ni puede hacerlo, "yo soy el modelo ético para la sociedad entera". Por mucho que buena parte de los sociólogos y los preceptores de moral crean que deba serlo.

La historia está llena de líderes con una frondosa vida afectiva, dentro y fuera del matrimonio, que han sido extraordinarios, presidentes, primeros ministros o reyes. Son tantos que no vale la pena siquiera poner ejemplos puntuales.

Francesca Piana

BORGES Y YO

Borges y yo es el título de una página que escribió Jorge Luis Borges sobre sí mismo. El "yo" se refería a ese ser interior, al que los humanos sentimos en nuestros adentros, al que quizás él, y sólo él, conocía, al cotidiano, al que comía, dormía y por la mañana se vestía. Borges, por otro lado, era el hombre público, el que se había convertido en 'gurú' de los intelectuales, el que llenaba auditorios, el que recorría el mundo con invitaciones para ser visto, escuchado y admirado.

Mi relato no es el de esa dualidad o del desdoblamiento del yo, que fueron temas centrales en la obra de Borges: el buscado que es el buscador, en *El jardín de los senderos que se bifurcan*; el traidor que es el traicionado, en *La forma de la espada*; el soñador que es el soñado, en *Las ruinas circulares*, etc; mi historia tiene que ver con Borges y yo, la que escribe.

En el otoño de 1982, una profesora de literatura inglesa de Phillips Exeter Academy, un preparatorio universitario de gran prestigio en Nueva Inglaterra, en donde también yo enseñaba, se me acercó para explicarme que su departamento tenía una suma considerable de dinero y había decidido invitar a Jorge Luis Borges a pasar una semana en nuestra institución. ¿Sería yo capaz de contactar a quien fuese para lograr ese milagro?

Y de milagro se trataba. Borges rondaba ya los 80 años. A los 50, perdió casi totalmente su vista y hacía mucho que no contestaba su co-



Borges

responsencia. Los que querían acceder a él, debían hacerlo a través de quienes tenían influencia sobre él, pues a Borges no le faltaban invitaciones. Cuando lo conocí, me di cuenta de que disfrutaba de haberse convertido en una especie de ídolo y en un viajero itinerante.

Fue con la ayuda del Centro de Estudios Latinoamericanos e Ibéricos en la Universidad de Harvard que logré que Borges incluyera a Phillips Exeter en su itinerario de ese año.

En los meses que precedieron la visita, cuando conversaba de mi proyecto con colegas de otras universidades, me advertían lo difícil que era complacer a Borges como invitado. Se me dijo que muchas veces había abandonado el podio desde donde hablaba, porque le habían hecho alguna pregunta impertinente; o que, simplemente aburrido de tanta admiración, o saturado por las pomposidades de quienes interpretaban su obra, se marchaba.

¡Y cuidado con las comidas y el lugar donde se lo hospedara...!

Conocía la obra de Borges bastante bien; era un autor favorito en nuestras clases de literatura. Inicialmente, me costó adentrarme en su estilo y entender las magistrales pautas de su literatura. Pero, terminé releyéndolo cada vez con más entusiasmo. Conocía al escritor; no conocía al hombre.

Frenéticamente, me dediqué a leer todo lo que estaba a mi alcance sobre Borges. Mientras más leía, más confusa se me hacía su imagen. Decidí preparar su llegada en la mejor forma posible y esperar que uno de sus supuestos 'malgenios' no dieran al traste con la visita y con la suma de dinero que se le había asignado.

Algunos días de primavera en Nueva Inglaterra suelen ser tristes y lluviosos. El viaje desde Connecticut –donde, en una universidad, Borges acababa de participar en un coloquio en su honor– a New Hampshire, debía ser por tierra. A las nueve en punto de la mañana, un tal día de abril entré en una especie de salón-biblioteca donde Borges, solo, sentado en una silla, sosteniendo entre sus manos su inseparable bastón, y con la mirada de ciego perdida en el infinito, me esperaba.

Sintió mis pasos e irguió la cabeza como sólo los ciegos saben hacerlo. Me presenté. Casi de inmediato hizo su entrada en el salón una mujer extremadamente delgada y exótica -a mi modo de ver-. Llevaba unos pantalones estilo pescador, negros y ceñidos, una blusa blanca y sandalias de tacón que dejaban ver unos pies largos y huesudos. Era morena, de mediana estatura, sus ojos eran levemente rasgados y una cascada de pelo lacio color pimienta le caía en el rostro. Era María Kodama, la compañera de viajes de Borges.

A Borges lo había visto yo en una conferencia en Harvard un par de años antes. Había incluso tenido la oportunidad de hablar personalmente con él -momento entrañable para mí, que alguien grabó en una bella foto de los dos-. Pero eso lo sabía yo. Él, con tantos miles de admiradores, no tenía idea de nuestro encuentro. Subidos ya en el coche, comenzamos a deslizarnos por las carreteras en medio de la lluvia. Se interesó por mi origen. Le conté de mi niñez ecuatoriana y de la vida de ese entonces conventual Quito. No sé cómo empezó, pero por un largo rato nos pusimos a cantar rondas infantiles, sobras de nuestra infancia

latinoamericana: "Arroz con leche, me quiero casar con una señorita de la capital...". "Jugando a la pájara pinta sentadita en un verde limón...".

Para cuando llegamos a Concord, Massachusetts, habíamos establecido una inusitada camaradería. María Kodama guardó silencio la mayor parte del trayecto. Nosotros disfrutábamos del momento como niños; ella parecía circunspecta.

En los días que precedieron al viaje, conocedora de la admiración que Borges sentía por los escritores del siglo XIX de Nueva Inglaterra, llamé a la Administración de Parques y Monumentos del Estado de Massachusetts, para informarme de las horas de servicio de la casa-museo de Louise May Alcott. Pensé que podríamos hacer una parada para que Borges descansara allí. La persona que me contestó me dijo que el museo estaba cerrado el día que planeábamos visitarlo. -¡Que lástima! Pensaba ir con un escritor ciego que está de visita en el país, le dije. -No se tratará de Borges ¿no? -me respondió sorprendentemente. Al escuchar mi afirmación, replicó que, para él, el museo estaba abierto a cualquier hora, cualquier día.

Seguía lloviendo cuando entramos en la casita de la autora de *Mujercitas*. Allí, al calor de una chimenea alimentada por gruesos leños, nos esperaba una comitiva de personas, con tacitas de té humeante y pastel de manzana recién salido del horno. Una guardaparques enorme, de pocos conocimientos literarios, pero muy consciente de la importancia del personaje, se apoderó de Borges, diciendo que era experta en guiar a ciegos. Borges disfrutaba del privilegio que le dieron de acariciar a gusto los lomos de los libros de la biblioteca de la Alcott. Antes de partir, la guardaparques se sacó su gran sombrero, lo colocó sobre la cabeza de cabellos ralos de Borges, se puso a su lado y me pidió que le tomara una foto.

Nueva Inglaterra es famosa por sus bellas y antiguas hosterías esparcidas en su zona rural. El pueblecito de Exeter tiene una, encantadoramente acogedora; allí hospedamos a Borges y a María Kodama. Lo vi entrar en la habitación, e ir tocando de una en una las paredes para familiarizarse con su nuevo ambiente. Supuse que esto le hacía menos dependiente de otras personas, particularmente de Kodama, a quien trataba con mucha deferencia.

Cerca de mil estudiantes de Exeter se habían preparado para su visita leyendo algunas de sus obras en varias lenguas, dado que no todos estudiaban literatura hispanoamericana. Afortunadamente, las traducciones de Borges al francés, inglés y alemán son abundantes y excelentes.

Habíamos planeado sus actividades de modo que no le produjeran mucha fatiga. Sin embargo, la noche de su llegada, le pedí a Borges que se dirigiera a la asamblea general por unos minutos. -¿De qué quiere que hable? -me preguntó. -De lo que usted quiera -le respondí.

En el escenario del Assembly Hall, donde muchas figuras importantes de la vida cultural y política de Estados Unidos han desfilado en sus más de doscientos años de existencia, había una mesa larga con tres sillas. Allí, con el rector a un lado y yo al otro, se sentó Borges.

Con una voz debilitada por los años y en un inglés británico se dirigió a la asamblea por pocos minutos. Su mensaje fue simple: "Lean. La lectura es el camino más corto y más seguro para llegar a la felicidad", dijo. Cuando dejó de hablar, la asamblea irrumpió en un ensordecedor aplauso que duró más tiempo del que empleó Borges en hablar. ¡Que fácil -pensé yo- es emocionar a la juventud con la belleza y la sencillez! Mientras tanto la mano del ciego buscaba la mía al borde de la mesa. -¿Lo hice bien? -me preguntó, con una humildad inusitada. -Usted lo está escuchando -repliqué emocionada.

En los días que siguieron, la figura de Borges caminando por los senderos del campus al lado de María Kodama se hizo tan familiar que parecía que siempre hubiera estado con nosotros. A veces yo iba a la hostería a almorzar con ellos. Entonces me di cuenta de que el Borges irascible, de reacciones imprevistas, de quien se me había hablado, había perdido sus aristas. Era un viejecito amable, que gozaba de la atención que le rodeaba. Comía de todo, elogiando las viandas que llegaban a su mesa. Quien alejaba los platos, ni bien eran depositados en frente de ella, era María; nada era de su agrado. Ella tuvo un trato amable conmigo, pero fue bastante distante con otros. Parecía no sentirse cómoda con el lugar que tenía junto a Borges. Él era el astro deslumbrante; ella apenas una sombra. Deseando que yo supiera que ella tenía

su espacio, un día me dijo: "Acompaño a Borges sólo cuando sale de viaje. Yo tengo mi propia casa, mi carrera, mi propia vida". Trataba a Borges con cierta brusquedad. "Agáchese, Borges, que se va a golpear la cabeza", le decía, con un tono un tanto duro, cuando Borges entraba y salía del coche. "Coma con cuidado para que no se chorree en la camisa", le recordaba con frecuencia cuando estábamos en la mesa.

María fue una discípula excelente de Borges. Presiento que ella fue la que se le aproximó primero para mostrar admiración al genio. ¿Sería ella la que voluntariamente empezó a ser su báculo? Era evidente que María tomaba muchas de las decisiones y que llevaba la batuta. Borges se mostraba solícito: ¿gratitud?, ¿amor? Lo que sí era claro era que tenían una afinidad intelectual extraordinaria. Él había dejado de escribir hacia rato. Confiaba a su memoria poesías cortas, que María transcribía al papel. En ese entonces, Borges estudiaba japonés gracias a la influencia de María, que tiene ascendencia japonesa. Le encantaba visitar Japón, donde era siempre bien recibido. Había descubierto una nueva cultura, una nueva civilización, y se encontraba fascinado con este descubrimiento. Los dos pasaban las mañanas estudiando escandinavo antiguo.

Borges entraba y salía de las aulas extasiando a los estudiantes. Por las noches se sentaba en los bajos de la magnífica biblioteca de Exeter. Pero, por las tardes, cuando Borges, María y yo nos juntábamos para tomar té, fue cuando me aventuré a hacer ciertas conclusiones sobre el ilustre huésped.

Cuando quise hablar de los autores del *boom* latinoamericano, me dijo que no los había leído, que no los conocía y que tampoco le interesaban. Si pudiera leer, volvería a leer mil veces a sus maestros, mayormente escritores ingleses, dijo. Pensaba que no se había escrito mucho de valor en su propia lengua: el español. Llevaba en su mente la biblioteca de Buenos Aires de donde fue bibliotecario y en donde pasó gran parte de su vida. Descubrí que suplía su falta de vista con una memoria privilegiada. Citaba libros, textos, páginas de las obras maestras que le habían nutrido, como si los estuviera viendo. ¡Qué ironía del destino, quitarle la vista al hombre cuya vida misma era la lectura!

Entendí por qué muchos críticos decían que Borges no era un escritor latinoamericano. Se sentía más heredero de la cultura europea en general, y de la inglesa en particular, que de una nueva cepa plantada en América Latina. No era sólo su estilo hermético, totalmente sugestivo, lo que le alejaba de sus contemporáneos, era su originalidad: el haber creado una literatura basada en la literatura misma y en la historia, el haber hecho cuentos con giros inesperados a base de ideas inexploradas que producían inusitados resultados. Su inspiración no se basó en la realidad inmediata, ni practicó el realismo mágico de otros latinoamericanos de esos tiempos. De las bóvedas de su biblioteca bonaerense extrajo el condumio de sus historias en la compañía silenciosa de los libros. Así nos hizo entender que las palabras del *Quijote* de Pierre Menard, aunque parecieran ser exactamente iguales a las de Cervantes, no lo son, porque Menard escribía en el siglo XX y Cervantes lo hizo a principios del XVII; que a Funes el memorioso le tomase otra vida, de iguales dimensiones a la primera, para recordar todo lo que había vivido; o que, en el drama del calvario, el sacrificio de Cristo necesitara de un Judas, convirtiéndolo en una especie de co-redentor: sin su traición no se habría llevado a cabo la crucifixión como nos la cuentan.

Borges no tenía interés en el presente, ni en la política, ni en el estado del mundo o la sociedad contemporánea. Vivía en un pasado elitista que aceptaba sin cuestionamiento la división de clases y las diferencias raciales, sociales y económicas. Borges tenía un talón de Aquiles, que era una absurda ingenuidad. Durante su primera visita a Estados Unidos, al oír hablar inglés a los que barrían las calles en alguna ciudad de Texas, se quedó estupefacto, dice Emir Rodríguez Monegal, en su *Biografía literaria de Borges*. Para él, porteño de nacimiento, en una ciudad anglosajonizada después de la Independencia del país, donde los ingleses se habían entronizado como una clase económica y socialmente superior, el inglés era la lengua de la clase alta, dueña de una cultura elevada, y no de barrenderos tejanos. Borges no ocultaba su preferencia por la cultura anglosajona y consideraba que la literatura inglesa era sin duda superior a la española. Lo extraordinario es que su obra la hubiese escrito en español y no en inglés, la lengua que tanto admiraba y la que hablaba con la soltura de un nativo.

No es sorprendente que se le hubiese negado el Premio Nobel año tras año. Nadie se lo merecía más que él. Pero aún en una época en la que todavía no se hablaba de lo importante que es ser políticamente correcto, la izquierda internacional sabía que Borges estaba desfasado, que no había evolucionado a las sensibilidades propias del siglo XX. Fue eso quizás lo que le llevó a aceptar una invitación de Augusto Pinochet y a recibir del dictador chileno un homenaje que fue criticado aun por sus propios admiradores.

Borges no vivía en el siglo XX; se encontraba a gusto en su esquinita de la historia donde las cosas parecían más simples, concretas y perennes. La complejidad, lo intrincado, lo recamado de la trama lo dejaba para sus creaciones literarias, que no tenían origen en realidades fácilmente identificables, sino en ideas destiladas de otras ideas.

Una tarde conversábamos sobre la música contemporánea, el rock and roll y las discotecas donde bailaban y se divertían los jóvenes. Mi descripción causó espanto a Borges. "¿Es verdad lo que dice Francesca?", preguntó a María. Lacónicamente, María respondió: "Sí". "Usted me está describiendo una escena dantesca", me dijo, lleno de perplejidad. ¡Cuán lejos había llegado el mundo desde los días en que los jóvenes bailaban el vals en salones perfumados!

Borges era un hombre clásico y cerebral a quien le importaba tanto el fondo como la forma. Era ajeno a toda vulgaridad. Su carácter estaba a tono con la era victoriana inglesa en la que reinó un puritanismo exagerado, ahora anatematizado. En lo personal, era un hombre circunscrito a un espacio, en el que no concedía sino roces periféricos a otras personas. Contemporáneos de Buenos Aires me han contado que el primer matrimonio de Borges no duró, a pesar de que su madre, antes de morir, le escogiera la esposa. Ésta no llegó al puntilloso refinamiento de Borges, que era un hombre de trato exquisito. Se consideraba más un 'english gentleman' que un caballero español, aunque su origen fuera ibérico.

La noche antes de que partieran, Borges, María Kodama, Peter Greer -un profesor del Departamento de Inglés- y yo cenamos en mi casa. La sobremesa se prolongó inusitadamente hasta pasadas las pri-

meras horas de la madrugada. Sólo se habló de libros. Él hablaba; nosotros escuchábamos. Como una cascada caían ideas, nombres de autores y de libros, citas y referencias. Borges me preguntaba si yo tenía ésta o tal otra edición de éste o tal otro libro. Yo corría a mi pequeña biblioteca para ver si por suerte tenía lo que el maestro pedía. A la mañana siguiente, cuando fui al comedor, lo encontré sembrado de libros cerrados, abiertos o semiabiertos, testigos mudos de esas últimas horas con Borges.

Tres años más tarde, moría Borges en Suiza, adonde María Kodama, convertida en su esposa poco antes de su muerte, lo había llevado.

Simón Espinosa Cordero

LA COCINA DEL ECUADOR, DE JULIO PAZOS

Todo libro tiene una portada como toda persona tiene una cara. La portada de *La cocina del Ecuador*, de Julio Pazos Barrera, lleva en la carátula la pintura, a primera vista, de un picnic cuencano y colonial. A segunda vista, de un negocio entre Guspollo y hornado de Sangolquí. Vemos una pareja debajo de un árbol cargado de duraznos abridores, asando a fuego lento unas aves aderezadas. La señora, bien vestida, con un collar de doble vuelta, sostiene el asador móvil. El marido, de sombrero blanco, abre los brazos en éxtasis. Detrás de la señora, un mozo de calzones rojos - que hoy llamaríamos bermudas - prepara sobre una mesa las morcillas. A su lado aparece la cabeza de un puerco en trance de ser asado, con esa sonrisa beatífica que hace de las cabezas del puerco hornado un primo hermano de los ángeles y de los ejecutivos exitosos. En la contratapa se prolonga la escena: la misma mesa, una mujer de brazos fuertes limpia con un cuchillo la grasa del interior de la cuchicara, las hojas del mismo árbol asoman entre la mujer y un cobertizo abierto, de techo rojo, en cuyo interior cuelga de una viga, desparrado, un borrego desangrándose. Otro mozo, de sombrero y calzones rojos, cuchillo en boca, va con las manos exprimiendo las carnes del animal para que sangre pronto sobre un recipiente en el que se acumula los ingredientes para las morcillas y el locro. Una gran mosca desde el suelo contempla la escena. Detrás de la mosca yacen un venado herido, un conejo muerto, una liebre que parece muerta o que parece huir. Sobre el techo del cobertizo picotean cuatro palomas. La leyenda de la

portadilla dice "Matanza del puerco". Refectorio del Monasterio del Carmen en Cuenca. Sin querer vienen a la memoria los versos jocosos de Baltasar del Alcázar, de mediados del siglo XVI: "*La morcilla. ¡Oh, gran señora, / digna de veneración! / ¡Qué oronda viene y qué bella! / ¡qué través y enjundias tiene! / Paréceme, Inés, que viene / para que demos en ella.*" (120-121) [M. Romera-Navarro. *Antología de la literatura española*. Boston. Heath y Cia. 1933.]

A propósito de estas pinturas nos dice Juan Martínez en *Historia cotidiana de Cuenca*: "Con el vigor y persistencia de su pensamiento y visión del mundo, que no logró ser desarraigada a pesar de la insistencia de los catequistas, los artistas populares anónimos, a través de la pintura mural, nos narran con extraordinario colorido y riqueza de detalles, las costumbres y las tradiciones, los gustos y diversiones así como las actividades cotidianas de la sociedad colonial con escenas costumbristas pintadas en paredes, jambas, dinteles, cenefas y cielos rasos, donde conviven con singular armonía arrieros, jinetes, cazadores, elegantes damas, caballeros con sombreros de copa alta, niños jugando, estrellas, lunas y soles, aves, flores y frutos de la región magistralmente delineados. Muestra de ello son, sin duda, las extraordinarias pinturas murales del refectorio y ante refectorio de los monasterios del Carmen de la Asunción y de las Conceptas, hechas en los últimos años del dominio español" (232). ["Artesanía: lenguaje, oficio y tradición" 214 – 263 en Varios. *Cuenca Santa Ana de las Aguas*. Cuenca. Municipalidad. Libri Mundi. 2004]

En la parte segunda de *Noticias secretas de América* que corresponde a la primera mitad del siglo XVIII, narran Jorge Juan y Antonio de Ulloa: "Hallándonos en una ocasión próximos a pasar de Cuenca a Quito, fuimos a uno de aquellos conventos a despedirnos de algunos religiosos conocidos: llegamos a la celda del primero, y encontramos en ella tres mujeres mozas de buen parecer, un religioso, y otro que estaba en cama accidentado y fuera de sentido, al cual íbamos nosotros a visitar; las mujeres le sahumeaban y hacían algunas otras diligencias para que volviese en sí. Preguntamos al otro religioso la causa del accidente, y en breves palabras nos instruyó en que una de las tres mujeres que más solicita atendía al enfermo y daba señales de mayor sentimiento era su manceba, con la cual había tenido un disgusto el día antes, y es-

tando enojado con ella, fue esta indiscretamente a ponérsele delante en la iglesia de un convento de monjas donde estaba predicando en aquella hora; y arrebatándosele la cólera con el efecto de la vista, le acometió tan de improviso aquel accidente, que cayendo en el púlpito no había podido proseguir el sermón ni volver en sí".(495) [Jorge Juan y Antonio de Ulloa. *Noticias Secretas de América*. Parte Segunda. Madrid - Quito. Ediciones Turner y Libri Mundi. 1982.]

Tal vez esta escena de celos y colerín clerical tuvo lugar en la bella iglesia de las Carmelitas del Carmen de la Asunción, frente a la plaza de las flores y a la -hoy- catedral nueva. En el comedor de las monjas del convento de esa iglesia está el rústico fresco de la matanza del puerco. Y aunque no hubiese sido así, era la misma ciudad, eran los mismos tiempos coloniales, eran los mismos platos típicos, era el mismo goce de vivir que con tanto escándalo narran los dos acompañantes regios de los académicos franceses que determinaban la forma de la Tierra. Y bien sabemos que la forma de la vida es redonda, redonda de comida y de bebida y redonda de amor y de celos, tanto que vienen a la memoria los versos de Juan Yépez: *En la interior bodega / de mi Amado bebí, y cuando salía/ por toda aquesta vega/ ya cosa no sabía / y el ganado perdí que antes seguía./ Mi amado las montañas / los valles nemorosos/ las ínsulas extrañas, / los ríos sonoros / el silbo de los aires amorosos,/ la noche sosegada/ en par de los levantes del aurora, / la música callada / la soledad sonora/ la cena que recrea y enamora".* (64) San Juan de la Cruz. "Cántico Espiritual". *Obras Completas*. 3ra. edición. Madrid. Editorial de Espiritualidad. 1988.]

Los años en que cuajaron el ser nacional, la identidad nacional, la pujanza nacional fueron los de la segunda mitad del siglo XVII y la primera mitad del siglo XVIII. Una de las características de esa época fue el goce de vivir de clérigos y religiosos, de caballeros y pueblo, sentados sobre el trabajo de indios y esclavos, al modo de los griegos y romanos y de los cristianos feudales; de rebeldía criolla contra los privilegios españoles, de brotes de género en las monjas contra la opresión de los frailes, de luchas con los corsarios, de lucha con los portugueses que avanzaban hacia Sucumbíos, de culminación del arte colonial en la pintura, escultura y arquitectura, la época en que el imperio español pasaba de los Habsburgos a los Borbones y en que la Real Audien-

cia de Quito era adscrita a Santa Fe de Bogotá, lo que no se toleró y se logró que volviera a ser parte del Virreinato de Lima fundado sobre la gran riqueza cultural del Ande y las mesetas de venerable y numerosa tradición indígena. Esa fue la época de Pedro Vicente Maldonado, la época formativa de Juan Bautista Aguirre y Juan de Velasco, la época del nacimiento de Espejo. La época en que cuajó nuestra comida mestiza y nuestra lujuria mestiza, la época de los fandangos, borracheras y juegos de prendas que terminaban en estriptises que connotaban una alegría sustancial de los sentidos y de vivir la vida con poco enfreno y sana alegría. Las guerras de la Independencia trajeron mucho dolor. La época del fundamentalismo religioso de García Moreno y la época del fundamentalismo laico de Alfaro mataron la vitalidad y el goce de vivir que venía de ese siglo que se extiende de 1650 a 1750. Baste con leer las dos grandes novelas de esas épocas: *Cumandá* y *A la Costa*.

Ahora bien, nos parece que, a través del túnel del tiempo del paladar y del gusto y del olfato, este libro de Julio Pazos subtítuloado *Recetas y lecturas* nos lleva al corazón de esa época, y que cada una de las recetas y lecturas que propone en su libro son una gozosa y práctica lección de memoria, de historia, de identidad con lo nuestro, de orgullo propio, de reconciliación con lo que somos. Este libro es el Evangelio o Buena Nueva según Pazos Barrera. Esto a propósito de la portada.

La edición del libro ha quedado muy bonita, muy a tono con el contenido por las ilustraciones tan apropiadas de la afiligranada pluma de Miguel Betancourt. El libro consta de seis partes: la primera trata de la comida cotidiana. El autor acota: "Las recetas son muestras de la práctica actual de la cocina en los hogares y en algunos lugares públicos como bares, restaurantes y mercados" (11). [Julio Pazos Barrera. *La cocina del Ecuador. Recetas y Lecturas*. Quito. Ediciones El Tabano. 2005.] Son 32 recetas de locros, caldos, sopas, aguados, coladas y sangos; 18 recetas de segundos o platos fuertes; seis recetas de salsas y 24, de postres. Ustedes ven: nuestra comida es rica a la entrada y a la salida; predominan las sopas y caldos y los postres y dulces.

Se cierra esta primera sección de la comida cotidiana con los antojos. Antojos viene del latín *ante oculos*, ganas que nos entran por los ojos, deseos y caprichos que tientan a las madres en el embarazo y que

si no se satisfacen, quedan reflejados en forma de una mancha o lunar en el cuerpo de la criatura que nace. Julio Pazos nos da las recetas de los siguientes antojos: pernil, fritada, hornado, choclotandas, papas con cuero, empanadas de viento, bonitisimas, morocho, cebiche de concha, cebiche de camarón, tostado de manteca con chochos, morcillas blancas.

La segunda parte del libro trata de los platos y bebidas de la fiesta tradicional. El autor anota que "algunas comidas y bebidas ecuatorianas, especialmente las que se hacen durante los días de fiestas tradicionales, son expresiones rituales. Estos platos y bebidas se relacionan con el culto solar de los antiguos aborígenes y con el culto cristiano". (73)

Para Navidad nos ofrece recetas de buñuelos de harina de maíz, buñuelos fritos, y pristiños; para Año Viejo, de tamales, escabeche de Baños de Agua Santa y emborrajados; para Carnaval, de patas emborrajadas, y de jucho; para Semana Santa, de fanesca, molo, arroz con leche y dulce de higos; para Corpus Christi, de champús, y de rosero. Para Finados, de colada morada y de pan de finados o guaguas de pan.

Cabe, pues, anotar algo obvio: este libro es un libro de cultura porque una fanesca con su chochito tierno como perlas de un tesoro real, el verdor de la arveja cocinada sin sal y bien escurrida, la lenteja bíblica, el fréjol blanco y tiernecito, el fréjol rojo de contento, la media taza de arroz cocinado, las habas tiernas olorosas a campo y a mujer, los choclos pelados, las cuatro tazas de zambo picado en cuadraditos que nos recuerdan la cruz del Sur, los afectuosos mellocos, el pescado seco, salado, remojado en agua durante seis horas, la cebolla blanca bien picada, la taza de ajo molido con un no se qué de comino, un trocito de aji picante como nuestros aguerridos mozos de la sierra, el aceite, el achiote de los Colorados, el azúcar que lamprea, el maní tostado que trae aires del Pacífico, la crema de leche y las yemas de huevo, el perejil picado, el pimiento rojo picado en pluma, los maduros fritos redondos como la luna y los pezones, las frituras de harina, huevo y leche, los imprescindibles huevos duros cortados en rodajas y el pescado desaguado y en vigilia, eso es cultura. Y tanto es cultura que la fanesca mereció la portada de la revista más sofisticada de los Estados Unidos, *The New*

Yorker, del 5 de septiembre de 2005, con un artículo sobre los primores y sabores de la fanesca cuencana.

La tercera parte es una selección de platos y bebidas regionales de Esmeraldas, Manabí, Los Ríos, Guayas, El Oro, Loja, Azuay y Cañar Chimborazo, Tungurahua, Bolívar, Cotopaxi, Pichincha, Imbabura y Carchi.

Nuevamente cabe señalar la diversidad cultural que esta cocina costeña y serrana entraña. Faltan las comidas amazónicas. Las comidas reflejan en sus ingredientes los productos específicos de las grandes regiones de nuestra geografía.: Islas, Costa, Sierra, Piedemonte oriental con bosque amazónico.

Las comidas se cocinan y preparan de acuerdo con la cultura de los habitantes. Hay que pensar en las poblaciones fluviales de los grandes ríos Santiago y Esmeraldas, en las de los cármenes manabitas, en las que se acogen al sistema fluvial del Babahoyo, Daule y Guayas que unidos tienen más agua que todos los ríos de España y de Portugal sumados, hay que tomar en cuenta las hoyas formadas entre los nudos o escalones que unen las tres cordilleras de los Andes. Hay que recordar que los primeros habitantes vinieron unos de la Polinesia feliz y desnuda, otros de la Mongolia fría, de mancha verde y gran austeridad vía estrecho de Behring, unos terceros llegaron del Caribe remontando el Amazonas y penetraron en la Sierra por las abras de Zamora, de Paute y de Baños. Muchos miles de años después, los señoríos étnicos locales que vivían en las hoyas fueron dominados por los incas exportadores de etnias enteras de mitimaes a Perú y a Bolivia, e importadores de indígenas de esas regiones a las nuestras. Cuando Benalcázar llegó a la actual Chimborazo con sus tropas castellanas, le salió al encuentro Pedro de Alvarado, uno de los conquistadores de México y Guatemala, con sus tropas andaluces. Los castellanos de fe ferviente y espíritu de cruzada con un sentimiento de nobleza y desprecio por los trabajos manuales y, los andaluces con cultura árabe y judía en que las finanzas, el trabajo manual y el comercio eran apreciados. En lugar de enfrentarse pactaron y se asignaron las tierras conquistadas y las que iban a conquistar. Así se puede entender la diversidad de actitudes de conducta y de cultura en lugares como Cuenca, Cañar, Ambato, Cotacachi, Atuntaqui

y San Antonio de Ibarra, donde el comercio y la industria y las artesanías eran señales de honor, respecto de otras tierras en que el trabajo manual y el comercio no gozaban de prestigio social. Añádase la población de origen africano asentada con altivez en Esmeraldas, como esclavos de haciendas y fincas en el Chota y en las plantaciones costeñas, y se entenderá que esta diversidad humana produce una cultura diversa que se refleja en las comidas y bebidas y en el modo de prepararlas. ¡Cómo admirarnos de que los ecuatorianos no nos entendamos y hayamos sido un fiasco político si este ha sido el precio de haber habitado el país más biodiverso del mundo y haber sido poblado por tanta variedad de gentes! Si hubo la torre de Babel con su confusión de lenguas debió de haber estado situada en el Itchimbía. Y no es que Julio Pazos nos diga todo esto, pero sus recetas lo dicen. La suya es una instrucción de lecciones de cosas, viva, afectiva, sensual.

Viene una cuarta parte con lecturas. Julio ha seleccionado un puñado de semillas de información, clasificadas cronológicamente, con el ánimo de arrojar luz sobre el fenómeno cultural de la comida: son 39 páginas ilustrativas, concretas y agradables.

Comprende una lista de las plantas comestibles originarias de América precolombina, confeccionada por el médico e investigador nutricionista Plutarco Naranjo, padre. Vienen unas notas sobre cocina española del siglo XVI del etno gastrólogo Manuel Martínez Llopis. Siguen noticias de alimentos en las guerras civiles del Perú e Ñaquito en la cuarta década del siglo XVI. Nos ofrece lecturas tomadas de las *Crónicas de Indias* y otros documentos del siglo XVI. Nos cuenta quién fue el primer matarife de Quito en abril de 1573, un tal Sebastián Valencia, probablemente de origen morisco, y los precios y pesos de las carnes. Nos trae las impresiones gastronómicas de viajeros de los siglos XVI, XVII y XVIII a nuestras tierras. Nos enseña qué frutas, vegetales y licores circulaban en los tiempos del primer grito de la Independencia y a mediados del siglo XIX. Recoge datos gastronómicos en algunos escritos de Montalvo. Incluye una carta de humor frailuno sobre un libro de comidas, dirigida a su superior por Fray Pinche y Marmitón, probablemente seudónimo de algún liberal de horca y cuchillo del año 1898, pedante y pesada. Cierra con un ensayo de Julio sobre investigaciones de

las comidas de Bolívar en Quito y Cuenca en el año de la batalla de Pichincha. Aquí aparecen de nuevo las monjas carmelitas, porque fue a la reverenda madre María de Jesús y los Arcángeles, priora de las carmelitas descalzas, a quien se encargó preparar la recepción que el deán y los canónigos de la Catedral de Cuenca ofrecieron a Simón Bolívar.

Esta cuarta parte del libro es un trozo de historia social que ilustra sobre el espíritu y las costumbres de la época, y a la cual no habíamos estado acostumbrados por nuestra historia reducida a sosas crónicas de varones ilustres y conflictos políticos.

La quinta parte consiste en un glosario de términos culinarios, por ejemplo: "Timbushca o locro con carne y coles, quichuismo puro". (160). Y sin embargo, añado yo, muy bueno para el cáncer de pulmón.

La sexta parte son las fuentes bibliográficas de seis libros consultados y 30 notas bibliográficas.

Antes de terminar, dedicaré dos párrafos a Julio como poeta de los alimentos terrestres y a Julio como modelo y ejemplo de identidad ecuatoriana.

Julio es poeta laureado y laureado. Acaba de llegar de Salamanca y Rumania, de sendas reuniones de poesía y de lectura de sus poemas para públicos tan diversos aunque tan romanos – como el salmantino y los de la azul cuenca fluvial del Danubio cercano a su muerte en el mar Negro.

La poesía de Pazos carece de sonsonetes rítmicos y rimas. Es una poesía nacida de la nueva física en que tiempo y espacio se relativizan por la mirada distante, movediza y reflexiva del poeta. He aquí un ejemplo: el poema *El drama de las papas*, tomado del libro de poemas *Levantamiento del país con textos libres*, libro con que este topógrafo del espíritu ganó el codiciado Premio Casa de las Américas en 1982. (La Habana. Casa de las Américas. 1982) [23].

*Tienen las papas auténtica participación en el drama,
Como en esos dramas antiguos, las apuntadoras,
Las papas dictan con exaltación contenida partes del texto.*

*Cuando menos se piensa, las papas
Alargan sus manos y piden su importancia
En esto que puede definirse como una comprobación de la existencia.*

*No es por la muerte que sufrimos tanto
Sino por lo que dejamos de hacer;
En la sordina de la tarde,
Nuestros dientes se hundan en la tibia alba de las papas.*

Julio cocinero es un huésped singular en su casa de La Floresta, donde, cuando la inflación lo permitía cocinaba lo mejor de sus recetas para veinte y treinta amigos.

Almuerzos memorables rematados por guitarra y canto. Comidas únicas en el mundo porque nadie cocina en el mundo ciertas comidas ecuatorianas como Julio Pazos y su ejército de ayudantes, mujeres y hombres que siguen sus mandatos con alegre responsabilidad mientras él se siente él y sus circunstancias.

Julio tiene una identidad notable. No le pesa ser ecuatoriano de Baños de Agua Santa, se acepta totalmente, nunca está de prisa, siempre está de relato pausado y analítico, se lleva bien con los meseros y los diplomáticos, y no cambia de cara y de humor esté con gente mundana de importancia o con gente humilde del Ecuador profundo. Esta solidez le da peso, le vuelve único. Tiene como ser humano sus resentimientos y a veces se cree en los cuentos que le cuentan. Pero su talante benigno siempre vence. Un buen cocinero no debe ser gente mala porque habría una contradicción implícita entre el placer que prepara y la intención que mata.

Resulta totalmente coherente que haya escrito este libro de *La cocina del Ecuador. Recetas y lecturas*, que haya escogido este antiguo hospital para que su libro sea presentado. Sus recetas curan el alma y fortalecen el espíritu. Debemos estar agradecidos a Julio, por su vida y por su obra, porque en él del dicho al hecho no hay nada de trecho. A él, para cerrar estas palabras, le dedicamos estos versos de Darío:

*El cantor va a pie por los prados
Entre siembras y ganados
Y entra en su Londres en tren,
Y en asno a su Jerusalén.
Por el río va en la canoa,
O se le ve en la proa
De un steamer sobre el vasto mar,
O en un vagón de sleeping-car.*

*El canto vuela con sus alas;
Armonía y Eternidad.*

Susana Cordero de Espinosa

EL RETRATO DE CECILIA GALLERANI, DE XIMENA MONTALVO

Ximena Montalvo atraviesa dos veces por año cielos y mares para llegar de Barcelona, en donde ejerce como médica, a Quito, en la trampa del vuelo que nos impide apreciar la distancia real que recorremos. Se dice que en el mundo actual las distancias se acortaron. Parece más bien que la técnica ha acortado nuestra mente, incapaz de imaginar la distancia entre el mundo y el mundo...

Conversamos, y le pregunto de su vida en Igualada, muy cerca de Barcelona. De su amor por el arte. De su historia personal: "No tengo historia", me responde, pero yo sé que es una broma, porque el único que no tiene historia, de existir, si existe, es Dios: la historia es privilegio o condena de los seres humanos, destinados a nacer y morir, es decir, a la aciaga temporalidad. "Por la literatura he tenido amor desde que aprendí a leer y a escribir por influencia de mis padres, continúa Ximena; la primera experiencia literaria consistió en mi participación en un concurso de cuentos entre escuelas fiscales; gané el primer premio, que consistía en la edición de cien ejemplares del cuento por el Ministerio de Educación. Como todos los niños habíamos leído las bases, yo sabía que el segundo premio era la colección de cuentos de *La Abeja*; así que cuando llegaron los cien ejemplares de mi cuento, estuve fastidiadísima porque habría preferido el segundo premio para tener la colección de *La Abeja*. Y su heroína adolescente de *El señor de los gatos* encontró un domingo alterno en que le tocaba salir con su padre, en

una librería de viejo, la colección antigua de *La Abeja* y desde entonces la tuvo, para satisfacción de Ximena, que también consiguió que su padre se la diera cuando tenía ocho años... Ella cree que esta historia es pueril... Yo la cuento porque estas historias que ella llama pueriles, constituyen el más bello entramado de nuestra vida...

Muerto su padre, cuya figura es evocación constante en la charla y los cuentos de Ximena, ella fue a estudiar medicina a la Universidad de Madrid. Y entonces todo fue llenarse de la vida española y europea; gustar del arte, de la escultura, de la pintura, de las ruinas romanas y anteriores a la dominación de Roma en la Península. Pero esto tiene otra historia, íntima y personal, llena de amor y de melancolía en la vida de nuestra autora, que no abordaremos aquí. El tiempo, siempre el tiempo. Todo contribuye a que la historia se haga sobre ruinas y, paradójicamente, conserve tanto respeto por ellas. Las ruinas que Ximena visitaba largamente con su esposo español, médico, ya desaparecido, contribuyeron a que ella comenzara una carrera nueva; la de Historia del Arte. Claro que, además, casi en secreto, Ximena tenía vocación de Periodista. Pero, hija obediente de madre viuda, aceptó estudiar medicina... Y siguió escribiendo.

Estando en tercero de medicina se organizó un concurso de poesía universitaria española y Ximena ganó el primer premio con un poema sobre *Los puentes de París* que se publicó también en *El Comercio ilustrado* por el gran pintor Carlos Rodríguez. Ximena redacta hoy su tesis de doctorado en la Universidad de Barcelona, sobre este insigne pintor ecuatoriano, casi olvidado.

Pero echemos una ojeada a sus cuentos...

El retrato de Cecilia Gallerani es el título de su libro de cuentos, y del primero de ellos: ¿Cuento?, ¿Pintura? Un texto finísimo que a base de elementos históricos y pictóricos de rica erudición, rehace sin estridencia la esplendidez y la melancolía del Palacio de los Sforza, en Milán, y un momento de la vida de tres personajes: Leonardo da Vinci, Cecilia Gallerani y el paje de Leonardo, entregados a la búsqueda de la belleza y del placer. El cuento describe los momentos de la pintura del célebre retrato y el retrato mismo, y sobrevuela delicadamente sobre

aquello que, sin saberlo, une y separa de modo distinto a los tres personajes: a Leonardo, con el paje, a éste con la dama, a Cecilia Gallerani con Leonardo, cada uno atrincherado en su amor y su nostalgia. Como en el rostro del retrato, bellamente descrito por la autora, un extraño destino persigue el amor no confeso de estos personajes, que Ximena anuncia casi como en los cuentos de la abuela: "Hace siglos, en la esplendorosa Corte de Milán, vivieron un pintor, una dama y un paje, cada uno enamorado de quien no debía...". Aunque apenas se lo nombra, este amor es el centro de la narración: Ximena escribe con la convicción de que el arte verdadero sugiere más de lo que dice. Detalles históricos, que corresponden más a la historia de los hechos menudos –de los que, en verdad, hacen la vida– que a los grandes hechos heroicos: "Se despidieron, antes de que llegara al puente la carroza del Conde de Bergamini, quien contempló cautivado el rostro de Cecilia al dorado reflejo del sol poniente y ordenó al cochero que se detuviera, cuando la joven iniciaba un gesto para llamar a su sirvienta, acodada en un parapeto del canal. El paje se alejó sin volver la cabeza, mezcladas en su rostro las lágrimas con las primeras gotas de lluvia, anhelante por llegar al refectorio de Santa María de las Gracias, encontrar al pintor de la Corte aún trabajando y hablar –sólo con él podía hacerlo– de su venturoso encuentro con Cecilia Gallerani, en la más bella tarde de septiembre que tuvo Milán en muchos años".

Otro es el estilo de los distintos cuentos que se inician con *Reunión de Familia*, especie de prólogo al más largo titulado *Inventario de Piedras Negras*. Presencias, recuerdos, ausencias. Los personajes se esbozan sabiamente y, como en los cuadros inacabados de Ian, el pintor, dejan en el lector la convicción de que están completos, de que son ellos mismos y uno mismo. La escritura fluida se detiene en el ámbito provinciano de un pueblo de pescadores, cuyos secretos de familia narrados en pinceladas cortas y profundas son inolvidables. Pasan los hechos menudos, de vida y de muerte, y los sentimientos que determinan el transcurso de muchas existencias, en una lengua sabiamente conversacional. La violencia del dolor materno, especie de ferocidad vengativa contra la muerte de un hijo varón, contrasta con el silencio y la dulzura de la figura paterna... Delicadamente, Ximena Montalvo retrata con rara sutileza el alma del padre, la figura del hijo muerto, la conversación

en que la niña descubre que la madre habría preferido que la muerta fuera ella, su hija... El jazmín que el amigo andino del hijo desaparecido lleva al pueblo español crece al par de la muerte, y sirve, según la leyenda, de olor vital para las almas de los muertos que pasean su soledad por jardines y casas. Detalles de poesía en medio de vidas irrisorias, salvadas del olvido por el amor o la espera. Con sutileza de conocedora del ser humano, la autora describe el ser del pueblo, el de sus hombres, destinados a alejarse en el mar y a vivir en el riesgo, o de ir, en busca de trabajo, a los caladeros del norte; el destino de las hijas de quedarse y esperar... Retrata así la muy antigua condición masculina de vivir volcados hacia fuera, y la femenina relegada al hogar, a lo interior, como lo señaló Simone de Beauvoir en su *Segundo Sexo*... Y quizá, en medio de todas las liberaciones actuales, las cosas siguen, en el alma, siendo así...

Los diálogos se intercalan y revelan el alma callada de esa gente. La finalidad de una fidelidad solitaria que también defiende en el paso de la vida y de la ausencia, su derecho a la compañía, además de defender las obras de arte del esposo ausente... Descripciones preciosas de paisajes, de patios, aires, sueños. Ana Paula narra, desde el presente, su pasado lejano, y la lenta ruina del pueblo; su transformación en pueblo para el turismo... que tantos bellos pueblos pescadores españoles ha arrasado. *El Inventario de Piedras Negras* es triste... todo cuenta. La vida del artista, su libertad, la disposición de su tiempo, mirados por una niña enamorada, toda ojos abiertos... Aunque estos dos cuentos se hilvanan entre sí, e incluso una réplica del retrato de Cecilia Gallerani, como una obsesión, brilla en el dormitorio del pintor, y éste cuenta a su amada la historia de la dama y la de la pintura, cada cuento tiene una radical unidad. *Ejercicios Escolares número cinco*, escrito como una íntima conversación de la niña consigo misma para responder al ejercicio de redacción impuesto en la clase de gramática, logra, en las sucesivas correcciones, entregar tramos radicales de la existencia. Son narraciones llenas de esa ironía que sabe ver el otro lado de las cosas más serias, de los caracteres más severos... Ese otro lado risible de toda existencia humana. Se pregunta uno, a tenor de la lectura, las preguntas eternas en la voz de una niña: el amor, la paternidad, la maternidad, la vida actual de trabajo femenino, el egoísmo y la generosidad.

En este cuento entramos en un universo adolescente pleno de gracia. En la ironía y el humor poderosos del cuento narrado con gracia infantil, con esa empatía del niño y de la realidad, en la que no caben subterfugios, donde se dice lo que se sabe, lo que se piensa. Así la heroína, al redactar su trabajo para la clase de redacción, cuyo tema: "Lo que mis padres hacen por mí y lo que significo para ellos", escribe: "Mi mamá me pega por mi propio bien. Mi papá, que no distingue el bien del mal, según dice la abuelita, nunca me pega"... Desde aquí la narradora nos sitúa en el quid del cuento, crítica a su grave manera infantil, de enorme seriedad cuando apenas parece atisbar la existencia. La niña lo pone todo, sin comentarios, en su texto. "Parece que con papá (y sin mamá) yo no tendría ningún futuro porque él ha perdido la Patria Potestad —que no sé exactamente qué es— ni debo preguntarlo a extraños..."

Pinta a la madre moderna, a la que vive sola con su hija, tiene trabajo estable contra el trabajo inestable del padre, y es muy responsable, pero no asiste a los entrenamientos de la niña ni le muestra las estrellas. Con la mamá, nunca se elige el momento adecuado. Con el padre, todo momento es adecuado.

El conflicto entre la vida y la narración. ¿Cómo liberar la imaginación, de lo vivido, lo vivo, de la imaginación, y cómo eludir la tentación del lector de leer la vida de la narradora en lo imaginario? Porque vida y obra de arte se entrecruzan, se encuentran, se separan. Cuando alguien es como Ximena, y nos hemos reído con ella, es imposible no ver en la niña del cuento a la niña que Ximena fue. Nos pone en la circunstancia de leer la primera redacción y cotejarla con las correcciones de la segunda. En la primera corrección nos dice solamente: "Mi mamá me pega por mi propio bien" y entre paréntesis, sin más comentario, (mi papá nunca me pega), y en la tercera salta las dos observaciones, para escribir: "Resumiendo, mis padres me enseñan lo necesario para ser útil a la sociedad y a mí misma". Así cada versión, además de una muestra de que la niña ha aprendido a callar, es constatación flagrante de que para ser correcta hay que hablar, no el lenguaje propio, sino el que nos pide la sociedad..., aunque no puede evitar señalar:

"Ahora significo un problema para mamá porque soy pequeña, pero cuando sea mayor iré a la Universidad y viviré en una residencia de estudiantes y mamá podrá al fin pensar en sí misma sin tener que preocuparse por mis vacunas...". (Como quien repite palabras oídas a la propia madre, en tiempos en que "sacrificio" era noción y estrategia básica en la vida personal, sexual y maternal de la mujer...).

Pero el cuento, en sus tres correcciones, no tiene sabor a tragedia: la niña es alegre, la risa es el otro lado de sus comentarios. Es, con mucho, el cuento más feliz.

Y ante la verdad infantil, la monja anota, muy prosaicamente, para su posterior corrección: "La mayor extensión de la indicada, hablar sobre el uso de la coma y subrayar adverbios pronominales y conceptuales explicados en clase...". Pero la niña termina: "Y nada importa la falta de Patria Potestad de papá, porque yo con la mía le podré ver todos los domingos, los sábados y cualquier día del resto de la semana, si él tiene tiempo, vive cerca de mi residencia y sigue pensando que yo soy algo importante en su vida...".

También una adolescente escribe *El señor de los gatos*, último de los cuentos, "para aprovechar las páginas sobrantes del cuaderno de ejercicios de redacción". Se narran en él los avatares de la existencia de una niña de once años, hija de padres divorciados, que descubre simultáneamente el amor y el lenguaje para expresarlo, y que en la palabra encuentra los enredos y las mentiras necesarias para seguir gozando de la ineludible sensación de amar y de ser amada a una edad tan temprana. Una nueva *Lolita*, de inocencia sin tapujos, apenas sugiere lo que va descubriendo, en el mismo estilo llano y coloquial, versátil y agudo de *Ejercicio de redacción*. Los personajes, varios y distintos; la estructura nítida y verosímil de un matriarcado español de clase media: la mujer severamente criticada, con una no tan leve inclinación a pintar a los hombres más honestos, generosos y claros que a las mujeres de su entorno...

Pero no hay intención de pontificar: los cuentos fluyen, las desgracias de la desgraciada vida son llevaderas, la muerte deja en el alma una irremediable añoranza...

El libro resulta auténtico mosaico de buen gusto y de simpatía por el mundo, al par que de conocimiento y de amor creativo por el corazón humano.

El retrato de Cecilia Gallerani es un libro inolvidable, lo recomiendo a todo ser sensible, a todos los que todavía guardan la infancia en el corazón.

Novena parte
Reseñas



Juan J. Paz y Miño Cepeda

ALBORADA BOLIVARIANA, DE GUSTAVO PÉREZ RAMÍREZ

Gustavo Pérez Ramírez, historiador colombiano con alma latinoamericana, vive en Ecuador. En este país ha encontrado nuevos motivos para sus investigaciones y para hacer presencia académica. Se ha integrado al círculo de los estudiosos de la trayectoria histórica ecuatoriana. Y se lo cuenta como uno más de los nacionales por espíritu y amor a esta patria.

Ahora nos presenta su obra *Alborada Bolivariana. Aporte al progreso de integración latinoamericana y del Caribe*.

La obra parte de asumir el concepto de Historia Inmediata. De manera que lo que busca es fundamentar, desde la perspectiva histórica, la comprensión de los hechos del presente y su proyección hacia el futuro.

Del presente y del futuro, se cuestionará. Y se preguntará, por consecuencia, ¿no era la historia una ciencia dedicada al estudio del pasado, de lo que fue y que ya no volverá a ser?

Precisamente la idea de que la historia se dedica exclusivamente al pasado está tan arraigada, que a veces resulta difícil entenderla como una ciencia que también sirve al presente y que incluso puede advertirnos de algunas tendencias generales del proceso histórico hacia el futuro.

Naturalmente, la historia se nutre de los sucesos del pasado. Ellos deben ser comprendidos y explicados en su propio tiempo. Pero quien se vincula al concepto de Historia Inmediata quiere ofrecer, para el presente, una determinada significación histórica de los acontecimientos del pasado. Y eso es lo que se propone la obra de Gustavo Pérez Ramírez.

Desde la perspectiva de la Historia Inmediata, Gustavo Pérez Ramírez encabeza los tres grandes capítulos de su *Alborada Bolivariana* con tres palabras que, en el fondo, resumen los conceptos que fundamentan su renovada visión de la historia: 1. el PASADO, 2. el PRESENTE y 3. el FUTURO.

El PASADO, acude al pensamiento precursor de la Independencia para comprender y entrar de lleno en la

construcción de la Gran Colombia, la república soñada por el Libertador Simón Bolívar. La Gran Colombia es el proyecto integrador latinoamericano, que pretendió edificar una república poderosa, pero que murió en manos de las poderosas oligarquías regionales y víctima del divisionismo fomentado por las potencias mundiales en disputa hegemónica sobre el continente.

El PRESENTE es el fruto de aquel pasado que intentó la unidad y la integración, pero que se rompió para dar paso a las repúblicas aisladas. En ese proceso fue claro y creciente el intervencionismo de los Estados

Unidos, interesado en la hegemonía continental para provecho de sus intereses mercantiles y empresariales. Frente a los ideales de unidad e integración que soñó en construir Simón Bolívar, América Latina continúa hoy como víctima de aquellos intereses expansionistas de los Estados Unidos y de las políticas económicas asumidas por los gobiernos de la región.

El FUTURO es un llamado a la integración y a la nueva unión. Se confronta el presente y el futuro. Porque el proyecto del ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas), promovido por los Estados Unidos, es un asunto del presente, en el que se quiere involucrar a todos los

países latinoamericanos, pero con graves repercusiones sobre la soberanía, la identidad y la sociedad de la región hacia futuro. Frente a ese proyecto imperialista, se levanta la iniciativa del ALBA, la "Alternativa Bolivariana para América Latina y el Caribe", promovida por el presidente venezolano Hugo Chávez, que se inserta en el presente como una propuesta diferente al ALCA, para reconstruir el ideal de la unidad y la integración, de manera que el futuro sea el de una América Latina proyectada en los ideales del Libertador Simón Bolívar.

La obra de Gustavo Pérez Ramírez, como puede advertirse, quiere entender el ALCA y el ALBA como proyectos contrapuestos del presente, sobre la base de dos líneas de futuro: el ALCA, como proyecto de dominación y el ALBA como uno de liberación. La guía histórica del ALBA, que se fundamenta en el pasado y específicamente en la Gran Colombia, representa el renacimiento de la búsqueda de unidad e integración de nuestra América Latina. La pregunta que queda, como desafío para los latinoamericanos, es, así, ¿por qué no nos integramos?

Marco Antonio Rodríguez

ALFONSO BARRERA VALVERDE: PATRIA Y PALABRA

Maestro

Tres personajes rondan mi memoria al tiempo en que busco por qué se hizo en mí el oficio de lector. Ninguno de ellos fue parte de mi núcleo familiar, heredero de santeros (artesanos que obraban el prodigio de arrebatar vidas de la madera: vírgenes, santos, cristos, niños dioses, salían de sus manos insuflados de aliento propio, jamás vi un libro en mi casa; imposible: apenas había para comer). Estos tres maestros son (siempre los nombro en presente): Benjamín Carrión, el poeta Manuel Zabala Ruiz y Alfonso Barrera Valverde. Pero Alfonso no solo me aproximó a los libros, sino que —subyaciendo en sus clases y más tarde en sus diálogos de amigo entrañable— me inculcó también valores: sembradura indeleble. Quizás el más noble de todos y el más escaso entre los seres humanos, aquel que congrega a los otros: la dignidad. Pero esta lección me la dio, más que con sus palabras —cuando habla o escribe Alfonso lo hace como al oído— con el ejemplo de su carácter y de su existencia. Sobrio, austero, diáfano, auténtico, desde su sencillez innata jamás bajó su cerviz ante el poder. Pero la cuestión de ser dignos en la vida —me ha dicho Alfonso, sin decirlo— no es asunto de proclamarnos tales, sino de una militancia de vida. Sí, Alfonso Barrera Valverde resume dignidad, está tramado por esa noble arcilla, sus padres le nacieron digno, y en todo lo que ha hecho, incluido su obra literaria: poesía, novela, ensayo, alumbra perpetua, empecinadamente —lámpara votiva— este valor.

Apunte sobre su ejercicio diplomático

Los Estados griegos nombraban a sus embajadores entre los ciudadanos más íntegros, no menores de cincuenta años. Se trataba, además, de personas graves (en el sentido de mucha entidad e importancia), elocuentes y serias, revestidas de vasta autoridad y con vínculos en otras ciudades y regiones. Entonces, no solo la inteligencia y la lucidez, la sapiencia y el tino eran elementos indispensables para representar a Grecia, sino agilidad para demostrar y convencer con la verdad y el más acendrado amor a la patria.

La historia de la Diplomacia es, en el espacio que le corresponde, la historia de la humanidad, empezando el momento en que el ser humano deja de ser nómada para arraigarse en torno de la agricultura y la ganadería, parcelando lo suyo, erigiendo los ámbitos de la propiedad privada, desconfiando de los demás, fundando la trágica estulticia de la guerra y los primeros Tratados sobre la paz. La historia de la Diplomacia explora todas las guerras y todos los ensayos de paz, las inexpresables y aleves ofensivas de los Estados grandes contra los débiles (el genocidio que se perpetra en esta misma hora por el ejército más poderoso de la tierra sobre Iraq rebasa toda imaginación). En todo caso, el tránsito de Alfonso Barrera Valverde por nuestro Servicio Exterior es ciertamente ejemplar. Talento excepcional, coraje, denuedo, dación íntegral a los más altos intereses de nuestro pueblo, infatigables diligencias para situar el nombre de Ecuador en lo más cimero de los países hermanos, donde nos honró como embajador, son algunas claves que signaron su profesión. Y cuando tuvo bajo sus hombros la inmedible responsabilidad de defender a Ecuador en una refriega desigual y absurda –guerra fratricida por lo demás– con Perú, sus gestiones inteligentes y dramáticas se inscribieron en lo mejor de nuestra historia y en la de nuestra patria grande. América Latina. Cuánto de su vida entregó Alfonso en ese episodio. Reciedumbre civil y humana, talento, eticidad, patriotismo a prueba de fuego, en suma, Alfonso se convirtió en la encarnación de un país pequeño y agredido, ni lejanamente prepotente y guerrerista. Con visión en horizonte, Alfonso ha trabajado asidua, íntensamente, a favor de la paz y de la fusión de nuestro continente. A propósito de nuestra América y, en el marco del tristemente célebre TLC, se está hablando hasta la fatiga que nacimos para las rupturas y

los desvínculos. Nada de eso. América, más temprano que tarde, contrariando malos augurios de propios y extraños, se unirá en una sola mano, como la plata y el oro que albergan nuestras montañas.

Su poesía

Profunda y luminosa, la poesía de Alfonso Barrera muestra como su eje vital la ternura, en su más sensible connotación. No simplicidad, saturación de todo lo cordial que emerge de las pequeñas cosas que nos rodean, en un amasijo que se torna correspondiente a la genuina imagen de nuestro lugar de origen. "Patria, tierra azotada por la espuma y la historia / temprana romería de palabras y viento, / ríos para conquistas en canoas de luz, / hombres de donde el agua toma hábitos perpetuos.../... Era niño y apenas conjugaba tu nombre / cuando ya te sabía poblándonos el alma, / dándonos en gorriones un evangelio azul, / cuando ya te sabía poblándonos de patria...". Estrofas de su *Presencia de la patria*, poema publicado en un bello y hondo libro escrito a dos manos –por decirlo de algún modo– con Eduardo Villacis Meythaler, *Latitud unánime*, texto al cual es urgente rescatar de un injusto olvido.

Al escribir estas líneas sobre uno de los ecuatorianos más lúcidos, creativos e íntegros de los últimos decenios, como es Alfonso Barrera Valverde, no pude omitir el recuerdo de otro gran escritor, diplomático también, cuyos ensayos de Derecho Internacional llevan al aire inconfundible de lo poético, me refiero especialmente a *Justicia para el Ecuador* de Gonzalo Escudero. El texto leído por Alfonso Barrera Valverde en la Asamblea de la Organización de los Estados Americanos, con motivo de la disputa bélica con Perú, devela, sin lugar a dudas, al escritor y al poeta, buido de talento jurídico, lleno de transparencia y devoción por nuestra patria. Jamás la argucia jurídica o el verbalismo intrascendente, este alegato es una constatación de que la creación literaria es sinónimo de honestidad, así como en éste se difuminan los términos divisorios entre las puras palabras y aquello que puede lograr la presencia de un hombre ilustrado, escritor de raza y patriota consumado en foros de esta naturaleza. Recordé también que la figura de Alfonso, pequeña y pulcra, ágil y gentil, desbordante de certezas y esperanzas, caló hondo en nuestro pueblo, y en todas partes se pensaba y sentía que podía acceder a la Presidencia de la República. Cuánto bien nos

hubiera hecho Alfonso a nuestra frágil y desvalida democracia si ese entusiasmo colectivo se hubiera concretado. En todo caso, la intervención de Alfonso en la OEA por el conflicto armado con Perú se instituyó en una verificación circular, suerte de compensación de acento especializado o transposición a él, de una sólida fuerza ilustrativa y la voz del propio origen.

Su narrativa

Espejo de doble rostro, historia y novela (narración en todas sus formas) son dos reconstrucciones seducidas por el tiempo. Las dos, a su modo, develan el infortunio y la grandeza del destino humano. Sin embargo, siempre persisten las diferencias: la historia es un saber científico, la novela es un saber de ficción. Esta elucidación me sobrevino al releer las novelas de Barrera Valverde. *Dos muertes en una vida*, *Heredarás un mar que no conoces y lenguas que no sabes*, *El país de Manuelito* y *Sancho Panza en América o la eternidad despedazada* constituyen pruebas contundentes de mi aserción. Mucho se habló en contra de *El país de Manuelito*. De boca a oído, entre sonrisas ocultas, velando la amargura, en voz baja y pusilánime, menospreciando texto y autor. Denuetos, improperios, bufonadas, ofensas, befas sangrientas algunas veces. La razón: el éxito del libro. El libro guarda vigencia hasta nuestros días y fracturó tiempo y espacio. Ocurre Alfonso, que me paso machacando sobre los dos estereotipos de los ecuatorianos: mezquindad y sentimiento de minusvalía. Sí, me duele repetirlo, pero es indispensable hacerlo para que pronto superemos estas patologías.

Sancho Panza en América o la eternidad despedazada

“No nos está dado a los simplemente humanos un don mayor que atisbar desde grandes y variables distancias el mundo casi intangible de legítimos habitantes de la gloria”, nos dice Alfonso Barrera Valverde en las primeras páginas de este libro. Así es. La vida está urdida de universos y en sus destellos germina la luz cenital de la existencia humana. La escritura de nuestro autor palpita con acento turbador en compensación a ese trasiego esencial de todo creador verdadero. Y otra vez la ternura como sustancia del texto, y la prosa –terse y morosa– fluyendo para conspirar historias y personajes. La voz de Barrera Valverde

tiene mucho de intimismo, como la de la figura paternal que reúne a su familia para contarles los "cuentos de la patria". En *Dos muertes en una vida* se yergue la figura de Rumiñahui como una suerte de bandera intemporal que nos cobija y defiende de toda clase de predadores. Y en *Heredarás un mar que no conoces y lenguas que no sabes*, la evocación de la campiña lejana e irrecuperable de nuestro pasado se torna en su sustancia proverbial.

Erudición de la mejor ley, aquella que se exhibe con humildad, conocimiento a fondo del Quijote –la más sabia novela de todos los tiempos–, recreación magistral del estilo cervantino: humor, refinamiento lingüístico, uso de arcaísmos, dichos y sentencias, manipulación lúdica de palabras y oraciones son, entre otros, los recursos que desbordan la reciente novela de Barrera Valverde. Y cuánto sabe de nuestra historia Alfonso, de qué modo zahonda en ella, cómo desliza lecciones lúcidas de sus esencias sagradas, hasta situar su narración en una barrida, la de San Roque –infancia, juventud y largos años de mi edad madura viví en ella, de allí quizás que la novela de Alfonso me llegó con mayor fuerza– imbricando en este espacio de Quito nuestra historia, desde lo más remoto: los años de la Real Audiencia, hasta nuestros días. ¿La "casa de los siete patios"... es el lugar donde transcurre tu novela Alfonso...? La feliz coincidencia es que en esa casa estuve innumerables veces y la gente que la habitaba son parte de mi memoria personal. Gente pobre, solidaria y fraterna, que encaraba la miseria con una irrevocable burla a flor de piel. La descripción –llama y sin atajos cripticos– recupera la identidad de los quiteños, constituyéndose en uno de los segmentos más trascendentes de la historia. Enclavados como argamasa vital de ésta, discurren figuras emblemáticas como Juan Bautista Aguirre, Eugenio Espejo o el poeta de todos los tiempos, Jorge Carrera Andrade.

Alfonso sitúa a Sancho Panza en un contexto absolutamente ajeno a su esencia humana, pero lo convierte en personaje central de su propia historia –prodigio y conocimiento–, elevando –ejercicio de sobrerrelieve– sus inmortales características: humor, ingenuidad, pureza, signos del pueblo humilde que no sabe leer ni escribir pero que posee la maravilla de las cosas simples y con ellas alivia su existencia, alquimia que jamás alcanzarán los poderosos.

Sancho en esta novela no es el héroe, es el personaje axial de una serie de personajes, amigos de todos, que se convocan para reflexionar sobre temas transcendentales de todos los tiempos: corrupción y política, justicia y expoliación, migración y familia, pobreza y soledad, tristeza y amistad, inmortalidad –en esta línea, por ejemplo, asuntos enriados en el contexto ecuatoriano-, como aquellas preguntas cardinales que no puede contestar Sancho: ¿por qué en este país nadie es inmortal?, ¿por qué personajes como el duende triste o el poeta Carrera Andrade no son más que nombres conocidos por unos cuatro locos? “Ancianos y ancianas que pueblan San Roque nos responden que sí, que los personajes más queridos se conservan en leyendas vivas y no en leyendas presentadas como episodios históricos. Sus actos se proyectan en una sola memoria colectiva, anterior y posterior alas existencias individuales”.

La novela es un género crítico, invasor y renovador, y como tal sintetiza varios discursos, los disemina. *Sancho Panza en América* contiene reflexiones sobre el oficio de la creación literaria: ¿a qué género corresponde este texto?, ¿es una biografía, un cuento o una novela? No hay un autor, son los amigos del barrio de San Roque quienes deciden hacer “anotaciones” para que no se pierda el recuerdo de la visita de Sancho, pero contado desde la voz de un narrador omnisciente. ¿Cuál es el grado de lealtad con que el escritor corresponde a sus personajes? Lectores y lectoras tendrán su propia respuesta.

A nivel técnico, el autor de esta novela utiliza la intertextualidad, además de la “obvia”, es decir, *Don Quijote de La Mancha* de Miguel de Cervantes, aparecen aquí desde el *Emilio* de Rousseau, Erasmo, Nietzsche y Maquiavelo, hasta Milan Kundera y Borges; además, un tierno personaje del mismo autor, pero extraído amorosamente de otra de sus novelas, la recordada y memorable mama Zoila.

El gran Viteri, uno de los monstruos esenciales de la plástica hispanoamericana sigloventina, ha dado su genio para que este estupendo libro de Alfonso Barrera Valverde, entre con paso sostenido –celebración y consagración- en lo mejor de nuestra narrativa.

Posdata

La enfermedad, dice Susan Sontag, es el lado nocturno de la vida, una ciudadanía más cara. A todos, en efecto, al nacer, nos otorgan una doble ciudadanía, la del reino de los sanos y la del reino de los enfermos. Y aunque preferimos usar el pasaporte bueno, tarde o temprano cada uno de nosotros se ve obligado a identificarse como ciudadano de aquel otro lugar. Gracias, Alfonso, por darnos la lección de vida con que sobrellevas tus desasosiegos, con qué dignidad lo haces, con cuánta esbeltez y estatura. Seres humanos como tú honran la patria y reverdecen la fe en la raza humana.

Jaime Celi

FINA GUERRERO CASSOLA EN LA GALERÍA KINGMAN

"Se trata de una obra uniforme, propia, dueña toda de madurez plástica y de caracteres la elevan a un nivel excepcional, digna de los mayores elogios".

Filoteo Samaniego

Fina Guerrero Cassola está, desde 1995, radicada en Quito, ciudad de su nacimiento. Retornó luego de recorrer el mundo acumulando vivencias relacionadas con su quehacer plástico propositivo y creador. Como hija legítima de su tiempo se involucra en las tendencias de la escultura abstracta y figurativa basadas y sugeridas en la práctica de Rodin y Cézanne, a la vez que viene sabiendo de: Picasso, Bracusi, Modigliani, Lorens, Chavannes y Degas, entre otros.

Durante 2005, la escultora Fina Guerrero hizo tres exposiciones: una en Quito, en la Casa de la Cultura Ecuatoriana, invitada por el Área de la Mujer con motivo del Día Internacional de la Mujer, el 8 de marzo; en Julio exhibió en Ambato, y en noviembre, en Loja.

Estableciendo, de alguna manera, la filiación conceptual del quehacer plástico de Fina Guerrero es necesario especificar que Rodin recoge en su obra la tradición de la gran escultura que, iniciada con Fidias, avanza hasta Miguel Ángel. Su producción, señalan los críticos, es

una consecuencia del impresionismo, y en ella, pese a su lenguaje literario, formula toda una serie de enseñanzas para el futuro, basadas en sus investigaciones en torno a los puntos de luz, el tratamiento de las masas y el volumen, la articulación de planos, etc. Rodin manifiesta poco interés por el acabado final de las obras, lo cual dota a sus esculturas de gran libertad y expresividad.

Por su parte, Cézanne aporta la posibilidad de tratar la naturaleza y los objetos por medio de figuras geométricas, abriendo paso a la renovación de los lenguajes artísticos. Sus reflexiones y sus prácticas se refuerzan tras su descubrimiento de arte negro y primitivo –basado también en figuras geométricas–. Los hallazgos arqueológicos le permiten conocer el mundo prehistórico y sus venus, la cultura cicládica y la escultura primitiva de África y Oceanía.

Por ello, la escultura de Fina Guerrero Cassola es heredera de la más acendrada tendencia transformadora del lenguaje escultórico universal de los últimos tiempos. Lo es por derecho propio, más que por convencionalismos académicos.

El potencial conceptual de la artista le exige y demanda la adopción de una libertad de expresión sin claudicaciones ni condicionamientos. De ello deviene la identidad de una creación plástica emergida de un poder conceptuador, a su vez enraizado en el convencimiento de que el lenguaje plástico escultórico se dimensiona más allá de la polaridad signifiante–significado y del convencionalismo de las circunstancias, para trascender a la dimensión de la propositividad.

El estilo escultórico de Fina Guerra Cassola se sugiere entre figurativo cubista y surrealista. Durante su plasmación plástica, la artista disfruta la sugerente e intencionada tarea de modelar. Lo hace buscando la armonía entre el volumen de la masa, la apropiación del espacio y la administración del vacío, como elementos sine qua non de su semiótica y propósito sémico.

Fina Guerrero Cassola utiliza la maleabilidad y consistencia del metal para, a través d esas virtualidades, expresar, por una parte, la diversidad anímica espacio–temporal del ser humano y, por otra, la con-

sistencia de un ser cuya identidad se cifra en la intencionalidad y la conciencia. Su trabajo artesanal artístico se detiene en lo necesario hasta lograr la arquitectura armónica que conjuga lo curvilíneo y lo geométrico de la figura con el concepto que codifica el mensaje central y convergente de su vasta obra: lo humano en sus variantes individual y colectiva.

EXTRACTO DE LA PRESENTACIÓN DE LA OBRA DE LA ESCULTORA FINA GUERRERO CASSOLA EN LA CASA DE LA CULTURA DE TUNGURAHUA.

Ambato, 9 de julio de 2005

"Fina Guerrero Cassola, purificada con la inteligencia de sus manos, insignida de bulas y designios, inventa y reinventa desde la catarsis gulosa del mármol, la piedra, el bronce, la madera, el yeso, el alabastro, los territorios de la belleza congelada. La artista está metida en sus figuras hasta obtener la libertad, la suya y la de sus individuos. Con ellos, crece, recrece, asciende y despilfarra, recoge de las nerviosas neurolepsis de la memoria, las geometrías íntimas de sus modelos, que saliendo de su conciencia profunda, untada con realidades y delirios, azares y simetrías, y van viviendo de vividad total, en ese mundo que ella llama, "nosotros los otros" o "los otros en nosotros."

Mario Cobo Barona

SOCIOS FALLECIDOS DEL GRUPO AMÉRICA

Demetrio Aguilera Malta
Plutarco Albarrán
Hugo Alemán
Julio César Alegria
Enrique Avellán Ferres
Enrique Albornoz
César Andrade Cordero
Rafael Borja
Luis Bossano
Alejandro Carrión
Luis Campos
Abel Romeo Castillo
Ricardo Descalzi
Paul Engel
Carlos Espinosa
Aurelio García
Carlos Manuel Larrea
Piedad Larrea
Luis León Vinueza
Eduardo Ledesma
Raúl López
Alfredo Martínez
Alfredo Mora Reyes
Humberto Mata G.
Manuel M. Muñoz
Kurt Muller

Adalberto Ortiz
Antonio Parra Velasco
Alfredo Pareja Diezcanseco
Jorge Pérez Concha
Carlos Rodríguez
Gonzalo Ramón
Ángel F. Rojas
Ángel Rosemblat
Alfonso Rumazo González
Leopoldo Jesús Sánchez
Humberto Salvador
Francisco Terán
Luis F. Torres
Carlos Tobar Zaldumbide
Julio Troncoso
Ignacio Urquijo
Emilio Uzcátegui
Humberto Vacas Gómez
Gustavo Vásconez Hurtado
Carlos Villacís
Juan Viteri Durant
Neptalí Zúñiga
César E. Arroyo
Nicolás Jiménez
Manuel María Sánchez
José de la Cuadra

Miguel Ángel León
Ignacio Lasso
Alfredo Gangotena
Gustavo Adolfo Otero
Antonio Santiana
Gerardo Chiriboga
Hipatia Cárdenas
Joaquín Gallegos Lara
Enrique Gil Gilbert
Juan Pablo Muñoz
Alfredo Chávez Granja
Jorge Escudero
José Rafael Bustamante
José María Falconi
Pío Jaramillo Alvarado
Victor Mideros
José Gabriel Navarro
Oscar Efrén Reyes
Carlos Salazar Flor
Gonzalo Zaldumbide
Humberto Toscano
Francisco Guarderas
Hernán Pallares Zaldumbide
Ángel Modesto Paredes
Rafael Quevedo Coronel
Julio E. Moreno
Remigio Romero y Cordero

Víctor Hugo Escala
Telmo N. Vaca
Eduardo Salazar Gómez
Alfredo Pérez Guerrero
Miguel Sánchez Astudillo
Antonio Montalvo
Eduardo Samaniego
Isaac J. Barrera
Gonzalo Escudero
Augusto Arias
Guillermo Bustamante
Arturo Hidalgo
José Alfredo Llerena
Jorge Carrera Andrade
Jorge Icaza
Jorge Garcés
Jaime Barrera
Luis Monsalve Pozo
Benjamin Carrión
José María Velasco Ibarra
Darío Guevara
Julio Endara
Hugo Moncayo
Augusto Sacoto Arias
Gerardo Falconi
Olmedo del Pozo